

LUIS FERNANDEZ

GUERRA

JUAN RUIZ

DE

ALARCON

Y

MENDOZA

TOMO I

PO6431

R8

Z6

v.1

1872

0024 AC



1080019007

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

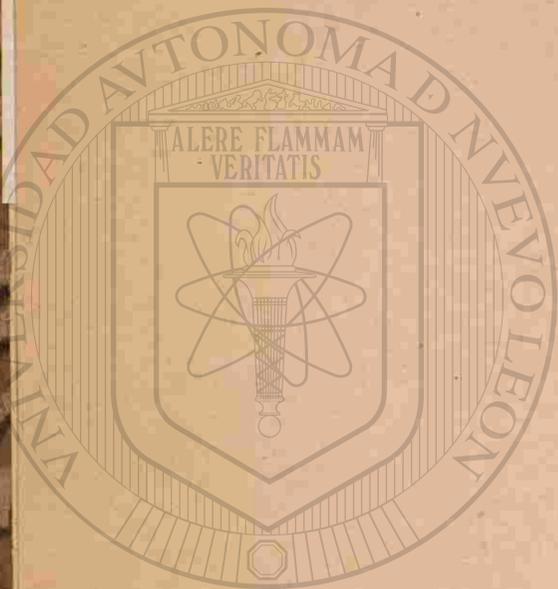


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





50
los...

D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

Virtus unita fortior est se ipsa dispersa.

ERASMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

POR

DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

—♦♦♦—

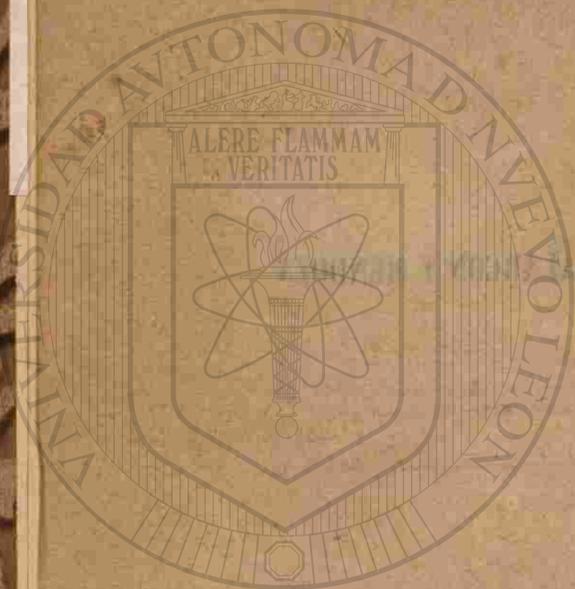
OBRA PREMIADA

EN PUBLICO CERTAMEN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y PUBLICADA A SUS EXPENSAS

TOMO I.



MEXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE Y

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1872

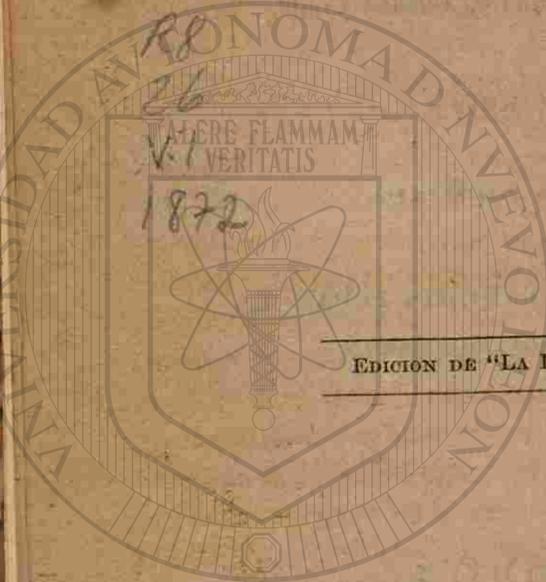


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FUNDACION ALARCON Y MENDOZA

40642

V
928
R

PA 6431



EDICION DE "LA IBERIA."



FONDO MINISTERIO
VALORES DE Y TALEZ

PROLOGO.

Cuéntase que una tarde de las calurosas del estío de 1614, despues de despedir á los jóvenes duques de Pastrana, príncipes de Mérito, y á su hermano el presto y donairoso garrochador de toros D. Diego de Silva, que en rica y bien tallada carroza salian del jardin de su palacio á solazarse y lucirse por el Prado de Madrid, volvieron al fresco y apacible sitio que un momento habian abandonado, la duquesa vieja doña Ana de Portugal y Borja, señora virtuosísima, y su otro hijo el docto y elegante D. Francisco de Silva y Mendoza, acompañados de tres amigos de casa.

Era el lugar un ameno cenador, por trepadoras parras formado, en torno de cristalina fuente, con muchas y olorosas flores, á la benéfica sombra del convento de Santa María Magdalena, cuyas cúpulas y altos cipreses le defendian de los rayos del sol, ya próximo al ocaso. Allí, delante de las rejas del sa-

003410

lon inmenso donde se reunia la célebre academia, por su discreto y bizarrísimo patrono el Silva, llamada SELVAJE, mantuvieron larga conversacion cuatro de aquellas cinco personas, porque la madre ni habló ni apartó los ojos de los del hijo, anunciándole el corazon que ya no le volveria á ver más en el mundo.

Aprestábase D. Francisco para ir á las guerras de Italia, donde el más desagradecido y funesto de sus potentados, á deshora, en el año precedente, y de golpe, se apoderó del Montferrato, hermosa parte de los Estados de Mantua, con resolucion de arrebatarnos desde allí el nuestro floridísimo de Milan. Se trató de lo impertinente de una guerra que España y Francia pudieron y debieron cortar en su principio, acudiendo á eficaz negociacion; no pasó por alto la ninguna confianza que inspiraba el Gobernador de Milan, Marques de la Hinojosa; y por último, se vino á concluir que el arrojado español sabia dar buena cuenta de todo. Uno de los tres amigos, pasajero en Italia, soldado en Lepanto y cautivo en Argel, pintó muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, regida á la sazón por el grande Conde de Lémos; la abundancia de Milan y los festines de Lombardía, lamentándose de que el peso de sesenta y siete años y la flaqueza y muchas enfermedades que traen consigo, amén de la carga del matrimonio, le atasen de piés y manos para no seguir en aquel punto al alférez del ilustre mancebo, que andaba haciendo la compañía por tierra de Madrid y Segovia.

De poco aliciente hubo de parecer á D. Francisco la vida libre del soldado y el banquetear en las espléndidas lombardas hosterías, porque manifestó hallarse decidido á pasar el tiempo que en Italia estuviese,

Tomando ahora la pluma, ahora la espada;

y que ojalá el Sr. Pietro Giovanni Capriata no se le hubiera adelantado, como de público se decia, en el propósito de reunir datos y noticias para historiar aquellas guerras.

Luis Cabrera de Córdoba, cronista y criado de S. M., que era otro de los tertuliantes, le excitó á escribir las del César Carlos V en aquellas partes famosas, con la prision del Rey Francisco I; examinando atento y sagaz los archivos de Pavía, Milan y Cremona, é inspirándose en las márgenes deleitosas del Pó y del Tessino. Aceptó con gratitud el noble hermano del Duque tan buen consejo; y de aquí se vino á parar en una abstrusa discusion acerca de las partes que debe tener el historiador, y cómo se ha de tratar la materia histórica.

Sustentó Cabrera que el historiador no ha de enseñar más que lo justo y honesto, cumpliéndole ser mudo en las cosas feas, omitir digresiones, reflexiones y arengas de propia invencion; recoger, en cambio, cuanto mayor número de hechos le sea posible; guardarse de aventurar ni una sola palabra que pueda ceder en menoscabo de la forma de gobierno establecida, y desvivirse porque siempre que-

den en el mejor lugar las intenciones de los monarcas y poderosos. Nadie intente desenterrar las graves faltas de lo pasado. ¿A qué sirve? ¿Qué provecho puede traer tan ambiciosa y maligna investigación para lo presente? ¿Qué ha de edificar para lo porvenir? Ampara, como á los vivos, á los muertos el divino precepto que dijo: «No matarás;» y no se matan solamente los cuerpos, sino las honras; destinados aquellos á vivir unos cuantos años, y éstas centenares de siglos. Ni por hombres, sino por espíritus celestes, se ha de escribir el libro de los humanos pecados y flaquezas, el cual se leerá cuando llegue la terrible hora de ser juzgado el mundo.

Pidió licencia para unas cuantas palabras el tercero de los acompañantes, escolar como de veinte abriles, á quien decían Gerónimo Ezquerro de Rozas; y otorgada, insinuó que, no teniendo más libertad que esa, ni más arte, ni mayor espíritu de severa justicia el cronista, la historia no vendría á ser otra cosa que la novela soñolienta de los hombres graves.

— Díganos su opinion el Sr. Miguel de Cervantes, exclamó Don Francisco, interrumpiendo al estudiante aragonés. Cervantes rogó que el Sr. Gerónimo explicara la suya, porque tenia barruntos de que no iba nada fuera de camino; supuesto que la historia ha de ser toda ella verdad, y además, ataviarse con licitas galas: pues así como la mentira satisface cuando verdad parece y está escrita con gracia que aplaça al simple y al discreto, de igual manera la historia nos

doctrina y deleita más apretadamente, cuando ofrece á nuestros ojos tales como fueron, con desnuda aunque honesta verdad, y con su mismo rostro, con la misma figura, el mismo aspecto y su propia fisonomía, los hombres y los tiempos que pasaron. Mas lo primero que hay que averiguar, con perdon de su merced del Sr. Cabrera, es si puede y debe, ó no, escribirse historia; porque si se puede y se debe, nada como ella para formar discretos varones, sabios repúblicos, soldados leales y ciudadanos generosos. Fuerza y sobrenatural virtud de la buena historia, que precisamente proviene y se deriva de tratar verdad en todo, y exponerla, y sustentarla con ánimo ingenuo, y sin pasion y en justicia. Encomiando á los buenos, inflame nuestro espíritu para imitarlos; y entregando á perpétua execracion la desvergüenza de los réprobos y la iniquidad de los hombres de su negocio, á muchos por el miedo á la eterna deshonra los apartará del vicio y despeñadero. Prohibenos la ley divina levantar falso testimonio y mentir. ¿Dónde embustero más pernicioso que quien llama bueno á lo malo, ó ya lo cohonesto y disculpa? No es caridad ni lo puede ser lisonjear á los malos y lo malo, sino condenarlo y reprobarlo ásperamente. Me argüirá D. Luis con que siempre se debe decir la verdad, pero no siempre todas las verdades. A esto respondo que, así como por advertencia caritativa el diestro cosmógrafo dibuja en el mapa las sirtes y bajíos, así tambien el historiador, para leccion en lo presente, y bienhechor escarmiento en lo futuro, nota

en su libro los desmanes de príncipes y poderosos, & juntamente las flaquezas que amenguaron la gloria de los héroes y la envidiable luz de soberanos ingenios. En resolución, pues Dios nos ofrece para todo vivos ejemplos de enseñanza, no olviden vuestras mercedes, que los libros históricos inspirados por él, ni callan, ni ocultan, ni desfiguran la verdad, por dura y acoda que se muestre, y aun cuando el decir la venga á descubrir pecados en ascendientes del Mesías prometido, nuestro Redentor y Maestro. Pero oigamos al Sr. Gerónimo, pues me parece que se le están pudriendo en el pecho más de cuatro buenas razones por salirse á la boca.

Ezquierda sostuvo entónces ser imposible escribir historia sujetándose á patron determinado, ni á método uniforme; y que el historiador no ha de haber sido testigo de los hechos que narra, porque así tendrá el ánimo libre y desapasionado para conocer y juzgar la verdad; examinando, sin el amor y afecto de la propia, las ajenas relaciones. Pero ¿qué fuerzas de ingenio y bien decir, si no fueren divinas, bastarán para volver á la luz y restituir á su antigua forma y vida los hombres de otro tiempo? Yacen (como en sepulcros) gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvos y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados; á los cuales para restituirles vida, nuevo Ezequiel vaticinando sobre ellos el historiador, ha de juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles á cada uno su

encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de vária y bien seguida narración; y últimamente, ha de infundirles soplo de vida con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse.

La vuelta de los Duques puso término á la sabrosa plática; de allí á cinco dias salió para Italia Don Francisco; donde al año siguiente, sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban. Hiciéronle, á 16 de Junio de 1615, en los Clérigos Menores de Madrid, pobre funeral, pero con grande amor, los esclavos de la Majestad del cielo; llevando hachas de cera amarilla en las manos los religiosos, y muy dolorido el corazón los tres interlocutores de la tarde inolvidable del jardín de Pastrana. Al dejar el Templo del Espíritu Santo, preguntó al soldado el escolar, si su merced del Sr. Miguel de Cervantes Saavedra tenia que mandarle alguna cosa para Mallen, pueblo de su naturaleza, y donde estaban sus padres; de quien iba á solicitar permiso para llamar á las puertas de los Carmelitas descalzos, huyendo la engañosa vanidad de la tierra.—Nada más, replicó el anciano, sino que ántes, en alguno de los libros que sé yo que ha de sacar á la luz su buen ingenio del Sr. Gerónimo, toque, pula y atilde cuanto

nos dijo respecto de las partes que ha de tener el historiador para solaz y enseñanza de las gentes. Prometiolo el mancebo, despidiéronse con mil ofrecimientos corteses; y aunque tarde, cumplió el aragonés su palabra.

Ahora escribo yo estas páginas, si no con propicia Minerva, en el intento de Fr. Gerónimo de San José, por atrevido que parezca; afianzando la verdad de los hechos y lo probable de mis conjeturas en el testimonio y juicio de autores contemporáneos; y muchas veces en datos preciosos, originales, desconocidos y nuevos los mas de ellos, que la fortuna hizo venir á mi estudio.

Muy lejos nos hallamos de los tiempos de ALARCON y de Cervantes, y no he visto los más de los lugares que describo; ojalá que por una y otra circunstancia haya acertado á conocerlos y pintarlos mejor.

Venga el lector, si gusta, á pasar conmigo una breve temporada en compañía del gran poeta dramático D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO.

Origen del apellido Ruiz de Alarcon.—Ascendientes y patria del poeta.—Quién fué su padre.

Luego que en 21 de Setiembre de 1177 rindió la fortaleza de Cuenca el rey Don Alonso el Bueno y el Noble, abatidas las soberbias torres de la ciudad, abierto camino por sus deshechos riscos, y troeadas en llanuras sus inacce-

Don Juan Ruiz de Alarcon.—2

nos dijo respecto de las partes que ha de tener el historiador para solaz y enseñanza de las gentes. Prometiolo el mancebo, despidieronse con mil ofrecimientos corteses; y aunque tarde, cumplió el aragonés su palabra.

Ahora escribo yo estas páginas, si no con propicia Minerva, en el intento de Fr. Gerónimo de San José, por atrevido que parezca; afianzando la verdad de los hechos y lo probable de mis conjeturas en el testimonio y juicio de autores contemporáneos; y muchas veces en datos preciosos, originales, desconocidos y nuevos los mas de ellos, que la fortuna hizo venir á mi estudio.

Muy lejos nos hallamos de los tiempos de ALARCON y de Cervantes, y no he visto los más de los lugares que describo; ojalá que por una y otra circunstancia haya acertado á conocerlos y pintarlos mejor.

Venga el lector, si gusta, á pasar conmigo una breve temporada en compañía del gran poeta dramático D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO.

Origen del apellido Ruiz de Alarcon.—Ascendientes y patria del poeta.—Quién fué su padre.

Luego que en 21 de Setiembre de 1177 rindió la fortaleza de Cuenca el rey Don Alonso el Bueno y el Noble, abatidas las soberbias torres de la ciudad, abierto camino por sus deshechos riscos, y troeadas en llanuras sus inacce-

Don Juan Ruiz de Alarcon.—2

sibles asperezas, moviése la hueste hácia el Mediodía con resolucion de dominar los famosos campos que ciñen el Júcar y el Cabriel. Fué tomada Valera, cinco leguas de allí, la cual en tiempo de romanos y visigodos se llamó *Valeria*, donde estuvo la antigua cabeza de partido y silla episcopal del territorio celtibero y lobetano que se mira desde las fuentes del Tajo, á los alrededores de Albacete; y desde Alpuente á la Roda y Avia de la Obispalia. (1)

Distinguíase en todas estas empresas y felices encontros un caballero, natural del valle de Trasmiera, en las Astúrias de Santillana, el primero en acometer y el último en cejar, á quien, prosiguiendo la conquista, se vió con asombro á 30 de Noviembre tremolar el estandarte de la cruz en la inexpugnable fuerza de Alarcon, puesta sobre altísimos y tajados peñascos, y casi rodeada por el Júcar. Plúgole al buen rey D. Alfonso el arrojó y valor de aquel adalid Perran Martínez de Ceballos, y premió su heróico denuedo otorgándole en perpetuidad la alcaidía de tan famoso baluarte, y por apellido el de *Alarcon*. La mezquita fué hecha iglesia, dedicada á San Juan; y en medio de la capilla mayor, un sarcófago, cercado de su reja, vino, andando el tiempo, á guardar las cenizas del valeroso alcaide. (2)

Eran sus armas tres fajas negras en campo de plata, con orla de dos órdenes de jaqueles de oro y rojo, las mismas que usaban los Ceballos; pero Alfonso VIII quiso añadirles nueva orla con ocho aspás doradas de San Andrés en campo azul, alusivas al día que se ganó Alarcon. Y por haber asistido á la batalla de las Navas de Tolosa nuestro héroe, el 16 de Julio de 1212, puso en mitad de su escudo la cruz de fuego floreteada de oro, preciándose, anciano ya, de soldado en la mas alta ocasion que pudieron ver aquellos siglos de piedad y esfuerzo maravillosos. Tal valor y tales blasones cantaba de esta manera, sesenta y cuatro años adelante, el valenciano poeta mosen Jayme Febrer:

ALARCÓ, ANS ZEVALLOS.

Les tres faixes negres
En lo camp de argent,
Ab orla d'escachs,
De or é vermell,
Portaba en l'escut
Aquell excelent
Ferrandó Zeballos,
Que guanya ab sa gent
Lo fort de Alarcon.
E aixi mudá ell

Lo antich apellido,
 Afegint la creu
 De flames de foch
 Perfilada d'or
 Segons que en les Navas
 Ell mateix la ven. (3)

Digno imitador de la bravura del insigne asturiano fué Rui Fernández de Alarcon, su hijo primogénito, cuyos descendientes, para memoria de ella y por diferenciarse de la segunda rama, se apellidaron *Ruiz de Alarcon* desde fines del siglo XIII.

Finalmente, al principiar la XVII centuria conservaba el reino de Cuenca la varonia de Ferran Martínez de Ceballos en tres poderosas casas dividida; perteneciendo á la primogénita los *Ruizes de Alarcon*, señores de Atalayuelas, cuyos mayores habian peleado con gloria en Túnez y en el rebelion de los moriscos; á la segunda, los *Alarcones*, marqueses de la Val-siciliana, señores de Valera de Arriba; ilustrada por el célebre marqués Hernando, denominado antonomásticamente el Sr. Alarcon, vencedor en Lombardia y guardador del prisionero rey de Francia; y á la tercera, los *Ruizes de Alarcon*, señores de Buenache, rama separada de la primogénita, la cual arrancaba de un hijo de Fernan

Martínez Ruiz de Alarcon, tercer señor de Atalayuelas, primero de Valverde desde 1325, y cuarto alcaide y último del inexpugnable castillo del Júcar, por haber hecho donacion de esta villa el rey D. Fernando IV á D. Juan, hijo del infante D. Manuel.

Bien heredados los descendientes del primer alcaide, creciendo en familia numerosa, y copiando en sí el valor y la piedad de sus mayores, se distinguieron como soldados en las grandes empresas españolas; como religiosos y letrados, brillaron en iglesias y tribunales; y como emprendedores, se ocuparon en la contratacion y en los establecimientos de Indias. (4)

El descubrimiento y colonizacion del Nuevo Mundo vino á entretener por dilatados años el ánimo inquieto, la ambicion y codicia de los españoles. Más que poderosos estímulos á su ideal caballeresco y hazañoso, eran las seductoras relaciones que venian de tan apartadas tierras; ya, que Pizarro y su gente habian hallado ser de plata y oro el menaje de las casas en el Perú, hasta las ollas y calderas; ya, que los trescientos soldados ordinarios con que venció tan audaz caudillo, habian partido en el despojo á cinco mil duros cada uno, que fué, como dice Mariana, la mayor presa y botín que jamás se ganó. Añádase el ver entrar á cada hora, desde 1520,

por la barra de Sanlúcar poderosos galeones cargados de riquezas. Ni los naufragios y desgracias continuas de los aventureros, ni los asesinatos á traicion, y otras diversas y crudas muertes que padecian los que por su mal hallaban el oro tantos siglos oculto en las entrañas de la tierra, pudieron contener la emigracion en nuestra península. Todo pobre soldado, puesto que de noble sangre, caballero militar de habito, con una espada y una capa (dice el testigo presencial, Gonzalo Fernández de Oviedo) pasaba mancebo á buscar la vida en las Indias, creyéndolo obligacion de hidalgos y hombres de honra, esperanzados en su buena diligencia, gentil habilidad y valiente osadía. (5)

A los tres años de haber pisado Hernan Cortés el suelo mexicano (1519-1522), tenia pobladas con españoles otras tantas villas, y en los siete siguientes, españolizado el vasto imperio de Motezuma. Entónces llegó á disponer de doscientos mil soldados castellanos é indios; y entrando en cuidado Carlos V, envió por Visorey de México á D. Antonio de Mendoza (1535), quien, segun parece del mismo historiador contemporáneo, Fernández de Oviedo, ya citado, supo organizar la conquista, reprimir muchos desmanes de aquellos tiranizadores aventureros, ver establecida una casa de moneda en la capital y sus-

tentada la religion católica en diez insignes iglesias catedrales. (6)

Fué D. Antonio, hijo del Conde de Tendilla, el que tremoló el estandarte de la cruz en las torres de la Alhambra, y hermano del gran político, historiador y poeta D. Diego Hurtado de Mendoza. Habia nacido en los encantados verjeles de Granada, y gobernó á Mexico por tiempo de diez y seis años, cautivando su humanidad y dulzura el amor de los indios. Asistiólos como padre en la terrible epidemia de 1545, y por su celo y providencia se propagó todo género de ganado, florecieron la agricultura é industria, y se descubrieron ó fomentaron, entre otras muchas minas, las de Sultepec, Temascaltepec, y particularmente las de *Tasco*, de que se ha de hacer repetida mencion en esta *Historia*. A él debió México su universidad literaria y su primer imprenta, encomendada á Juan Pablos Lombardo. De su peculio costeó la importante expedicion por tierra al Nuevo México, y dos por mar, una á las islas de la Especería ó India Oriental, y á las Californias la segunda; pero trasladado al vireinato del Perú en 1550, falleció tres años adelante. Las letras le deben el *Libro*, que mandó escribir, *de las cosas naturales y maravillosas de Nueva España*; y además sesenta y tres estampas de muy curiosos monumentos y objetos de arte

mexicanos, con su explicacion correspondiente; las cuales, apresadas por un corsario frances y vendidas y revendidas, han hecho famosos los nombres de sus editores Samuel Purchas y Melchisedec Tevenot. (7)

Estaban unidos por la sangre los *Mendozas* con los *Ruizes de Alarcon*, tanto, que á principios del siglo XVII habia ya recaido el mayorazgo de Mendoza en D. Juan Ruiz de Alarcon Mendoza y Pacheco, señor de Buenache y de Valverde. Éste fué padre del sacerdote secular, pero religioso en lo inocente de la vida y fervor del espíritu, que dirigió y llevó á cabo en Madrid, á 9 de Febrero de 1609, la fundacion del monasterio de Mercenarias descalzas en la calle de la Puebla, esquina á la de Valverde. Acertado sobremanera anduvo el ameno y discretísimo historiador de la coronada villa, Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos, en presumir que unia cercano parentesco al venerable sacerdote y al autor inmortal de *La Verdad sospechosa*. He podido comprobarlo. (8)

Entre los primeros pobladores de la Nueva España, avecindado en México, se contaba el abuelo del Terencio español, segun irrecusable testimonio del nieto. Si fué allá en la servidumbre del virey D. Antonio de Mendoza, como pariente, ó buscó su amparo años despues, ni está

averiguado ni interesa para mi propósito. Lo que sí resulta indudable es su consanguinidad con el señor de Valverde y de Buenache D. Diego Ruiz de Alarcon, servidor de Carlos V y padre de D. Juan, maestre de campo del rey D. Felipe II. Y cúpleme aquí manifestar, que desde *Pedro Ruiz de Alarcon*, guarda mayor del rey D. Juan el II, hasta el menino de la primera mujer de Felipe IV, seis de los siete señores de aquella casa por linea recta, no llevaron otro nombre que el de *Diego* y *Juan* alternativamente; originándose el de Juan, sin disputa ninguna, de estar dedicada al Bautista la principal iglesia de la villa de Alarcon, donde tuvieron los Alarcones su sepultura. Sirvan tales noticias para explicar el nombre que en la pila se puso á nuestro admirable dramático, y quizá tambien el de *Pedro*, que su hermano llevó, licenciado en teologia por la universidad mexicana y rector del colegio de San Juan de Letran. Los gratos recuerdos de la familia se agolpan dulcemente al ánimo del que vive léjos de la patria. (9)

Uno de los más entendidos y celosos mineros en el real y minas de Tlacho, poblacion que los españoles dijeron Tacho y Tasco, á veinte y tres leguas sudsudueste de México, fué padre del insigne autor de *El Exámen de maridos*, como éste asimismo estampó en repetidos memoriales.

Integro en el desempeño de su administracion, y procurando aumentos á la Real Hacienda, fió de ellos la consoladora esperanza de no escasas mercedes para sus hijos. Hacían el duro trabajo de mineria los condenados por delitos más ó menos graves, siendo de mucho riesgo el sujetar á hombres criminales ó forzados, prontos siempre á la rebelion y á la desobediencia. (10)

Esta circunstancia, que obligó á que permaneciera dilatados años en Tasco el padre de D. JUAN, y la de haberle nacido allí el otro hijo D. Pedro, indujeron á fray Baltasar de Medina, cronista de los Franciscanos de Nueva España, en el error de suponer y sustentar que tambien en Tasco vino á la luz del dia el célebre poeta. Faltole precaucion para no dar como hecho cierto y averiguado sus deducciones y conjeturas; y sin embargo, débesele cumplida alabanza por el cuidado oportuno de recordar la procedencia y nobleza de la familia de Alarcon. Pero ni por un momento se dude que nació en México: él nos lo dijo y repitió sin descanso en todos los documentos de su carrera, en el rótulo de sus versos, en sus instancias de pretendiente. (11)

Y ¿cómo extrañar la alucinacion del religioso cronista en 1682, un siglo, poco más ó menos, despues del nacimiento del poeta, cuando en 1672 el sabio Nicolás Antonio estima á Cervántes na-

tural ú oriundo de Sevilla, y en 1677 le incluye resueltamente entre los hijos de esta ciudad su diligentísimo analista D. Diego Ortiz de Zúñiga? Hoy mismo ¿no cuenta en su seno la Real Academia Española un estudioso granadino, á quien las actas de la de Ciencias de Berlin, por la pluma del docto Hübner hacen natural de Zuheros, en la provincia de Córdoba; miéntras desde Colonia el erudito Guillermo Schmitz le supone madrileño? A la afirmacion propia tiene forzosamente que ceder su puesto la ajena.

CAPITULO II.

Estudios literarios en México.—Alarcon desea graduarse, completándolos en Salamanca.—Viaje de España.

1593

Todavía no he podido averiguar el año en que pasó á Tasco el padre de Alarcon, pero seguramente debió ser cuando habia nacido ya nuestro poeta. Sin embargo, educáronse en México tanto DON JUAN como su hermano, donde el primero cursó gramática y cánones, hasta ponerse en aptitud de aspirar al grado de bachiller, que entonces valia lo que no vale en la edad presente. Pero queriéndole recibir en la Atenas de España, con este gallardo intento salió del golfo mexicano en direccion del viejo mundo al comenzar el último año del siglo XVI. Un descuido, una desgracia en la niñez, habia hecho jorobado al estudiante, necesitándole así á procurar

con el ingenio lo que le negaba la difícil naturaleza. (12)

Desde que el valentísimo Cortés halló parecidos á las comarcas del Guadiana y Guadalquivir el cielo y suelo de la region que se le rendia, y quiso que se denominase Nueva España, se esforzaron los bizarros colonos en imitar las enseñanzas, establecimientos, edificios, cultivos, usos y costumbres de la metrópoli. ¿Cómo dejar de ser modelo para la universidad mexicana el estudio de la salmantina, que juntamente con los de Paris, Bolonia y Oxford era famoso entre los cuatro generales del orbe? (13)

Erigióse el de México por cédula del emperador Carlos V, fecha 21 de Setiembre de 1551; su apertura solemnisima se verificó á 25 de Enero de 1553; los sumos pontífices Paulo IV y Clemente VIII le concedieron todos los privilegios de los gimnasios de Salamanca y Alcalá de Henares; y desde el primer dia comenzaron á dar allí la enseñanza un preceptor de Gramática y los siete catedráticos de Retórica, Dialéctica, Prima de Cánones, Decretales, Instituta de Justiniano, Teología escolástica y Sagrada Escritura. Poco á poco fueron creciendo estas cátedras hasta venirse á contar cinco de Teología, una de Disciplina eclesiástica, siete de Jurisprudencia canónica y civil, cinco de Medicina, dos de Fi-

losofía, una de Matemáticas, otra de Retórica, y dos de lenguas mexicana y otomí. Logró reunir su claustro insigne más de doscientos doctores; miéntras para los cursos, matriculas y grados veía sujetos á si aquel emporio de las letras numerosos colegios en la capital, y nueve seminarios de ciudades sufragáneas. De él salieron, por último, en poco más de dos siglos, cien obispos, otros tantos consejeros reales, y no se pueden reducir á número los varones eminentes para todas las carreras del Estado. Pero ántes de pasar adelante, bien merece agradecido recuerdo el alcarreño fray Alonso Gutierrez, humanista por Alcalá, filósofo y teólogo profundo por Salamanca, ayo de los hijos del Duque del Infantado, que abandonando carrera, amigos y patria, se une á la mision americana de Agustinos, viste su hábito en el puerto de Veracruz, y por el de esta ciudad deja el apellido paterno. Fray Alonso de Veracruz ideó, promovió con el virey Mendoza y agitó la fundacion de la universidad mexicana, trajo para ella sesenta cajones de libros, y fué su primer catedrático de Escritura, hasta que de ochenta años murió en el de 1584. (14)

Uno, pues, el sistema literario de las escuelas en la ciudad de las lagunas y en la del Tórmes, veamos cómo se formó el gusto exquisito del poeta,

qué doctrinas aprendió, y de qué suerte se dispuso para brillar en la carrera del foro y en las letras humanas.

Es muy verosímil que adquiriera los primeros rudimentos de las ciencias, comenzada la última década del siglo XVI, en alguno de los colegios donde entónces se daba instruccion sólida y vária, tales como los de San Gerónimo, San Justo y Pastor, San Miguel, el Rosario, San Pedro y San Pablo, y con especialidad el más antiguo y célebre de San Ildefonso; el cual, en un principio, se gobernó por clérigos seculares y luego por jesuitas, educándose allí la flor de la juventud de Nueva España. Contaba cerca de trescientos alumnos, y llegó á mantener cátedras de Humanidades, Filosofía, Teología, Cánones y Derecho civil, y el respectivo número de academias con su presidente cada una. Ya se sabe que los colegiales aventajaron siempre al vulgo estudiantesco, por la obligacion de oír á sus peculiares maestros, dentro de casa, y juntamente á los de la universidad, concurriendo á ella por clases y con el mayor celo y compostura. (15)

Competían á ia sazón los colegios en el más vigoroso cultivo de las bellas letras; y la congregacion de la Anunciata, de clérigos seculares, fundada en el máximo de San Pedro y San

Pablo, año de 1580, gozaba nombre por sus *Instituciones políticas para la juventud mexicana*, que no recuerdo se viesen de molde hasta 1605. Pero á disputarles el público lauro, aquel año mismo, y de la oficina del andaluz Enrico Martin, impresor, cosmógrafo real, intérprete de la Inquisición, y de quien largamente hemos de hablar despues, salieron otras *Instituciones poéticas para uso de la estudiosa juventud mexicana*. Eran debidas á la pluma del manchego Bernardino Llanos, jesuita no sacerdote, que escribió muy lindos versos latinos y fué maestro de Huminades en México, y en su colegio de San Ildefonso, nada ménos que cuarenta y cuatro años, desde el de 1585 al de 1639. (16)

Por supuesto que al empezar sus estudios el niño JUAN RUIZ DE ALARCON, acaso en 1593 y á la edad de doce ó trece años, estaban desde mucho tiempo atras desvanecidos los escrúpulos que suscitó en algunas escuelas de aquella ciudad el jesuita Vincencio Lanuchi, natural de Italia, oponiéndose con la mayor vehemencia á que la juventud leyese en autores gentiles: sobre ello hizo consulta el primer provincial de la Compañía de Jesus, Pedro Sanchez, año de 1577; pero el General le previno que sostuviera resueltamente la lectura de autores profanos. (17)

ALARCON, pues, ya iniciado en la índole y estructura de la lengua latina, por estatuto debió oír con dos catedráticos la gramática, nombre entóncees genérico de las artes que enseñan la elocuencia, y á conocer y quilatar las obras de la antigüedad griega y latina. Un profesor explicaba los historiadores y otro los poetas, en horas distintas, para que los estudiantes pudieran concurrir á una y otra enseñanza. Los preceptos se leían por el arte de *Laurencio Valla*; y servían de textos, para la historia, los *Comentarios de César*, *Suetonio Tranquillo* y *Valerio Máximo*; y para la poesía, las *Tragedias de Séneca* y los poemas de *Virgilio* y *Horacio*. Cada frase de un autor se desmenuzaba y comentaba gramatical é históricamente, dando ocasion á un estudio práctico, asiduo, fecundo, de geografía y cronología, de lingüística, de filosofía moral y política, fundado no en vagas generalidades ni en caprichosos móviles, sino en la apreciación de los hechos que pasaron, forma con que los narraron los escritores y poetas, y observaciones, máximas y advertimientos con que los procuraron revestir y avalorar.

Mientras el examinador no consideraba suficiente gramático á un alumno, era inútil pretender pasar á facultad. A la de Cánones se matriculó ALARCON, ganando en los tres primeros año

Decreto, Decretales y Sexto, y quedando hábil para optar al título de bachiller. (18)

¿Pero á estos únicamente se han de creer limitados sus estudios en México? «Todo hombre es elocuente en lo que sabe,» decia Sócrates; y así mucho debía saber y muy de raíz y muy sólidamente quien desataba raudales de elocuencia como filósofo profundo, gran dialéctico y observador y conocedor de los secretos de la naturaleza, y de los erráticos y geniales movimientos del corazón humano.

Yo bien sé que basta un libro solo á quien estudia y quiere aprender, así como no sobran ni centenares de ellos á quien escribe y quiere enseñar. Sé tambien que en las universidades y colegios lo más que se puede aprender son los elementos de las ciencias y artes, el método para estudiar las materias; lográndose, á la vez, adquirir fáciles y provechosas noticias con el trato y comunicacion de discretos y excelentes condiscípulos. Pero si las ciencias adelgazan los entendimientos, avivan la imaginacion y enriquecen con levantados conceptos el discurso, forzosamente que debió desde la primera niñez buscar la compañía de los más estudiosos alumnos y la direccion de los maestros más sabios, y concurrir á muchas aulas, quien á la edad madura hizo alarde hermoso de vastos conocimientos.

Yo me figuro á nuestro poeta uno de esos hombres nacidos para ser estudiantes toda la vida, lo cual no suele rendir el fruto apetecido, faltando sólida preparacion, unida á pronto ingenio, dócil ánimo y entusiasmo incontrastable. Avivaron su amor al estudio y le empeñaron en buscar en él bálsamos de distraccion y consuelo, su misma constitucion enfermiza y la lucha de la naturaleza al tiempo del desarrollo físico, dificultísimo en un cuerpo tan descompaginado.

Ya tenemos gramático y medio canonista al contrahecho mozo que habia de ser gloria y regocijo de las musas del teatro.

1600

Veámosle resuelto á emprender el viaje del antiguo mundo en la flota del Perú y Tierra firme que con ocho meses de retraso, por fin zarpaba de la Habana dos dias despues de la fiesta de Reyes del año 1600. Componíase de cincuenta y ocho velas, y su capitán D. Francisco Coloma no quiso aventurarla toda junta, sabiendo que la armada de Holanda y Celandá, que el enemigo envió desde Canarias el año anterior, habia entrado á saque nuestros emporios occidentales de Africa, y estaba en acecho de los ricos galeones de la India.

Con catorce buques salió á 8 de Enero Colo-

ma, trayendo mas de cien millones de reales en plata, setenta y tantos cajones de cochinilla, cerca de trescientos de añil, é hizo tan venturoso viaje, que en cincuenta y dos dias llegó á Sanlúcar, habiendo apresado en el camino dos enemigas naves inglesas, tripuladas por cien hombres cada una.

Las cuarenta y cuatro restantes de nuestra flota, en que iban pasajeros y mercancías, no levaron ancla hasta últimos de Febrero, ocasion poco favorable por echarse encima el equinoccio. Así fué que padecieron recio temporal á poco de salir de la Habana, y en desembocando la canal de Bahama perdieron dos buques, pero no su riqueza ni la gente. (19)

Hé aquí á nuestro poeta en la extension vastísima del Océano, revolviendo en su memoria cuanto había leído en las escuelas. ¿Cómo trasportarse á los remotos siglos en que los púnicos bajeles de cincuenta remos, abandonando el estrecho de Hércules y encerrando en su seno sobre treinta mil personas, hombres y mujeres, desafiaban los furios del ignoto mar, codiciosos de fundar nuevas colonias con la gente que sembraba en su república, siervos los más, egipcios nómadas y farusios? Ya se figuraba una de aquellas escuadras ser, como la de los miseros fugitivos troyanos, juguete de las iras del viento en aque-

llas anchas é inconmensurables llanuras del Atlántico, arrebatada por la gran corriente ecuatorial, llamada *Gulf-Stream*, y salvarse las últimas reliquias de la malograda expedicion en las playas de un apartado y desconocido continente. Por fin descubre nuestro viajero la tierra española; y á principios de Mayo mira reflejarse en las tranquilas ondas del Guadalquivir la Giralda y la Torre del Oro, y oye el ruido de la gran Sevilla, el són continuo de las piadosas campanas, las voces, la algazara del puerto.

CAPITULO III.

Arribo á la península.—Salamanca.—Vida estudiantesca.

1600

Hominibus, quos Deus amat, Hispali domum largitur et victum: «A quien Dios quiso bien, en Sevilla le dió de comer;» y «quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla,» decíase entonces por toda la redondez de la tierra. Gran comezon debía tener ya el indiano de entrar por la puerta del Arenal, deleitarse en la majestad y magnificencia de la iglesia mayor y en la hermosura del alcázar, visitar la huerta de Colon junto á la puerta Real, y la casa de Contratacion de Indias con la de la Moneda, en que sorprendian aun al mas acostumbrado á ello, las innumerables barras y quintales de plata y barriles llenos del precioso metal traído de Nueva España, cuyos dueños, cansados de esperar turno para re-

cogerla fundida, obtenian licencia de fundirla donde pudieren. (20)

El atractivo de Sevilla es verosímil que hiciera suyo algunas semanas el viajero, sin ponerle en cuidado la peste que picaba allí desde el verano anterior. Pronto hubo de incomunicarse Andalucía con el resto de España, é ignoro si ALARCON no pudo hasta el otoño trasladarse por Extremadura á Castilla la Vieja. (21)

Saliéronle al paso las deshechas ruinas de Itálica, dulcemente lloradas cinco años hacia (1595) por la musa juvenil de Rodrigo Caro; venció la Sierra Morena; siguió por el camino de la Plata, obra admirable del empuje romano; contempló los campos extremeños que tantos héroes habian dado al Nuevo Mundo, pareciéndole Mérida y Cáceres sombra de lo que fueron en la edad antigua, y llegó á los estudios de Salamanca, ciudad que, en sentir de Cervántes, hechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado.

Eran mas partidarios del estoque y broquel y de rondar colosias los estudiantes, que del maestro de las sentencias y de Bártolo y Baldo. Gente moza y alegre, bien pertrechados de ropa blanca y de vestido negro lucido los ricos, asi como de travesura y astucia los pobres, procuraban todos granjear ventura por medio de amigos y aficio-

nados, y encadenarse con el afecto unos á otros hasta componer muchedumbre invencible. Apuraban y probaban á los novatos con toda clase de burlas y matracas; ponian á cada cual su apodo, y en juegos, estafas, bromas y galanteos, consumian la mayor parte del tiempo, dedicando el ménos posible á los estudios. Las cátedras que exigian, como las de matemáticas, muy reconcentrada atencion, hallábanse casi desiertas, dándose el caso de no asistir á la de geometria sino solos dos oyentes. (22)

Al anohecer acudia gran turba estudiantil á los paradores para inquirir novedades y ver lo que se debanastaba de coches y de carros, asi de mozas guapetonas, como de camaradas antiguos ó nuevos conmlitones. De aquellos y de los arrieros interesaba saber la despensa que traian; y de los noveles, averiguar la condicion y el trato. Gastábase la noche en rondar y aprovechar cualquier favorable coyuntura de recreo y delectacion; siendo necesario para estas salidas vestir buen colete de ante, descolgar de la cabecera de la cama el broquel, hijo leal de la insigne Salamanca, y prender de la cintura alguna espada á prueba de tajos y reveses, que por artífice reconociera entendido forjador como los Sahagunes, Tomás de Ayala, Miguel Cantero, Ortaño de Aguirre ó Sebastian Hernández. Habia que re-

sistir á la justicia *viribus et armis*, espantar á los galanes de callejuela, y llevar á cabo muy exquisitas burlas, si no de gran pesar, de harto sufrimiento para los recién-venidos, y de aquellas en que suele romperse la correa del más pacienzudo y redomado.

Los que trasladándose de otras universidades conocian la aguja de marear, cuidaban de imponerse á los traviosos, haciendo que su habla fuese despejada, libre y por ningun titulo encogida y modesta. Saliales bien desnudar la daga á las primeras palabras desabridas que les dijeran, y demostrar no ser legos en el arte de Carranza. Ante todo, urgia cobrar opinion no solo de pronotos de lengua, sino tambien de manos, trayendo gran interes saberlas mover con brio en cualquier evento. Muchos, para profesar de bravos y temerones, solian ponerse de acuerdo con cuatro ó cinco amigos, discurrendo un aparente motivo de riña, y en público la representaban cual Cides ó Bernardos:

.....Fué concierto,
Y fingida la cuestion,
A la usanza de estos tiempos;
Que hay pendencias de tramoya
Y valientes de embeleco.

Apláudase el ingenio y el artificio que acertaba á poner freno en los rencillosos, advirtiéndolo

los para no tropezar descortesmente con el recién llegado forastero. En resolución, importaba ostentar valentía, saliera el sol por Antequera, aun á costa de ocho ó diez rasguños, y cicatrices, y aun de alguna herida de peligro, si no se podía pasar por otro punto. Los padres vivían contentos, suponiendo que sus hijos estudiaban, y los chicos también con presumir que así sus padres lo entendían. (23)

Tal vez no faltó á nuestro D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA algun camarada predilecto y de los galleadores en el estudio, á quien poder decir, con el galán de su mismo nombre y segundo apellido, que figura en *La Cueva de Salamanca*:

¿Qué travesura intentastes
En que yo quedase atrás?
¿En qué pendencia jamás
A ese lado no me hallastes?
¿Qué calle no paseé?
¿Qué noche fría dormí?
¿Qué mujer con vos no ví,
Ó qué espaldas no os guardé?

Era muy leal en sus amistades, y el cariño debió arrastrarle fácilmente á no esquivar aventuras ni peligros de sus compañeros, contestando, si alguno dijese:

¡Oh! ¡para estas travesuras,
Qué diligente es Don Diego!
—Moje el agua, queme el fuego,
Y haga el mancebo locuras.

No hay manera de suponer que el estudiante mexicano se librara de matracas. Ni ¿cómo faltarle apodos y contra-apodos saltando tan á la vista sus jorobas? Pero su gracejo natural, su ingenio pronto y vivo, sus destreza en las armas, conjurarian no pocas tormentas; siéndole fácil ganar voluntades, devolver con presteza y donaire las picantes pullas, y castigar las insolencias, á que desde la puericia es siempre inclinado el vulgo de los hombres.

Pero si el mismo ALARCON pone en su punto las demasías de la estudiantina,

En Salamanca, señor,
Son mozos, gastan humor,
Sigue cada cual su gusto;
Hacen donaire del vicio,
Gala de la travesura,
Grandeza de la locura;
Hace, en fin, la edad, su oficio, (24)

cuando contemplaba hombres barbados exprimir su ingenio en la mofa é injusta sátira, emulando las calaveradas de los chiquillos á impulso de la malevolencia y de la envidia, entónces se mostró inflexible en la censura.

CAPITULO IV.

Recibe Alarcon en Salamanca la investidura de bachiller en cánones y en leyes.—Estudios de esta facultad.—Orden, tiempo y manera de hacerlos.—Grados.

1600

Si no se detuvo en Sevilla nuestro poeta, y sin descanso tomó el camino de Salamanca, lo que me parece inverosímil, tocóle presenciar en aquel insigne claustro la inolvidable ceremonia de conferirse el grado de maestro en Santa Teología al carmelita Fr. Pedro Cornejo, abreviados términos y dispensadas solemnidades para que lo presenciassen, como lo presenciaron, D. Felipe III y su esposa D.^a Margarita de Austria, viénes 30 de Junio, donde á los reyes cupo tambien su propina de setenta y dos reales y guantes, como á los doctores y maestros. Venia semejante honor á recaer en hombre muy docto, cuyos escritos fueron gloria de Salamanca, su patria; y en ella, diez y ocho años adelante, desapareció de entre los vivos. (25)

Alarcon, presentados los documentos que acreditaban sus estudios, demostrada su aptitud en nada ménos que diez lecciones de más de média hora cada una, fuera de otras probanzas y ejercicios preliminares, y hecha peticion al cancelario de la universidad, maestrescuela de la santa iglesia catedral de Salamanca y Dr. D. Juan de Llano y Valdés, recibió el grado de *bachiller* en Cánones á las nueve de la mañana del miércoles 25 de Octubre del año de 1600. Confiriósele el Dr. Diego Espino de Cáceres, catedrático de prima en la facultad, siendo testigos el licenciado Alonso Sotillo de Mesa, Alonso Dávila y Juan Perez de Mendiola, Diego Hurtado, bedel, y Bartolomé Sanchez, notario y secretario, que de ello daba fe y testimonio. (26)

Pocas horas despues el animoso indiano se inscribia en la facultad de Leyes; proclamando sin cortapisa ninguna, así el *Libro de bachilleramientos en todas facultades*, que empezó á 22 de Abril de 1598, como el *Libro de matrícula de los estudiantes de la Universidad de Salamanca*, abierto en 24 de Noviembre de 1599, ser «JUAN RUIZ DE ALARCON, natural de México, en la Nueva España.» (27)

Gran contentamiento había de causarle mirarse ya todo un bachiller por Salamanca; satisfacción que deja entrever cierto diálogo de dos

escolares, en la ya citada comedia, ponderando el valor del grado:

Calla, bachiller.—En artes
 Por Salamanca lo soy.
 —Segun lo que viendo estoy,
 Lo serás por todas partes.
 —Los bachilleres aquí,
 En todas partes lo son;
 Que es de esta escuela exencion.
 —No se perderá por tí.

Y en efecto, eran tales bachilleres en todo preferidos por estatuto á los de otras partes, aunque unos y otros tuviesen iguales cursos, y contasen mayor antigüedad en el grado los de afuera.

1602

Sin embargo, el valor y grande importancia del nuevo honor académico estribaba para Don JUAN en que, bachiller canonista, podia aspirar al mismo lauro en Derecho civil con solos dos cursos de *Código* ó de *Digesto*. Los cuales ganados ya en Agosto de 1602, titulándose bachiller en Cánones por Salamanca, recibió el bachilleramiento en Leyes á las dos de la tarde un martes, 3 de Diciembre, del referido año, dándosele el Dr. Juan de Leon, testigos Gregorio Fernández de Toledo, dos bedeles y el secretario. (28)

Nada tenían ciertamente de costosos los grados menores, pues sus derechos consistian en un florin para los bedeles, otro al notario, y cinco reales al arca universitaria, cuyo caudal, reservando la cuarta para las fiestas, repartiase entre doctores y maestros.

Invertia el estudio de leyes cinco años. Tocaba en el primero leer *Instituta*, y en el segundo y tercero *Código*; con facultad de asistir durante este último año á la cátedra de *Digesto*, cuyo exclusivo aprendizaje ocupaba el cuarto y quinto de la carrera. (29)

El curso tenia comienzo por San Lucas (18 de Octubre) y terminaba por San Juan (24 de Junio); en cuyo medio tiempo los catedráticos propietarios habian de dar ciento cuarenta y cuatro lecciones, asi distribuidas: cuarenta y dos hasta fin de Diciembre, treinta y seis en los meses de Enero y Febrero, treinta y cuatro en los dos siguientes, y treinta y dos hasta San Juan. Desde este dia hasta el 8 de Setiembre seguia lo que pudiéramos llamar cursillo, estando á cargo de sustitutos las lecciones, que subian al número de cuarenta y nueve, para que se pudieran completar las que faltasen á los alumnos, ó repasar éstos aquellas materias que no llegaron á dominar.

Entónces, maestros y discípulos entraban en vacaciones por espacio de cuarenta dias.

La publicación de la matrícula tenía lugar en las tres fiestas de San Martín, San Lucas y Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, pero cerrábase definitivamente en la Pascua de Resurrección.

Si el discípulo asistente á clase y no matriculado, lo hacía antes del 9 de Enero, ganaba curso á contar desde el momento que se presentó en el aula; y para todo el que se inscribía despues, comenzaba el año escolar desde la fecha de la matrícula, sin que le valiera el haber sido oyente.

1604

No se encuentran hoy en el archivo de la universidad de Salamanca las listas de matrícula correspondientes á los años 1602 y 1603; pero en las de 1604 resulta incluido entre los alumnos de Leyes, en 24 de Octubre «JUAN RUIZ DE ALARCON, bachiller canonista y legista, *natural de México*, en Indias,» detrás de Don Alonso de Sotomayor, *natural de Salamanca*, discípulo de primer año, y de Pedro García Carrillo, *natural de Valencia de Alcántara, diócesi de Coria*, bachiller canonista hecho en aquel mismo día. (30)

Como se ve, no dice año de carrera esta matrícula de ALARCON; y hay de notable en ello que emprenda un curso más, quien, con los dos

ya concluidos despues del bachillerato, podía pretender la licenciatura. ¿Es que faltándole puntual conocimiento de la *Instituta* de Justiniano, y deseando dominar la facultad, renunció al beneficio de acortar un año la carrera en aras del mayor lucimiento? Yo lo imagino así: por tan concienzudo y estudiante le tengo; y lo hallaríamos confirmado si aparecieran las dos listas de matrícula extraviadas, viéndole figurar en una y otra. Fundamento, y no pequeño, debió tener el entusiasmo que por él sentía desde 1604 Brician Díaz Cruzate, mancebo entonces de diez y ocho años de edad, que cinco despues, en el de 1609 y en México, declaró que siempre le había visto ser continuo pasante, estudioso, cuidadoso, diligente é inteligente, aficionado á los libros de la facultad, trayéndolos á toda hora entre las manos. (31)

En 24 de Junio de 1605 dió por terminados sus estudios. (32)

1605

Salamanca no ofrecía grandes recursos á un pasante; y el grado de licenciado resultaba costosísimo en aquella universidad, aun cuando más económico que los de doctor y maestro. Había que dar propinas largas en la *tentativa y repetición*, al padrino, examinadores y bedeles; á los que entapizaban la universidad, á los que pu-

blicaban las conclusiones, á los atabaleros y trompeteros y al maestro de centurias. Y llegado el *licenciamiento*, que se verificaba en la capilla de Santa Bárbara de la iglesia catedral, no tenían fin ni cabo las propinas y derechos: á los campaneros de la catedral; á cada uno de los ministros asistentes al acto, cuyo número no solía bajar de cincuenta personas; al maestrescuela, padrino, examinadores, bedeles, maestro de ceremonias; al arca boba de la universidad; á los que se encargaban del recado de ropa y loza para la cena; á los que ésta servían, y á los músicos y ministriles. Añádase la cera para la misa, para el canciller y padrino, graduandos y ministros graduados, secretario de la universidad y sacristan de la capilla: esto sin olvidar la de varios altares, muy especialmente el de Nuestra Señora de la Estrella, ante cuya imagen oraba mientras la votación el aspirante al grado, en compañía del maestro de ceremonias. Tales gastos crecían á maravilla con el refresco, las colaciones por persona y la cena que se seguía, con su *ante* de ensalada, perdiz ó pichon por cabeza, libra y media de anguila ó trucha, asimismo por barba, jigotes ó pernils de tocino cocidos y fiambres, un *pos* de aceitunas, frutas, anises y barquillos, el indispensable manjar blanco y los dulces. Tenía que ser de leche el pan, con toda abundan-

cia; el agua de nieve si fuere tiempo; no faltando aloja, vino blanco y tinto á pedir de boca. Exigíanse, además, otros platos bastante suculentos, cuya clase, número, aderezo, peso ó medida se determinaban también por reglamento, á satisfacción del veedor. (33)

Tanta guarnición y tantos arrequives asustaron el estrecho bolsillo del mexicano; y el no tener ya nada que hacer allí, vino á decidirle por refugiarse en la gran ciudad de Sevilla, donde no debían faltarle asuntos ni relaciones de su padre, y podía ejercer la abogacía á la sombra de algún letrado famoso, adiestrándose en la práctica de los negocios de Indias.

Con muchos y buenos brindaban efectivamente, al canonista la curia eclesiástica, y al legista la Audiencia y Casa de Contratación.

CAPITULO V.

Sevilla.—La Real Audiencia.—La Casa de Contratacion de Indias.—Alarcon pasa tres años abogando en aquellos tribunales.—Ambiciona los laureles del Parnaso.—Importancia de la poesia en los siglos XVI y XVII.—Academias poéticas.—La del duque de Alcalá.—La del veinticuatro Arguijo.—La de D. Diego Jiménez de Enciso.

1606

La Audiencia tenia de antigüedad medio siglo, pues ántes gobernaron á Sevilla, desde el año 1250 al de 1553, cuatro alcaldes mayores, y cada cual de por sí fallaba los pleitos que le cabian en suerte. Colegiando á tales alcaldes y otros ministros de experiencia y categoría, formó Carlos V, y con su consulta el príncipe Don Felipe, un tribunal de los jueces de grados, que á 10 de Enero de 1556 se hizo Real Audiencia, para conocer á nombre de S. M., en vista y revista, mediante apelacion, de causas civiles susanciadas y sentenciadas por los jueces de la ciudad y su tierra. (34)

Cuando ALARCON volvía á las orillas del Guadalquivir era regente de la Audiencia el licenciado Pero López de Alday, con su fiscal y ocho señores oidores, distribuidos en dos salas y pagados sus salarios por la misma ciudad. (35)

Ahora digamos algo del Tribunal de Comercio, ó sea Casa de Contratacion de Indias, que tanto lustre é importancia dió á los sevillanos, y que ya contaba de vida más de un siglo. Creáronla en el año de 1503 los Reyes Católicos, viendo cuán maravillosamente crecian las cosas de Indias, y que su factoria y correspondencia habian menester propia organizacion para el mejor expediente de los negocios. Vino á erigirse con tres ministros, á saber: factor, tesorero y escribano, que luego se dijo contador, proveyendo el primero de tales cargos en el genovés Francisco Pinelo, y el segundo en el Dr. Matienzo, canónigo de la Santa Iglesia y provisor del arzobispado. Acomodóse el Tribunal en las Atarazanas, situadas entre la puerta del Arenal y el postigo del Carbon; pero ántes de cuatro meses ya se alojaba definitivamente en el Alcázar viejo, colocado á espaldas del del rey D. Pedro, por la parte que mira á la puerta de Jerez, y muy pronto se redujo á fabrica moderna. (36)

ALARCON llegó en los momentos en que el asistente de Sevilla y presidente de aquella casa, D. Bernardino de Avellaneda, señor del Castrillo, la ocupaba de nuevo, reedificada por haber sido presa de las llamas dos años ántes, en el de 1604; desde cuya época, hasta 1609, duró el gobierno de Avellaneda, hombre de condicion dura, y resuelto á imitar en lo frecuente y ejemplar de los castigos á sus antecesores el Conde de Puñonrostro y el Marqués de Montesclaros; aquel que «refrenó con temida severidad los belicosos ánimos de la inquieta juventud sevillana.» Frisaba nuestro asistente Avellaneda en los setenta años: capitán que fué en las galeras de D. Sancho de Leiva, su tío, cuando el socorro de Orán, la toma del Peñol y la guerra de Córcega; soldado valentísimo en el rebelion de Granada, donde fué dos veces herido, y de donde se volvió á la mar, porque allí sirven más las manos que los piés; luego capitán general de la real armada de la guarda de las Indias, con la cual puso en fuga y desbarató al feroz corsario Francisco Draque, mereciendo que en premio se le encargase el difícil gobierno de Sevilla. Vivió noventa y tres años, y falleció en Madrid en el de 1629. (37)

Veinte hacia ya en el que estamos de 1606, que entre la Casa de la Contratacion y la iglesia metropolitana dieron principio las obras de la

Lonja de los mercaderes, donde se comenzó á negociar el dia 14 de Agosto de 1598: robusta construccion de Juan Herrera, el maestro mayor de la del Escorial, y muy notable por su majestuosa y bellísima escalera y por el intento de su ereccion, que fué para alejar de las gradas y patio del templo metropolitano á vendedores y negociantes. (38)

Casi tres años permaneció ALARCON en la ciudad de Sevilla, abogando en su Real Audiencia, donde adquirió crédito de muy entendido y fama de hombre honrado, en vida y costumbres excelente. (39)

Aquí es donde hallamos por vez primera sobre su bufete, junto al *Digesto* y las *Partidas*, la armónica lira del rondeño Espinel, nada temerosa de deslucir, sino muy ufana de acrecentar la reputacion y fama del letrado con el renombre de poeta.

Era en aquella edad eficacísimo, como se ha visto, el sistema de enseñanza para desarrollar y vigorizar la fantasia de quien nació grato á las Musas. Empeñando la curiosidad y el amor propio de los alumnos, desde que saludaban las aulas, en conocer, imitar y emular las bellezas de los latinos y griegos, hallábanse de repente y cuando ménos lo imaginaban, diestros en componer y versificar en la ingénita lengua española.

Muy familiares Marcial, Terencio y Plauto para ALARCON al partir del indiano continente, no soltándolos de la mano en Salamanca, y asistiendo allí á la incesante ardorosa palestra de las musas latino-hispanas, singularmente de las que dan vida al teatro, se sintió ya poeta galano y fácil al calor del sol de Andalucía. Y esperanzado en hacer español, cuando pluguiera al cielo, el tesoro escénico de Roma y Grecia por su aplicación acaudalado, conoció que le estaria bien trahar conocimiento en el corro de los ingenios dramáticos, así famosos como de primera tonura; esto es, con Juan de la Cueva, Cervántes, Ochoa, Salustrio del Poyo, Vergara y Jiménez de Enciso: entónces soñó quizá en los laureles que habian de eternizar su nombre.

Aquel, á no dudar, fué el siglo de las Musas. Creiase, y con razon harta, que el entendimiento, bien formado por el estudio de las ciencias, adquiere mayor vuelo y sobrenaturales fuerzas en alas de la poética inspiracion, y que el númen de Apolo engrandee y levanta á sus hijos sobre el vulgo de los espíritus prosaicos y materializados.

El poeta, aspirando casi siempre á lo grande é infinito, suele desasirse de los intereses bastardos que á los hombres convierten en Proteos; y con altos pensamientos, consoladoras máximas, agudas y persuasivas razones, gusta de apacentarse

en la viva luz de la justicia y de la verdad, logrando que las artes del ingenio presten soberano realce á las armas y á las letras. Esto se entiende de los verdaderos poetas, que no de los mohatrerros ni de los que trafican miseramente con el estro divino.

Apreciaron lós siglos XVI y XVII en sumo grado á los poetas, como que entónces su brillante corona solo se alcanzaba despues de muy profundos y bien encaminados estudios. Así es que la ambicionaron todos, lo mismo el seglar que el religioso, el militar que el purpurado, el artesano que el monarca. Ni la esquivó el austero Felipe II, causándonos admiracion y deleite su magnífica glosa á la cancion del *Contentamiento* y su epigrama á la *Cortesía*. (40) ¿Era posible ya reprimir en los magnates la emulacion afanosa por ganar renombre de poeta y Mecenás espléndidos, aun euando hubiesen de imitar para lo primero á la corneja de la fábula, vistiéndose de asalariadas plumas? Pero lo que fué más todavía, las mujeres llegaron á exigir con su innata vehemencia ser galanteadas con ingenio y discrecion, y requebradas en muy delicados versos, viniendo así España á convertirse en una pastoril Arcadia y en los encantados verjeles de Armida.

No hubo ni funcion religiosa, ni fiesta ó regocijo público, ni victoria ó descalabro en nuestras

armas, ni bautizo, boda ó entierro de adinerado señor, que no se solemnizase con una academia poética.

Teníanlas muy de continuo en su casa los próceres para su esparcimiento; y á fin de ganarse el favor popular en los vítores y aclamaciones entusiastas de los poetas, disponíanlas los hidalgos ricos, y asimismo personas de mediana calidad, que se llamaban á la parte, ó por hacer figura ó proporcionarse honesto pasatiempo.

Los vireyes, para mayor esplendor y autoridad, cuidaban mucho de llevar á sus gobiernos una colonia de poetas por secretarios y oficiales, á fin de que todos los despachos y órdenes rebosaran en discrecion y cultura; y no habia grande que no tuviese puesta la mira y esperanza en un vireinato ó gobierno.

Eran, pues, tales academias poéticas verdadero mercado de ingenios unas veces, otras lonja de pretendientes más ó ménos embozados, y no pocas rendida corte de aduladores y lisonjeros. A vueltas de los que á ellas iban por curiosidad y recreo, viase al escritor insigne buscando con tímida pretension remedio á su pobreza en la generosidad del príncipe; ahora al hombre astuto y siempre de su negocio, que á costa del rico desvanecido queria verse de molde en fútiles obras; ya, en fin, al ambicioso ó cómodo aspirante á una

vara ó pingüe beneficio eclesiástico. De aquí la guerra sorda que solian hacerse unos á otros al mendigar las dádivas y proteccion del magnate, los crueles celos en el favorecido, la rabirosa envidia en los ménos afortunados. Rivalizaban congojosamente en la adulacion y en las protestas de sin igual lealtad, y en las ofertas de voluntaria esclavitud, jurando estar prontos á sacrificar la hacienda, la vida y hasta la honra, por cumplir el menor capricho del prepotente amo. Asi es que en ocasiones le servian de terceros algunos catariberas de las musas, en toda clase de pasiones, postrados ante el becerro de oro. (41)

Ya supondrá el lector que tan mordedora y gruñona jauría de sabuesos, cuyos halagós y caricias se reservaban solo para quien les arrojaba un huesecillo de su mesa, habia de asediar los palacios de mayor granjería.

Sin embargo, justo es confesar que semejantes flaquezas siempre son inseparables de la misera naturaleza humana; y por ningun título han de creerse exclusivas de aquel tiempo ni resultado de la noble ocupacion de ingenio, entónces tan puesta en moda. Los parásitos en los siglos XVI y XVII no trajeron lágrimas, sino reputacion para la patria. ¿Qué, sino fieras, habrian sido aquellos hombres aguijoneados por la ne-

cesidad ó la sed de oro, y de estimacion pública, faltándoles el civilizador freno de la ciencia verdadera y el generoso entusiasmo de las artes liberales? A ellas y á ese estímulo más ó menos interesable debió España tan pasmosa edad de incomparables ingenios, que cierran un Cervantes, un Quevedo, un Lope, un Velázquez y un Alonso Cano.

En manera ninguna se escatime, pues, ni el menor ápice de la gloria debida á los poderosos de nuestros siglos de oro, que tan fecunda proteccion dispensaron á las letras y artes, por quien solas viven en la historia imperecederas las naciones.

RUIZ DE ALARCON empezaba á subir la áspera senda del Parnaso en los dias de la decadencia, cuando pudo decir el Dr. Gaspar de Caldera: «Ya se pasó el tiempo del César Carlos V, que premió las armas; de Felipe II, el Prudente, que premió las letras; que aunque hoy se premian, es solo á los dichosos, que los lleva en brazos la fortuna.» (42)

Nuestro poeta es creible que frecuentara en 1606 las dos primeras academias de Sevilla, á saber: la del Duque de Alcalá y la del veinticuatro Arguijo.

Entre los varones que más ilustraban aquel emporio, tan famosos por su cuna como por sus

letras, sobresalia D. Fernando Enriquez de Rivera, tercer duque de Alcalá, noveno adelantado de Andalucía y quinto marqués de Tarifa. Mancebo de veinte y dos años, dominaba la lengua latina, haciéndose muy versado en Historia sagrada y profana, y cultivando las artes liberales, especialmente la pintura. A la sazón aderezaba en su palacio la hermosa pieza que habia de contener las selectas bibliotecas del Dr. Negron y de Ambrosio de Morales; y enriquecía los patios, cenadores y cuarto de estudio con columnas, capiteles, frisos, inscripciones, estatuas, bustos; medallas y camafecos, preciosos restos de la antigüedad griega y romana. Todavía, despues de dos siglos y medio, al visitar en Sevilla el curioso viajero la casa que habitaba el Duque, y hoy dicen de Pilatos, goza contemplando los últimos vestigios de aquel riquísimo y peregrino museo, donde se agigantaba el númen de los vates, la inspiracion de Francisco Pacheco, el felicísimo pintor y poeta, y donde Alonso Cano adquirió, sin salir de España, el admirable conocimiento del antiguo, que en la escultura le pone casi al igual de Miguel Angel. (43) Veíanse admitidos á los solaces literarios del buen adelantado Enriquez de Rivera cuantos doctos habia ó paraban en la metrópoli andaluzá; y en aquel año de 1606 fué cuando el famoso poeta dramático

Juan de la Cueva ofreció al ilustre joven las tres epístolas de su *Ejemplar poético*, la segunda con fecha 7 de Agosto, y la tercera en 22 de Noviembre. (44) Ocho meses adelante se animaba en Roma á seguir su ejemplo el discreto Don Juan de Jáuregui, concluyendo y dedicando á tan esclarecido Mecenas la traducción del *Aminta*.

Quizá mayor animación tuviese la academia del veinticuatro y elegante alumno de las Musas D. Juan de Arguijo, llamado el Apolo de todos los poetas de España, por su afán de honrarlos á todos y su esmero en no ofender á ninguno. Vates, cómicos, músicos y pintores le rodeaban constantemente, y en obsequiarlos y regalarlos consumió el pingüe patrimonio que había heredado de sus padres y que le rentaba sobre diez mil duros: «de modo (afirma Rodrigo Caro) que, sin ser jugador ni gastador con mujeres, vino á estar tan pobre, que hasta que murió, solo se sustentaba con la dote de su mujer. (45)»

En ambos amenos y civilizadores palenques debían medir entonces las armas de su feliz ingenio mancebos como Rodrigo Caro, con quien no ha sido justa la posteridad, y á quien tanto debe la geografía de la antigua Bética; el Doctor Francisco de Rioja, autor insigne de la *Epístola moral*; Rodrigo Fernández de Rivera, secretario

del Marqués del Algaba, ocupado en escribir el poema de *Las lágrimas de San Pedro*; Antonio Ortiz Melgarejo, secretario de la ciudad, y músico y poeta; D. Melchor del Alcázar, que continuaba un apellido ilustre en el Parnaso español; Hipólito Vergara; Miguel Cid, memorable por su piedad y por sus versos á la pureza de la Virgen; D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, señor de Sierrabrava; y, en fin, D. Diego Jiménez de Enciso, para el cual estaban reservados en lo porvenir una veinticuatría, la tenencia de los reales alcázares y la roja cruz de Santiago. (46)

Si no con las riquezas inmensas del Duque de Alcalá de Guadaíra, ni con la pródiga voluntad que Arguijo, quiso también capitanear su academia bajo el modesto nombre de cofradía. ¿Cómo sentar plaza de soldado, quien tuvo corazón de adalid? Hormigueaban desde hacia medio siglo por Sevilla los poetas, estudiantes, farsantes, pedantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, viandantes y mereantes, agrupados en hermandades literarias; de una fué hermano mayor el discreto Jiménez de Enciso, que á la sazón ya rendía culto á las musas del teatro, y que disputaba á Cervantes la invención de las comedias de capa y espada.

Juan de la Cueva ofreció al ilustre jóven las tres epistolas de su *Ejemplar poético*, la segunda con fecha 7 de Agosto, y la tercera en 22 de Noviembre. (44) Ocho meses adelante se animaba en Roma á seguir su ejemplo el discreto Don Juan de Jáuregui, concluyendo y dedicando á tan esclarecido Mecenas la traduccion del *Aminta*.

Quizá mayor animacion tuviese la academia del veinticuatro y elegante alumno de las Musas D. Juan de Arguijo, llamado el Apolo de todos los poetas de España, por su afan de honrarlos á todos y su esmero en no ofender á ninguno. Vates, cómicos, músicos y pintores le rodeaban constantemente, y en obsequiarlos y regalarlos consumió el pingüe patrimonio que habia heredado de sus padres y que le rentaba sobre diez mil duros: «de modo (afirma Rodrigo Caro) que, sin ser jugador ni gastador con mujeres, vino á estar tan pobre, que hasta que murió, solo se sustentaba con la dote de su mujer. (45)»

En ambos amenos y civilizadores palenques debian medir entónces las armas de su feliz ingenio mancebos como Rodrigo Caro, con quien no ha sido justa la posteridad, y á quien tanto debe la geografia de la antigua Bética; el Doctor Francisco de Rioja, autor insigne de la *Epistola moral*; Rodrigo Fernández de Rivera, secretario

del Marqués del Algaba, ocupado en escribir el poema de *Las lágrimas de San Pedro*; Antonio Ortiz Melgarejo, secretario de la ciudad, y músico y poeta; D. Melchor del Alcázar, que continuaba un apellido ilustre en el Parnaso español; Hipólito Vergara; Miguel Cid, memorable por su piedad y por sus versos á la pureza de la Virgen; D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, señor de Sierrabrava; y, en fin, D. Diego Jiménez de Enciso, para el cual estaban reservados en lo porvenir una veinticuatria, la tenencia de los reales alcázares y la roja cruz de Santiago. (46)

Si no con las riquezas inmensas del Duque de Alcalá de Guadaira, ni con la pródiga voluntad que Arguijo, quiso tambien capitanear su academia bajo el modesto nombre de cofradia. ¿Cómo sentar plaza de soldado, quien tuvo corazon de adalid? Hormigueaban desde hacia medio siglo por Sevilla los poetas, estudiantes, farsantes, pedantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, viandantes y mereantes, agrupados en hermandades literarias; de una fué hermano mayor el discreto Jiménez de Enciso, que á la sazón ya rendia culto á las musas del teatro, y que disputaba á Cervántes la invencion de las comedias de capa y espada.

gres; y acompañóle un amigo fresco, mozo de veinte y seis años, razonable poeta, que decian Hernando de Castro Espinosa, con quien resulta que tomó, pocos años despues, la vuelta de Nueva España. (48)

Muy bien debieron pasarlo todos durante aquellas horas de esparcimiento y entretenida ociosidad, y mucho gustaria la relacion á los ausentes, cuando se dispuso nueva y mas alborotada expedicion para el miércoles 26 de Abril, en que celebraba la Iglesia la traslacion, que diez y nueve años ántes se habia hecho del cuerpo de Santa Leocadia, desde el monasterio de San Gislén, en Flandes, á la imperial ciudad de Toledo. (49)

No pudo llevarse á cabo el proyecto, y se fué aplazando de dia en dia, lográndose por fin en el de San Laureano, martes 4 de Julio. Era éste de grande fiesta desde 1604, á causa de haberlo así mandado el Sínodo hispalense, que presidió el cardenal D. Fernando Niño de Guevara, queriendo los padres rendir un tributo de gratitud á aquel bienaventurado arzobispo de Sevilla, pues por sus méritos é intercesion habianse aplacado siempre, ó cesado en su aniversario, cuantas pestes alligieron la comarca durante los años anteriores. Buena ocasion para echar penas á un lado, cuando los tribunales y los negocios vacaban y el pueblo todo se ponia en brazos del placer. (50)

Don Juan Ruiz de Alarcon.—6

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO VI.

Fiesta de San Juan de Alfarache el martes 4 de Julio de 1606.

1606

Los hermosos dias con que empezó á reir la primavera de 1606 convidaron á disponer esta cofradia uno de solaz, sin cortapisas ni estirados respetos, eligiendo para ello aména huerta y espaciosa casa dentro de San Juan de Alfarache, á la diestra margen del Guadalquivir. Las cuales entiendo que puso á disposicion de la cofradia, como propias, el veinticuatro Sevillano Diego de Colindres, por cuya razon se le discernió el cargo de presidente de la fiesta. (47)

Fué de la partida nuestro mexicano D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, que se ganaba las voluntades por su carácter jovial y natural disposicion para hacer y decir cosas festivas y ale-

Don Aureliano Fernández Guerra fué quien por Julio de 1846 descubrió el documento preciosísimo donde tales noticias aparecen; quien averiguó que en una y otra fiesta hizo de secretario y cronista nada ménos que el manco sano, el escritor alegre y el regocijo de las Musas, el incomparable autor del *D. Quijote*, á la sazón en edad de cincuenta y nueve años; y, en fin, quien sacó á luz con un comentario curioso el relato de la segunda expedición, debido á la pluma de Cervántes.

Nadie extrañará que en vez de relatar yo la *Fiesta de San Juan de Alfarache el día de Sant Laureano*, extractando á mi modo la carta del rey de los escritores, utilice lo que dijo sobre el particular el docto académico de la Española y de la Historia, cuando ilustró monumento de tamaña importancia. (51)

¡Cuán grato es ver alternando con la alborozada juventud al anciano Cervántes en una campestre diversion, donde se reunen diez y nueve amigos y catorce convidados más, de diversas condiciones, genios, edades, inclinaciones y gustos! Pone por ley el presidente y anfitrión Diego de Colindres, y con puntualidad es obedecido, que dejando todos el juicio á un lado, se esfuerce cada cual en parecer más loco. Manda, para divertir el camino y el ardoroso calor de Julio, distribuir al acaso varios asuntos, sobre

los cuales se compongan versos, sin reparar que caiga la suerte en ingenios hábiles adquiridos, donados motilonos, novicios traineles, impertinentes mirones y principiantes; pues no haria reir ménos lo malo que se solemnizaria lo bueno. Y el secretario *Miguel de Cervántes Saavedra*, empeña su palabra de referirlo todo por escrito, pronta, fiel y legalmente á D. Diego de Astudillo, que tal vez no podria salir de la ciudad por crónicos achaques.

En tres ratos, durante veinticuatro horas, hilvanó la carta; y si al cumplir con puntualidad y prontitud lo ofrecido, se disculpa de pagar en mala moneda por correr así la de su caudal, debió, sin embargo, quedar satisfecho de sí mismo, pues tan fiero pedrisco de versos desaforados y descomunales, hechos de repente, y tantas locuras de pensado como diluviaron aquel día, no pudieron rendir, oscurecer ni embotar su ingenio sazonado y vigoroso.

Ya le habia empleado mucho ántes en narrar también para Astudillo el otro igual esparcimiento de aquella revoltosa hermandad, pero ignoro el paradero de la carta.

Y ahora he de aventurar que tengo la firme persuasión de ser D. Diego de Astudillo, si no hermano, que me parece lo más seguro, por lo ménos pariente muy próximo y juntamente cor-

responsal de D. Juan de Astudillo, entónces vecino de México, y prior allí del consulado de la universidad de los mercaderes de Nueva España. (52) La coincidencia de apellido; el don en ambos sugetos, sonando á vanidad de personas adineradas; las íntimas relaciones comerciales entre México y Sevilla; la necesidad de haber existido un lazo comun, que acercase y agrupase en torno del buen D. Diego hombres de tan diferentes profesiones como los que fueron de campo, sacerdotes, soldados, letrados y estudiantes, me llevan á fundar una opinion que seguramete ha de darnos la clave de muy curiosos pormenores.

Todo para mí resulta claro y natural, viendo en Astudillo un mercader ú hombre de negocios, viejo, rico é influyente; apoderado del padre de Alarcon, por cuya mano pasaban las asistencias del hijo, y en quien muchos ponian la esperanza de su remedio. Cuales la de pasar con alguna ventaja á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España; y Cervántes, quizá, la de obtener algunas comisiones lucrativas de aquellas en que se ocupaba para poder vivir, ó por aventura lograr tal cual socorro de su pariente D. Juan de Cervántes, gobernador del arzobispado de México hacia ya diez años, hijo de los conquistadores y primeros pobladores de la gran

ciudad, y á quien aguardaba muy pronto la mitra de Oaxaca. (53) Cervántes, sin duda, tenia que interesar la curiosidad de Astudillo hablándole de personas que le fuesen conocidas y familiares, y poniéndole en primer término á su huésped el mexicano bachiller. El cual debió con el escritor desvalido ser magnifico en bizarras ofertas y doradas esperanzas para cuando estuviese en América, más fáciles de prodigar que de cumplir, aumentándole así el gozo de aquellas dos jiras campestres de Haznalfarache.

En ambas hizo de *fiscal* nuestro RUIZ DE ALARCON (que hasta en las burlas se suelen tener en cuenta el espíritu y facultades de la persona), y fué Cervántes alma de la fiesta, dando las trazas de ella, disponiendo los juegos é invenciones, señalando los asuntos de las letras, y avivando con su gracejo y donaire á los mancebos. Una vez y otra pudo decir de sí:

Quod quidem ipse vidi, et quorum pars magna fui.

Madrugóse mucho, pronto se juntaron en la orilla del Guadalquivir los cofrades; inmediatamente depositaron el juicio del lado de Sevilla con las ceremonias acostumbradas, prohibiendo pasarlo á la otra parte del río; y á éste se entregaron en diversos barcos entapizados de verdes ramos y con anchos toldos cubiertos.

Al tomar puerto en la insula y casa de San Juan de Alfarache (llama *ínsula* burlescamente Cervántes á una poblacion ribereña, como lo hizo en *Don Quijote*), no ménos adornada de juncia, espadañas, alfombras, bancos y doseles, —fueron sorprendidos por multitud de damas y caballeros de Sevilla, que desearon ser espectadores de las burlas del *certámen poético*, de la *comedia* y del *torneo*, en que, segun el llamativo programa, debia, y efectivamente vino á consistir la funcion. Iban, segun decian, autorizados y abroquelados los curiosos con un soneto del buen militar y poeta D. Francisco de Calatayud, contador mayor, juez oficial de la Contratacion de Sevilla, al cual por los mismos puntos y con la misma galanteria respondieron los viajeros, no sin vencer ántes algun empacho, hallándose con testigos de su libre y desenfadado propósito.

Eran los cofrades unos de *luz*, esto es, de chispa, festivos é ingeniosos, y otros de *sangre*, como si dijéramos de vivacidad corporal, alegres, alborotadores, satíricos, desvergonzados y dispuestos para tener en hilo á toda la reunion. Cervántes se contaba de los primeros; y atendida su edad, no figuró entre los torneantes y far-santes, limitándose á leer, como *secretario*, los versos de todos, autorizarlo todo, y tomar de

todo puntual y minuciosa nota. ALARCON era de los ambidestros, de los de luz y sangre, de los ingeniosos y los revoltosos.

Cupo, segun se ha dicho, la *presidencia de la fiesta* al veinticuatro Diego de Colindres: fué *secretario* Cervántes; *fiscal*, RUIZ DE ALARCON, recayendo el cargo de *mantenedor* en Jiménez de Enciso, y en Alonso de Camino el de *repositoro*.

Entraron en el *certámen* doce poetas, cinco de ellos buenos ó entreverados, y los demás harto grillescos: en el *torneo* justaron ocho caballeros y el mantenedor, siendo tres los jueces, y autorizando con su voto las sentencias el secretario.

Túvose el desayuno á las diez; á las dos comenzaron á leerse los versos del certámen; á las tres se comió en el suelo á usanza morisca, esgrimiendo Ochoa y volteando como un ovillo ALARCON sobre los manteles, y procurando Cervántes mejorar en tercio y quinto del plato. A la conclusion arribaron nuevos barcos de damas, cuáles convidadas de algunos, y cuáles de solo la fama. Salióseles á recibir, y se les dió, con otras muchas, lugar y asiento en una sala, donde se representó en seguida la farsa de *Perseo y Andrómeda*, desenfado burlesco, aderezado, para mayor solaz, con ridiculas coplas.

A las cinco y media de la tarde principió el torneo; y concluido con la revuelta, reñida y vistosisima folla, se adjudicaron los premios, y volvieron todos á la ciudad, donde los dejaremos refiriendo los pormenores de la fiesta.

Entre las composiciones razonables del certamen, recordarian las de Miguel de Cervantes Saavedra, Juan de Ochoa, Hernando de Castro, JUAN RUIZ DE ALARCON y D. Diego Jiménez de Enciso: de harto medianas calificarian las de D. Diego Arias de la Hoz, Andrés de la Plaza, Roque de Herrera y Lorenzo de Medina; perdonando por inocentes las malisimas de Juan Bautista de Espinosa, Juan Antonio de Ulloa y el licenciado Gayoso. Tuvieron por asunto alabar las *almorranas*, la *esgrima*, la *sopa en vino*, consolar á una *dama que le sudaban las manos*, describir la *primavera y el invierno*, celebrar al *arraez del barco*, ponderar los *trabajos de los poetas*, la *pereza*, el *cuidado del mantenedor*, los *habladores*, y finalmente, *glosar un pie* con dos sentidos.

Sin embargo, de nada se mostraron tan pagados y satisfechos como del torneo, por lo buenas que habian sido y parecido las invenciones, lo sorprendente de las enramadas á manera de monte, el bailar de los negros vestidos de indios, con panderetas, adufes y guitarras; las fi-

guras del Amor, del Interes, de Hércules y de los vizcainos; las de perros y leones, y la aparicion de la doncella enviada por la sábia Maguncia; los caballos de pasta en que venian ALARCON y su correo, ó por mejor decir, los caballos que en ALARCON y su correo venian; los armoniosos coros de música á voces solas; el ruido de las templadas cajas y claros pifanos; y, sobre todo, los nueve caballeros del torneo con sus aceradas armas de blanquisimo y bruñido papelón, jaqueladas de cuadros de oropel; felicísimos en los botes de pica, en el quebrar de las lanzas y en el lucir del buen temple de las espadas de palo. ¡Cuánto celebrarían cómo repiqueteaban frenéticamente sobre los fuertes yelmos y finísimos arneses de engrudadas hojas de deshechos libros, cuyas sentencias no padecieron ménos en esta ocasion que bajo el brazo seglar del Amallos de caballerías, y despues entre tizonazos las ficciones de Avellaneda!

Merced á la celada, no eran conocidos los justadores hasta que la levantaban, ó hasta que lo descubrian por su raro valor y esfuerzo ó por la dama á quien querian parecer bien y rendir los premios animosamente conquistados, ó ya, en fin, por los imprevistos accidentes de la lucha.

Debieron, por último, parecer de perlas y oro los nombres, sobrenombres y patria de los ca-

balleros, tan apropiados, sonoros y discretos, como que únicamente pudieran ocurrirse á la feliz inventiva de Cervántes.

El mantenedor Jiménez de Enciso llamóse el *Caballero del Buen Gusto*, por tenerle tan bueno en inclinaciones, esparcimientos y amistades, y alcanzó el lauro de más galan. Llevó de padrinos en este burlesco torneo á D. Nufio de Colindres Puerta, hijo del veinticuatro y anfitrión, y al alferez D. Francisco Duarte de Cuadros; aquel soldado activo, cuya diligencia en reunir y organizar gente contra los ingleses, apoderados de Cádiz por Julio de 1596, mereció los elogios del rey D. Felipe II; y que en el alarde general de las tropas, hecho en Sevilla á 29 de Setiembre de 1597, arrebató las miradas de todos por la gallardía de su persona, brillo de sus armas, lo rozagante de su ropa de brocado y la riquísima pedrería del sombrero que llevaba. La cofradía reunida en San Juan de Alfarache no era turba plebeya y baladí, ni de poco más ó menos. (54)

Juan de Ochoa Ibáñez dijo *Don Metrilino Arrianzo de Dacia*, por ser *metrificador* excelente, como si se quisiera indicar al *Lino* ú *Orfeo* de los poetas; por estimarse gran discípulo y admirador de Gerónimo *Carranza*, famoso en la destreza de la espada y por *dar* buenos tajos

y reverses, ganando en su virtud el premio de mejor hombre de armas. Fué gramático excelente y cristiano verdadero en sentir de Cervántes. Motejábale de no saber pintar un lacayo gracioso en sus dramas, y es suya la comedia del *Vencedor vencido*, ya por entónces representada.

Hernando de Castro, que nada era, y que debía tener puestos los ojos en humilde sugeto, hubo de contentarse con el significativo nombre de *Don Tal*, *príncipe de Para-cual la Baja*, bien que le estimaron por el caballero de mejor invención.

Don Diego Arias de la Hoz, soldado con alguna ventaja, que mostró el mejor aire en la entrada del torneo, era el caballero *Don Golondronio Gatatumbo*, sin duda porque estaria casi siempre tarareando el *Don Golondron* y *¿Qué es aquello que retumba, madre mia, la Gatatumba?* ó ser aficionado á estos bailes populares y picarescos.

Juan Antonio de Ulloa, hombre gracioso y de buen aire, que lo tenía de cosecha, hablador sempiterno, ganó premio por sus golpes de espada, que se estimaron los mejores; llamándose este caballero andante *Don Rocandolfo de la Insula firme*, á causa, tal vez, de pasar en la calle todo el dia, firme como una *roca*, por ser

persona desocupada, sin oficio ni beneficio.

El licenciado Gayoso, clérigo devoto de una monja, *panzudo, rutilante*, sanote y rubio, trasteador de vihuela, fué laureado como el de mejores botes de pica, y torneó con el expresivo nombre de *Pandulfo Rutillon de Trastamara*.

Satánico, príncipe Moscovita, celebrado por su invención, dijo el caballero determinado Lorenzo de Medina, novel, como el anterior, en estos ejercicios.

Roque de Herrera, militar cuyas letras se premiaron por mejores, nacido en Italia y que no se avergonzaba de vivir pobre en España, fué el caballero *Rilandulfo de Ilenia Atabaliva*, trocado el Roque en *Rilandulfo* y apellidándose del nombre de *Irene*, señora de sus pensamientos, la cual no debía tener mucho de jóven ni de hermosa. Lo de *Atabaliva* parece aludir á las cajas y tambores bélicos de su profesion soldadesca.

Ultimamente, JUAN RUIZ DE ALARCON, á ley de escritor *florido*, en razon de ser la *flor y nata* de los *pandos* ó jorobados; por su mal *talle* de contrahecho, y á causa de estar siempre de *chunga* y de buen humor, y haber nacido en Indias, se apropió en el torneo el nombre sonoro, peregrino y significativo de *Don Floripando Tallu-*

de, Principe de Chunga. Le declararon los jueces el más extremado en la folla; lance final del torneo, en que, despues de haber justado con el mantenedor ó su ayudante los caballeros todos, partianse en dos cuadrillas, y arremetiendo unos contra otros, se tiraban desaforados mandobles, tajos y reverses, tan sin órden ni concierto, que semejaban los combatientes estar fuera de sí.

Los torneos eran entónces, y aun lo fueron por muchos años adelante, el más noble ejercicio y el espectáculo popular más bello para los españoles.

En el ingenio los certámenes hacian veces de torneos: luchaban allí los entendimientos con los mismos ardidés y astucias que en el palenque de la fuerza corporal, con idéntica prontitud y bien disimulada cautela. Para igualar las condiciones de los combatientes y juzgar, y quilatar su mérito, habia que elegir persona de suma discrecion y viveza.

Mucho dice en pró de ALARCON el verle designado fiscal de la fiesta; y ciertó que desempeñó su oficio á las mil maravillas. Al ir á calificar los jueces las seis estancias de canciones reales que tocaron en suerte á D. Diego Jiménez de Enciso, pintando el *Invierno* y la *Primavera*, tres de cada cosa, interpúsose el fiscal, pidiendo decla-

rasede antes el autor cuáles eran hechas á la Primavera y cuáles al Invierno, pues la frialdad de las unas y las otras era tan igual, que no acertaba á distinguirlas. Cuando el secretario Cervantes leyó el romance de doce coplas, tratando de las *almorranas y sus alabanzas*, pasara plaza de bueno, á no haber á la postre de él acordándose el fiscal ALARCON ser los conceptos de tal romance hurtados de otro sazoadísimo del Dr. Salinas, que el manco sano debia, con razon, tener en la memoria.

El secretario volvió por sí, apremió el fiscal: vistosisima contienda debió trabarse entre el soldado de Lepanto, gloria la más alta del ingenio español, y entre el bachiller jorobado; pero se halló (en burlas por supuesto) que el romance era hurtado, y no de Mendoza, y su autor ladrón, y no de Guevara; por lo cual los jueces le condenaron á la restitucion, que él hizo, como tan noble y discreto, de bonísima gana. (55) ¡Con cuánta razon á los sesenta y siete años pudo decir de sí mismo, por boca de Paneracio de Roncesvalles en la *Adjunta al Parnaso*: «Vuestra merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condicion!»

ALARCON mostró en el certámen su ridicula

persona y cuatro ingeniosas décimas, *consolando á una dama que está triste porque le sudan mucho las manos*. El sobrescrito le denuncia bastante lascivo; mas en el epigrama es sólo conceptuoso y alambicado, dejando traslucir aficion al estilo culto, que empezaba á estar en boga. Este es el primer rasgo poético suyo que ha llegado á mis manos, y donde le vemos ya adestrado versificador. (56)

Quando en el torneo habian roto armas con el mantenedor cuatro aventureros, se oyó el ruido de agudo pito, que se acercaba á toda prisa: ocasionábale cierto correo, seguido de un embozado *de ménos que mediana estatura*; los cuales, sobre dos caballos de carton de los que se usaban en las danzas del dia del *Corpus*, dieron presurosa vuelta al patio, saliéndose por un postigo y dejando suspensas en los altos corredores á las asomadas damas, y en los bajos á los caballeros mirones. Divirtióles de ello la entrada de nuevo justador; y terminado el empeño de éste, se oyeron voces de que el *Príncipe de Chunga* (por otro nombre JUAN RUIZ DE ALARCON), que era el embozado de enantes, se acercaba á tornear. Entró en el patio haciendo piernas, con sus armas de pasta, color de hierro, recamadas de oro, y por penacho en la celada hojas de cañas verdes; las calzas, de papel amarillo, acuchilladas de papel

rojo. Acompañábale un hombre vestido de perro, con su rótulo debajo de la cola, que decía: «*Así es mi dicha,*» perra. ALARCON torneó con el poeta Juan de Ochoa Ibáñez, ayudante del mantenedor, desplegando ambos tales bríos, que obtuvieron en premio sendos pares de guantes; y nuestro mexicano presentó los suyos á una dama tapada. (57) A la sazón, la edad del travieso mancebo no debía pasar de veinte y tres años.

CAPITULO VII.

Alarcon y Cervántes.—¿Qué debió á Sevilla el ingenio de estos escritores?

1606-1608

Aquí ya le tiene el lector en cordial y franco lazo de amistad con el portentoso Miguel de Cervántes Saavedra.

Si el rey de nuestros escritores no fué avaro jamás de lo que sabia; si tuvo siempre su mayor complacencia en formar y alentar á jóvenes de esperanza, como entiendo que lo hizo pocos años ántes, en los de 1599 y 1601, con el despierto representante Agustin de Rojas, mozo de veintidos abriles, franqueándole el borrador original é inédito del *QUJOTE*, é inspirándole el gusto más depurado y exquisito, (58) ¿es posible que negara los raudales de su mucho saber y suma discrecion y advertencia á muchacho que

rojo. Acompañábale un hombre vestido de perro, con su rótulo debajo de la cola, que decía: «*Así es mi dicha,*» perra. ALARCON torneó con el poeta Juan de Ochoa Ibáñez, ayudante del mantenedor, desplegando ambos tales bríos, que obtuvieron en premio sendos pares de guantes; y nuestro mexicano presentó los suyos á una dama tapada. (57) A la sazón, la edad del travieso mancebo no debía pasar de veinte y tres años.

CAPITULO VII.

Alarcon y Cervántes.—¿Qué debió á Sevilla el ingenio de estos escritores?

1606-1608

Aquí ya le tiene el lector en cordial y franco lazo de amistad con el portentoso Miguel de Cervántes Saavedra.

Si el rey de nuestros escritores no fué avaro jamás de lo que sabia; si tuvo siempre su mayor complacencia en formar y alentar á jóvenes de esperanza, como entiendo que lo hizo pocos años ántes, en los de 1599 y 1601, con el despierto representante Agustin de Rojas, mozo de veintidos abriles, franqueándole el borrador original é inédito del *QUJOTE*, é inspirándole el gusto más depurado y exquisito, (58) ¿es posible que negara los raudales de su mucho saber y suma discrecion y advertencia á muchacho que

tanto prometia, tan estudioso, tan ávido de enriquecer su alma con los tesoros de la ciencia y de la experiencia, y con el arte del bien discurrir, del bien escribir y del bien hablar?

Quien reconozca en ALARCON al primero de nuestros dramáticos que supo concebir y desarrollar una verdadera comedia de carácter; (59) al espíritu valiente, resuelto á conseguir que el público descendiera del mundo ideal y convencional, á que lo había encaramado Lope, trayéndole á lo usual y cotidiano, y doctrinándole con la práctica y documentos de excelente filosofía; quien confiese que el autor de *La Verdad sospechosa* aspiró constantemente á realizar en sus obras un fin moral de bienhechora enseñanza,—por fuerza habrá de convenir conmigo en que Cervantes le sugirió tan gallardo intento, y que depositó en su alma la semilla, y que ésta fué tomando sér, bulto y vida al calor de los años en el continuo estudio y trato de los hombres.

Cervantes, desde que reconoció en sí el fuego puro y santo de favorable Minerva, habíase empeñado decididamente en que todos sus escritos ofrecieran al lector un saludable ejemplo.

Ya desde el año anterior de 1605 era pública y evidente su resolución.

Con el DON QUIJOTE aspiraba á desterrar las vanas lecturas de los libros de caballerías; á pre-

sentar modelos de buenas costumbres y de sana moral, de hidalguía y de nobleza, desnudos de la exageración y extravagancia antirracional que deslustran aquellas soñadas historias; y llevar eficaz medicina y saludables advertimientos al corazón de la sociedad española, que con el nuevo siglo y con el nuevo reinado empezaba á corromperse.

Que todas sus novelas habían de ser ejemplares, lo proclamaba la de *El Curioso impertinente*, incluida como despeñado río en aquel maravilloso Océano, enseñando que

Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podría ser.

En fin, en el capítulo XLVIII de la primera parte de *El ingenioso hidalgo* había Cervantes echado las zanjias para la reforma del teatro español, indicando qué rumbo debían seguir las comedias buenas, artificiosas y bien ordenadas, para que saliera el oyente alegre con las burlas, enseñado con las véras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con *los ejemplos*, airado contra el vicio y enamorado de la virtud.

No es posible, pues, que ALARCON, sintiendo dentro de su mente la inspiración dramática, dejase de ambicionar la corona con que le brinda-

ba este capítulo del *Quijote*. Yo le veo acudir al gran maestro en cuanto lee tan seductora doctrina, y pedirle consejo y guía. Pendiente de los labios del anciano generoso, todo afabilidad y dulzura, debió estar ALARCON oyendo el verdadero arte dramático y guardando en su memoria y entendimiento las reglas que supo tan bellamente practicar despues, y que le han valido el desagravio y unánime aplauso de los siglos.

Con poco que se medite hallarémolos, primero la pauta en Cervántes, y luego en D. JUAN la aplicacion y feliz experiencia del precepto. Y si contemplamos unidos á estos dos hombres en aquella sazon oportunísima en que la dócil juventud escucha y aprende, y las nobles y autorizadas cañas aleccionan é instruyen, de ningun modo puede ser arbitrario estimar á RUIZ DE ALARCON discípulo de Cervántes, no solo formado en la lectura de sus obras, sino inmediatamente en su doctrina oral, activa y fecundizadora. Tambien los adestrados ingenios tienen su árbol genealógico en la ciencia, y en él deben fundar sus más inclitos blasones.

Pero no se nos quiera argüir con la vulgar opinion de que Cervántes era un escritor dramático mediano, y que un mediano artifice no puede formar un consumado maestro. Precisamente suele suceder lo contrario; muchos hombres

tienen el dón de enseñar lo que ellos mismos no pueden hacer con perfeccion extremada. Cervántes, incomparable novelista, excelente poeta lirico y critico eminente, harto podia formar, como formó, un admirable poeta dramático. Fuera de que la critica, aun no ha fallado en definitiva sobre el teatro de Cervántes, el cual solo se apreciará debidamente cuando en conjunto lo sea todo el de su tiempo, juzgando sin resabios ni preocupaciones de escuela, pesando y quitando las opiniones emitidas hasta el dia, y no hablando jamás de memoria, por incuria ó abandono. A ello se consagra uno de nuestros primeros criticos, el Sr. D. Manuel Cañete, y de seguro que entónces se ha de ver muy en claro la materia. (60)

Por aquellos dias acabó de retocar Cervántes otra novela, bosquejada en los de Marzo, con el titulo de *La Española inglesa*. Debió ser sugerida, como lo fueron casi todas sus obras, por hecho real y verdadero, asunto de conversacion y curiosidad en Sevilla. Quizá algunos padres recobraron entónces una hija robada por los ingleses en Julio de 1596, cuando el saqueo de Cádiz; tal vez el Cardenal-Arzbispo D. Pedro Niño de Guevara pudo mostrar deseo de tener escritos los pormenores del suceso; y acaso no faltó quien rogara á Cervántes diese ocupacion á

su pluma vivificadora, envolviendo el hecho cierto en bellísima ficción, de aquellas en que sabía competir con la misma naturaleza.

Precisamente el licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado de la metropolitana hispalense, desvivióse aquel año de 1606 por reunir en volúmenes cuantos rasgos de ingenio inéditos y documentos curiosos podía haber á las manos. Hacíalo por encargo del mismo Arzobispo, que con ellos quería pasar entretenidas las siestas del verano en su palacio de Umbrete. (61) Cervántes había facilitado ya con tal objeto al buen licenciado las novelas de *Rincónete y Cortadillo*, *El Celoso extremeño* y *La Tía fingida*, que no, por lo peligroso del asunto, deja de contener útiles advertimientos; y asimismo le permitió copiar el borrador de la *Carta á D. Diego de Astudillo*, describiendo la reciente y alborotada fiesta de San Juan de Alfarache. (62) Repárese que al final de *La Española inglesa* aparecen dos señores eclesiásticos, rogando á Isabel ponga toda su historia por escrito, para que la lea su señor el Arzobispo, y que ella lo promete. Uno de estos eclesiásticos es, sin duda, el licenciado Porras de la Cámara. Hay allí otra circunstancia interesante: «Isabela, sus padres y su marido (dice el novelista) aun hoy viven felices en las casas que alquilaron

frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgales que se llamaba Hernando de Cifuentes.» Pues en esa misma casa, ó en otra muy próxima, vivió Miguel de Cervántes Saavedra. (63)

Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes juntas y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

Ocioso es decir que ALARCON sería de los primeros que oyeron leer á su autor la novela ó historia en las agradables y continuas conferencias de aquel y del siguiente año, y que debió agrada-
le por demás un cuadro tan dramático, de tanta verdad y donosura, y muy particularmente la lección moral, remate de oro de la obra, de harta aplicación para él mismo en todo el curso de su vida. Una mujer hermosa, á quien la maldad desfigura el rostro, convirtiéndosele en asqueroso y repugnante, y que, sin embargo, continúa por sus virtudes, siendo amada con ceguedad de su prometido, había de consolar grandemente al corcovado poeta.

Que *La Española inglesa* vino á escribirse en la primavera de 1606 es verdad incontestable,

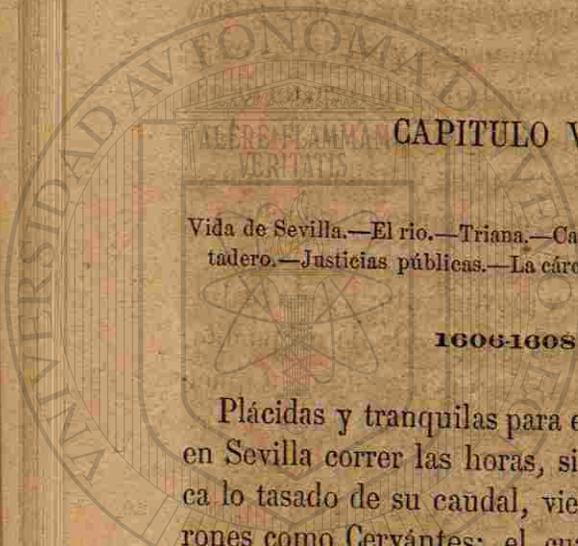
y descubrimiento feliz del Sr. D. José María Asensio y de Toledo. (64)

A Sevilla corresponde, pues, la gloria de haber inflamado y engrandecido el espíritu del sin igual Miguel de Cervántes Saavedra, como también la de haber prestado el calor primero á valioso gérmen en el alma de RUIZ DE ALARCON, gallardo reformador de nuestro teatro. Dice el Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, en su erudita biografía de Cervántes: « Quien examine con cuidado y perspicacia las obras de este escritor, conociendo su carácter particular y los sucesos de su vida, se convencerá muy fácilmente de que su trato é intimidad con los andaluces, y la agudeza, prontitud y oportunidad de los chistes y ocurrencias que les son propias y naturales, fueron tan de su genio, y amenizaron tanto su fecunda imaginación, que puede asegurarse dispuso allí la tabla de donde tomó los colores que despues hicieron tan célebre é inimitable su pincel, por aquella gracia nativa, aquella ironía discreta, aquel aire burlesco y sazonado, que produce un deleite cada vez más nuevo, singularmente en las obras posteriores á su residencia en Andalucía. » (65)

Pudo añadir que allí aprendió Cervántes á hermohear y enriquecer la lengua castellana con la frase pintoresca, armoniosa, viva y sonora, y

con las imágenes y modismos que se habían ido formando y vulgarizando en aquellos tan ricos emporios andaluces, á los últimos esfuerzos de la literatura y genio de los árabes, en la lucha del espíritu de libertad é independencia con el de legítima dominación, en las vehementes y religiosas excitaciones de un Fr. Hernando de Talavera, un maestro Avila, apóstol de Andalucía, y un Fr. Luis de Granada, y en las sagaces disputas y excusas de los moriscos; todo al impulso de aquel sol y aquella naturaleza, inspiradores de suyo, por quien nada carece de vida y movimiento; y todo realzado por la imaginación inflamable de un pueblo, si no culto, muy despierto é ingenioso, á quien están siempre hablando las mudas rocas, los risueños valles, las fértiles y dilatadas llanuras.

RUIZ DE ALARCON aprendía también allí á conocer el corazón humano, estudiándole en tan populosa y variada ciudad, en tan diversos y encontrados intereses como los que en ella se agitaban; en alianzas de próceres y adinerados con mujeres y familias de la última plebe, en ardidés y artificios inauditos para medrar el pobre, en los múltiples negocios y crímenes nunca imaginados de que conocían los tribunales, y en las muchas novelescas aventuras que ocurrían á cada paso en el silencio del hogar doméstico, difíciles de creer á veces, pero siempre gustosas de referir.



CAPITULO VIII.

Vida de Sevilla.—El río.—Triana.—Campo de Tablada.—El Matadero.—Justicias públicas.—La cárcel.—Los teatros.

1606-1608

Plácidas y tranquilas para el indiano debieron en Sevilla correr las horas, sin angustiarse nunca lo tasado de su caudal, viendo en pobreza varones como Cervantes; el cual, en la *Carta á D. Diego de Astudillo*, dejó escrito que tanto él como los demás camaradas del día de Hazzalfarache andaban muy escasos de dineros. (66) DON JUAN, sin rendirse á la fatiga, acertaba á encontrar en el cotidiano trabajo el mas consolador deleite y apacentamiento del alma. La congojosa curia, la violenta obligacion de tener cada dia que defender el pró y el contra, á riesgo de acostumbrarse á mirar con indiferencia toda causa, lo bueno y lo malo, quitando al juicio su

independencia severa y su libertad casi divina, —templábanse dulcemente en el suave comercio de las Musas, en el trato de los sabios y en las gracias y atractivos de aquellas mujeres con ojos africanos y corazon de fuego. Ya reparamos, cuando el regocijadísimo torneo burlesco, en una tapada, blanco de las galanterías y atenciones del mexicano. (67) ¿Es posible á orillas del Guadalquivir no ser pintor y poeta? ¿Es posible no amar? Los envidiables laureles del Pindo y los maravillosos lienzos, que á manera de espejos copian la naturaleza y compiten con ella, y fijan y eternizan las movibles facciones y los fugaces accidentes humanos, ¿qué valdrian faltando una mujer hermosa á quien rendirlos por despojos?

El discípulo destinaba las tardes, con su maestro, á visitar el río, dedicando muchas veces un recuerdo á las márgenes del Tórmes y á la desenfadada y alegre vida estudiantescas, que el uno acababa de hacer y al otro no se le podia borrar de la memoria, grabadas en ella las dulces horas de la fugitiva mocedad.

No perdonó las zarabandas, chaconas ni folías al uso, que alborotaban, durante las noches, el barrio de Triana; y admitiendo el consejo del Cautivo de Argel, no debió dejar de asistir al comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el día de San Sebastian, celebrado

de tanta gente, que apenas se puede reducir á número; ni perder fiesta pública, ni las muchas serenatas de muy delicadas voces é instrumentos, con que los enamorados hacian notorias sus honestas pretensiones y bien encaminados deseos. (68) Ni faltó alguna vez á la anchurosa llanura colocada entre el Matadero y los Caños de Carmona, donde, con perros, chuzos y lanzas, diariamente se lidiaban las reses que se habian de matar; sorprendiéndole quizá en aquel paraje el espectáculo frecuente del rufian castigado por la justicia, puesto y bien atado sobre un burro, y ostentando sobre los hombros y cabeza dos grandes y nudosas astas de ciervo, empavesadas con flores, campanillas y banderolas. Su revendida mujer seguiale en igual cabalgadura, cubierto el rostro con su cabello, y apremiada á dar azotes con una penca en la espalda del traficante marido. A pié el verdugo iba azotando á la mujer, llevando una trompeta en la siniestra mano; de modo que pudiera decirse de ellos lo de «el gato al rato, el rato á la cuerda, y la cuerda al palo.» A todos precedia la alcahueta pública, desnuda y untada de miel de medio cuerpo arriba, acosada de avispas y de moscas. El escribano, á caballo, y ménos cómodamente los otros ministros de justicia, venian á cerrar la procesion, con gran escolta de chiquillos y ca-

riosos, que á los condenados arrojaban tierra y lodo, y les hacian con los dedos cordial é índice, abiertos, la demostracion mas afrentosa. A extranjeros y forasteros ponía mucha curiosidad de conocer tales castigos la interesantísima estampa de Sevilla, dibujada y hecha grabar en Francfort sobre el Mein el año 1593, por el discreto ciudadano de Ambéres Jorge Hoefnagel. (69)

Bravos y frecuentes eran los castigos públicos en Sevilla, teniendo siempre su cárcel sobre mil ochocientos presos, y habiendo semana de seis y ocho azotados y ahorcados, y para galeras de cincuenta en cincuenta. El cieno y suciedad de los patios y la de los calabozos mayor todavía; las pendencias, desafíos y asesinatos que á toda hora alborotaban el edificio; el ruido de las cadenas, el incesante abrir y cerrar de los rastrillos; los rezos, cantos y letanias de los míseros encarcelados al visitar en procesion y con música á sus compañeros puestos en capilla, ó que se despedian para el patíbulo; y la diaria brega y alboroto al sacar los condenados á azotes y galeras,—con razon impresionando el ánimo de Cervantes, le hicieron decir que su *Don Quijote* habia sido engendrado allí «donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion.» (70)

Con admirable puntualidad y viveza, magis-

tralmente, describió este encierro, en la última década del siglo XVI, el abogado Cristóbal de Cháves. Su interesantísima relación es ya del público dominio, gracias á D. Aureliano Fernández-Guerra, que la vulgarizó é ilustró el año de 1864 en su excelente *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina*. (71)

RUIZ DE ALARCON, teniendo que entender á cada hora en procesos de reos pobres, á ley de pasante y de abogado novel, debió de entrar infinitas veces por aquel miserable recinto; pero no resulta que apareciese nunca á sus ojos tan pintoresco y merecedor de particular estudio como á los del letrado Cháves y á los de Cervantes Saavedra. La cárcel que pinta en *El Tejedor de Segovia* no es, á mi juicio, tanto la de una ciudad de Castilla la Vieja, que tal vez no conoció como la de Sevilla; pero ¡cuán parco se muestra en aludir á sus costumbres peculiarísimas, á pesar de que se le vienen al asunto y ha de valerse de ellas! Bien es verdad que tampoco necesitaba más para el desarrollo y complemento de la fábula.

Por la relación de Cháves nos parece tener delante de nuestros ojos aquella venturosa cuna del libro de DON QUIJOTE: sus tres puertas de oro, plata y cobre; su cámara de hierro, sus galeras vieja y nueva, sus aposentos criminales,

enfermerías, capilla, retablo, tabernas y bodegones. Parécenos oír el lenguaje convencional y enigmático del alcaide y sota-alcaide, de los porteros, bastoneros y pícaros, de los germanes, rufos, matones, tomajones, bravos, envalentados y jayanes de popa. Figúrasenos estar presenciando los ardides, mentiras y enredos de los zánganos, especie de agentes barateros, que se brindaban á mejorar y dirigir las causas de los procesados, engañándolos y estafándolos; las artes de que se valían más de cien mujeres propias ó enamoradas ó del partido para entrar á dormir todas las noches con sus cueros; las faenas é invenciones de los encarcelados para desorientar á los jueces. Creemos sorprender á los que con diabólico artificio taladran una pared y saben disimular y encubrir su obra hasta fugarse por ella; y nos pasma la habilidad y presteza con que al menor descuido de los guardas se desaherrojaban los galeotes y rematados, y desaparecen, que ni vistos ni oídos. En fin, cautiva nuestra atención, nos dá la clave para entrar como en casa propia por los inmortales cuadros de Quevedo y Cervantes, y nos produce imponderable deleite aquella pintura admirable de cuanto en sí guardó y encerró la aduana en que tenían forzoso registro los hombres de todo el mundo, que no cabiendo en los lugares donde nacieron, amigos

de holgar y de vicios, se acogian á Sevilla, ciudad entónces la primera de España; y donde tambien, por desgracia y tiránico decretó, solian confundirse con los criminales algunos varones dignos solo de respeto y veneracion.

De ellos habia sido Cervántes en Noviembre de 1597. Y cuando por vista de ojos pudo conocer el exacto y vivificador pincel de Cháves, quiso emularlo; y para ello escribió el entremes, realmente famoso, de *La Cárcel de Sevilla*. (72) Alborotando siempre en el teatro tan linda piececita, por estar dibujadas las figuras con pasmosa verdad, y no cesar un punto el encanto de los chistes, del gracejo, malicia y agudeza, más de una vez debió unir sus aplausos á los entusiastas vitores de la muchedumbre el pasante de Leyes y de las Musas RUIZ DE ALARCON; bien que no fuese muy de su gusto el ditirambo, porque viéndose á cada hora objeto de apodos y burlas, naturalmente vino á preferir con mucho las sazoadas y moralizadoras véras.

Es de suponer que ALARCON, durante los tres años de permanencia en la capital de Andalucía, no debió contentarse con pisar una sola vez los seis teatros que allí le brindaban instructivo esparcimiento. (73) Seis teatros nada ménos, dicen la aficion de entónces á los espectáculos, é hicieron exclamar á Rodrigo Caro: «Tanto como

esto es válida la ociosidad en las ciudades tan grandes como Sevilla.»

Dos habia magníficos, labrados ambos de madera. El uno, en la entrada y patio de la Casa Real, al que llamaban *La Montería*, holgado, capaz de mucha gente, con tres órdenes de balcones. El otro, circular, de admirable fábrica, al gusto greco-romano, por lo cual de antiguo ya le decian *El Coliseo*; alzábase en el distrito parroquial de San Pedro, inmediato á las casas del Marqués de Ayamonte. Pocos años despues de estos que historiamos ahora, en 1615, y á la sazón de estarse representando la comedia de *San Onofre*, vino por sexta vez á ser pasto de horroso incendio, con muerte y robo impio de muchos espectadores; y reconstruido de silleria en 1631, de hierro su balconaje, el techo gallardamente pintado, y en disposicion todo él de contener cinco mil personas, volvió muy pronto á padecer la séptima ruina. Era propio de la ciudad, y tenia para los capitulares tres muy autorizados aposentos, con sus bancas de terciopelo carmesí.

De los demás teatros, más humildes pero no ménos favorecidos entónces, el *Corral de Don Juan* veíase enclavado en la misma collacion de San Pedro. En la de San Vicente, el de las casas viejas del *Conde de Niebla*, próximas al cole-

gio de San Hermenegildo. Por la parte que mira al de maese Rodrigo, el de la *Huerta del Alcoba*, pegado á los jardines del Real Alcázar. Y el de la *Huerta ó Corral de doña Elvira de Ayala*, estuvo en el mismo sitio donde ahora descuella el hospital de Venerables Sacerdotes, pasadas la Borceguineria y plaza del Atambor, junto á las casas principales del Conde de Gélves, que pertenecieron á la hija del famoso canceller mayor de Castilla Pero López de Ayala, gran servidor de D. Enrique el Bastardo.

Por supuesto que en tiempo de ALARCON ya no se hacian representaciones, como ántes, para solaz de la gente de mar, en las Atarazanas, cerca del Postigo del Carbon y de la Torre de la Plata; donde, y en el *Corral de don Juan*, y sobre todo en la *Huerta de doña Elvira*, se estrenaron las comedias y tragedias de Juan de la Cueva de Garoza.

En los seis teatros á la sazón existentes representábanse las obras de este varón de esclarecida estirpe, muy querido en la ciudad (y el primero á quien puede llamarse verdaderamente precursor de la forma dramática de Lope); las de Miguel de Cervántes Saavedra y Juan de Ochoa Ibáñez, y las de Pedro y Alonso Díaz, autores del drama del *Rosario* y del de *San Antonio*, á cuyo ejemplo,

Al fin no quedó poeta
En Sevilla que no hiciese
De algun santo su comedia. (74)

Allí, por último, fueron avivando la afición y aguzando el ingenio y estudio de quien dentro de poco habia de ser una de las mayores glorias de la española escena, los dramas del mercenario licenciado Ramon, las trazas artificiosas en todo extremo del licenciado Miguel Sánchez, la gravedad del Dr. Mira de Amescua, la suavidad y dulzura de D. Guillen de Castro, y la inagotable fecundidad del monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega Carpio, juntamente con las farsas de algunos representantes, como Rios, Villégas, Morales y Claramonte. (75)

En resolución, nuestro bachiller no podia menos, por entónces, de asentir con su maestro, el «dignísimo poeta español, autor del *Don Quijote*» (como Claramonte le llamaba), cuando le oía exclamar:

Dulces días, dulces ratos,
Los que en Sevilla se gozan;
Y dulces comodidades
De aquella ciudad famosa,
Do la libertad campea,
Y en sucinta y amorosa
Manera Vénus camina,
Y á todos se ofrece toda. (76)

jamás oída manera de versos, los de cabo roto, hecha observacion de que los brabucones y ternejales de Triana solian comerse las últimas sílabas de un periodo para hacer más huecas é imponentes sus baladronadas y fanfarronerías. Parodiando, pues, esta genialidad, añadió una nueva y extravagante cuerda á la lira de Apolo, que no se desdenaron de puntear ni el inmortal fantaseador de las décimas de *Urganda la Desconocida*, ni su émulo voluntario Lope de Vega, ni el leonés, religioso dominico, fray Andrés Perez,

El autor de *La Picara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.

En 1603, y en una décima de cabo roto, que fué lo primero que hizo en este nuevo género de poesía, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro de *El Peregrino* á la censura de D. Juan de Arguijo, buscando mentidos y forzados elogios, que no advertencia ni enseñanza.

Como á 25 de Setiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo en Madrid á D. Rodrigo Calderon, que juntamente con D. Pedro Franqueza y Alonso Ramirez de Prado hacia tráfico infame de los destinos publicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos á prision en Diciembre

Don Juan Ruiz de Alarcon.—9

CAPITULO IX.

Alonso Alvarez y el dramático Juan de la Cueva.—Aficiones distintas en Alarcon y Cervantes.—Este deja para siempre á Sevilla.

1607

Aquel bienestar del forastero pasante vino á interrumpirse á deshora por un suceso que llenó, y con razon, de luto y amargura al gremio de los poetas.

Vivia en la collacion de San Vicente un mozo inquieto, de muy lucido ingenio, que decian Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Chusco, burlon y maleante, gustándole el trato y sociedad de la gente apicarada y rufianesca, habia hecho costumbre del gracejar, envalentonándose y creyéndose persona con los aplausos y careajadas de la turbamulta de ociosos en tertulias y corrillos. Para extremar las burlas y darles mayor escozor, inventó una

de 1606 y Enero de 1607, conservándose Calderon en el valimiento, Alonso Alvarez no se pudo contener; y le envió anónima una copla de su metro favorito de cabo roto, aconsejándole que echase la barba en remojo y se dispusiera para un trágico fin. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que le precedería en muerte ignominiosa, y muy pronto!

Andaba por las calles de Sevilla un pobre pidiendo limosna para San Zoilo, abogado de los riñones: habíale puesto un sucio mote los chicos; él se corria y les tiraba piedras; arreciaban, y se enfurecia; la gente le aplacaba con darle alguna limosna; recibíala sosegado, ponía la imagen del santo en el suelo, comenzaba á dar vueltas y bailar alrededor de ella, y se paraba un poco, diciendo: «Yo me llamo Joan Ajenjos, natural de Córdoba, y no el mal nombre que decís.» (77)

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre nada ménos que al Asistente de Sevilla D. Bernardino de Avellaneda, señor del Castrillo. Cunde entre el vulgo; sábelo el Asistente, y jura que se lo ha de pagar. De él no aparta la vista; le sigue á todas partes, buscando un pretexto para perderle; hállale bien ligero; proméve con el mancebo un altercado, le saca de Santa Ana, en donde habia tomado iglesia; enciérrale en un calabozo, y dándole tres

horas para encomendarse á Dios, le cuelga de la horea.

En vano fué que en la capilla escribiese Alvarez aquellos cristianos y excelentes versos que terminan:

Muera el cuerpo que pecó,
Pues bien la pena merece;
Y parta el alma inmortal
A vivir eternamente. (78)

En vano se apresuraron todos los poetas á pedir gracia para él, llevando la voz el noble caballero, el anciano y famosísimo dramático Juan de la Cueva, tan querido, tan respetado en Sevilla, y dando al Asistente por memorial aquel soneto, ménos bueno que bien intencionado:

No des al fébeo Alvarez la muerte,
¡Oh gran don Bernardino! así te veas
Conseguir todo aquello que deseas
En aumento y mejora de tu suerte.
El crúel ódio en piedad convierte,
Qu'en usar del tu calidad afeas:
Cierra el oído, ciérrale, no creas
Al vano adulador que te divierte.
De ese que tienes preso, el dios Apolo
Es su juez, no sufragáneo tuyo;
Ponlo en su libertad, dalo á su foro;
Que de hacello así, de polo á polo
Irá tu insigne nombre, y en el suyo
Hispális te pondrá una estatua de oro. (79)

La vanidad no cede, la soberbia no oye, el envidioso resentimiento no perdona; la dureza de corazón en entendimiento mezquino es tiránica siempre. Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso. (80)

Ya desde aquel día hallaba RUIZ DE ALARCON ménos alegre el cielo sevillano. Sintió más vivo el recuerdo de la patria; parecieronle más eficaces las instancias de su familia para volver á México y tomar en su real universidad el título de licenciado. No gozaba, cual su maestro Miguel de Cervántes, con el estudio y observacion continuos de las genialidades, gustos y costumbres de la plebe; y satisfecha la curiosidad del momento, esquivó apacentar la escudriñadora mirada en los Rinconetes y Cortadillos, los Andrés Caballero y las Preciosas, en los Tomás Rodaja y los Loaysas, en las Torralbas y los Carriazos.

Placiale, en sus humos aristocráticos, como á buen indiano y linajudo, la gente de carroza y caballos de ruar, su conversacion sentenciosa, atildada y meliflua, su artificioso porte, su voz grave y reposada, y sus fútiles pasatiempos. (81) Nunca le pareció tan bien humilde choza ó desvencijada casilla, albergue de la santa pobreza, como soberbio palacio en jaspes sustentado, vestidos sus salones con tapices flamencos, y orna-

das las galerías con cien retratos de familia, ya de héroes en Córdoba, Sevilla y Granada, ya de vireyes en Cataluña y Valencia, en Italia y el Nuevo Mundo.

Entónces reparó en que la ambicion, alentada por el favoritismo y venalidad de los ministros de Felipe III, tan distintos de los del anterior reinado, iba llevándose á la corte á galope la nobleza en busca de pingües gobiernos, plazas en los Consejos, productivas mercedes y grandes ayudas de costa. Notó asimismo que numerosas familias ilustres, que tenían pleitos en la chancillería de Granada, se avecindaban en aquella ciudad, por lo sano de su clima, encantado cielo y amenísimos jardines. Vió, en fin, que los más poderosos é independientes magnates pasaban casi todo el año en las suntuosas casas fuertes y lugares de su señorío. Quedaba, pues, Sevilla, para aburrimento de ALARCON, entregada casi á merced de sórdidos mercaderes, al prosaismo interesable de los negocios y sin preferido lugar para la hidalguía de la sangre, para la aureola del saber y de la virtud, por ser poca toda consideracion para el dinero. (82)

En tan mala disposicion de ánimo encontró Cervántes al bachiller cuando le iba á decir sus propósitos de abandonar á Andalucía.

Paréceme oírle encarecer á su jóven amigo el

sentimiento con que dejaba, quizá para siempre, aquella ciudad, donde tantas veces tomó puerto en la deshecha borrasca de su fortuna. Sevilla era á sus ojos amparo de pobres y refugio de desdichados, en cuya grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. Allí, desde hacía veinte años y por largas temporadas, halló descanso á continuas y fatigosas peregrinaciones, en el amor de una hija dócil y buena, de una esposa excelente, de una hermana y sobrina cariñosas, desviviéndose todas por aumentar los recursos para la comun subsistencia con las honradas labores de sus manos. (83)

¡Cuán deleitable el hogar sevillano, transformado en paraíso por el cariño de aquellas cuatro angelicales mujeres! ¡Cuán á gusto se encontraba allí, como en un cielo, desde 1587 á 1598, el insigne Comisario Real encargado por S. M. de la recaudación de tributos, de acopiar víveres para la armada, ó de más importantes asuntos, cuando regresaba de nuestras fortalezas de Africa, ó de haber recorrido las abrasadoras campiñas de Écija, las asperezas de Ronda, Teba y Ardales; los fértiles campos de Aguilar y Monturque; las florecientes villas del reino de Jaen y las ménos predilectas de Céres en el territorio de Guadiz y Baza; ó las tendidas vegas del divino Genil, juntamente con las agrias y pintorescas marinas

de la Alpujarra; ó todos los pueblos doce leguas á la redonda de Sevilla! ¡Y qué de ánimos y consuelos al volver atropelladísimo de rendir cuentas en la corte; ó salir de las cárceles de Castro-l'-rio y Sevilla, preso por ajena culpa ambas veces, y por igual no deshonroso motivo que un Mateo Aleman y un D. Diego Hurtado de Mendoza! ¡Cuán dulce, en fin, aquella tranquila y olvidada casilla, donde escribió muchos de sus dramas, casi todas sus novelas ejemplares, y donde, sintiendo placer indecible, tuvo sus primeros coloquios chistosísimos con el gran *Don Quijote de la Mancha!* (84)

Ya en otra ocasión, como la presente, había tenido Cervantes que alejarse de las encantadas riberas del Guadalquivir, cuando, renovado el personal de la pública administración, se dieron las comisiones reales á entremetidos y sin méritos; y el soldado de Lepanto conoció no poder vivir con el corto prenuio de las agencias que de sus negocios allí le encomendaban personas calificadas é ilustres, como D. Hernando de Toledo, señor de Cigales. (85)

Traíale, pues, harto imaginativo la próxima y forzosa mudanza de vida en Castilla la Nueva, con el temor de inesperadas amarguras, porque la desgracia persigue siempre al buen ingenio. Y entristeciase al recordar las que le acosaron

durante los tres años de su permanencia en la corte de Valladolid, desde principios de 1603 al otoño de 1605: ahora las falaces y eternas esperanzas cortesanas; ahora el incesante buscar sin fruto la honrada ocupacion y trabajo; ya la vileza de la necesidad, el deshacerse de las pocas joyas y necesarios vestidos; el tener para hoy, mas no para mañana; el pedir, el ver quitarse la vida en la casi improductiva faena de labrar y coser de dia y de noche las prendas mas queridas del corazon. Pero, sobre todo, le alborotaba el recelo de algun no previsto caso, como el que dos años antes, en el de 1603, le hizo abandonar con horror las márgenes del Pisuerga. Y á fe que no era de olvidar tan pronto la maldad de aquel juez vividor, ó débil é ignorante, quien, para poner á salvo la honra de cierto escribano, marido celoso que en imprevisto desafío mata ó hace matar á principal caballero, galan de su hermosa mujer, no discurre otro arbitrio que el de encauzar los procedimientos de suerte que, por la circunstancia de haberse dado socorro al herido en la casa donde Cervántes habitaba, su hija y sobrina, solteras y muy virtuosas, llevadas á la cárcel pública, viniesen para el crédulo vulgo á ser tenidas como blanco del trágico galanteo.

Si en la despedida á que asistimos no habia

para qué hacer confianza, ni ménos misterio, con ALARCON de suceso tan desagradable, hoy puesto en su verdadero punto y exacta y delicadamente historiado por mi docto amigo el Sr. D. Gerónimo Morán, (86) bien podia Cervántes, sencillo y comunicativo de suyo, dar rienda á los varios afectos que entónces le combatian. ¿Por qué ocultar que perdida ya toda esperanza de subsistir en Sevilla con decoro, levantaba la casa, resignado á volver á su antigua ociosidad de Esquivias, en el reino de Toledo, patria de su mujer, y en donde á ésta le quedaban algunos terrones? (87) ¿Por qué no significar á su camarada el propósito de dirigir en Madrid nueva y esmerada impresion de *El Ingenioso Hidalgo*? (88) Lo que de seguro debió callarle su discreción y su ánimo generoso, fué el desasosiego de si con esta reimpression volveria á ladrar alevosamente la envidia de portentoso ingenio, el cual no tenia que envidiar nada á nadie, aunque sí la baja flaqueza de padecer con los aplausos ajenos; aplausos, que para mortificación y castigo del envidioso, resonaron por el mundo y durarán aun cuando deje de existir la castellana lengua. (89) Pero lo que más empeñaba á Cervántes en el viaje de Madrid, era poner á prueba los bizarros ofrecimientos de Diego Gómez de Sandoval, conde de Saldaña, hijo segundo del favorito del Monarca y mancebo á quien

habia cobrado aficion en Valladolid, por su mucha travesura y valentía.

¡Oh genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma!

Tal vez hirió en mis ojos
La lumbré de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos;
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos:
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.

Sombra y amor me ofreces;
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra,
Al paso que tú creces,
En esperanzas y verdores medra,
Antes que rama abrace,
El pié besa del tronco donde nace.

CAPITULO X.

Vuelta de Alarcon á México.—Va en su compañía
Mateo Aleman.

1608

Con la partida de su maestro no veía Ruiz DE ALARCON la hora de embarcarse para América. Buscó la certification de sus grados salamanquinos, que en virtud de poder habia solicitado y conseguido se le librase en la ciudad del Tórmes, á 26 de Julio del año pasado de 1606; (91) despidió pedir á la Audiencia testimonio de cómo habia ejercido con crédito la abogacia, y comenzó á impacientarse por las contrariedades que le iban dificultando tomar pronto la vuelta de Nueva España. El hombre pone y Dios dispone.

La armada holandesa, en número de veintiocho velas, mandada por Jacques Heemskerke, vino á la barra de Gibraltar con designio de que-

habia cobrado afición en Valladolid, por su mucha travesura y valentía.

¡Oh genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma!

Tal vez hirió en mis ojos
La lumbre de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos;
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos:
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.

Sombra y amor me ofreces;
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra,
Al paso que tú creces,
En esperanzas y verdores medra,
Antes que rama abrace,
El pié besa del tronco donde nace.

CAPITULO X.

Vuelta de Alarcón á México.—Va en su compañía
Mateo Aleman.

1608

Con la partida de su maestro no veía Ruiz DE ALARCON la hora de embarcarse para América. Buscó la certificación de sus grados salamanquinos, que en virtud de poder había solicitado y conseguido se le librase en la ciudad del Tórmes, á 26 de Julio del año pasado de 1606; (91) despidió pedir á la Audiencia testimonio de cómo había ejercido con crédito la abogacía, y comenzó á impacientarse por las contrariedades que le iban dificultando tomar pronto la vuelta de Nueva España. El hombre pone y Dios dispone.

La armada holandesa, en número de veintiocho velas, mandada por Jacques Heemskerke, vino á la barra de Gibraltar con designio de que-

mar en el Estrecho la española, compuesta de diez navíos, que tenia por general á D. Juan Alvarez de Avilés, y por Almirante al capitán Aguilar. Acometiéronse ambas sañudamente, miércoles por la tarde 25 de Abril de 1607; los generales de una y otra escuadra murieron en la refriega; pero quedaron vencedores los holandeses, habiendo deshecho casi todos nuestros buques y cogido quinientos de nuestros soldados. Desnudaron á estos infelices, los ataron de piés y manos y los arrojaron al mar bárbaramente. A duras penas pudimos componer despues los navíos *San Cristóbal*, *San Pedro*, el *Dragon* y la fragata *Santa Ana*, quemados todos los demás. Y gracias al conde del Castellar, D. Gaspar Juan Arias de Saavedra, el primero de los señores de Andalucía que se metió en Gibraltar con ciento treinta soldados vasallos y deudos, que no vino á poder del enemigo la preciosa llave de España. (92)

Entónces conoció el gobierno de Madrid que urgía entablar en el Haya negociaciones para la paz, ajustando una tregua de doce años, la cual no llegó á firmarse hasta 9 de Abril de 1609.

Entretanto, y al comenzar el año de 1608, Felipe III hizo aprestar gran número de bajeles con intento de perseguir á corsarios y piratas, y encomendó la faccion al Marqués de Santa Cruz,

capitan general de las galeras de Nápoles. Quien, llamando á sí las de Sicilia, España, Portugal, Génova, y parte de la armada del Océano, barrió los mares, aunque por entónces no pudimos, sino dos años despues, apoderarnos del africano puerto de Larache.

Las buenas noticias que se recibian de las negociaciones en Holanda, y la paz que ajustamos con Inglaterra, muy contradicha en carta dirigida á Felipe III, en 27 de Enero de este año de 1608, por el venerable Patriarca de Alejandria y arzobispo de Valencia, D. Juan de Rivera, dejaron expedita la navegacion del Atlántico. (93)

Sevilla era, pues, toda júbilo y animacion al reir la primavera, carenándose y armándose los galeones que habian de traer la plata de Indias, con ánimo de estar ya de vuelta para Setiembre; embarcándose más allá en la escuadra del emporio indico Oriental cinco mil soldados, los cuales habian de reforzar nuestros presidios lusitanos de Ormus, Calicut y Goa, poner freno á los holandeses, que de aquí adelante se darian á mejor partido. (94)

Un lunes, 31 de Marzo, los navíos capaces y veleros de la flota de Nueva España, bien marinados y enjarcados, zarparon de la Torre del Oro, comandándolos el general D. Lope Díez de

Auz y Armendáriz (que ya habia ejercido con felicidad el mismo cargo en 1606) y el Almirante Juan Flores de Ravanal. (95) En la comedia de *El Semejante á sí mismo*, consagró ALARCON afectuoso recuerdo al marino intrépido y afable:

Quando al viento dan las velas
 La ligera pesadumbre,
 Sobre su popa el heróico
 General Don Lope, lustre
 De Díez, Auz y Armendárez,
 La cruz y el pecho descubre;
 Aquel á quien juzgan todos,
 Por sus hechos y costumbres,
 Digno que en cargos más graves
 Nuestro santo rey le ocupe,
 Pues tantas veces del mar
 Sujetó las inquietudes,
 Y ha hecho que flotas llenas
 De plata á España tribute. (96)

Detuviéronse los galeones en Sanlúcar, por ser contrario el viento; púdose al fin vencer la barra; y al tiempo que el sol se ponía, jnéves 3 de Abril de 1608, llegaron á Cádiz, haciendo parada allí treinta y seis horas. Durante ellas fué ALARCON obsequiadísimo huésped de uno de los bravos justadores en el inolvidable torneo de Alfarache, esperándole tan buen amigo para tomar juntos el derrotero de Nueva España. Llegado el

Sábado, cuando del alba
 Las negras reliquias huyen,
 Y en el Oriente se bordan
 De rubí y oro las cumbres,
 Da fuego la capitana:
 A una pieza, cuya lumbré
 Sale entre el humo y centellas
 Como entre rayos y nubes.
 ¡Leva! respondieron todos:
 Todos á embarcarse acuden;
 Y la arenosa ribera
 De gente al punto se cubra.
 Allí acudimos también;
 Cada cual saltando sube
 En los caballos marinos
 Que el mar con remos discurren.

A las diez sonó otra pieza de leva; amigos y criados que habian ido á saludar y despedir á los viajeros y se quedaban en tierra, desocuparon las naves, y la flota se comenzó á abrir por la bahía majestuoso camino. (97)

Hizo la salva el castillo de San Felipe, y ALARCON vió irse poco á poco hundiéndose en el mar las torres del alcázar, la de la iglesia mayor, y en seguida Rota, Chipiona, la punta de Sanlúcar y las costas y sierras españolas. Saludólas ternisimamente, y sin angustiarse por las borrascas y peligros del Océano, se entregó á la risueña

esperanza de contemplar, despues de tan larga ausencia, los muros patrios de la gran México, espanto del nuevo mundo y rival de la gran Venecia en el antiguo. Ni podia ir melancólico é imaginativo, estánd en compañía del revoltoso Hernando de Castro, alias *Don Tal, príncipe de Para-cual la Baja*; del camarada Salamancaqueso de los años 1604 y 1605, Brincian Diez Cruzate, que llevaba resolucion de abogar en la Real Audiencia de Nueva España; (98) y sobre todo, oyendo y tratando de cerca, en la intimidad de un bajel, que amansa los genios más acedos y duros, al insigne sevillano Mateo Aleman, el autor de *El pícaro Guzman de Alfarache*. (99)

Frisaba éste en los sesenta y cinco años, mayor que Cervantes, y mozo como él en los brios; rostro aguileño, cabello corto, espeso, crespo, entrecano y levantado por delante; la frente despejada y espaciosa; ojos tristes y severos, nariz corva, grandes la boca y bigotes, la perilla har- to pequeña; el cuerpo derecho y galan. Vestia jubon bien cortado, de labrada tela de colores, cuello y puños escarolados, terciando con garbo la capa. (100) Navegaba como criado de S. M., y muy provisto de libros, sin olvidar el escudo de sus armas, las cuales consistian en el águila negra, alemana, de dos cabezas, soportando un

escudete, donde campeaba el leon de Castilla. El escritor habia tomado por empresa la venenosa araña que desde un árbol se descuelga sobre la cabeza de dormida serpiente, indicando el lema latino que no hay prudencia bastante á contrarestar continuas asechanzas. (101) Durante la navegacion entreteníase en concluir y retocar su excelente discurso de la *Ortografia castellana*, que «por no tenerlo acabado cuando me dispuse á pasar á estas partes (de Nueva España), no lo pude imprimir; y porque, como el que viene de otras extrañas, tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que, cuando acá llegase, manifestar las prendas de mi voluntad. Y entre otras, elegí sola ésta, que me pareció á propósito en tal ocasion, para que por ella se publicase á el mundo que de tierra nueva, de ayer conquistada, sale nueva y verdadera manera de bien escribir para todas las naciones. Recibe agora, pues, oh ilustre ciudad generosa, este alegre y venturoso peregrino, á quien su buena fortuna trujo á manos de tu clemencia.» (102) Con efecto, de allí á un año, y no ántes, por haber estado Aleman gravemente enfermo, se imprimia el libro en México con el retrato del autor, su dedicatoria al presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, y otra á la ciudad de las lagunas. Sin razon, pues, censura á D. Nicolás

Antonio el Sr. Aribau, calificando de conjetura harto liviana la de haber pasado el anciano Mateo Aleman á tan apartadas riberas. (103)

¡Suerte la de ALARCON en tener casi siempre al lado suyo espíritus de tamaña valía!

En una semana arribaron á la Gran Canaria, dejando y tomando pasajeros; y es verosímil que aprovechase nuestro mexicano la oportunidad de conocer ó saludar entónces á su pariente, del mismo nombre y apellido, el regidor de la ciudad de las Palmas Juan Ruiz de Alarcon, muy práctico en cosas de mar y guerra, que tanto sobresalió el viénes 6 de Octubre de 1595 en la defensa de la isla, acometida por veintiocho galeones y navíos ingleses al mando del temible Draque. (104)

Prosiguiendo la derrota, invirtieron veinticinco dias en llegar á la tan verdaderamente isla Deseada, en la cual se provayeron de leña y agua, viéndolo partir con rumbo á la Nueva Andalucía y Venezuela muchos de los navíos que iban en conserva de la flota. Aparecióseles á barlovento Santa Cruz; alcanzaron despues á San Juan de Puerto Rico; en el de Ocoa, de la isla Española, tomaron refresco; y en el cabo de Tiburón se despidieron de los buques fletados para Honduras y Guatemala. Entre Cuba y Jamaica pusiéronles miedo los Jardines de la Reina, misero sepulcro de infi-

nitias naves y pasajeros, y no se les quitó la zozobra á los más tímidos ni aun teniendo á la vista la Isla de Pinos y los cabos de Corrientes y de San Anton, á los veinte dias despues que saludaron la Deseada. Ya no les faltaban sino ocho ó nueve de encierro en el caballo de madera, y doscientas cincuenta leguas de travesía por la más breve de las costas boreales de Yucatan, para mirar con gozo irse poco á poco levantando de entre las ondas el tan suspirado castillo de San Juan de Ulúa.

En tanto, procuraban divertir el trabajo del mar nuestros cuatro camaradas, refiriendo historias ingeniosas y llevando la imaginacion á otros lugares y tiempos más seguros. (105)

Mateo Aleman calificaba de madrastra para él á Sevilla; pero reconociendo que «se han levantado ingenios nacidos y cultivados en ella, que van poniendo los hombros en sus escritos contra la tropa de las impropiedades que se nos iban introduciendo.» (106) Doliase de que á los españoles se nos dé poco por aquello que no trae dineros á casa, y de que suframos por ellos en ella lo que no se debiera. (107) No estaba bien con hallar siempre juntos entre nosotros ignorancia y ceguera. «Figúranseme los ignorantes (decia) á los animales brutos que suelen ir en estos navíos: que si por algun caso los hombres

que vienen dentro perecen, ellos quedan solos; mas aunque tengan dentro bastimentos y el navio esté bien pertrechado de jarcía, velas, timon, aguja, con todo lo más necesario para poder tomar puerto, se pierden sin llegar á él.» Retase de ver á un necio caballero sobre su necesidad. (108) Gustaba mucho de la música, y decia que solo el asno la aborrece, y que por eso es asno. (109) Llevaba á mal que en materia de letras faltan las amistades entre los hombres. (110) Hacia coro á los maleantes compañeros de navegacion en burlarse de ver ocupadas siempre las secretarias del Despacho por vizcainos, con lo cual se iba descoyuntando la lengua castellana; y referia esta carta de un ministro á sus padres: «Padre señor, yo bueno estás, carta escribo, madre la leas, hierro no vendes, nadie lo quieres, Dios que te guarde.» (111) Y para él, sin duda alguna, era de más precio oír á los de la vida libre su jerigonza, y á los rústicos del condado de Niebla llamar paternidad al marqués, reverencia al rey, señoranza al cardenal, y jurar á un escribano: «Por esta sofricanza de cruz, que es jecha de güeso y carne, que les dierra no sé qué por saber *latigar* y *destruir* los latines como ellos.» (112) En fin, grata debió ser para los viajeros la discreta conversacion del anciano, y mucho más cuando pintaba cómo ha-

biendo perdido la castellana lengua su caudal propio con la destruccion de las Españas, fuéle forzoso, como á bizarro pirata, salir en corso á buscar la vida, ganando por la guerra lo que perdió en ella, desbalijando al hebreo, griego y latino, sin perdonar al árabe, con lo cual quedó una de las más elegantes, galana, graciosa y grave de cuantas conocemos. Tan sabrosas pláticas entretuvieron el viaje, hasta que los marineros gritaron ¡tierra! ¡tierra! y se llegó al puerto deseado. (113)

UNIVERSIDAD ALMA MATER DE BURGOS
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BURGOS
 DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPITULO XI.

Viaje de la capital.—Otras noticias sobre la familia de Alarcon.

1608

Lucidos y galanos subieron al punto sobre cubierta los pasajeros todos, haciendo ostentacion de camisas limpias y vestidos nuevos, y tan otros de los que eran en alta mar, que nadie los conoceria. Pisaron alegres la tierra deseada; fueron sin detenerse á la iglesia mayor, en accion de gracias por el feliz arribo; y despues de razonable descanso en Veracruz, Hernando de Castro, Diez Cruzate, Aleman y ALARCON tomaron juntos la via de México, harto larga y fatigosa, como de ochenta leguas, y por climas extremados y opuestos. Dos caminos conducian entónces á la gran ciudad: uno entre desiertos y soledades, algo más corto, de muchas y buenas ventas; otro, el que llamaban de poblaciones de

indios: aquel, de recnas y gente de tráfago; éste, preferido siempre de caballeros españoles. Ya es de suponer cuál elegirian nuestros amigos. (114)

Mojados y remojados por los bravos y repentinios aguaceros del trópico; aburridos con el sofocante bochorno de la zona tórrida en los incultos y pantanosos bosques orientales de Nueva España; y subiendo siempre sin descanso, reanimáronse al respirar el fresco viento de las alturas, desde donde contemplaban extenderse delante de sus ojos los fértiles y encumbrados valles que limitan el Pico de Orizaba, las sierras de Huejoringo y la de Tlaxcala, engendradora de horrisonas tempestades. Figúrome que las poblaciones de indios hasta ahora recorridas, entre ellas Tolome, Jalapa, Tepeyahualco, Nopalucan, Acajete y Amozoc, no habian parecido á nuestros viajeros ni tan pintorescas ni tan aseadas como las andaluzas del Aljarafe de Sevilla. Pero en cambio debió de serles muy agradable detenerse á comer á par de este ó aquel río, á la buena sombra de los guayabos, de tronco y ramas desviados y torcidos, ricos en pomas, ya coloradas, ya blancas, y en flores cuyo olor semeja azahares y jazmines. Aquí saliales al encuentro un huertecillo de nopales, cubiertas sus jugosas pencas del insecto que da la púrpura:

más allá enardecidas vegas, en donde, como dijo Andrés Bello,

El algodón despliega al aura leve
Sus rosas de oro y su vellon de nieve.

Y no les faltó, para recordar los bosques de cidros y limoneros que engalan las márgenes del Guadalquivir, alguno de árboles de cacao, abundante en mazorcas, parte verdes, parte rojizas, tirado á cordel y muy sombrío, al maternal amparo del árbol de la madera negra, que, doble de alto que ellos, los defiende de los ardores del sol y los corona de rosas blancas como el armiño. En llegando á los terrenos frios veían, en pasmosa abundancia, magueyes, ágaves ó pitas, que brindan al hombre con alimento, vino, arropo, vestido, calzado, mantas y leña; y verdear los extensos maizales; y mecerse, cual las ondas del mar al soplo del viento, las ya granadas espigas de trigo castellano. (115) Pero nada tan nuevo á los ojos de nuestros camaradas como las sementeras y huertos movedizos (chinampas) que, á guisa de tramoya ó encantamiento, andaban por las lagunas, y de que solo teniéndolos delante puede formarse idea. Para ello tejen aquellos naturales una balsa inmensa de juncos y espadañas; échanle tierra encima con artificio tal, que el agua no la derrite; y allí se siembra

y cultiva, y erece y madura, y se lleva de una parte á otra, cubiertos de flor y de fruto, mucho maiz, chiles ó ají (que es el pimiento y saborete de los indios, y tan necesario como el pan), bledos, tomates, frisoles, calabazas y otras infinitas verduras, peregrinamente casadas y dispuestas, ofreciendo la apariencia más deleitosa, crecido todo y en sazón. (116)

Tan pronto como descendieron á la llanura los caminantes, visitaron la muy adelantada y magnífica obra del templo catedral de los Angeles, dedicado á la Purísima Concepcion de la Virgen; pasaron el caudaloso Atoyac; y dos leguas de allí les detuvo la soberbia pirámide de Cholula (Churutecalt), Babel del Nuevo Mundo, con sus ciento veinte gradas, alzándose en mitad de vasta y despejada llanura, como gran montaña, hoy cubierta de pitas y dragoneros. Afirmaban los anales mexicanos haberla construido gigantes despues del diluvio, resueltos á escalar el cielo, toda de ladrillos hechos en Tlamanalco, y á tal distancia con peregrino arte conducidos; pero que su loco intento desbarataron los rayos de los dioses. Consagróse despues al Dios del Aire y de los mercaderes Quetzaalcoalt, cuyo nombre quiere decir *culebra de verde pluma rica*, harto significativo, sin saberlo aquellos que lo inventaron, del demonio de la codicia.

Derribados el idolo y templo que descollaban sobre la altísima plataforma de cinco mil varas cuadradas, alzó en su lugar la piedad cristiana un pequeño y lindo santuario de nuestra Señora de los Remedios, cercado de cipreses, muy devoto, donde siempre cuidaban de oír misa los viajeros. (117)

No habían pensado nunca los nuestros alargarse á visitar los campos de Tlaxcala, distantes seis leguas, á que hizo famosísimos el inaudito valor y corazon sin igual de los tlaxcaltecas, enemigos de los mexicanos. Allí habían sustentado, por espacio de quince dias continuos, fiera batalla con la hueste de Hernan Cortés, proveyéndola de gallipavos y tortas de maíz, segura y abundantemente, cada mañana ántes de la pelea, para que nadie pudiera decir que mataban á sus enemigos hambrientos y cansados. Es la provincia muy apacible para caza, y la gente muy dada á ella; pero léjos de soñar en perseguir á los ocelos ó panteras y á los leones rasos, no guedejados, que, olfateando algun indio descuidado y perros y gallinas, rugían por aquellos selvosos montes, pusieron empeño nuestros camaradas en acelerar el viaje. Tanto como el ya pasado calor, estrechábales ahora el frío tenaz de las siempre nevadas y altísimas sierras de Huejotzingo y Zihualtepelt, insufrible si no lo reme-

diasen las ventas y posadas con muy grandes fuegos y mucha leña, bien provistas de comestibles, que por allí se parecen. Sorprendió á los viandantes la mayor de todas aquellas cumbres, la del volcan de Popocatepelt, muy crecida y redonda, de la cual salía grande bulto de humo que hácia el cielo iba derecho y violento como una saeta. Pero al reir la mañana, cuando por entre las dos sierras de Popocatepelt y Zihualtepelt llegaron á la cima del puerto, descubrieron una de las más hermosas vistas que se pueden contemplar en el orbe: la dilatadísima y bastante poblada llanura de Culúa, con sus numerosos lagos, donde se reflejaban los rayos del sol, y allá en el lejano horizonte la gran ciudad de México. (118)

Tendiase, pues, ante sus ojos, y rodeado por agrias montañas, el anchuroso valle de setenta leguas de ruedo, que ciñe, entre otras muchas lagunas casi tan altas como lo más encumbrado de los Alpes, las dos principales de Chalco y de Tetzeuco. Dividelas de Oriente á Ocaso angostacordillera de muy elevados cerros, que están en medio del valle; dejando, al emparejar con las guájaras de Occidente, un estrecho para que se junten los dos lagos: de agua dulce y abundante en pesca el de Tetzeuco; el otro, sin peces, agitado y salobre. Engalanaban las orillas de am-

bos, de treinta leguas de bojeo, infinitos pueblos y alquerías, fundados los más de ellos en el agua, y prodigiosos jardines flotantes, invencion de los aztecas, última raza indígena dominadora en aquel territorio.

Al dejar las márgenes del río de Amecameca y de Atenango, que viene de la Sierra Nevada, y en acercándose á la laguna de Chalco, llamó la atención de nuestros viajeros, dentro de ella y como á dos tiros de ballesta, la pequeña ciudad de Jico, armada y fundada en el agua, sin comunicacion por tierra, muy fortalecida y de lindo parecer. Cruzaron más adelante el lago por cierta calzada tan ancha como una lanza gineeta cumplida, y en extension de cerca de dos leguas; haciendo posada á mitad del terraplen aquella noche en la hermosa villa de Cuiclanaca, y ponderando sus bien labradas casas y torres y la traza y novedad de su asiento. Caminaron otro día por la ríscosa lengua de tierra que divide las dos lagunas; vieron las célebres poblaciones de Iztapalapa y Mexicalzingo, no quitando los ojos de la de Iztacalco, allá á la mano diestra frente de México, á la vuelta y casi al fin del extenso lago de Chalco; pues eran de admirar ciertamente sus humildes chozas portátiles de paja y carizos, sustentadas sobre móviles céspedes, que, nadando, se mudaban de un lugar á otro. Pero

ya fuese á causa de los repentinos chubascos y violentos cambios de temperatura, ó, lo que es más cierto, por quererlo así el que tiene en su mano la salud y la vida de los hombres, comenzó á no sentirse bien Mateo Aleman, y fué preciso meter espuelas á los rocines para venir cuanto ántes á la ciudad y encontrar alivio y regalos el enfermo, y descanso los demás, que ya le deseaban despues de tan largo y complicado viaje. (119)

Mas oigo preguntarme el curioso lector: ¿qué personas de la familia estrechó contra su corazón nuestro bachiller en regresando á Nueva España? ¿Conservaba su padre la administracion de las minas de Tasco? Despues de una ausencia de ocho años, ¿tenia la muerte preparado al hijo un recibimiento de lágrimas?

Ha llegado á punto la historia, en que tiene su autor que decir y confesar paladinamente haber sido estériles hasta ahora sus muchos esfuerzos para saber tales pormenores. Las cosas vienen á la mano cuando se les antoja y no siempre cuando con mayor afán se las busca; pero nadie imagine que hayan de parecer sin diligencia. Grande la puse en esta investigacion, y la sigo poniendo; por lo cual aun confío que, en tiempo no lejano, me será dado satisfacer á quien además me pregunte cómo se llamaban los padres

de ALARCON, dónde moraban este año de 1608, cuántos hijos tenían, á qué los encaminaban, y otros particulares de que méritamente suelen gustar las historias. Quizá se averigüe si, por fineza del Illmo. de Labastida y Dávalos, arzobispo venerable de México, y por el insigne escritor de Nueva España D. Alejandro de Arango y Escandon, á quienes ya debo señalados favores, logro que se registren los archivos parroquiales de Tachco y de la capital desde los años de 1575 en adelante, así como el de la antigua universidad literaria y los de la Real Audiencia y Ayuntamiento.

Séame lícito, miéntas, apuntar algunos datos y conjeturas que faciliten la investigación, si para mí no está guardada.

El primer virey, D. Antonio de Mendoza, varon muy discreto y prudente, según al comienzo de esta obra se dijo, cuidaba mucho de no tener ocioso tanto caballero pobre, hidalgo desnudo, artesano de mal reposo, y villano mal aconsejado, como de toda España, hidrópicos de hacerse ricos de prisa y á tuerto ú derecho, cada día se le entraban por las puertas. Hubo, pues, de disponer á su costa, el año de 1540, una expedición de mil hombres á los fantásticos dominios del rey Cozomedo y gran Tepuayo, á la nunca vista Sierra de los Minerales y Cabo de los Azogues, y

en busca del soñado imperio de Cibola y Quivira y sus siete ciudades maravillosas. Refiriéndose á otro misionero, pintábaselas con vivos colores el saboyano fray Márcos de Niza, puestas como á 400 leguas hácia el Septentrion y pintiparadas á las de los libros de caballerías, con torres de plata, almenas de oro y chapiteles de diamante. Y él, de ciencia propia, encarecía lo sorprendente y gigantesto de la naturaleza en aquellas incógnitas regiones; adonde le habia hecho penetrar su encendido celo por la conversion de los idólatras. Ayudaban á la expectacion pública las tradiciones mexicanas y el ver en los antiguos anales pintadas siete cuevas, jeroglífico de los siete linajes ó tribus Nanatlacas, muy pujantes, que hácia los años de 820 (según el P. Acosta), y desde los apartados confines del río del Norte, se derramaron por los valles y lagunas de México. (120)

A principios de Mayo de 1540 salió para el descubrimiento la expedición española á cargo del capitán Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, llevando consigo al franciscano P. Niza, entre otros religiosos de la propia orden. Pasaron trabajos innumerables; un año se vieron detenidos á los treinta y cinco grados de latitud, en las llanuras de Cibola; vino á mermarse y reducirse á trescientos hombres la

hueste; vagaron despues seis meses, no hallando sino indios montaraces y pobres, y confusas noticias de existir más allá grandes ciudades; pero, como se amotinase la gente, hubo que tomar la vuelta de Nueva España, trayéndose al fraile Niza casi tullido y aun no bien desengañado. El fruto de esta célebre expedicion fué descubrir el Nuevo México, para añadir luego una provincia más á los dominios españoles. Vazquez Coronado escribió é imprimió la relacion de su viaje y descubrimientos; en propia causa le escribió tambien el P. Niza para el Virey; no descuidándose tampoco de hacerlo, por su parte, un tercer personaje de harta significacion en la empresa.

Era éste el comandante de los navios *San Pedro y Santa Catarina*, con los cuales, á 9 de Mayo y de orden del Virey, salió del puerto de Acapulco, en las costas del Pacifico, para auxiliar por mar los descubrimientos de Vazquez. Subió todo el golfo de California, y por el rio Colorado ochenta y cinco leguas nada ménos, del cual cinco tan solo se habian atrevido á explorar hasta allí los aventureros mas audaces. Aquel intrépido navegante se llamaba Hernando de Alarcon. (121)

Hernando, Ferrando y Ferran valen lo mismo. Ahora bien; recuérdese que este nombre fué precisamente el del conquistador de la cas-

tellana fortaleza del Júcar, en 1177, tronco y origen de la noble familia de Alarcon; y asimismo sépase que llevó el nombre de Hernando uno de los hermanos de nuestro poeta. ¿Serian, por ventura, nietos del marino que tomó parte en los descubrimientos de 1540? El Presidente del Consejo de Indias, en su consulta de 1.º de Julio de 1625 al rey D. Felipe IV, solo dijo respecto de los dos ascendientes mas inmediatos del Terencio español estas palabras: «Su padre fué uno de los mineros de Tasco, de que resultó aumento á la Real Hacienda; y su agüelo de los primeros pobladores de la Nueva España.»

Si en la familia castellana, durante aquellos siglos, ha de estimarse muy general costumbre la de poner á los hijos los nombres de sus progenitores, deben servir de guia para la investigacion propuesta, los que distinguieron á los tres hermanos Hernando, Pedro y JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Hernando, nacido en Tasco, bachiller teólogo, y cura párroco de Atenango, hubo de componer un *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que aun se encuentran entre los indios de la Nueva España*; cuyo manuscrito original conservaban los mexicanos, hace poco mas de medio siglo, en la biblioteca del colegio de San Gregorio. (122)

Y ya se vió en el primer capítulo que D. Pedro, licenciado en Teología, capellan y rector del Real colegio de San Juan de Letran, habia recibido tambien en Tasco las vivificadoras aguas del bautismo. (123)

Réstame decir, por último, que el infatigable Antonio de Leon Pinelo y el puntual Fr. Agustín de Betancourt hacen memoria de un Francisco de Alarcon, por haber escrito cierta *Relacion de lo sucedido en su viaje á la California*, es probable que á fines del siglo XVI, ó muy en los principios del inmediato. Ni del autor ni del libro hay mas noticia; pero á mi ver, los Alarcones de Nueva España eran una familia sola, y en ella arraigado el amor y cultivo de las letras. (124)

¿Qué vínculo unia con los dos Alarcones marinos y aventureros, á los tres hermanos Hernando, Pedro y JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA? ¿Cómo se llamaban sus padres? ¿Quién era en 1608 cabeza y gefe de la familia, y preparaba el camino á los varones para servir con honra á su patria?

Aun no se puede responder á ninguna de tales preguntas por falta de apoyo eficaz: estando, en mi opinion, léjos de dar ni suficiente ni segura luz para disponer la solucion del problema, el registro que en la iglesia del Sagrario metro-

politano de México halló D. José Guadalupe Romero, secretario temporal de la *Sociedad mexicana de Geografía y Estadística*, y publicó esta corporacion en su *Boletin* el año de 1863, tomo IX, 3, pág. 196, pareciéndole ser la misma partida bautismal del poeta. Dice así el libro parroquial del Sagrario, empezado á 8 de Enero de 1570 y concluido por Noviembre de 1579;

«En 2 de Octubre de 1572 años—Juan Hernandez bautiso á Juan hijo de Aalonso ruis y marina perez su muguer fueron padrinos juan de ureña y isabel goinez su muguer.—JUAN HERNANDEZ.»

Cabe en lo humano, en lo posible, que éste sea el documento anhelado; pero confieso que á mí no me lo parece. Despégase completamente del cuadro histórico; y el nombre de Alonso en el padre, y la fecha tan atrasada, rompen la armonía y congruencia de muy elocuentes y firmes datos que poseemos, y que imprimen diverso rumbo á las conjeturas. Prescindo por completo de no ver en esa partida ni el apellido Alarcon ni el de Mendoza; pudieron sin extrañeza omitirse. Pero, ¿cómo creer que hasta la edad de veintin años no empezó á estudiar DON JUAN los primeros rudimentos de las ciencias, que hoy decimos segunda enseñanza, ni pudo terminar la facultad de Leyes hasta los treinta y tres, ni ob-

tener la licenciatura ántes de los treinta y siete? ¿Cómo lo he de imaginar, cuando de veinticuatro años veo doctor á Brician Diez Cruzate, su Pilades salamanquino, y le oigo encarecer el felicísimo y pronto ingenio, la extraordinaria aplicacion y dotes singulares de su constante camarada y amigo el jorobado; y nada encuentro en sus palabras que no me lleve á suponerlos de una misma edad por sus inclinaciones y gustos? Retraso tan inexplicable en los estudios y carrera no tiene el menor viso de verosimilitud.

Quede la feliz averiguacion á los doctos de tan apartadas regiones, que logren registrar con noble y generoso ánimo y escrupulosidad exquisita los archivos parroquiales de Tasco y México, los de su universidad y colegios, los de su ayuntamiento y audiencia. Acometer la empresa desde las orillas del Manzanares y en las actuales circunstancias, es soñar con un imposible.

A esas mismas eruditas personas cumple también investigar si por aquellos días consideraba ALARCON entre sus parientes más ó menos lejanos, pero de posicion y valimiento, á D. Vicente de Zaldivar y Mendoza, caballero de la Orden de Santiago, natural de Zacatecas, donde fundó el colegio de padres Jesuitas, año de 1616. Afortunado conquistador y pacificador de las provincias del Nuevo México, de sus empresas envia

relacion al Monarca, la cual se guarda en nuestro Archivo general de Indias. (125)

Es, pues, un hecho digno seguramente, así de no pasar inadvertido, como de ponderarse para conclusion de este capítulo, el de que á las exploraciones marítimas de California y Rio Colorado, y al primer descubrimiento y posterior conquista y pacificacion del Nuevo México, se enlazan una y otra vez los apellidos, por ello aun más ilustres, de Alarcon y de Mendoza.

Ahora séame licito decir algo de la metrópoli, de su civilizacion y cultura, y de cómo se presentaba México á los ojos del bachiller salamanquino, rendidamente enamorado ya de las ciudades magníficas y bellas del Guadalquivir y del Tórmes.

CAPITULO XII.

Dende se tratan cosas que preocuparon mucho á D. Juan de Alarcon, y ahora quizá parezcan impertinentes; pero el lector descontentadizo las puede pasar de largo.

1608

Tan grande como Sevilla y Córdoba juntas; de anchurosas calles tiradas á cordel, parte de suelo firme, parte canales de agua idénticos á los de Venecia, con vastisima plaza y soberbios edificios, aparecia México dentro de la laguna de Tetzcuco. Dos leguas casi distaba de la orilla; uniéndose á ella los barrios situados al poniente de la poblacion, por medio de siete calzadas, obra de la genial industria del hombre, en lo más hondo y céntrico de un valle que se extiende catorce leguas de Norte á Mediodía, y cuenta siete de ancho. (126)

Aquí, al vivo, sorprendió á los españoles, en 1519, un completo sistema de esas ciudades

lacustres de los tiempos ante-históricos y aun históricos del viejo mundo, que hoy la ciencia se complace en descubrir y estudiar. Hallaron quince ó mas pueblos, completamente aislados algunos, como Jico, en mitad de los lagos; cuáles teniendo comunicacion con la orilla por largas calzadas hechas á mano, siendo de ellos Oculma, Jaltocan, Cuitlanaca y México; y otros cuyas últimas casas, muros y torres, como en Iztapalapa y Mexicalzingo, avanzaban hasta posar en tierra firme. (127)

Ni el historiador ni el anticuario podrán nunca mirar sin atencion y provecho tales oportunisimas defensas, que inspiró la naturaleza contra las fieras y los hombres á las primitivas sociedades. Y al representárselas fielmente en la imaginacion, leyendo las relaciones de Hernán Cortés al César Carlos V; y al recordar los trece bergantines, ó fustas que se votaron al agua en la anchurosa laguna de Tetzcuco, para la conquista de la gran ciudad, mandados labrar en Tlaxeala y conducir en hombros de más de ocho mil indios por aquel afortunado aventurero; los cronistas y geógrafos modernos darán perfecta explicacion á vestigios y sucesos famosos de nuestra antigua España. ¿Qué, sino ruinas de primitivas ciudades lacustres, son los cimientos de edificios y calzadas que en tiempos de continuada

sequia suelen aparecer en la extensa laguna de Antela, territorio gallego, en la aragonesa de Gallocanta y en la andaluza de Janda, cerca del Estrecho de Gibraltar? ¿A quién, sino á una ciudad lacustre, de que no habia ya memoria en el primer siglo de la era cristiana, debieron pertenecer aquellas doce hachas de piedra, descubiertas en cierto lago cantábrico, donde acababa de caer un rayo del cielo, y creidas señal infalible de que obtendria Sergio Sulpicio Galba el imperio del mundo? (128) ¿Dónde, sino á la orilla, y dentro de inmensas lagunas, muy parecidas á la de Tetzueco, se edificaron nuestras celebérrimas Iliberri y Numancia? Claro y manifiesto lo hallará quien estudie la granadina vega, y repare cómo por las gargantas de Loja abrieron camino á las aguas, ya su misma pesadumbre, ya grandes sacudimientos subterráneos, allí frecuentes y destructores. Igual rompimiento y desagüe debió de ocurrir en los términos de Numancia. Que en aquel sitio formaba ancho y profundo remanso el Duero, quedando en medio la heroica ciudad, es indudable: dos testigos presenciales de su cerco y ruina, los tribunos Sempronio Asellio y Rutilio Rufo nos hablan de aquel estanque, y de esquifes que á vela tendida ó fuerza de remos, si el viento no soplabá, surtian de víveres y municiones á los sitiados;

ponderando la industria de Escipion en atajar el rio con vigas herradas, pendientes de gruesas maromas, para quitar el paso á buzos y barquichuelos. Seguramente que por solo no existir ya el lago en este mismo año de 1608, despues de diez y siete siglos, y llevar Duero muy pobre caudal por la puente de Garray, hizo mal en negarles crédito á los dos tribunos el doctisimo Bernardo Aldrete, canónigo de Córdoba. (129) Diversa hubiera sido la opinion de tan recomendable filólogo andaluz, á saber que la voz *Numancia* (cosa que ignoro si álguien, ántes que yo, ha tenido la suerte de dar en ella) se conserva íntegra en la eúscara de *Umancia*, que en nuestro vulgar idioma significa *Laguna*. (130) Pero, enamorado de la materia, me aparto de mi propósito.

Ya se dijo en el capítulo precedente, que las cumbres de las montañas, por el lado que mira á la poblacion, vienen á componer una circunferencia de setenta leguas; pero, á no dudar, pasa de noventa la que forman los orígenes de las vertientes que, ya encauzadas y en multitud de arroyos y ríos de no pobre caudal, ahora represándose en lagos, estanques ó balsas más ó ménos grandes, alimentan la laguna de México, llamada asimismo de Tetzueco. Dilátase, como el valle, en direccion de Norte á Mediodia, ame-

nazando tragarse á la ciudad, metida al Poniente del gigantesco vaso, en una especie de ensenada. Los indios, para contrarestar el empuje de las aguas, cerraron la ancha boca de este seno con valiente albarrada de césped, alta, recta, de tres leguas de largo; y por detras de ella los españoles construyeron otro bravo dique semicircular, que decian de San Lázaro, y amparaba al caserio á modo de muralla y segunda línea de defensa.

No fué tan hacedero evitar que por la parte de Occidente dejaran de caer sobre la poblacion algunos rios despeñados en busca de su antiguo y comun depósito; y por ello hubo precision de dividir la ciudad en siete canales ó acequias, que se traginaban en canoas, y levantar otras tantas calzadas, á fin de que la aislada capital pudiera comunicarse con los pueblos semi-circunvecinos y tierra firme; las cuales terminaban en los de Guadalupe, Vallejo, Acapuzalco, Tacuba, Chapultepec, Piedad y San Lorenzo.

Poco, sin embargo, aprovechaban tales reparos en los años lluviosos; y á deshora veian con espanto los mexicanos desbordarse la inmensa laguna de Tetzeuco, y sus vidas y haciendas en gravísimo riesgo. Hizose mayor y más frecuente desde que los españoles, metiendo en labor las dehesas y prados naturales, removiendo las

tierras incultas y descuajando los montes, dieron ocasion á que la mucha piedra y arena que los turbiones arrastraban, levantase en ochenta años considerablemente el fondo de la laguna.

ALARCON halló aterrada á su patria con la frecuencia de tan desastrosos males; y sin hablar nadie de otro asunto que de cuantas inundaciones habia noticia, de las mayores desdichas de ellas, y de los más oportunos y salvadores arbitrios tomados en cada ocasion; echándose todos á discurrir cómo se podria buscar, emprender y llevar á cabo eficaz y sólido remedio. El entusiasmo para conseguirlo era indescribible.

Decian los indios que en tiempo de sus antepasados hubo tres grandes inundaciones, y saberlo por tradicion segura, acaecidas en los dias de Moctezuma I (1440-1470), de Autzol ó Acuzol (1490-1503) y del gran Moctezuma II (1503-1512-1521), que se contaron quinto, octavo y nono de los reyes de México. Algunos viejos recordaban las de 1553 y 1555 en el gobierno del primer D. Luis de Velasco; muchos más, la de 1580, en el de D. Martin Enriquez; y todos contemplaban con dolor y miedo los destrozos lamentables hechos por las recientes de 1604 y 1607, en cuyos respectivos años ejercian el magistrado supremo D. Juan de Mendoza y Luena, marqués de Montesclaros, y D. Luis de Ve-

lasco, más adelante marqués de Salinas, hijo de aquel otro de su propio nombre, segundo en el catálogo de los vireyes de Nueva España.

El desborde de 1555 había impedido que se comenzasen las obras del templo catedral, obligando á que los materiales ya dispuestos para él se emplearan en construir la albarrada curva de San Lázaro; y fué origen también de que se proyectara y llevara á cabo en el año siguiente la empresa de desaguar en la laguna de Zumpango el río de Cuautitlan y fuente de Azumba, afluentes los más poderosos y temibles del lago de Tetzcuco por la parte del Norte.

Nuevos reparos de compuertas, malecones y diques, honda limpia de canales, y aumentar hasta el número de siete las tres calzadas que de antiguo arrancaban de la ciudad, fueron los remedios que se tomaron á consecuencia de las avenidas de 1580 y 1604. Pero ésta última puso ya de manifiesto ser todo completamente inútil mientras no se lograra proporcionar amplia y fácil salida á la temible laguna de Zumpango y Zitlaltepec y á la inconmensurable de Tetzcuco. Buscado en vano y á mucho costo en el centro de ella el soñado sumidero de Pantitlan, que el sabio jesuita Francisco Calderon creía ver mencionado en las antiguas Memorias de los indios, se trató con mayor acierto de sacar por una mi-

na las aguas, hasta caer en el río de Tula, el más próximo de los que corren al lado allá de las cumbres del mexicano valle. Naciendo este río al Nornorueste de la capital, busca los montes por donde sale el sol; pero huye pronto hácia el Septentrion y sirve de linde á tierras de Querétaro: cánsase, vuelve al Oriente y hace el mismo oficio con la gobernacion de Pánuco que ahora dicen San Luis de Potosí, donde deja por el de Pánuco su nombre de Tula; y andadas más de setenta leguas, junto á Tampico de Tamaulipas, entra en el golfo de México.

El estudio y traza del desagüe debíase á los maestros Antonio Pérez de Toledo y Alonso Pérez Rebelto; y de llevarse á cabo se obtendría por lo ménos el resultado ventajosísimo de distraer á espaldas de las sierras del Norte las fieras avenidas del real de minas de Pachuca. En verdad que el haber represado sus aguas entre los pueblos de Tizayucan y San Mateo no servía de mucho; pues desbordándose, bajaban á la laguna de Zumpango; de allí, por la izquierda, retrocedían diagonalmente y entraban con impetu en la de San Cristóbal, separada de la de México por solo un antiguo albarradon de tierra. A vista de ojos examinaron el proyecto representantes de todas las corporaciones, comunidades religiosas,

estados y tribunales de la ciudad, pareciéndoles útil y necesario; pero los medios de ejecución ofrecían tales inconvenientes, que la Real Audiencia acordó no se tratara por entónces del desagüe.

Habiase de lograr ésto canalizando las aguas por socavon y por tajos abiertos junto á los pueblos de Huehuetoca y Nochistongo, en direccion de Tula y extension de nueve ó diez leguas, alguna vez á ciento diez y seis varas de profundidad: calculábase el gasto en cuatrocientos sesenta y ocho mil cuatrocientos ochenta y siete pesos, y se pedían para las obras quince mil indios durante seis meses. (131) Opúsose el fiscal Espinosa, fundado en que al abrir las zanjas perecerían la mayor parte de los indios á causa de su desnudez y de la gran frialdad de aquellos terrenos pantanosos. «Así que, en lugar de quince mil, es necesario un repuesto de sesenta mil, para remudarlos por semanas; de donde, como en los años de hambre, sobrevendrán pestilencias y cocolistles, y para muchas minas faltarán brazos, con perjuicio de S. M. y de todo el reino. Fuera de que la real cédula del Sr. Don Felipe II terminantemente lo prohíbe, mandando que los naturales no trabajen dentro de las minas, pues S. M. quiere más la conservacion de la vida de un indio que todas las ri-

quezas de las Indias.» Ocioso es recordar que para el trabajo de las minas solo podían emplearse criminales, á tan arriesgada faena condenados por sus delitos. Hicieron fuerza las razones: con el fin de dar alguna tranquilidad y confianza á los ánimos, reconstruyóse de mampostería la antigua albarrada de San Cristóbal, que era á un mismo tiempo dique á las aguas y calzada para el tránsito, y se renunció al radical y beneficioso proyecto. Muy pronto, sin embargo, debia ser indispensable ponerlo por obra.

Terminado el gobierno del marqués de Montesclaros, y sucediéndole D. Luis de Velasco, año de 1607, el recibimiento que tuvo este virey fué una tan descomunal inundacion, que destrozó los diques, anegó la ciudad entera, redujo á escombros infinidad de casas, y llenó de espanto y consternacion á todos los habitantes. Don Luis se propuso no tener una hora de descanso hasta librar para siempre á México de tan implacable enemigo. (132)

Era á la sazón famoso allí un antiguo vecino, andaluz de Ayamonte al decir de los más enterados, y belga ó aleman segun otros: vivo, ingenioso, diligente, impresor de libros, intérprete del tribunal de la Inquisicion, cosmógrafo del rey. Hablaba mucho de matemáticas, de hidráulica á las mil maravillas, y su voto y opinion

prevalecían donde quiera. En 1604 había compuesto y publicado en su misma imprenta un *Discurso sobre la magna conjuncion de los planetas Júpiter y Saturno*, acaecida en 24 de Diciembre de 1603; y poco despues, en 1606, un *Repertorio de tiempos é Historia natural de la Nueva España*, registrando todos los sucesos hasta 1603, reproduciendo el calendario de los antiguos mexicanos, y acopiando muchas y preciosas noticias de astronomía, geografía é historia natural de aquel reino. Escribió de agricultura, jardinería y cria de ganados; y un libro en materia de fisonomía de rostros, para que pudieran á tiempo conocer los padres la complexion é inclinaciones de los hijos, y darles oficio y estado convenientes. Hizo treinta y dos mapas de la costa del Sur, con sus cabos, ensenadas y puertos. Este muy nombrado vecino llamábase Enrico Martin. A él acudió el virey, y á maese Alonso Arias juntamente, hombre de cuarenta y ocho años, armero mayor de S. M., matemático hidráulico, constructor de los reparos dispuestos en 1604, y muy pagado de sí propio.

Fueron satisfactorios los dictámenes de Enrico y de Arias, infinitos los reconocimientos, favorables las consultas, aceptada la reforma del proyecto primitivo, hecha por Enrico Martin

(que redujo la extension del canal á siete mil varas de tajo abierto y ocho mil ochocientas de socavon, en la creencia de que, horadados los montes, llevaría desde allí por cauce natural las aguas al río Tula el mismo declive del terreno); y á 23 de Octubre de 1607 resolvió la sala de acuerdo de la Real Audiencia, que inmediata y simultáneamente se acometieran las obras. Debían comenzarse, y comenzaron, pues, á un tiempo en la laguna de San Cristóbal Ecatepec, segregacion artificial de la de Tetzcuco; en el pueblo de Huehuetoca, al Nornorueste de la de Zumpango, del cual tomaron nombre las construcciones, y en el término de Nochistongo. A éste, como el sitio más lejano, trasladóse el virey con mil quinientos indios; y oída misa á las once del día 28 de Noviembre en un jacal (barracón) dispuesto de antemano al efecto, hizose la inauguracion de las obras, tomando D. Luis el primero «una hazada, y dando algunas azadonadas, con que se animaron los indios al trabajo.»

Mucho antes habíanse despachado y pregontado mandamientos, convidando con paga suficiente á los braceros, y sobre todo á los negros, mulatos y mestizos que quisieran emplearse en aquella faena, para que dentro de ocho dias acudiesen ante el Corregidor, é invitando también á los vecinos á fin de que mandaran sus esclavos

á los desmontes, en la seguridad de que se les daría de comer y alguna satisfaccion. No produjo efecto el reclamo, y fué necesario, como siempre, sacar á la fuerza los indios de las poblaciones y atraerlos por el temor de más crueles embargos, aunque despues se dijo á S. M. que habian acudido voluntariamente. (133)

Ni alcanzaron otra mejor fortuna los petitorios de dinero que bizarrisimas ofertas y protestas de buena voluntad. Calculadas á corto monto las obras en seiscientos mil pesos, y no bastando para atender á lo más urgente un extraordinario impuesto sobre el vino, hubo que tasar las casas, posesiones, mercaderias y bienes muebles de los ciudadanos (que todo se valuó en veinte millones, veinte y seis mil quinientos cincuenta y cinco pesos) é imponerles una derrama proporcional, bien que se cobró de todos los estados sin dificultad de ninguna especie.

El canal arrancaba al Noroeste de la laguna de Zumpango, y en abrirle se emplearon, desde 28 de Noviembre de 1607 á 7 de Mayo de 1608, nada ménos que cuarenta mil ochocientos diez y ocho indios, inclusas mil seiscientas sesenta y cuatro mujeres cocineras; habiendo las obras adelantado prodigiosamente bajo la direccion de Enrico Martin, nombrado maestro mayor de ellas, con vivo resentimiento de Alonso Arias.

El cual ni un instante halló freno en desacreditarlas privada y públicamente, propalando que nunca se realizaria el desagüe. Y era la verdad que estaba errado el cálculo de las nivelaciones, y se habia dejado de dar el talud suficiente á los cortes del tajo abierto, y olvidado revestir de mamposteria el socavon para que no se hundiera, atendida la flojedad del terreno.

Supo Arias soliviantar los ánimos, producir un indescribible desasosiego general, y empeñar al virey en diversos reconocimientos; verificando éste por sí mismo el primero, á pesar de su quebrantada salud, á 17 de Setiembre de 1608, en compañía del arzobispo y de las personas de más calidad y ciencia. Y aunque entónces carecía el cauce de la profundidad conveniente, prevenido el maestro mayor, tuvo arte para represar de tan buena manera los depósitos, que levantada una compuerta, corrió el agua por la mina, desangrando, al parecer, la laguna de Zitlaltepec y Zumpango, con asombro y júbilo de los espectadores.

Como llevada por el viento llegó á la ciudad la fausta nueva; y el volteo de las campanas y las salvas de la artilleria y los incesantes vitores asordaron el espacio, vuelto en frenética alegría el pánico de los mexicanos, que desesperanzados trataban ya de abandonar los paternos hogares y trasladar la cabeza de Nueva España, dos ó

tres leguas de allí, á lugar exento de inundaciones. (134)

Tan varios y encontrados afectos enardecian al bachiller por Salamanca y á todos sus compatriotas, siendo juguete de la popular opinion, pronta, como el mar, á alterarse con cualquiera viento. ALARCON, sin embargo, mostrábase muy satisfecho de las obras, ó por verlas afanosamente apadrinadas del virey, ó presintiendo que ántes de mucho y con un cargo oficial habia de entender en ellas; ó porque su ingénita honradez y la claridad de su entendimiento les adelantaban ya el juicio favorabilísimo que para doscientos años despues les estaba legitimamente reservado.

CAPITULO XIII.

En que prosigue y acaba el punto de las inundaciones de México y obras para desaguar los lagos.

1608

A fe que vuelto á España, y celebrándolas como una maravilla en la comedia *El Semejante á sí mismo*, no debió estimarse imparcial ni desinteresado su elogio, por ocupar á la sazón el virey la presidencia del Consejo de Indias y andar el poeta en solicitud de una americana toga. Hé aquí de qué suerte las pondera Leonardo en la primera escena:

México, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altivas murallas.
Todas las fuentes y rios
Que de aquestos montes manan,

tres leguas de allí, á lugar exento de inundaciones. (134)

Tan varios y encontrados afectos enardecian al bachiller por Salamanca y á todos sus compatriotas, siendo juguete de la popular opinion, pronta, como el mar, á alterarse con cualquiera viento. ALARCON, sin embargo, mostrábase muy satisfecho de las obras, ó por verlas afanosamente apadrinadas del virey, ó presintiendo que ántes de mucho y con un cargo oficial habia de entender en ellas; ó porque su ingénita honradez y la claridad de su entendimiento les adelantaban ya el juicio favorabilísimo que para doscientos años despues les estaba legitimamente reservado.

CAPITULO XIII.

En que prosigue y acaba el punto de las inundaciones de México y obras para desaguar los lagos.

1608

A fe que vuelto á España, y celebrándolas como una maravilla en la comedia *El Semejante á sí mismo*, no debió estimarse imparcial ni desinteresado su elogio, por ocupar á la sazón el virey la presidencia del Consejo de Indias y andar el poeta en solicitud de una americana toga. Hé aquí de qué suerte las pondera Leonardo en la primera escena:

México, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altivas murallas.
Todas las fuentes y rios
Que de aquestos montes manan,

Mueren en una laguna
 Que la ciudad cerca y baña.
 Creció este pequeño mar
 El año que se contaba
 Mil y seiscientos y siete,*
 Hasta entrarse por las casas;
 O fuese que el natural
 Desaguadero, que traga
 Las corrientes que recibe
 Esta laguna, se harta;
 O fuese que fueron tales
 Las crecientes de las aguas,
 Que para poder bebellas
 No era capaz su garganta.
 En aquel siglo dorado
 (Dorado, pues gobernaba
 El gran marqués de Salinas,
 De Velasco heróica rama,
 Símbolo de la prudencia,
 Puesto que, por tener tanta,
 Después de tres vireinatos
 Vino á presidir á España),
 Trató este nuevo Licurgo,
 Gran padre de aquella patria,
 De dar paso á estas crecientes
 Que ruina amenazaban.
 Y después de mil consultas
 De gente docta y anciana,
 Cosmógrafos y alarifes,
 De mil medidas y trazas,
 Resuelve el sabio virey
 Que por la parte más baja

* Con manifestó error dicen todas las ediciones «mil y seiscientos y cinco.»

Se dé en un monte una mina
 De tres leguas de distancia
 Con que por el centro dél
 Hasta la otra parte vayan
 Las aguas de la laguna
 A dar á un rio arrogancia.
 Todo es uno el resolver
 Y empezar la heróica hazaña:
 Mil y quinientos peones
 Continuamente trabajan;
 En poco más de tres años
 Concluyeron la jornada
 De las tres leguas de mina,
 Que la laguna desagua.
 Después, porque la corriente
 Humedeciendo cavaba
 El monte, que el acueducto
 Cegar al fin amenaza,
 De cantería inmortal
 De parte á parte se labra,
 Que da eterna paz al reino,
 Y á su autor eterna fama.

Pintado en Madrid este cuadro, y visto de lejos, produce ilusion igual á la de fragosísimas apartadas montañas, que envueltas en suaves y deliciosas tintas, se muestran aparentemente llanas al cansado viajero y cómodas y fáciles de superar.

En resolucion, baste saber que, terminadas las obras tales como las proyectó Enrico, tanto hubo que adicionar, enmendar y remediar lo

hecho, ahora profundizando atrevidamente el socavon, ya sosteniéndole con apeos de madera, que se pudrian y flaqueaban, ya revistiéndole de sillería, y, en fin, atalizando, rasgando y prolongando los tajos abiertos, que en ellas se consumieron veintiocho años, y tres millones de pesos, y un número fabuloso de indios. (135)

Asombró la liquidacion de lo gastado hasta 5 de Setiembre de 1635; pero las amarguras, contrariedades y disgustos que agobiaron al buen maese Enrico Martin, harto pudieran dar asunto á una dramática historia. Tan pronto colmado de plácemes, como desairado y escarnecido; ayer dirigiendo las obras, hoy separado, y mañana vuelto á llamar; falto á deshora del apoyo del Virey D. Luis de Velasco (1611), y ya sin esta noble defensa contra el interesable y pertinaz resentimiento del envidioso Arias, que en vida y en muerte le acusa y le persigue. (136)

Desautorízale muy luego el fatuo ingeniero holandés Adrian Boot, á quien se busca y trae, por mandato del Monarca, para reconocer y aun dirigir las obras del desagüe, y que las reprueba rotundamente (1614), y sueña en levantar allí los diques de arena que en Holanda le roban al mar su suelo, y desafian el empuje del Océano. (137) Ya son dos los implacables adversarios de Enrico; pero vale mucho más que ellos,

y los desconcierta y vence, hasta que á 21 de Setiembre de 1629 salen de madre las lagunas, arrollan las presas y calzadas, subvierten los edificios, no perdonando la terrífica avenida ningun paraje de la ciudad, y tardando cerca de cuatro años en consumirse las aguas. No es ménos furiosa entónces la persecucion que se desata contra Enrico Martin; en duras acusaciones y cargos se han vuelto los elogios, en impia cárcel los vtores; su persona, bienes, libertad, salud y reputacion todo padece; y viejo, enfermo, gotoso, menospreciado, afligido y pobre, muere en 1632 el hombre de sagacidad ingeniosa, trabajador activo, de peregrina adivinacion y de constancia á toda prueba, que libró y enriqueció con el desagüe de Huehuetoca á México la desagradecida. Quizá los errores cometidos en un principio, y tan difíciles de corregir despues, tuvieron por causa la imperfeccion de los instrumentos matemáticos y el afan de improvisar el remedio, llevándole pronto á cabo y con el menor desembolso posible.

Hasta cien años despues no se hizo justicia [®] al verdadero mérito de Enrico. Suya es la envidiable gloria de haber proyectado, no el desagüe total y pernicioso de la laguna, sino templar por el escape de Huehuetoca el concurso de sus más bravos afluentes. El dia en que desapa-

rezcan los lagos de Chalco y de Tetzeuco llegarán á ser inhabitables México y sus contornos; porque la Providencia, solicita siempre de lo que más necesitamos, hizo aquel depósito de aguas para suavizar la rigidez de la atmósfera, atraer las lluvias del cielo, y llevar á los vecinos campos la fertilidad y la hermosura. (138)

Pero volvamos á la sazón en que por el desagüe de la laguna de Zumpango, artificiosamente dispuesto el día 17 de Setiembre de 1608, recobraron los mexicanos las perdidas esperanzas, entregándose, llenos de gozo, á sus ordinarias tareas. En tan buena ocasión trató nuestro bachiller el salamanquino de elevar su categoría á la de licenciado en Derecho.

CAPITULO XIV.

Gradúase Alarcon de licenciado en Leyes en la Universidad Real de México, á 21 de Febrero de 1609.

1609

Al efecto comenzó por visitar, un juéves, al señor maestrescuela de la Universidad Real, Dr. Joan de Salcedo, profundo escritor en materia juridico-canónica, y secretario famoso en el tercer concilio mexicano (1585), cuyos decretos supo ordenar y disponer acertadísicamente. Los vireyes le miraban como á oráculo, atendidos su saber y prudencia: catedrático de prima de Cánones, tuvo por discípulos á los sujetos que honraron más las garnachas y mitras en una y otra region del hemisferio antártico; y su librería, que vino luego á ser del imperial convento de Santo Domingo, valióse en catorce mil duros, para aquella edad gasto exorbitante. (139) ALARCON le presentó una instancia y el testimonio de

rezcan los lagos de Chalco y de Tetzeuco llegarán á ser inhabitables México y sus contornos; porque la Providencia, solicita siempre de lo que más necesitamos, hizo aquel depósito de aguas para suavizar la rigidez de la atmósfera, atraer las lluvias del cielo, y llevar á los vecinos campos la fertilidad y la hermosura. (138)

Pero volvamos á la sazón en que por el desagüe de la laguna de Zumpango, artificiosamente dispuesto el día 17 de Setiembre de 1608, recobraron los mexicanos las perdidas esperanzas, entregándose, llenos de gozo, á sus ordinarias tareas. En tan buena ocasión trató nuestro bachiller el salamanquino de elevar su categoría á la de licenciado en Derecho.

CAPITULO XIV.

Gradúase Alarcon de licenciado en Leyes en la Universidad Real de México, á 21 de Febrero de 1609.

1609

Al efecto comenzó por visitar, un juéves, al señor maestrescuela de la Universidad Real, Dr. Joan de Salcedo, profundo escritor en materia juridico-canónica, y secretario famoso en el tercer concilio mexicano (1585), cuyos decretos supo ordenar y disponer acertadísicamente. Los vireyes le miraban como á oráculo, atendidos su saber y prudencia: catedrático de prima de Cánones, tuvo por discípulos á los sujetos que honraron más las garnachas y mitras en una y otra region del hemisferio antártico; y su librería, que vino luego á ser del imperial convento de Santo Domingo, valióse en catorce mil duros, para aquella edad gasto exorbitante. (139) ALARCON le presentó una instancia y el testimonio de

los grados de bachiller en Derecho civil y canónico, le expuso haber cumplido el término de su pasantía, y pidió y suplicó á su merced se la otorgara, permitiéndole repetir para el grado de licenciado en Leyes. Muy afable le recibió su antiguo y ya jubilado maestro, despidiéndole satisfactoriamente despachado; lo propio hubo de sucederle aquel mismo día con el rector Alonso de Villanueva Alarcon, su pariente quizá, quien designó como local para la repetición solicitada, el general grande de la facultad de Cánones.

Al domingo siguiente, que se contaron ocho días de Febrero de 1609, se verificó el acto, muy lucido, con asistencia del Rmo. Sr. D. Fr. García Guerra, arzobispo de México, del Consejo de S. M. Tan bien relacionado y considerado se veía ya nuestro D. JUAN en su patria. Arrodillóse para besar á S. Illma. el anillo y tomar su bendición, y puso reverente en sus manos un pliego enrollado y sujeto por listón de raso y flecos de oro. En él aparecía la tesis que iba el graduando á sustentar, encabezada con muy significativa dedicatoria al Prelado, pues le llama señor, patrono y mecénas: *Sacratissimo Notituius Mundi Pontifici, mecaenati, patrono ac domino meo Magistro Domino Fratri Garciae Guerra Johannes Ruiz de Alarcon in utroque jure baccalaureus.*

El decano de la facultad, Santos de Esquivel, presidió; y concurrieron el maestrescuela y el rector, y juntamente otros ocho doctores. Por espacio de una hora y hasta que le fué hecha señal de que cesara, sostuvo tres conclusiones el laureando con Gil de la Barrera, presbítero y doctor mas moderno, y con los bachilleres Don Antonio del Rey y Gonzalo de Paredes. Como prueba de sagacidad é ingenio, defendió en una, primero, que era válida, y luego que no lo era, por la ley romana, la libertad alcanzada en tiempo en que resulta no vivir el legatario por quien se obtuvo. En la segunda, tratándose de últimas voluntades, negó toda validez á las condiciones imposibles de hecho. Y en el tercer punto no reconoció tampoco eficacia alguna para las condiciones casi imposibles. (140)

Tres días despues, miércoles 11, el bachiller Cristóbal de la Plaza, secretario de la Universidad (á quien se debe una *Relacion* de ella y de sus más laboriosos profesores hasta el año de 1646, curiosísima y nunca publicada), certificó haber puesto bajo su custodia el bachiller JUAN Ruiz, pasante de la facultad de leyes, las propinas que monta el grado. Por lo que mandó incontinenti fijar edictos el maestrescuela, llamando á los bachilleres que pretendieran aventajarse en antigüedad al salmantino. Pasado el plazo,

ALARCON, deseoso de entrar luego en exámen, hizo escrito renunciando la antigüedad y cediéndola á quien despues de él y más antiguo, se graduase dentro del término de estatuto.

El cual exigia de los graduandos una informacion de práctica en el ejercicio de la abogacia; y ya se dijo por qué salió de Sevilla D. JUAN sin este documento. Suplióse con dos testigos, que fueron los camaradas en el viaje de Cádiz á México, Hernando de Castro Espinosa, mozo, á la sazón, de veintinueve años, y Brizian Diez Cruzate, de veintitres, abogado ya en aquella Real Audiencia. Con juramento depusieron ambos, el miércoles 18: Castro, que le conoció y vió en Sevilla el año de 1606 abogar con mucho nombre y opinion, teniéndola de honrado, de buena vida y ejemplo; Cruzate, que en 1604, y en Salamanca, desde cuya fecha no ha dejado de tratarle y contemplar su amor al estudio y á los libros, su aplicacion grande é intachables costumbres. (141)

Nadie se presentó á disputar la antigüedad para el grado: acusó ALARCON la rebeldia; vino á estimarla el maestrescuela, y dispuso que á las seis de la mañana del juéves 19 hicieran á su presencia, y en la santa iglesia catedral, la asignacion de puntos de exámen los dos doctores que él eligiese entre cuatro asistentes al acto, los más

modernos; á quienes tomó juramento de no traer comunicados con el candidato los lugures por donde se habia de abrir el libro de las Leyes. Cúpole, en su virtud, á Damian Gentil de Párraga picar por tres partes en un *Digesto* viejo, y dar á escoger de estas tres asignaciones al bachiller, aquella en que se le habian de señalar puntos para la primera leccion, y marcarle, bajo del dicho juramento, el párrafo más lucido. Idénticas formalidades se llenaron por Juan de Arteaga para la segunda leccion; y entónces fué notificado al pretendiente, que de allí á dos horas enviase á los señores doctores de la facultad de Leyes y Cánones los puntos que se le marcaron, y viniera á leer de exámen al dia siguiente en aquel mismo sagrado lugar, á las seis de la tarde. (142)

Llegada esa noche, la augusta majestad del templo, el silencio, respeto y veneracion llenando el recinto, y la santidad de las ceremonias (por quien eran imposible el fraude, y valientes y confiados en Dios el mérito y la ciencia verdaderos) enardecian el corazón, ponian medida á las palabras é iluminaban los sentidos. «Habiéndose fecho señal y tañido á la oracion (dice el acta), comenzó á leer el bachiller JUAN RUIZ los puntos que en el *Digesto* viejo le fueron señalados para la leccion primera en la ley 17, título *De institoria actione*» (accion comercial), agi-

tándole y disputándole con acierto y maestría. A poco espacio de otra señal para que cesase, dió principio á la segunda leccion del Código, en el titulo *De rei vindicatione*, ley 12, puesto el caso á ella conducente, y sacada la conclusion más firme. Entónces se recibió juramento de los doctores Párraga, Arteaga, Esquivel y Barrera, sobre no traer comunicados por sí ni por interpósita persona los argumentos que habian de poner al examinando; y le arguyeron, en su virtud, cada cual con dos medios de cada leccion, de su contraréplica seguidos, á los que satisfizo el Bachiller cumplidísimamente. Mandáronle que se retirara de la iglesia; diéronse á los veintiun doctores examinadores sendas propinas y letras A y R; se abrió una y otra urna, patentizando estar vacías; volviéronlas á cerrar con llave, y se pusieron en el lugar de costumbre. Hecha por antigüedad la votacion, lleváronlas otra vez ante el maestrescuela, que las abrió, resultando del escrutinio en la *urna del licenciado* veintiuna *aves*, número idéntico al de los jueces, con lo que se le aclamó aprobado *nemine discrepante*. Súpolo por aviso del maestrescuela, y que la mañana siguiente debía acudir á la misma santa iglesia metropolitana para recibir el grado. (143)

El sábado, pues, 21 de Febrero de 1609, como á las doce ménos cuarto, en la santa iglesia

catedral, frente de la sacristía mayor, estando el señor maestrescuela Joan de Salcedo, «con su merced el general *D. Pedro de Armendáres*,» el alguacil mayor de corte Juan Rodriguez de Figueroa, el contador Gaspar Bello de Acuña, el Rector, el Decano de Leyes, y gran número de doctores, ALARCON pidió al señor maestrescuela que, atento á su exámen y aprobacion, le diese el grado de licenciado que solicita en la facultad de Leyes. Y habiendo hecho la profesion de fe y jurado los estatutos, le dijo el maestrescuela que, por la autoridad apostólica y régia de que estaba investido, le creaba y hacia tal licenciado, puesto que todos los votos le juzgaban merecedor de tamaña honra; concediéndole que así pudiera llamarse en todos los reinos del Rey, nuestro señor, con las exenciones y libertades á ello consiguientes; habilitándole para recibir el grado de doctor cuando quisiese, y otorgándole todo esto en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Dió ALARCON las gracias, y el maestrescuela por terminada la ceremonia. (144)

En la sacristía mayor fueron los plácemes, y la colacion en la sala capitular. Aquí, estrechándole regocijados la mano, los doctores; muchos, al descuido, le devolvian y ponian en ella la propina. Allí, el anciano minero de Tasco besaba la enardecida frente del hijo. A este lado los

hermanos y deudos, y más acá, los amigos íntimos, como Diez Cruzate, Hernando de Castro y el apenas convaleciente y harto escualido Mateo Aleman, tan apretadamente le abrazaban, que temió no le deshicieran la joroba. Y en todas partes, lo más autorizado y florido de la ciudad, subió de punto su aplicacion y buen ingenio.

Tuvo seguramente nuestro mexicano el dón de la palabra; fácil, viva, discreta siempre y oportuna, jovial, sazónada y sentenciosa. Este dón, harto comun en la mayor parte de los contrahechos, y en los que reunen á memoria feliz y muy ejercitada gran soltura de lengua y osada resolución, debió por fuerza tomar vuelo en un muchacho que abandona el abrigo de sus padres y recorre lejanas tierras, viéndose obligado á mirar por sí y á saber tratar con toda clase de gentes. Poseyendo aquella envidiable cualidad, enriquecida, no con la alquimia, sino con el oro de las ciencias en un entendimiento privilegiado, los plácemes y alabanzas reunian cuanto puede satisfacer de lo merecido y sincero.

Pocas habian de tener á sus ojos mayor precio que las de los doctores Juan Cano, de quien hemos de hablar más adelante; Agustin Osorio, atinado comentarista del Código, catedrático de Leyes; y Luis de Cifuentes, mexicano, catedrático de Instituta y Decreto, que llegó á ser rector y

cancelario de la universidad, canónigo doctoral y maestrescuela de la metropolitana, y de quien vieron la luz pública muchos alegatos. Bien merecian haberse dado á la estampa sus eruditas explicaciones á Justiniano y á las Decretales, y su Disertacion sobre Testamentos. (145) Con sumo afecto y cortesía despidiéronse del nuevo licenciado los doctores Luis de Herrera, su compatriota, futuro canónigo doctoral tambien, y escritor en latin sobre juramento judicial, prebendas y dignidades eclesiásticas, cuyos manuscritos, muy apreciables, existieron hasta 1821 en la librería de los Franciscanos descalzos de Tacubaya; y Pedro Garcés del Portillo, floridísimo en la interpretacion de las leyes, y blanco de la envidia, que ganó la cátedra de prima de Cánones, hubo de ejercer el cargo de provisor y vicario general del arzobispado, é imprimió notables disertaciones, alegaciones y dictámenes sobre puntos muy sutiles de inmunidad eclesiástica, de limitada atribucion en los visitadores de conventos, y sobre facultad en los obispos de excomulgar á religiosos que tenian cura de almas. (146)

Tales y tan autorizados eran los jueces que probaron la aptitud de ALARCON. Fundamento en verdad, y muy grande, tuvo para exclamar por aquella época el inspirado y galanísimo cantor de la *Grandeza mexicana*:

Préciense las escuelas Salmantinas,
 Las de Alcalá, Lovaina y las de Alénas
 De sus letras y ciencias peregrinas;
 Préciense de tener las aulas llenas
 De más borlas, que bien será posible;
 Mas no en letras mejores ni tan buenas. (147)

Harto conmovido regresó D. JUAN á su casa, entre gozosa turba de parientes, camaradas y aficionados, que le instaron á que procurase reposar durante la siesta, y rehacerse de la fatiga del dia de ayer y de las emociones en el de hoy. ¡Cómo habia de reconciliar benéfico sueño! En la conclusion de la carrera creen divisar los jóvenes todos el feliz término de molestas privaciones y azarosos afanes, el logro de mil seductoras esperanzas. Jamás recelan ni se les ocurre no ser por lo comun otra cosa que el título profesional que una autorizacion, las más veces innecesaria, para salvar el límite y barrera que separan al estudiante del pretendiente, empujándole á ménos alborozado y más agrio y espinoso camino, intratable si falta el patrocinio de un hombre resuelto y poderoso.

Retrepado en su sillón de vaqueta, la mano en la mejilla, y cerrados los ojos, soñaba despierto con gobiernos y togas, puestos en olvido su extravagante figura y el tropiezo que en ella pudiera encontrar para aventajarse por el mundo.

Todo lo veía de rosado color, envuelto en el hechizo de la luz matutina, admirándose para sus adentros de no haber sabido hasta aquella ocasion el gran caudal de solícitos amigos que poseía; pues no le saltó por entónces la desconfianza de que tanto júbilo y obsequio pudieran, en alguna parte, ser hijos más bien de interesantes miras y cauta sagacidad para lo porvenir, que de santa y pura complacencia en los triunfos ajenos. Por el contrario, apacentaba dulcemente la imaginacion y la memoria en el cortejo numeroso de que acababa de hacer tan lucida muestra, y en el estruendo y aplauso del acto de repeticion y del de investidura, con la presencia del Arzobispo, lo más amable y venerable de tejas abajo en aquella católica ciudad; del Alguacil mayor de corte, figura la más temida y considerada; del Contador de Hacienda de S. M., cual si dijéramos el Intendente, el hombre del dinero; y de un primer importantísimo gefe de la marina española, como el general D. Lope Díez de Aux y Armendáriz, que no puede ser otro ese á quien el secretario de la Universidad, Cristóbal de la Plaza, ménos atento á las armas que á las letras, confirmó en el acta con el nombre de *Pedro*. Ni hallamos en los registros de aquella edad semejante Pedro, ni parecen verosímiles dos generales de marina de idéntico apellido con igual

comision, y parando á un mismo tiempo en la ciudad, como encargados de conducir y dirigir las flotas de Nueva España. Don Lope era quien á la sazón residía en México; fué quien trajo aquella en que vino el poeta; quien desde esa ocasión, como ya evidenciamos, hubo de distinguirle con amistad afectuosa, y quien no podía menos de concurrir á la fausta ceremonia del grado.

Con el apoyo del marino ilustre y del venerable Arzobispo, y juntamente con los buenos oficios del curial y del hacendista, promettase ALARCON el inmediato patrocinio del Virey, des- cogiendo, no sin motivo, las alas velocísimas de la esperanza, y con ellas encaramándose en la rueda no menos veloz de la fortuna.

CAPITULO XV.

Vida y gobierno de México: grande prosperidad y cultura de la ciudad.—Actividad científica y literaria: teólogos, filósofos, jurisconsultos, repúblicos, historiadores, filólogos, humanistas, médicos, pintores y poetas.—Modelos y estímulos que engrandecían el ingenio de Alarcon.

1609-1610

Obtenida licencia para realzar el perinclito bonete salmantino con la roja borla mexicana, término feliz de lucida carrera, que abría la puerta á los graves cargos de las magistraturas eclesiástica y civil, sintió D. JUAN licita ambicion de alcanzarlos, mereciéndolos. Confundíanse entónces en el juez las facultades de Astrea con las hoy peculiares de la administracion, suponiendo en quien profesaba mejor ambos Derechos, fecunda aptitud para gobernar en paz y concordia los pueblos, sedientos siempre de equidad y justicia.

Muy luego aprendió nuestro licenciado que no le bastaba saber leyes si había de alcanzar una vara ó garnacha, y regirlas bien en su tierra na-

comision, y parando á un mismo tiempo en la ciudad, como encargados de conducir y dirigir las flotas de Nueva España. Don Lope era quien á la sazón residía en México; fué quien trajo aquella en que vino el poeta; quien desde esa ocasion, como ya evidenciamos, hubo de distinguirle con amistad afectuosa, y quien no podía menos de concurrir á la fausta ceremonia del grado.

Con el apoyo del marino ilustre y del venerable Arzobispo, y juntamente con los buenos oficios del curial y del hacendista, promettase ALARCON el inmediato patrocinio del Virey, des- cogiendo, no sin motivo, las alas velocísimas de la esperanza, y con ellas encaramándose en la rueda no menos veloz de la fortuna.

CAPITULO XV.

Vida y gobierno de México: grande prosperidad y cultura de la ciudad.—Actividad científica y literaria: teólogos, filósofos, jurisconsultos, repúblicos, historiadores, filólogos, humanistas, médicos, pintores y poetas.—Modelos y estímulos que engrandecian el ingenio de Alarcon.

1609-1610

Obtenida licencia para realzar el perinclito bonete salmantino con la roja borla mexicana, término feliz de lucida carrera, que abría la puerta á los graves cargos de las magistraturas eclesiástica y civil, sintió D. JUAN licita ambicion de alcanzarlos, mereciéndolos. Confundíanse entónces en el juez las facultades de Astrea con las hoy peculiares de la administracion, suponiendo en quien profesaba mejor ambos Derechos, fecunda aptitud para gobernar en paz y concordia los pueblos, sedientos siempre de equidad y justicia.

Muy luego aprendió nuestro licenciado que no le bastaba saber leyes si habia de alcanzar una vara ó garnacha, y regirlas bien en su tierra na-

tal; y que le era preciso conocer á fondo su historia, sus costumbres, su constitucion política y administrativa, sus necesidades, sus hombres. Para ello buscó el trato y familiaridad de los repúblicos y sabios, que son al considerado y atento los más provechosos libros.

Compartia la mañana entre la Universidad y la Audiencia; no faltó á las academias científicas y justas literarias que muchas tardes celebraban los colegios y monasterios; y en no pocas le hicieron suyo los teatros, donde se lucian raros poetas, como el aventurero sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, ó farsantes discretísimos, convertidos en bobos, para arrancar del más adusto la risa y tenerlo embobado. Incentábale con efecto la ocasion, anunciándose:

Fiesta y comedias nuevas cada día,
De varios entremeses y primores,
Gusto, entretenimiento y alegría.

No le atrajo tanto lo que llamaban la taberna, y ahora café, harto provistas del espumoso licor de Rota y Luque, y de frescas bebidas muy azucaradas y golosas. Preferia dar una vuelta por las gradas de la catedral y por los alegres soporales de la inconmensurable y riquísima plaza que ante ella se extiende, cuatro veces mayor que la de Madrid. Allí el lugar de cita y reunion cons-

tante de españoles, mestizos, indios, negros y mulatos: y en verdad que era deleitable espectáculo el de tan varias figuras, rostros y semblantes, lenguas tan diversas, tan peregrinos trajes, intereses, opiniones y aun religion tan encontrados. ¡Hermosa vista la de aquellas infinitas hileras de puestos de fruta riquísima, colocada en lechos de trébol y juncia, entre suchiles ó ramilletes de rosas, donde no se cansaba de contemplar Bernardo de Valbuena:

La verde pera, la cermeña enjuta,
Las uvas dulces de color de grana,
Y su licor, que es néctar y cicuta;
El membrillo oloroso, la manzana
Arrebolada, y el durazno tierno,
La incierta nuez, la frágil avellana;
La granada, vecina del invierno,
Coronada por reina del verano,
Símbolo del amor y su gobierno;
En fin, cuanto al sabor y gusto humano
Abril promete y Mayo fructifica!

Y en el centro de la plaza, en el mejor cuartel, ¿quién no habia de perderse por las entoldadas callejuelas de aquella hermosa alcaicería de sedas, perlas, joyas, oro y grana? ¿Quién podrá decir de sus bien abastecidas tiendas de loza de Sangley, tejidos del Japon, ámbar del Malabar, olores de Pancaya, granates de Ormuz, te-

las de Cambray, ricos vasos de bruñida plata, y vajillas cinceladas de oro, emulando á Florencia, Luca, Génova y Milan,

Donde el ser mercader es excelencia?

Pero ningun esparcimiento más agradable á los mexicanos que el de ruar en tostado alazan ó remendado overo por aquellas derechísimas calles, de una legua, ginetes de ambas sillas, de suma destreza y apostura, envueltos en seda y caireles de oro, con sombrero jarano, blanco y de ancha falda, empuñando largo baston y haciendo gala de muy vistosa plumeria. Gustábanle á nuestro licenciado esos nobles y sanos ejercicios de la gineteta y de la brida; y como huyese de sacar á la vergüenza su ridícula persona por las calles más públicas, incorporábase con ancianos é ilustres caballeros, espoleando á su troton hácia el Salto de Alvarado y puente del Zacate. (148)

Pues en todos aquellos sitios, en todas partes y á cada hora se hallaba entre hombres de ciencia y experiencia, singularmente en la del corazón humano, que decimos ciencia del mundo, faltando la cual se navega sin brújula por el borrascoso mar de la vida.

Nunca hubo, como entónces, ni ha vuelto á haber en Nueva España tan pasmosa multitud

de varones doctísimos en cuantos ramos abarca el humano saber, nacidos allá ó avecindados, españoles ó procedentes de Alemania, Italia y Flándes, que hacian de México la Aténas del Nuevo Mundo. En ningun tiempo, como en aquel, fué más grato y llevadero para la sociedad el continuo y virtuoso trabajo, por quien logran salud el cuerpo, engrandecimiento el espíritu, paz y felicidad las familias, y prosperidad y sosiego las naciones. Jamás con igual discrecion proporcionaban descanso á la ordinaria fatiga ejercicios más honestos y agradables, y nunca se puso cuidado más exquisito en vigorizar la imaginacion y nutrir el entendimiento con enseñanzas sólidas y fecundas.

Poblaba la piedad los templos, y disponiase el espíritu para cosas grandes, ahora oyendo en el convento de San Agustin declamar en lengua española ó mexicana, contra los vicios, á Juan Mijangos, doctor filósofo y teólogo, celosísimo de que los padres educasen bien á los hijos; (149) ahora, en la Compañía de Jesus, al Ciceron mexicano Juan de Tovar, profundo y elegante en el idioma *teotlactolí* de los indigenas, y sagaz historiador de los antiguos reinos de Tlacopan, México y Acolhúa. El prior de Santo Domingo, Fr. Luis Vallejo, era ornamento supremo de todas las grandes festividades; y sus religiosos Fran-

cisco de Arévalo, andaluz, y el criollo Gerónimo Rubioñ enfervorizaban la venturosa ciudad, juntamente con Pedro de la Cueva, nieto de los primeros conquistadores de Oaxaca, y autor de bien ordenada gramática de la lengua zapoteca; varon insigne, cuyo nombre servia de término de comparación al celebrar á un orador consumado. Por último, el sayal franciscano honrábase en el Demóstenes guatemalteco Fr. Pedro Tovilla, natural de Chiapa, sin rival en la elocuencia. (150)

No ménos resplandecía la del foro, cultivada por jurisconsultos como D. Rodrigo de Aguiar y Acuña, luego oidor de México, y al fin consejero de Indias, á quien, por su dominio en la especial legislación americana, llamaban el Triboniano del Nuevo mundo. Y ejemplo y estímulo excelente habia de ser aquel Juan Cano, que dijimos, de tan recto juicio, tal erudición en ambos Derechos y de tan feliz memoria, que dándole un caso práctico, citaba la ley donde se hallaba previsto, y vice versa. Tres meses ántes que ALARCON se ufanasen con el título de licenciado, recibió Cano la borla de doctor en su patria, á 1.º de Diciembre de 1608, el mismo día en que se posesionaba de la cátedra de prima de Leyes; y, ¡preferencia hasta allí no vista! por hacerle honra, asistieron los oidores de la Audiencia, tomando papel y pluma, como los escolares, y es-

cribiendo el primer párrafo que les dictó desde la cátedra. (151)

¡Qué hombres tan eminentes hubo de tratar ALARCON asistiendo al claustro de la Universidad, á las academias de los jesuitas, y á patriarcales reuniones de sabios en los feraces huertos de los Franciscanos, Dominicos y Agustinos, á la grata sombra de altísimos cedros y laureles, bajo florido pabellon de simbólicas pasionarias! Aquí admiraba la ciencia que se eleva hasta el Hacedor Supremo, eubriéndose los ojos con la veneración, el anonadamiento y el amor, como los serafines con sus múltiples alas, en un doctor Juan López Agurto de la Mata, colegial mayor del de Todos Santos, que escribía sobre los misterios de la Trinidad y Encarnación del Verbo, y á cuyo mérito habian de ser debida corona las mitras de Puerto-Rico, Venezuela y Caracas. Allí conoció al dominico Fernando de Bazan, asombro de la Universidad literaria, comentando la *Suma* del Doctor Angélico: allí á Pedro de Hortigosa y Pedro de Morales, expositor y de gran pericia en Leyes, uno y otro jesuitas, manchegos ambos, y consultores en el concilio mexicano tercero; á Nicolás de Arnaya, padre y maestro de todas las regiones septentrionales de América, enriquecidas con su ejemplo y doctrina, y á quien se debe la hermosa versión española del

libro de la *Imitacion de Cristo*; y, en fin, á Diego López de Mesa, escogido por San Francisco de Borja para fundar en Nueva España la Compañía de Jesus, sacerdote que, por estos dias, cuando le oyó ALARCON, frisaba en los sesenta y cinco años. (152)

Muchas veces, en las breves horas de esparcimiento y descanso de los religiosos, que hasta relucir la estrella de la tarde se paseaban, con lo más cristiano y docto de la ciudad, por los amenos bosques de paltos y ceibas, á la margen de las lagunas, pudo asistir á sus eruditas conversaciones, escuchar sus dudas y consultas en materia ethnográfica é histórica, y adónde llegaban de sus tareas en restaurar y conservar preciosas reliquias de lo antiguo, ó en no permitir que por incuria y abandono se olvidaran los sucesos del siglo XVI, organizador y civilizador de suyo en aquellos estados. Fray Juan González de la Puente desviviase por atesorar noticias para su *Crónica de la provincia de Agustinos de Mechoacan*, y el docto y ejemplar Juan de Santa Ana para su libro de la *Vida y hechos de los primeros religiosos de San Francisco en México*. El dominico sevillano, Cristóbal de Cháves Castillejos, dedicado á la enseñanza de los indios mistecos, á un mismo tiempo bosquejaba la *Historia de la provincia de San Hipólito, mártir de Oaxaca*,

patron de México, y la de las *Primeras colonias de Indias*, discurriendo sobre el origen de los indios. Y el indio cacique, Pedro Juárez, hijo de aquella ciudad y sacristan de su parroquia de S. Pablo, extendia un útil *Memorial en lengua mexicana de cosas memorables*. (153)

Gran contentamiento y gusto recibiria quien acompañase en estos admirables ocios al franciscano Juan de Torquemada, el Tito Livio de las regiones septentrionales de América, tan diestro en labrar la oportuna calzada de San Cristóbal, de que se hizo mencion en otro capítulo, como en investigar las más recónditas antigüedades de Nueva España, sus memorias, usos, religion y costumbres. ¡Qué impetuoso raudal el suyo de interesantes noticias! ¡qué manera de exponer todo cuanto conduce á formar cabal idea de un pueblo, de una civilizacion! Sucesos históricos, religion y leyes, trajes y edificios, artes é industrias, públicas diversiones y entretenimientos, nada esquiva, nada olvida; solo huye de ignorante palabreria, y goza en la ingenuidad y sencillez: veinte años, trabajando sin tregua, consumió en su libro de la *Monarquía indiana*. Por extremo deleitable, seguramente, habria de ser verle por aquellos huertos conversar mano á mano con el indio Domingo Chimalpain, descendiente de los antiguos caciques, á la sazón ocu-

pado en estudios análogos y en conferir los monumentos con las tradiciones y recuerdos de sus mayores. Escribía en castellano la historia de su patria, México, hasta el año de 1526; y en lengua nahuatl, ó sea mexicano docto, la conquista de Hernán Cortés, la crónica de la gran ciudad, desde 1068 á 1597, y varias relaciones de apartados siglos. En los porvenir un nuevo Rafael de Urbino diseñará junto á esos dos egregios varones la figura de D. Antonio de Tovar Moctezuma Ixtliljochitl, descendiente de las casas reales de México y Alcolhucan, dispuesto á ceder á las instancias del Virey D. Luis de Velasco, y á ofrecerle bien ordenadas memorias de la genealogía y descendencia de los reyes mexicanos y de los príncipes de Tetzeuco. (154)

Ultimamente, el mismo galano artífice que en esos venideros siglos dorados haya de pintar el cuadro de la benéfica y sin igual civilización española en tan apartado hemisferio, sacará de entre ásperos y solitarios breñales á cuatro personas religiosas que á lo léjos diviso: cual de sotana y manteo, cual de pobre y deshecho hábito, cuáles de luengas tocas, pomposas y limpias, y todos ellos de aspecto muy dulce y caritativo. El jesuita Pedro Gravina, italiano, es el primero, que sabe con la mayor perfección cuatro de las veinte lenguas indígenas de Nueva España, tan

opuestas y diferentes entre sí unas con otras, como lo son del alemán el persa, y del francés el eslavo; en dos de ellas ha compuesto arte y vocabulario. (155) Es otro el franciscano Juan Bautista de México, profundo teólogo, buen latino y muy diestro en la castellana lengua, que á la suya patria nahuatl traduce el *Kempis*, y en ella, para recreación y enseñanza de los indios, escribe muy tiernos *dramas espirituales de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Fué maestro de aquel maravilloso historiador Torquemada, con quien ántes nos encontramos, y se le debe la prosperidad de los estudios en el imperial colegio de Santa Cruz de Tlatelulco, erigido para educar á los indios nobles. Aunque de cincuenta y cuatro años, en este de 1609, anda achacoso y no se promete larga vida. (156) Acompañale Martín de Acevedo, fraile dominico, indiano también, y también cristiano ingenio, cuyos importantes *dramas alegóricos* en lengua chocha, y *autos sacramentales* en lengua misteca, solicita poseer la librería del convento de Oaxaca. (157) Fray Gerónimo Larios, el postero de todos, en cuyo hábito resplandece el escudillo de la Merced, partido por medio, arriba la cruz de plata, y abajo las cuatro barras sangrientas de Aragón, merece aplauso por ministro de los indios ma-

mes de Guatemala, y primero que les ha predicado en su lengua, de la cual publicó en México una curiosa gramática en 1607. (158)

Así por aquellos dias continuaban útiles hombres la hermosa tarea que otros muchos religiosos españoles diligentes y sabios acometieron de estudiar tan extraños idiomas, indagar si por aventura reconocerian un tronco mismo comun, aunque el estudio hizo ver lo contrario, conservarlos é inventariar escrupulosa y atinadamente sus palabras. Con ello facilitaron inmenso tesoro de noticias á la filología comparada, que en algun tiempo ha de rendir sazoadisimo fruto.

El filólogo encuéntrase en aquellas lenguas con un inesperado caudal de exactas voces hebreas, púnicas y griegas; en muchos lugares, con una conjugacion del verbo muy parecida á la del vavense; con no pocas radicales chinas en el idioma otomí; con que los doce meses de los mexicanos tienen los mismos nombres que los doce signos en el zodiaco japonés, tibetano y mogólico; más aún, con que desde el atlántico al Pacífico se llamaba á Dios *Teottl*, casi de igual manera que le decian los griegos (*Θεός*); y á los templos *teo-cal*, *teo-pan*; esto es, *casa*, *lugar de Dios*. Sorpréndese el arqueólogo hallando fortificados esos templos y distribuidos al estilo que el de Salomon, y hechos arsenales de armas

cual lo estaba el de Baal Berith, que entregó al fuego Abimelech; contempla gigantescas pirámides como la de Cheops, ó como la de Belo, toda de ladrillo y de un estadio de altura; y cuando las registra, se imagina estar leyendo la descripción del templo de Júpiter Hammon en la pluma de Herodoto y Diodoro de Sicilia. Pasman al anticuario las colecciones de Uhdé, Corroy, Hertz y del museo mexicano, porque en los vasos de barro descubiertos junto al lago de Tetzucuo y en el Yucatan, ve el arte de los etruscos, y muy claramente divinidades egipcias, griegas y aun romanas. Las antiquísimas pinturas de los tlaxcaltecas y aztecas nos dejan llenos de asombro, ofreciendo á nuestros ojos con vivos colores la primera mujer junto á la serpiente en el Paraíso terrenal, y detras la fiera lucha de sus dos hijos; en otro lado el diluvio, Tospí librándose en una gran nave con su mujer, hijos, los animales y semillas; el buitre que no vuelve al arca, y el colibrí que regresa con una ramita verde en el pico; la confusion de las lenguas, la dispersion de las gentes; y en medio del Océano extrañas embarcaciones, que del Oriente vienen á poblar aquel nuevo mundo. Varios teocales, de diez y doce siglos de antigüedad, ostentan aún esculpido en lo más retirado y principal del sagrario el signo de la Cruz, ya sola, ya entre figuras que

la rinden adoracion; y este signo llevaba los nombres de *Quiahuitz-teottl*, *Chicahualiz-teottl* y *Tonacaquahuittl*, que valen: *Dios de la lluvia ó salud*, *Dios de la fuerza y pujanza*, y *Arbol del alimento y de la vida*. Espantó á los descubridores de América observar allí, aunque muy desfigurados, no pocos ritos de indole cristiana, como vigiliass, ayunos, confesion auricular, eucaristia de pan horriblemente mojado en humana sangre, monasterios y procesiones; discordando con bárbaras costumbres religiosas, que ponian de manifesto la reñida lucha entre un culto primitivo y simbólico, de paz y de campestres deidades, y otro posterior de sanguinarias y exterminadoras. (159) Al considerar tan congruentes y eficaces datos, exclama el baron de Humboldt: «La comunicacion entre el Viejo y el Nuevo Mundo inutilmente se intentará poner en duda: evidénciase por las cosmogonias, por los monumentos, por los jeroglificos, por las instituciones.» (160) Y, efectivamente, quien visite la coleccion ethnográfica del Museo arqueológico de Madrid, y halle entre los antiguos despojos del Perú y México vasos como los referidos, y entre armas y trajes el airoso casco de Pálas atenea, considerará las regiones americanas como el fondo de la mar, donde van á caer naves, muebles y pasajeros de todos los si-

glos y naciones. Pero me alejó del sitio en que me hallaba.

Dos muy estimables sugetos veíanse un poco más allá, religioso el uno, seglar el otro; guipuzcoano éste, gallego aquel; maestro teólogo en el imperial de Santo Domingo el fraile, pintor su camarada. Podrian presentarse como ejemplar de cuán libres y erráticas son las humanas inclinaciones, y de cómo solemos abstraernos de cuanto nos rodea, cerrar á ello los ojos, y trasportarnos con los del alma á remotos siglos y lugares. Fray Hernando de Ojea, el más anciano, viviendo ya cerca de treinta años en México, no se cuida ni de sus antigüedades ni de su historia, puestos ahincadamente la memoria y el corazon en las orillas del Sil. Gózase en dibujar desde tan alongadas tierras el *Mapa geográfico del Reino de Galicia*, que envió á Juan Baptista Urint, en Ambéres, para que lo grabase; y escribiendo la *Historia general* de aquel reino, la curiosissima *del glorioso Apóstol Sant Iago, Patron de España, de su venida á ella, de la grandeza de su Iglesia y órden militar*, y un *Tratado de la nobleza española*.

El pintor (pintores también su mujer y sus hijos, pero de graciosas y animadas perspectivas) intitulábase de esta manera: «Baltasar de Echave, natural de la villa de Zumaya, en la

provincia de Guipúzcoa.» De él para nada se acuerdan nuestros historiadores de Bellas Artes; y sin embargo, sus lienzos de Santa Isabel de Portugal y Santa Rosa de Viterbo llaman la atención por la transparencia y viveza del colorido, inspirado en la escuela sevillana. En cambio, le otorga decoroso lugar la república de las letras, al par de los más modernos Larramendi y Astarloa, por sus notables *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra*, que salieron el año 1607 de la imprenta del buen Henrico Martín, con retrato del autor, hecho por él mismo, ostentando en su mano el pincel y la pluma. Introduce allí la lengua eúscara en forma de matrona, que se queja de que, siendo la primera que se habló en España, y por toda ella generalizada, la hayan venido á olvidar sus naturales. (161)

Entretanto, solo á manejar los colores que roban su luz al sol y su hechizo á la naturaleza, vivían dedicados el gran Concha, el celebrado Franco y el diestro Cháves, á quien llamaban el del pincel divino, juntamente con su mujer y su hija; aquella, en la hermosura, Marcia; y ésta, en la gracia y buen aire del dibujo, émula de Irene la del ateniense Cratino. (162)

CAPITULO XVI.

Donde concluye la materia del anterior.

1609-1610

El cerco de los médicos, dejada la mula, pero no los guantes, era de oír trayendo á un compás las estrellas y las plantas, los coluros y los tabardillos. Envanecíanse por aquellas calendas con la pomposa denominacion de *filósofos, médicos y astrólogos*; y si bien todos ganaron más con los enfermos que los enfermos con ellos, no carecían de ingenio, de aplicacion y doctrina. El Dr. Cárdenas, catedrático de visperas, daba en este año de 1609 á la estampa un suculento libro *Del chocolate, qué provecho haga, y si es saludable*. Damian González de Cueto, mexicano y tambien catedrático, habia ocupado poco ántes las prensas de nuestro inolvidable hidrón-

provincia de Guipúzcoa.» De él para nada se acuerdan nuestros historiadores de Bellas Artes; y sin embargo, sus lienzos de Santa Isabel de Portugal y Santa Rosa de Viterbo llaman la atención por la transparencia y viveza del colorido, inspirado en la escuela sevillana. En cambio, le otorga decoroso lugar la república de las letras, al par de los más modernos Larramendi y Astarloa, por sus notables *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra*, que salieron el año 1607 de la imprenta del buen Henrico Martín, con retrato del autor, hecho por él mismo, ostentando en su mano el pincel y la pluma. Introduce allí la lengua eúscara en forma de matrona, que se queja de que, siendo la primera que se habló en España, y por toda ella generalizada, la hayan venido á olvidar sus naturales. (161)

Entretanto, solo á manejar los colores que roban su luz al sol y su hechizo á la naturaleza, vivían dedicados el gran Concha, el celebrado Franco y el diestro Cháves, á quien llamaban el del pincel divino, juntamente con su mujer y su hija; aquella, en la hermosura, Marcia; y ésta, en la gracia y buen aire del dibujo, émula de Irene la del ateniense Cratino. (162)

CAPITULO XVI.

Donde concluye la materia del anterior.

1609-1610

El cerco de los médicos, dejada la mula, pero no los guantes, era de oír trayendo á un compás las estrellas y las plantas, los coluros y los tabardillos. Envanecíanse por aquellas calendas con la pomposa denominacion de *filósofos, médicos y astrólogos*; y si bien todos ganaron más con los enfermos que los enfermos con ellos, no carecían de ingenio, de aplicacion y doctrina. El Dr. Cárdenas, catedrático de visperas, daba en este año de 1609 á la estampa un suculento libro *Del chocolate, qué provecho haga, y si es saludable*. Damian González de Cueto, mexicano y tambien catedrático, habia ocupado poco ántes las prensas de nuestro inolvidable hidráu-

lico é impresor de libros Henrico Martin, con varios tratados médicos y alguna oracion fúnebre latina. Y Juan de Barrios, nacido no léjos de Madrid, y discipulo del célebre Dr. Carrero, en Alcalá, dábase á conocer sacando á luz su *Verdadera medicina, cirugia y astrologia*, donde la oscuridad de los oráculos délficos se compensa con lo diáfano de las alabanzas al ingenio, estudios y prendas de los mexicanos. (163)

Por otra parte, los estadistas y repúblicos facilitaban al curioso no menor advertencia.

Asunto, en verdad, inagotable era para la observacion y discurso el gobierno de imperio tan vasto, con doscientas leguas de travesía Norte á Sur, y cuatrocientas de Oriente á Ocaso, partido en cuatro audiencias y ocho sillas episcopales. (164) De buen temple el cielo, siendo todo el año allí mayos y abriles; fértil la tierra, espontánea y maravillosamente en no pocos lugares; rica en ganados, trigo y maíz, cochinilla, algodón, cacao, añil, caña de azúcar, vainilla y tabaco; salvo aceite y vino. Discurríase con provecho en esas bien intencionadas conversaciones, acerca de tener viva siempre la contratacion con todo el mundo, cuyos rineones más remotos se comunicaban, correspondian y car-teaban en el término de un año, con la floreciente ciudad de las lagunas. Desplegábase dis-

creto celo en ver de conservar las artes y oficios de los antiguos mexicanos, y en acrecentarlas con las más útiles é ingeniosas de asiáticos y europeos;

Entra una flota, y otra se despide,
De regalos cargada la que viene;
La que se va, del precio que los mide.

Hablábase del oro hilado, que con las volitarias hebras centelleando al reflejo de la luz, entretiene tantas manos bellas; de los ardientes hornos en que se acendra el cristal; de los neociclopes forjadores de empavonados arneses; de los que afinan las aceradas puntas de sutiles agujas, multiplicándolas como sus arenas la mar; de los que pintan cada dia mil barajas, con que hacer desatinar al más cuerdo; y, en fin, de cuanto derramaba por todas partes la abundancia y la vida. No hace un siglo (me parece que les oigo decir) esto era chozas humildes, lamas y laguna; y sin quedar terron inhiesto, se ha levantado tanta grandeza de edificios y calles á pié enjuto, bien comparadas todas á las de un tablero de ajedrez, cuadra á cuadra, y pieza á pieza. Ni hace cuarenta años que, siendo treinta mil las casas de los indios, á tres mil no llegaban las de los españoles. Pues contadlas hoy, casi dobles en número, llenas de hermosura; y, como dice el poeta,

Donde hay alguna, en ellas, tan altiva,
Que importa de alquiler más que un condado,
Pues da de treinta mil pesos arriba.

En 1570 solo habia seis conventos, los tres de frailes y los otros de monjas; ya suben á cuarenta y dos, y pasan de ciento los oratorios, ermitas y santuarios. Tenemos diez ricos hospitales generales, y muchos privados, en donde reina la caridad, la abundancia y la limpieza. Fuera de los monasterios, la pública enseñanza cuenta con la Universidad, tres colegios famosos y más de ochenta doctores graduados. ¿En dónde se ha visto una iglesia catedral más servida de doctores ni de tesoro mayor de verdades? ¿Dónde tantas obras pias, tantos confesores y jubileos, tantos sacerdotes honestos y ejemplares, tantas monjas llenas de Dios, tantos mercaderes de piadosas entrañas, tantos braceros pacíficos? Empuñan el bastón de vireyes los más generosos y mejor nacidos caballeros de España; ciñen la mitra los más santos; ocupan las cuatro plazas de alcaldes de corte los más rectos é inflexibles; los oficios de la caja Real, casa de fundición y de moneda los más íntegros; el corregimiento los más sabios; y el concejo y el consulado los más ancianos y prudentes. Mayor riqueza de lealtad y de fe guardan las llaves del Tesoro Real que de plata y oro. Mientras los

asilos de la virtud ¡quíralo Dios! continúen poblados de gigantes, no que humanos, en letras, santidad y ejemplo, y en los tribunales impere la justicia sin contemplacion á dignidad ó estado, no habiendo para ellos secreto oscuro, ni grave delito impune; miétras veamos ser la ciudad museo de las ciencias, cofre de joyas, fuente perenal del ingenio, piélagos de gente, coro de las Musas, cielo de ricos y patria de honrados, en ánimo ilustres, liberales en hechos y en seso incomparables, sueñe en buen hora con sembrar entre nosotros la zizana el holandés astuto; que no lo alcanzará, por más que se jacte de que, si sabe robar al intratable mar su lecho arenoso, mejor sabrá destruir nuestra union y ventura. (165)

Somos los criollos de complexion robusta y colérica, animosos, atrevidos, agudos, y en todas ciencias y artes muy perfectos; de ánimo inquieto, amigos de nuestro parecer y sufridores de trabajos. (166) Pues bien: tomemos ejemplo de los cielos, que, volteando sin descansar, mantienen en admirable concierto y equilibrio la máquina del universo. Que la pereza, la hidrópica y mortífera sed de novedades, y el fratricida envidioso afán de enriquecer á tuerto, no llegue á infernar jamás nuestro corazón, á esterilizar nuestro espíritu y enflaquecernos, entre-

gándonos atados de piés y manos al codicioso é inclemente pirata. Gocémonos en ver, como dice el poeta, que nuestra ciudad ilustre, rica y populosa,

Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
En vida de regalo y paz dichosa,
Hecha está un cielo de mortales bienes. (167)

Animémonos á suplicar al buen rey D. Felipe que no desengaste de su corona Real las doscientas noventa y ocho poblaciones indianas, con ciento cincuenta y dos mil ciento cuarenta pesos de oro por tributo anual, que en Nueva España le quedan todavía; harto es ya haber encomendado á personas particulares trescientos cuarenta y siete lugares de indios, cuyos tributos valen, destarado el diezmo, trescientos setenta y siete mil setecientos treinta y cinco pesos de oro comun en cada año. En los sesenta que van trascurridos, hemos enviado al Viejo Mundo doscientos cincuenta millones, sacados de nuestras minas, doble cantidad de plata de la que rinde toda Europa; quizá pocos le parezcan, pues no hay tesoros bastantes para saciar la humana codicia. (168)

Estas ú otras no ménos bien intencionadas conversaciones, siempre con datos los más seguros, ya olvidados ó enteramente desconocidos, imagi-

no yo ocuparan á repúblicos y estadistas, concluyendo por elogiar la fortuna y paternal gobierno de los pasados vireyes,

Y de los dos Velascos, muerto y vivo,
El dulce trato, discreción y seso,
Prudencia afable, entendimiento vivo. (169)

Era, con efecto, el Virey D. Luis de Velasco brillante corona y realce de aquella dichosísima ciudad, convertidos en muy apacible liceo los salones y frondosos verjeles de su palacio, á la suave luz de la clara luna y de infinitas y valientes hachas de cera. Allí ciencias y artes liberales, y la gustosa variedad de todas las especies de poesía, desplegaron sus galas más esplendorosas, porque este egregio varon de la casa del Condestable, promovedor activo de industriales fabricas en su primer gobierno desde 1590 á 1596, quiso atender en el segundo de 1607, juntamente que á los intereses materiales, á los del espíritu, siempre fecundos en portentosos resultados. (170) Y harto se le alcanzaba que, siendo la perfeccion del idioma el barómetro de la cultura de un pueblo, en palacio debia poseer riquísimo templo la hermosa lengua castellana, tan amorosamente cultivada y pulida en toda la ciudad:

En donde se habla el español lenguaje
Más puro, y con mayor cortesanía,

gándonos atados de piés y manos al codicioso é inclemente pirata. Gocémonos en ver, como dice el poeta, que nuestra ciudad ilustre, rica y populosa,

Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
En vida de regalo y paz dichosa,
Hecha está un cielo de mortales bienes. (167)

Animémonos á suplicar al buen rey D. Felipe que no desengaste de su corona Real las doscientas noventa y ocho poblaciones indianas, con ciento cincuenta y dos mil ciento cuarenta pesos de oro por tributo anual, que en Nueva España le quedan todavía; harto es ya haber encomendado á personas particulares trescientos cuarenta y siete lugares de indios, cuyos tributos valen, destarado el diezmo, trescientos setenta y siete mil setecientos treinta y cinco pesos de oro comun en cada año. En los sesenta que van trascurridos, hemos enviado al Viejo Mundo doscientos cincuenta millones, sacados de nuestras minas, doble cantidad de plata de la que rinde toda Europa; quizá pocos le parezcan, pues no hay tesoros bastantes para saciar la humana codicia. (168)

Estas ú otras no ménos bien intencionadas conversaciones, siempre con datos los más seguros, ya olvidados ó enteramente desconocidos, imagi-

no yo ocuparan á republicos y estadistas, concluyendo por elogiar la fortuna y paternal gobierno de los pasados vireyes,

Y de los dos Velascos, muerto y vivo,
El dulce trato, discrecion y seso,
Prudencia afable, entendimiento vivo. (169)

Era, con efecto, el Virey D. Luis de Velasco brillante corona y relee de aquella dichosísima ciudad, convertidos en muy apacible liceo los salones y frondosos verjeles de su palacio, á la suave luz de la clara luna y de infinitas y valientes hachas de cera. Allí ciencias y artes liberales, y la gustosa variedad de todas las especies de poesia, desplegaron sus galas más esplendorosas, porque este egregio varon de la casa del Condestable, promovedor activo de industriales fabricas en su primer gobierno desde 1590 á 1596, quiso atender en el segundo de 1607, juntamente que á los intereses materiales, á los del espiritu, siempre fecundos en portentosos resultados. (170) Y harto se le alcanzaba que, siendo la perfeccion del idioma el barómetro de la cultura de un pueblo, en palacio debia poseer riquísimo templo la hermosa lengua castellana, tan amorosamente cultivada y pulida en toda la ciudad:

En donde se habla el español lenguaje

Más puro, y con mayor cortesania,

Vestido de un bellissimo ropaje
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En casto, limpio, liso y grave traje. (171)

Y ahora se me viene á la memoria, al copiar estos versos, que todavía en aquellas palacianas tertulias y academias tuvo el gusto de alcanzar ALARCON al célebre cantor de la *Grandeza Mexicana* y de la victoria de Roncesvalles, al virgiliano Bernardo de Valbuena, en los momentos de despedirse para tomar posesion de la abadía de Jamaica. Ornaban su frente los laureles de tres certámenes poéticos, habiendo en uno de ellos contendido con trescientos poetas y sido el último en elogio del virey D. Luis. Obsequiaron con sonetos al amigo que iba á ausentarse, el licenciado Miguel de Zaldiverna, mexicano, el doctor Antonio Avila de la Cadena, y Lorenzo Ugarte de los Ríos, alguacil mayor de la Inquisicion. Leyó Valbuena al escogido Senado la égloga sexta de su *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, que se estaba imprimiendo á la sazón en Madrid.

¡Con qué emoción debió recitar el párrafo en ella consagrado á la ciudad que le llenó de alegría las horas de la niñez, y de ilusiones dulcísimas las de la juventud; á la ciudad que un año y otro y otro, hasta doce, estuvo recordando con pena, al arrimo de duro tronco, en el remoti-

simo desierto de San Miguel de Culiacan, sin más distraccion que la de algun pájaro solitario ó la temerosa imágen y espantosa figura de algun indio salvaje, de suelta y negra cabellera, saltando aréo en mano por los riscos! Una furtiva lágrima seguramente se deslizó por su mejilla al despedirse tercera y quizá última vez de aquella su verdadera patria, «contemplando (hè de copiar al autor) sus ilustres ciudadanos, sus galanes y ataviados mancebos, como unos valientes y poderosos centauros, sobre lozanos y revueltos caballos cubiertos de guarniciones y jaces de oro; sus hermosísimas y gallardas damas, discretas y cortesanas sobre todas las del mundo; los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde, sobre todo, la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece.» (172)

Verdaderamente florida y rica en decoro y amor al estudio era aquella juventud, cuyos bizarros ejercicios alentaban á nuestro DON JUAN para romper la muda prision de sus labios. Allí el generoso agustino Fernan Bello de Bustamante deleitábase en dar á conocer los *Coloquios espirituales y sacramentales, cánticos y poesías profanas* de su difunto amigo Fernan González de Eslava, (173) que se publicaron en dos tomos al año siguiente de 1610. Allí tenían las musas

latinas diestros cultivadores en los jesuitas Bernardino Llano, Mateo de Castroverde y Pedro de Flores, retórico y profesor de letras humanas. (174) Los tenían asimismo en el mexicano Cristóbal Sánchez de Guevara, abogado de fama, que, enviudando, se hizo clérigo; llegó á chanfre, y murió desangrado por un descuido, á 7 de Noviembre de 1644; y en el raro y temprano ingenio de su conterráneo Juan Alavés, mercenario, que á los trece años de su edad (1603) se opuso en la Universidad á la cátedra de Retórica. Tanto fatigó luego en la enseñanza de Latin, Humanidades y Teología; tanto en difíciles puestos de su Real y militar orden redentora, que ántes de cuarenta años vino á perder el juicio. Acometido por uno de los furiosos arrebatos, se arroja de alta ventana al patio del convento, quedando sin esperanza de vida; y caso extraordinario! la recobró á deshora, y con ella la salud y el juicio, viniendo á ser aun más cuerdo que ántes, pero también más incansable poeta. (175) El bachiller Arias de Villalobos, sacerdote, componia fáciles epigramas latinos y castellanos; en verso una historia mexicana desde la venida de los Acolhuás; y en prosa, la de la casa de Austria. (176) Ni Cristóbal Hidalgo Vendabal, primero entre los catedráticos de Medicina y en las ciencias quirúrgica y anatómica excelente; ni

Pedro Martínez, tuerto de nacimiento, doctor en ambos Derechos y catedrático de Instituta y prima de Leyes, incansable farraguista de juicios, testamentos y decretales; ni aquel tan honrado juriseconsulto Juan Cano, tuvieron empacho en arrojarse á coger públicamente

Del agua de Castalia y de Helicon.

Luis Carrillo y Alarcon, gobernador de los Estados del Marqués del Valle, los criollos Arrarte, Medina y Barrientos, Cristóbal Núñez y Cristóbal Porcel escribian galanos y atildados versos, como su compatriota Luis González de Zárate, suelto en las décimas, y en los epigramas sazonado. (177) El bachiller Francisco Bramon gozabase en discurrir escenas pastoriles, teniendo por modelo y pauta la *Galatea* de Cervántes. (178) Y el bachiller Ayrolo Calar, hijo de un escribano literato, disponíase con excelentes canciones al arzobispo Don Fray García Guerra, al Marqués de Montesclaros, á Guzman el Bueno y á Felipe III, para arrancar elogios al gran Lope de Vega; no queriendo ser ménos que Baltasar Orna y Francisco de Terrazas, á quien alabó Cervántes cuando de la region antártica se propuso

Eternizar ingenios soberanos;
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
También entendimientos sobrehumanos. (179)

Don Juan Ruiz de Alarcon.—17

Francas siempre estuvieron las puertas de aquellos reales palacios (como los llamó Valbuena) para la hidalgúia de la sangre, para la aplicacion y el ingenio, para la ciencia y la virtud. Entre sus mejores ornamentos, á la sazón, contaba á D. Fernando de Alva Ixtlixochil, nieto de los reyes Acolhuás, nacido en Tetzcenco, famosa capital de aquel Estado. Nadie aventajó á este caballero en el conocimiento de la lengua, historia y antigüedades de su gente: verídico y puntual, nada escribió que no justificase con pinturas y mapas heredados de sus abuelos. Dióle título de regio intérprete el virey D. Luis, y le incitó á componer, como compuso, una *Historia de la Nueva España*, otra de los *Señores Chichimecas*, las *Relaciones históricas de la nación Tulteca*, y libros de no menor importancia. De ellos, áquel donde reunió las *Canciones heróicas*, y los *Sesenta himnos al Criador del universo*, escritos por el sabio Nezahualt, rey de Acolhuacan ó Tetzcenco, vengador de su destronado y asesinado padre Ixtlixochil, y que supo, con auxilio de los tlaxcaltecas recuperar el trono de sus mayores, ser leal amigo del rey de México Itzcoatl, y destruir al tirano de Atzacapotzalco (1437-1449). Su descendiente D. Fernando de Alva tradujo dos *Odas trágicas*, y leyó, con grande aplauso, á los ter-

tulios del Virey aquella, muy corta, en versos yámbicos y lengua nahual (ya se dijo ser mexicano docto), que dice de esta manera:

« La pompa del mundo se parece á la verdura de los sauces. Las aguas de los arroyos y de los rios jamás retroceden hácia la clara fuente-illa donde nacieron. Lo que ayer fué ya no es hoy; lo de hoy, ¿quién lo asegura para mañana? Llenos están los sepuleros de pestilente polvo, que ántes habia sido cadáveres venerables. Y esos cadáveres fueron ántes cuerpos con alma, que ocuparon tronos y gobernaron ejércitos aterradoros. Su gloria pasó como el humo que vomita Popocatepelt. ¿Dónde está ahora el prepotente Chiulehanetzin? ¿Qué fué del religioso Neca-jelt? ¿Qué se hicieron el pacífico Tolpiltzin (180) y la hermosa emperatriz Jiuhtzal? Os encogeis de hombros y decís: «Nada sé, nada sé.» Capitanes, aspirémos al cielo; allí nada se corrompe.» (181)

De esta suerte, con estos modelos, con estos hombres y con estímulos así eficaces, habiéndose muy pronto hecho lugar en el ánimo del Virey, iba nuestro D. JUAN DE ALARCON madurando y enriqueciendo su espíritu; que ninguna disposición natural basta á levantar y romper la inmovible losa abrumadora de los ingenios, en las sociedades embrutecidas ó ignorantes y rudas. Juicioso y profundo observador se mostró Gray,

al sospechar, entrando en el cementerio del aldea, que pueden verse enterradas bajo aquel solitario césped manos en quien el cetro de Alejandro y la cítara de Homero habrian cobrado mayor fama, á prestarles su auxilio vivificador la ciencia, y la sociedad estímulos poderosos.

Ciencia y estímulos rodeaban á RUIZ DE ALARCON por todas partes.

CAPÍTULO XVII.

Teatro de los antiguos mexicanos.—¿Le debe algo el nuestro español?—Alarcon se opone á cátedras en la Universidad de México.—Da en ella el vejámen al doctor Briciano, su amigo.—Fíale comisiones la Real Audiencia.—Ejerce el corregimiento de la ciudad.

1610

El bizarro cantor de la *Grandeza Mexicana* bien ha podido convencernos de cuánta era allí la afición al teatro. No diré yo que no subiese de punto, aguijoneada por la fama de lo mucho que suponían para la gran Sevilla los espectáculos escénicos; pero, aunque rudamente acondicionados, ya los tenía México antes que descubriesen los españoles aquel no imaginado emporio, séase por tradicion de los primitivos pobladores, ó porque el hombre siempre es el mismo donde quiera, pues dice el florentino que *tuto il mondo è fatto como la casa nostra*; séase ya por el innato placer que siente al ridiculizar ó aplaudir casos raros, extrañas aventuras, nobles ó extravagantes

al sospechar, entrando en el cementerio del aldea, que pueden verse enterradas bajo aquel solitario césped manos en quien el cetro de Alejandro y la cítara de Homero habrian cobrado mayor fama, á prestarles su auxilio vivificador la ciencia, y la sociedad estímulos poderosos.

Ciencia y estímulos rodeaban á RUIZ DE ALARCON por todas partes.

CAPÍTULO XVII.

Teatro de los antiguos mexicanos.—¿Le debe algo el nuestro español?—Alarcon se opone á cátedras en la Universidad de México.—Da en ella el vejámen al doctor Briciano, su amigo.—Fíale comisiones la Real Audiencia.—Ejerce el corregimiento de la ciudad.

1610

El bizarro cantor de la *Grandeza Mexicana* bien ha podido convencernos de cuánta era allí la afición al teatro. No diré yo que no subiese de punto, aguijoneada por la fama de lo mucho que suponían para la gran Sevilla los espectáculos escénicos; pero, aunque rudamente acondicionados, ya los tenía México ántes que descubriesen los españoles aquel no imaginado emporio, séase por tradicion de los primitivos pobladores, ó porque el hombre siempre es el mismo donde quiera, pues dice el florentino que *tuto il mondo è fatto como la casa nostra*; séase ya por el innato placer que siente al ridiculizar ó aplaudir casos raros, extrañas aventuras, nobles ó extravagantes

caractéres, usos y costumbres populares, todo realzado con el bulto y nuevo sér que la animada y pintoresca imitacion sabe infundirles.

Todavía los indios, en tiempo de ALARCON, recreábanse frecuentemente aderezando sus *mitotes* ó bailes con despojos de las antiguas fábulas dramáticas, vivas y deleitosas. De las inolvidables que al pié de la Babel del Nuevo mundo representaban los cholultecas en el templo de Quetzaalcohatl, nos han conservado memoria los doctos frailes contemporáneos al descubrimiento y conquista. Y por sus relaciones en parte, y en parte de ciencia propia, el sabio y elegantísimo José de Acosta (que falleció en la ciudad de Salamanca á 15 de Febrero de 1600, pocos meses ántes de llegar allí ALARCON) nos habla de tener un patio mediano aquel templo de Cholula, donde el día de la fiesta de Quetzaalcohatl «se hacian grandes bailes y rogocijos y muy graciosos entremeses. Para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro de treinta piés en cuadro, curiosamente encalado; el cual enramaban y aderezaban para aquel día con toda la pulicía posible, cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumeria, colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apacibles, donde, despues de haber comido, se juntaba toda la gente. Salian los representantes y hacian entreme-

ses, haciéndose sordos, arromadizos, cojos, ciegos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo; los sordos respondiendo adefesios, y los arromadizos tosiendo, los cojos cojeando, decian sus miserias y quejas, con que hacian reir grandemente al pueblo. Otros salian en nombre de las sabbandijas: unos vestidos como escarabajos, y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc.; y encontrándose allí, referian sus oficios. Y volviendo cada uno por sí, tocaban algunas flautillas, de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas. Fingian asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos del templo en aquestas formas; los cuales, subiéndose en una arboleda que allí plantaban, los sacerdotes del templo les tiraban con cebratanas, donde había, en defensa de los unos y ofensa de los otros, graciosos dichos con que entretenian los circunstantes.» A la conclusion haciase un mitote ó baile con todos estos personajes, como era costumbre en las mas principales fiestas. (182)

Hé aqui un parecido retrato del ditirambo en Grecia; hé aqui, ni más ni ménos, con su propia índole y aderezo, las mojigangas y entremeses que alborotaron regocijadamente la corte de España en los dias pacíficos de Felipe II y en los ostentosos de su nieto. Ignoro que se haya re-

parado hasta ahora en la influencia indudable que las farsas mexicanas debieron ejercer sobre nuestros bailes, pasillos, mojigangas y entremeses.

Pero, «en ninguna parte (añade el jesuita mencionado) hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ven indios volteadores, que admiran sobre una cuerda; otros, sobre un palo alto derecho, puestos de piés, danzan y hacen mil mudanzas; otros, con las plantas de los piés y con las corvas, menean y echan en alto y revuelven un tronco pesadísimo, que no parece cosa creíble si no es viéndolo. Hacen otras mil pruebas de gran sutileza en trepar, saltar, voltear, llevar grandísimo peso, sufrir golpes que bastan á quebrantar hierro; de todo lo cual se ven pruebas harto donosas.» (Equilibrios idénticos á los que admiramos hoy en funámbulos y volatines.) «Mas el ejercicio de recreacion más tenido de los mexicanos es el solemne *mitote*, que es un baile, que tenían por tan autorizado, que entraban á veces en él los reyes, y no por fuerza, como el rey D. Pedro de Aragon con el barbero de Valencia. Hacíase este baile, ó *mitote*, de ordinario en los patios de los templos y de las casas reales, que eran los más espaciosos.» (183)

A fe mía que gran sagacidad y sabia providencia fué la de aprovecharse de la indiana y anti-

quisima afición á representaciones escénicas los discretos y caritativos misioneros que evangelizaron con la paz aquella gente. «Los nuestros, que andan entre ellos (leo en otro sitio), han probado ponelles las cosas de nuestra santa fe en su modo de canto; y es cosa grande el provecho que se halla, porque con el gusto del canto y tonada están dias enteros oyendo y repitiendo sin cansarse. Tambien han puesto en su lengua composiciones y tonadas nuestras, como de octavas y canciones, de romances, de redondillas; y es maravilla cuán bien las toman los indios, y cuánto gustan.» (184) El teatro hispano-indico, habia, pues, nacido y crecido ya en Nueva España antes de mediar el siglo XVI. Es de ver (dijo en su *Historia general y natural de Indias* Gonzalo Fernández de Oviedo, el año 1541) «las representaciones é farsas de devoción que los niños é muchachos (indios) representan é recitan en lengua castellana é latina, en versos é prosa, que en Italia ni en Castilla no se podría hacer mejor por los naturales españoles ó italianos.» (188)

Así en las partes septentrionales de América tomaba extraordinario vuelo el teatro, inspirado por la Iglesia y dirigido por varones semi-santos, que, si no en todas las veinte lenguas indígenas de Nueva España, en las más cultas y vulgari-

zadas componian autos de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, é historias con poético artificio, sacadas del Antiguo y Nuevo Testamento. (186) De este modo llegaron á verse en lengua nahuatl obras dramáticas de Mira de Amescua, Lope y Calderon. (187) Y así, desde luego fué importante y noble el oficio del poeta dramático, ya cuando ofrecia en el templo asuntos de piedad, ya cuando en los coliseos, profanas pero decentes fábulas, celosas todas ellas de moralizar y enaltecer al pueblo. Escuela tan gallarda robusteció el estro de ALARCON, hija dócil y bienhechora de la cristiana filosofía.

Es, pues, de suponer que en los años que mayores fuerzas juveniles, mayor salud y voluntad más decidida consagraba DON JUAN á realzar su nombre y abrirse paso entre la valiosa multitud de sutiles y felices ingenios mexicanos, que (segun Mateo Aleman) «ningunos otros conocemos, en cuanto el sol alumbrá, que puedan decir ni loarse de hacerles alguna ventaja;» (188) es de suponer, digo, que no dejaria de probar su natural é impetuosa disposicion para la dramática, y haber sido entónces cuando hizo las primeras armas afiliado en las banderas de Talía.

Si el poeta lírico ó dramático nace; y á la luz de todas las ciencias, allí tan profunda y bellamente cultivadas, habia ALARCON rehecho y acri-

solado su espíritu en el vivo fuego de acendrada moral y excelente filosofía, ¿cómo no emular en su patria los escénicos laureles que cada primavera traian las flotas del Viejo Mundo? ¿Cómo no ambicionar unir su nombre á los de Lope y Cervántes, del maestro Ramon y del divino Miguel Sánchez, del valenciano Aguilar y D. Guillen de Castro? ¡Sentir inquieta y desapoderada la inspiracion, y enmudecer el ingenio cuando se gallardeaban con el suyo farsantes como Alonso y Pedro de Morales, Nicolás de los Rios, (para quien escribió Cervántes su comedia famosa de *Pedro de Urde-Malas*), Gerónimo Sánchez y Andrés de Claramonte! No era posible. Acercábase á los treinta años de edad; nutrido ya, y del todo, su entendimiento en las mejores enseñanzas, y subordinada al juicio su imaginacion, habia llegado el tiempo en que las flores de la juventud se deshojan, y aparece el regalado fruto de la aplicacion y de la experiencia.

Con igual ardor se le encuentra más ó ménos pronto en la triple liza esplendorosa de la Universidad, del foro y del teatro; señal manifiesta de que tuvo á la vez cautivos en esos tres palenques su aficion y entendimiento. No hallo, es verdad, comedia suya con indicios claros de haberse escrito en México; pero ¿tenemos la mitad siquiera de las que en buena crítica se le han de su-

poner? ¿Ha llegado á nosotros ni la tercera parte de las del monstruo de la naturaleza? Los recuerdos del Tórmes y del Guadalquivir, y de las ingeniosas representaciones dramáticas de Salamanca y Sevilla habian de asaltarle concurriendo á los teatros de México; y á impulso de tales memorias bien pudo rehacer aquí, entre otros ensayos, *La Cueva de Salamanca*, primera quizá de sus obras, donde una de las figuras tiene harto parecido con el buen Henrico Martin, el impresor de libros, astrólogo, frenólogo y matemático hidráulico. Pero de ello se hablará más adelante. Baste por ahora creer, como harto verosímil, que á la patria nativa, y en los años de 1609 á 1611, debió rendir las primicias de su númen dramático el autor de *La Verdad sospechosa*.

Poco feliz en sus ambiciones universitarias durante los de 1609 y 1610, ó por mayor habilidad de los contrincantes ó por el fatal inconveniente de la joroba, «aspiró á cátedras, leyendo de oposicion en diferentes ocasiones; pero, aunque se le aprobaron los ejercicios, no obtuvo ninguna. (189) Tan repetidos golpes hicieronle desistir de tomar la borla de doctor en Leyes, cuyos gastos montaban sobre tres mil pesos: crecido é inútil desembolso en quien, acometiendo sin tregua, con entusiasmo y fe, no pudo for-

zar la barrera de la enseñanza pública. (190) Ni le animó á la ostentacion vanidosa del grado el ejemplo de Brician Diez Cruzate, en cuya investidura de doctor hizo papel no indiferente para las letras españolas, tocándole el vejámen de su compañero de estudios en Salamanca y en la navegacion por el temible Océano.

Los vejámenes habiansé introducido en España á imitacion del gimnasio de Paris, sustituyendo ó parodiando con picantes burlas y sazoados chistes los enfadosos panegiricos. Dábanse raras veces por un doctor; muchas por un licenciado; en no pocas se lucia con esa libertad un estudiante. Su objeto fué amansar la vanagloria del triunfo académico, y solemnizar más alegremente la fiesta. Llamábase *vejámen* el de los médicos y juristas, y se escribia en lengua castellana; pero decian *gallo*, *actus gallicus* (*acto frances*), con alusion de su origen, al de los teólogos, pronunciado comunmente en latin. Donoso, hábil, sagaz y discreto habia de ser el vejador, y ALARCON lo seria para que se desternillase de risa el auditorio, sin daño de barras; quiero decir, sin ofender ni desautorizar al vejado. Permittiase atribuirle necedades y desatinos que no sonasen á véras, sino á evidentes burlas, en cuentos y anécdotas ridículas, y llamarle del simple y del mentecato. Pero á la violencia del arrojo seguía-

se el placer de recomendar al ya reconocido y aclamado por sabio, que rindiese muchas gracias á Dios por haberle con pródiga mano dispensado infinitos beneficios, haciéndole en su patria de los principales; en la república, uno de los considerados; en la Audiencia, uno de los aceptos; en la Universidad, uno de los doctos; en su linaje, de los mejores; y en su casa, de los más queridos. Hagaos El en esta vida dichoso, y en la otra de los bienaventurados. (191)

Entre las diversas contrariedades sin cuento de mi fatigosa tarea biográfica, estimo no pequeña el haber sido estéril mi afán por descubrir el paradero del *Vejámen en el grado de doctor de Brician Diez Cruzate, por el licenciado DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA*. Poseía-le autógrafo el P. Pichardo, erudito presbítero de México, en el oratorio de San Felipe Neri, habrá poco más de cincuenta años, por los de 1816. ¡Cuántos siglos de ruinas y desolacion han pasado desde entónces! (192) Si el vejámen llegase á parecer, estoy cierto de que sería muy regalada su lectura, por las muchas y animadas noticias que es de imaginar le enriquecieron de la vida estudiantesa y picarésca de Salamanca. Doy aquí el aviso de haber existido hasta nuestros tiempos ese rasgo, para que algun amante de las letras españolas emplée diligencia en bus-

carle, coronada con mejor éxito que la mia, y se aliente á vulgarizarlo de molde.

Más afortunado que ALARCON, su amigo Cruzate ganó la cátedra de instituta de Justiniano el año de 1613, estimulándose á escribir, aunque no á publicar, sobre materia jurídica, obras que, á su muerte, legó á la biblioteca universitaria. Yo le considero pariente del navarro Fray Juan Cruzate, famoso por su ciencia y ejemplar vida y costumbres, que en 1542 pasó á México, fué prior del convento de San Agustín, y murió en 1573. (193)

El foro y la Audiencia, presidida por el Virey D. Luis de Velasco (ya Marqués de Salinas desde Mayo de 1609, en premio de sus buenos servicios al proyectar y emprender las obras de desaguar la laguna), recompensaron muy pronto para ALARCON los pasados reveses. Actuó en el tribunal con crédito; supo distinguirse allí por su elocuencia y rectitud; subyugó la aficion de los señores, que así antonomásticamente se decían los magistrados, y el Acuerdo le ocupó en varias y delicadas comisiones, de que dió buena cuenta. (194) Mostróse enérgico en ellas, celoso, imparcial, conciliador y prudente; de modo que, haciéndose á no reparar en su joroba los discretísimos pilotos de aquella bien regida nave del Estado, y conociendo cuánto gusto daban

al anciano Virey, Marqués de Salinas, facilitaron que á DON JUAN se le nombrase teniente de corregidor de México. Este dia fué uno de los mejores que tuvo el ingenioso licenciado. La virtud y el mérito propios le habian conseguido triunfar de la enemiga naturaleza; no era óbice la corcova para que se le fiase el gobierno de la ciudad; subia, no por asalto, más legitimamente, á los codiciados honores.

En esto ausentóse el Corregidor, y «con aceptación ejerció DON JUAN el oficio del propietario, sentenciando muchas causas, y mereciendo que se le diese por buen juez en la residencia. (195) Entónces fué cuando hubo de intervenir, por razon del cargo, en las obras adicionales al proyecto, casi realizado ya, de divertir hacia el lado del Norte los afluentes más temibles de la laguna de México, las cuales consistian en profundizar el socavon de Huehuetoca y revestirle de piedra. (196) Y de tal suerte la actividad, rectitud y limpieza del Corregidor interino cautivaron el ánimo del Marqués (para quien el logro de aquella empresa era tenaz y vehementísimo empeño), que no estaba contento sin verle á su lado cada dia. Honor, dinero, afecto, comodidades; nada, pues, debia ya echar de ménos ALARCON para creerse dichoso.

CAPITULO XVIII.

El Virey nombrado presidente de Indias.—Nuevos proyectos de Alarcon; se decide á pretender en España.—Párte, acompañando al Marqués.—Viaje de mar y tierra.—El comediante Juan de Herrera de Gamboa.

1611

A deshora llegan de España interesantes pliegos dirigidos al Virey, cartas de sus hijos y nietos, y una del Sr. D. Felipe III, en que llamándole, como solia S. M., «Ilustre Marqués de Salinas, mi primo, de mi Consejo de Estado, y mi virey y capitán general de Nueva España,» le dice haber provisto en él la presidencia de Indias. Los amigos madrileños le hablaban de que por traslación de dominio de D. Juan de Acuña al Consejo Real vino á resultar la vacante; que fueron muchos los pretendores de ella, y de calidad todos, nada ménos que el duque de Medinasiona, el Conde de Niebla y el Marqués de

al anciano Virey, Marqués de Salinas, facilitaron que á DON JUAN se le nombrase teniente de corregidor de México. Este dia fué uno de los mejores que tuvo el ingenioso licenciado. La virtud y el mérito propios le habian conseguido triunfar de la enemiga naturaleza; no era óbice la corcova para que se le fiase el gobierno de la ciudad; subia, no por asalto, más legitimamente, á los codiciados honores.

En esto ausentóse el Corregidor, y «con aceptación ejerció DON JUAN el oficio del propietario, sentenciando muchas causas, y mereciendo que se le diese por buen juez en la residencia. (195) Entónces fué cuando hubo de intervenir, por razon del cargo, en las obras adicionales al proyecto, casi realizado ya, de divertir hacia el lado del Norte los afluentes más temibles de la laguna de México, las cuales consistian en profundizar el socavon de Huehuetoca y revestirle de piedra. (196) Y de tal suerte la actividad, rectitud y limpieza del Corregidor interino cautivaron el ánimo del Marqués (para quien el logro de aquella empresa era tenaz y vehementísimo empeño), que no estaba contento sin verle á su lado cada dia. Honor, dinero, afecto, comodidades; nada, pues, debia ya echar de ménos ALARCON para creerse dichoso.

CAPITULO XVIII.

El Virey nombrado presidente de Indias.—Nuevos proyectos de Alarcon; se decide á pretender en España.—Párte, acompañando al Marqués.—Viaje de mar y tierra.—El comediante Juan de Herrera de Gamboa.

1611

A deshora llegan de España interesantes pliegos dirigidos al Virey, cartas de sus hijos y nietos, y una del Sr. D. Felipe III, en que llamándole, como solia S. M., «Ilustre Marqués de Salinas, mi primo, de mi Consejo de Estado, y mi virey y capitán general de Nueva España,» le dice haber provisto en él la presidencia de Indias. Los amigos madrileños le hablaban de que por traslación de dominio de D. Juan de Acuña al Consejo Real vino á resultar la vacante; que fueron muchos los pretendores de ella, y de calidad todos, nada ménos que el duque de Medinasiona, el Conde de Niebla y el Marqués de

Caracena; y que en elegir sin ruegos ni recomendaciones á tan gran ministro para la presidencia del Consejo de Indias, veíase la sábia providencia de S. M.; bien que muchos desconfiaban de que D. Luis, en sus muy largos setenta años de edad, quisiese acometer los peligros de la navegacion, y trocar el benigno clima de México por el extremoso y voltario de Madrid. Instábanle con el deseo de darle un abrazo los hijos, y los nietos con el de conocerle. (197) Pero él mismo consideró que le había de estar bien disipar en la corte y en la presidencia de Indias las murmuraciones por los impuestos extraordinarios, derramas de dinero y ocupacion de indios que exigieron las valientes obras del desagüe, legalizándolo todo con la aprobación soberana. Del ministro descuidado y holgazan nadie se queja, porque á nadie se tomó cuenta jamás de su ocio y desidia. Contra quien hace algo beneficioso, desinteresado y útil, algo noble y grande, contra ese ruge la envidia, y se desatan feroz el odio, sañuda la acriminacion y en tropel los cargos y denuestos. Mucho bueno había puesto por obra D. Luis en sus tres vireinatos, para no querer desconcertar desde castillo roquero las artimañas de la envidiosa calumnia. Se decidió, pues, á regresar á Europa, dejando en manos del Arzobispo las riendas del Gobierno. (198)

Pronto cundió la nueva por la ciudad, y que el teniente de corregidor ALARCON iba también á España. ¿Cómo por tercera vez cruzar los mares? ¿Por qué abandonar familia y patria, honroso y lucrativo puesto en ella, y la paz de un hogar razonablemente abastado, si no de superfluos, de harto seguros bienes? ¿Temió haber sido bastante integro y valeroso en el corregimiento para quedarse inerme á los tiros de los ruines, faltándole el gran Velasco? ¿Le ofreció éste apoyar sus pretensiones de toga en México ú otra audiencia americana? ¿Era quizá la irresistible fuerza del sino de la criatura quien le sacaba de una vida acompasada y vulgar, para ceñirle eternos laureles de la musa dramática?

¡Buena ocasion la del autorizado viaje del señor presidente en las galeras de S. M., y con regalo y de balde, para quien deseaba conocer la corte de Madrid, trabar relaciones de amistad con los próceres y repúblicos, dueños de la voluntad del Monarca, y adelantarse brillantemente en su carrera! Sería la salsa de esto el concurrir á los famosos teatros de la Cruz y del Príncipe; estacionarse en las gradas de San Felipe á oír nuevas de Flándes y brujulear tapadas y coches; conquistar el corazón de una hermosa; merendar con ella en la Casa de Campo y en las alamedas del rio; competir con los primeros poe-

tas de España; darse á conocer á su nobles parientes los Sres. de Valverde y Buenache; acompañar al Presidente de Indias en su carroza por la calle Mayor, y hasta penetrar en Palacio. Un punto mismo se le representaba en su deseosa imaginacion el de llegar, hacer valer los buenos servicios de su abuelo y su padre, y por la influencia de D. Luis, verse en honroso y grave cargo ultramarino, y bien atendidos sus hermanos. (199) ¿Fué la suya la necesidad del discreto, mayor que la del mentecato, y que se paga más cara? ¿Dejó lo cierto por lo dudoso? ¿Era libre y se redujo á la voluntaria servidumbre de las esperanzas cortesanas, que tarde ó nunca se logran, seducido por ese fatal más allá, que nos ciega y derriba? ¿Alguno de los allegados íntimos del Virey, á quien ALARCON hubiese hecho persona, le ofreció y engañó con lo que no pensaba cumplir? En *La Prueba de las promesas* le vende este suspiro, arrancado de lo más hondo del pecho:

—¿Paréceos que vivo yo
Ajeno de pretender?
—Al que honor y de comer
En su patria el cielo dió,
Como á vos, nunca pensara,
Que, por servir y rogar,
Sufrir, temer y esperar,
El quieto gozar trocara.

—Esa, don Illan, creed
Que era moral eleccion;
Pero la humana ambicion
Es una hidrópica sed.
¿Quién ha tenido reposo
En el más feliz estado;
Y quién fuera desdichado
Si se juzgara dichoso? (200)

Uno de los más risueños dias del mes de Junio de 1611 dió ALARCON el adios postrero á la antigua y famosa Tenoxtitlan, su patria, cuyo suelo no volveria á pisar: anublándosele el corazon y arrasándosele los ojos en lágrimas al ver las de su padre y hermanos, y al considerar y temer los grandes y frecuentes naufragios padecidos por nuestras flotas y galeones. Hiciéronse más triste la despedida y todo el viaje por la ceremonia y compostura que exigia la etiqueta palaciana. ¡Cuán distinto el de 1608, animado por Mateo Aleman, Hernando de Castro y Diez Cruzate! (201)

Andadas las ochenta leguas de camino hasta el mar, llegó con su comitiva el Presidente á la Vera-Cruz de Nueva España, saliéndole á recibir, con gran cortejo de españoles é indios, el Corregidor de la ciudad, el castellano de San Juan de Ulúa y el General y el Almirante de la flota. La cual zarpó de allí á dos dias, en la mañana de S. Juan, llevando en su conserva cuan-

tas naves de mercaderes aguardaban esta sazón en el puerto. Al doblar la punta del castillo tuvieron los navegantes el consuelo y alegría de que en ella se les apareciese la Purísima Virgen, llevada en procesión á ese tiempo, según antigua y hasta allí no interrumpida costumbre; y los tiernos votos y plegarias de mareantes y pasajeros, pidiendo su amparo á la Reina de los ángeles, se mezclaron con el estruendo magnífico de las salvas que hacían por devoción, y en competencia, los bajeles. (202)

En vano enderezaron al Nordeste las proas, con intento de navegar en mayor altura y salir pronto fuera del trópico á buscar vientos frescos. Las espantosas calmas, encendido el sol en mitad del cielo, dejaban á cada paso inmóviles los navios, que mucho más de un mes tardaron en aportar á la Habana, muy necesitados de reparo por detención tan prolija. Allí les esperaban desde Marzo y Abril los de Honduras y del Nombre de Dios, conduciendo estos últimos la plata y oro del nuevo reino de Granada. Hicieronse todos juntos á la mar; anduvieron barloventeando muchos días cerca de tierra, por ser el viento algo contrario; pero de improviso, á la media tarde del 8 de Agosto, cuando estaba más sereno y despejado el ardoroso cielo, perdió su luz el sol hasta oscurecerse del todo, llenando de espanto

á la chusma, y á los pasajeros de zozobra. Las aves marinas vinieron á posar á los mástiles, y el gallo cantó como á media noche. Eclipse igual no le habían visto los nacidos. Y á ser ménos cristiano y discreto ALARCON, habriale estimado por agüero de que la patria y la amorosa luz del trópico se le eclipsaban para siempre. (203)

Fué refrescando el aire; comenzóse á levantar y embravecer la mar, y en pocas horas se hizo tormenta, que apartó de la conserva los bajeles y los dispersó, arrastrando y poniendo á punto de perderse los unos hácia los bajos de la Tortuga y Matacumbre, y los otros en la cabeza de los Mártires, delante de la Florida. Calmado el temporal, volviéronse, aunque trabajosamente, á reunir, sin que faltase uno; y más propicio el viento, se enderezaron al canal de Bahama, desembocándole con ruines tiempos y corrientes, que traían muy apretada la flota.

La de Santa Marta y Venezuela uniéronse más arriba de las islas de los Lucayos. Una semana después, los repentinos chubascos y temporales de aguaceros anunciaron á nuestros mareantes que, aun cuando á muchas leguas de distancia, y dejándola por supuesto á mano diestra, emparejaban con la Bermuda. Cruzóse con felicidad lo demás del golfo que decían del Norte ó del Sagarzo; tocaron en Santa María,

una de las Azores, y subieron á tomar refresco en la Tercera, no permitiendo el General saltar en tierra á nadie, á fin de aprovechar algunas de las muchas brisas de este otro golfo, y librarse de que los cogiera embarcados el Cordonazo de San Francisco. (204)

Finalmente, el sábado 13 de Octubre de 1611 corria de mano en mano con júbilo por Madrid este papel, que, sonando á otra cosa, era verdadero anuncio de estar seguros de la paga los soldados y oficiales reales, y de sus ayudas de costa los próceres y magnates, derrochadores sin medida, para que la interesable adulación los aclamase príncipes: «Se tiene aviso de haber llegado los galeones de la plata con las flotas de Indias al puerto de Sanlúcar, y que traen nueve millones, seiscientos quince mil noventa y ocho pesos; de los cuales, vienen para S. M. dos millones cincuenta y ocho mil trescientos sesenta y nueve pesos, y lo demás para particulares, en plata, dinero, perlas, anil, cochinilla, grana, sedas y cueros: con que se ha alegrado todo el reino, por el beneficio que se recibe generalmente; sin haberse perdido navío ninguno, sino que han tardado por las muchas calmas que han tenido en el camino. Viene Don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, que ha sido visorey en el Perú y Nueva Espa-

ña, para ser Presidente en el Consejo de Indias.» (205)

El Virey de México y su favorito ALARCON fueron en Sevilla muy obsequiados del anciano Asistente Don Luis Méndez de Haro y Sotomayor, Marqués del Carpio; de toda la nobleza, y del acre y riguroso Arzobispo Don Pedro de Castro y Quiñonez, á quien acompañaba el Obispo de Bona Don Juan de la Sal, como á éste su particular é inseparable amigo el Dr. Juan de Salinas, visitador general del Arzobispado y excellentísimo poeta. (206)

Hizose cómodo y entretenido el viaje de la corte: en coche, y con buen repuesto de fiambres y golosinas, el Marqués Presidente y Don JUAN; la tropa de la servidumbre á caballo, y los mozos de mulas á pié. Sesteaban en las mejores ventas; precediales en las grandes poblaciones la fama de que habian de pasar por allí; sucediéndoles á veces alojarse en meson donde, como al acaso, tambien se alojaba una compañía de famosos recitantes, deseosa de que mostraran su prodigalidad los indios. Bien pudo sucederles esto en Zalamea ó Castuera con el felicísimo comediante Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto; cuyo ingenio de escritor y cuyo peregrino arte de versificar raya-

ron, asimismo, en la más encumbrada esfera de la dramática poesía. (207) Gozabase ofreciendo al aplauso de viajeros discretos y ricos su hermosa representación de la fábula de *Céfalo y Prócris*, lo mejor suyo como actor y poeta: que no era posible mayor verdad y perfección en la bella pintura del dolor inmenso, de quien, tomándola por escondida fiera, atraviesa con un dardo á su celosa enamorada. Si esto se ve (diría ALARCON) por mesones y ventas, ¿qué no será en los teatros madrileños?

Cumplieron la promesa de visitar el grande y suntuoso monasterio de Guadalupe, en el reino toledano, y postrarse en acción de gracias ante la santísima imagen de la Emperatriz de los cielos; quedando espantados al mirar cubiertas las paredes con ojos, piés y brazos de cera, muletas que dejaron los cojos, tablas á que se asieron los náufragos y mortajas de que se desnudaron los muertos. (208) No tenía, como nuestra Señora de Guadalupe, á una legua de México, atezado el rostro la efigie castellana; y contemplándola en éxtasis, allí fué donde, con sosegado semblante, vertió ALARCON las más puras y tiernas lágrimas que jamás surcaron sus mejillas. A la ferviente devoción uníase ahora el dulce recuerdo de la patria.

Ocho dias despues, en Jetafe y á vista de Ma-

drid, abrazaban al Marqués de Salinas sus hijos y nietos, que le habian ido á esperar con algunos caballeros de la corte. Y en esta vulgar escena de familia da fin el autor á la primera parte de su verídica historia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE SEGUNDA

CAPITULO PRIMERO.

La corte de España.—Estado general de Europa.—Quevedo fugitivo.—Luto por la reina Margarita.—Corona fúnebre.—Alarcón en la servidumbre del Marqués de Salinas.—Encuentro desagradable.—Vida de Madrid.—El Quemadero.—Lope acuchillado.

1611

Cinco años iban transcurridos ya desde que Felipe III trasladó á Madrid, y fijó en ella para siempre, la corte de España, quitando á Toledo y Valladolid honor tan codiciado. El clima de la ciudad del Pisuerga, extremadamente húmedo é intratable durante el invierno; y en la del Tajo, las agrias y forzosas cuestras, molestas calles y muy apretada habitacion, dieron la palma á la villa del Manzanares, llana al punto de no hacerse fatigoso ni desapacible el tránsito, inhiesta para disfrutar de puros aires salutiferos, fácil de ensancharse á medida del deseo, y con

muchos y antiguos, aunque destartalados case-
rones, si no para regalo, oportunos para cómodo
alojamiento de próceres y tribunales.

Ocioso empeño habria sido en nuestro D. JUAN
buscar aquí suntuosísimos templos y edificios ad-
mirables, como los de Salamanca y Sevilla, en
que el arte bizantino, el gótico y el del rena-
cimiento hubiesen apurado la invencion, be-
lleza y armonía; ocioso pretender que emula-
se la nueva corte á la imperial de Toledo, y
fuese otro monumento vivo donde quince si-
glos de grandeza, en próspera y adversa fortu-
na, dejaron los más bellos recuerdos de nuestra
historia, literatura y artes. Decian poco ó nada
en Madrid, á la memoria y á la imaginacion,
iglesias, casas solariegas, puertas y murallas; ni
por lo rico, atrevido y gallardo de la fábrica po-
dian bizarramente formar el buen gusto en los
moradores ni levantar su entendimiento. Aires
puros, clima sano y holgura del lugar, capaz de
muchoa gente, fué lo que, sobre cuantiosas dádi-
vas y regalos, sedujo á D. Francisco Gómez de
Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, favorito del
Príncipe y Atlante de la hispana monarquía, pa-
ra traer á este sitio la capital del más vasto im-
perio del orbe. Amplia en verdad se necesitaba,
rigiendo Filipo la Península ibérica desde al Al-
garbe al Rosellon, y desde las ruinas de Sagunto

á la desembocadura del Tajo; y contando por
suyo á Flándes, la mayor parte de Italia, mu-
cho de la baja Alemania, extendidos pueblos é
islas en Africa, todas las meridionales y no pocos
estados de Asia, y casi entero el Nuevo Mundo.
Sin embargo, ni Toledo ni Madrid fueron nunca
el simbolo material del ibérico imperio, como lo
habia sido del antiguo pueblo romano la Ciudad
eterna; puesto que, en los modernos siglos de
oro, el nombre y la significacion de España va-
lian y decian mucho más que en los remotos la
soberbia y codicia de una ciudad afortunada. En-
tre nosotros, donde el Rey estaba, allí la corte;
porque en la sagrada figura del Príncipe se per-
sonificó y simbolizó, juntamente con la patria, la
unidad, las aspiraciones y la cabeza de un pue-
blo generoso.

ALARCON no iba á estudiar ahora monumentos
y edificios; sino hombres; y de ahí que, léjos de
aparecer en sus obras achicados éstos y en em-
brion, como en las perspectivas y boscajes de
flamencos tapices, llenen todo el cuadro con sus
afectos y pasiones, opuestos intereses, intestinas
luchas, bizarrías y miserias, magnanimidad y
pequeñez, flaqueza y servidumbre. Comenzaban
á dibujarse entónces unos tiempos que tenian que
abundar en vicios, pero tambien en singulares vir-
tudes; y en los cuales habian de verse, cual hasta

allí jamás se vieron tan seguidos y claramente juntos, la ira divina, la rabia humana y los pretextos execrables. (209)

Al pisar las calles de Madrid el americano, gozaba España de floridísima paz: Italia, quieta; Flándes, en tregua; Alemania, sin la astuta Isabel de Inglaterra que atizase sus discordias; Francia, atónita con el suceso trágico de Enrique IV, convertida en humo la ambición de este guerrero audaz, que, trocando su pequeña corona por otra muy grande, soñaba con seguir y adelantar las pisadas de Carlo Magno. (210)

Faltábales, pues, alimento de aventuras, guerras y novedades á los vagos de las gradas de San Felipe, en la Puerta del Sol, y á los del Mentidero, donde la calle del Leon desemboca en la del Prado. Faltaba, sobre todo, á los españoles, y desgraciadamente, enemigo de fuera que combatir, y tenían que buscárselo y hacérselo dentro de casa. La envidia y la difamación habían de culebrear por estos corrillos y despertar la baja sátira,

Que á grandes premios y á desgracias guía;

y engendrar divisiones y parcialidades. Todavía resonaban por las calles y plazas las bien intencionadas razones de Quevedo, fugitivo desde el

21 de Marzo, por haber atravesado con su espada, en el atrio de la iglesia de San Martín, al que dentro del templo y con poca razón y menos reverencia, abofeteó el rostro de una mujer. «¿Hay paz por el mundo? ¿Paz, paz universal? ¿Eso pasa? ¡No hay guerra con nadie! No quiero verlo; que en tiempo de paz mandarán los poltrones, medrarán los viciosos, valdrán los ignorantes, gobernarán los tiranos, tiranizarán los letrados, letradeará el interés, porque la paz es amiga de pícaros. La guerra y la necesidad fuerzan á los príncipes conozcan y diferencien al bueno del que lo parece. En la guerra con extraños se acaban las raposerías de la pluma y la hipocresía de los doctores, y se restaña el pujamiento de licenciados.» (211)

La república íbase, con efecto, viciando lastimosamente. Encaramábanse en cargos y gobiernos personas poco idóneas, y en el dosel de la justicia los hombres prevaricadores. Así, en gastos superfluos derrochábase la Hacienda pública, y eran impotentes para desempeñar el patrimonio Real los excesivos tributos. Sacrificados los pueblos, arramblaba el favorito del Monarca, para sí y para sus adeptos, con las más pingües encomiendas, con los rendimientos del tesoro y con la propiedad de muchos oficios. Languidecían la agricultura y la industria, por la

recientísima expulsión de los moriscos, y por la continua emigración á Italia y Flándes y á los dorados territorios de América. En disminución de poblaciones, desamparo de labranzas y ruina del comercio, cogíase el fruto del execrable lazo que une á los malsines, trayendo al borde del sepulcro á la nación los curanderos políticos, que entonces se llamaban arbitristas; de cuyos arbitrios y consejos ninguno fué tan desastroso y funesto como el de la moneda de vellón, á quien ha sustituido con no ménos triste fortuna lo que hoy decimos papel-moneda. (212)

Creciendo los apuros, se convocaron las Cortes para el 3 de Diciembre, en busca de auxilios que desahogasen la Hacienda. Presentóse la proposición el día 5; montó cuatrocientos cincuenta cuentos el servicio ordinario y extraordinario que se pedia, y obtuvo, para los tres años siguientes; y los treinta y seis procuradores á Cortes se volvieron á sus casas bien repletos, los unos con corregimientos y rentas, los otros con hábitos y oficios de contadores y gentiles-hombres de la boca en la casa Real, y los letrados con plazas en audiencias, «ayende de lo que á cada uno le han valido las Cortes, que es más de veinte mil ducados.» (213) Nadie dirá que perdieron el viaje.

Entonces, como siempre, alivióse por el mo-

mento con socorros efimeros la penuria del Erario, á costa de perpétuos gravámenes; pero el cáncer progresaba, divisándose á lo léjos el total desquiciamiento y la ruina. ¡Con qué terrible exactitud decia seis años ántes á su república el embajador de Venecia, Simon Contarini: «Tratar conviene á los españoles bien, conocido el natural de esta nación, tan constante en no perder lo que tienen; pues así como ahora les causa descuido la posesión pacífica de tantos reinos, despertarian con la ofensa. Ninguna guerra se les puede hacer mayor que dejarlos consumir y acabar con su mal gobierno. Acudiendo cada uno al bien particular, no se cuidarán del bien público; y vendrán á emplearse los tesoros de las Indias en gastos supérfluos é impertinentes, hundiéndose la nación en envilecida pobreza!» ¿Qué valdrian ya los consejos del P. Juan Márquez en su *Gobernador cristiano*; las sátiras de Quevedo, ni su *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*, sino de protesta del sabio que no quiere hacer causa común con la locura de su siglo? Ellos pasarán inmaculados á las edades por venir, cayendo en desprecio y olvido los engañadores tiranos. (214)

Al entrar por las puertas de Madrid ALARCON, halló contristados los ánimos con la muerte de la reina Doña Margarita de Austria, enlutadas

por defuera las personas que pudieron costear la librea del sentimiento oficial, y por dedentro los estómagos de los representantes, á causa de haberse cerrado los teatros. Sin embargo, verdaderas lágrimas brotaban en los ojos y en el corazón de cuantos conocian (y era el pueblo todo quien lo conoció mejor) las virtudes de tan humana señora, considerando sus pocos años, grandeza de estado, desengaño del mundo, lima de las cosas mortales, y que hay un Sér más poderoso que los reyes de la tierra. (215) Alarcon tuvo que comprarse lo primero un luto grande, embayetándose de piés á cabeza con la loba, capirote y demás arrequives de ordenanza, por extremo fatigosos, y que prestar oídos á la murmuracion de pañeros, sastres y mercaderes, por dilatarse las honras, con motivo de faltar el dinero (contratiempo que lo mismo suele acaecer á los muertos que á los vivos) por no construirse de nuevo el túmulo, y echarse mano de uno que había servido en otras ocasiones. Trajéronse para los oficios los riquísimos ternos del monasterio de San Lorenzo del Escorial; y todo parecia á todos poco, excepto el número de las luces, por no haber en el mundo con qué poderse honrar la memoria de un ángel. (216) En los acerados labios de los maldicientes contrastaba la escasez y miseria de ahora con el despilfarro

y vanidad de pocos meses ántes, cuando á 26 de Agosto murió la Duquesa de Uceda, nuera del omnipotente favorito, y se trasladó á Valladolid el cadáver. Acompañaronle mil y quinientas mulas de alquiler, costando cada dia de camino treinta y tres mil reales; y holgábase el Fénix de los ingenios «de haber nacido en tiempo que haya visto semejante maravilla, que un muerto coma cada dia tres mil ducados; y más habiendo leído en una corónica de España que á una infanta della dieron de dote mil maravedís.» (217)

Las mujeres, y tras ellas el vulgo, que hacen de todo fiesta, convidados por la serenidad del tiempo, acudian, con pretexto del túmulo, á pasear y codearse en torno de San Gerónimo; tomando puerto delante del compás de la iglesia los coches, de que se contaban en Madrid legiones como de demonios, por lo mismo que trató de reducirlos á pocos la famosa pragmática de 5 de Enero. (218)

Si encontrar un caballo bueno y otro mejor, una mujer hermosa y otra más, eran á la sazón los encuentros ordinarios que había en las calles de la corte, ¿cuáles no debían arrebatarse la afición del mexicano en tan solemne día, predicando el sermón de honras nada ménos que el insigne jesuita Florencia? Hubo en ellas tres largas misas de tres cardenales; admiró el concurso

de damas, y no dejaron de hallarse en el templo ninguno de los próceres ni de sus más estimados familiares. Entre los del Marqués de Salinas se contaria el buen DON JUAN RUIZ DE ALARCON y MENDOZA, porque la grandeza sin igual de los poderosos es servirse de personas que valen tanto como ellos,

Y supuesto que no pierden
De su calidad los nobles
En servir,

segun dijo en *Todo es ventura*. (219)

Jués y viénes, 17 y 18 de Noviembre, fueron las honras; y el sábado se vió convidado el Marqués para una academia que inauguraba en su palacio aquella noche D. Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del favorito, y conde de Saldaña, por su mujer D.^a Luisa de Mendoza, de la casa del Infantado. Vivian los condes en la calle que tomaba nombre de este último título, á espaldas del altar mayor de la parroquia de San Andrés, entre la plazuela de la Paja y la Puerta de Moros. En la reunion habian de hallarse los grandes poetas de la corte, y ofrecer las más bellas flores de su ingenio á la dulce memoria de la reina Margarita. Hé aquí propicia la ocasion de que admirase Dox

JUAN reunido el Pindo castellano, y le pudiera comparar á su sabor con el de México. (220)

Los poetas fueron citados á las seis, pero el Conde no apareció en el salon hasta las diez: con que, cerca de la una salieron tales de hambre, cansancio y frío, lodos y quejas, que muchos formaron propósito de no volver al reclamo.

Hizo de secretario Lope de Vega, leyendo una cancion como suya; diéronse guantes, que era la propina de aquel acto, y se repartieron sujetos, es decir, asuntos, para que sobre ellos trajesen escritos versos los poetas el sábado siguiente. Honraron éste muchos señores, entre otros los duques de Feria y de Pastrana; acercándoseles nuestro indiano, por no ser conocido aún como poeta, ni venir pertrechado de versos fúnebres; y porque atento á sus pretensiones, deseaba tener cabida con Saldaña, hijo predilecto del valido. Y estúvole bien, pues al entrar en la sala, detrás de D. Luis de Velasco, saludando á derecha é izquierda, dióle el corazon un vuelco al reparar en cierto soldado mal vestido, de aspecto venerable, como de sesenta y cuatro años, el cuerpo ni grande ni pequeño, la barba de plata, con alguna muestra de haber sido de oro, los bigotes grandes, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, pero de muy noble continente. El soldado no se cuidó

del contrahecho, y á éste vino á quitársele el gusto para toda la noche. Alguna deuda tendria con él, sin haberla procurado saldar. (221)

La casa y mesa del Presidente libró á Don JUAN de pasar el noviciado de corte y de echarse á buscar aposento, con riesgo de caer entre gente viciosa y distraida, en vecindad y barrios de mujeres livianas, hombres sobrados, insolentes, embusteros y quimeristas. Verbeneando por la corte los pretendientes, agentes, mercaderes y traficantes, sobre ellos se lanzaba, como langostas, una nube de rateros y estafadores, buscones y caballeros de industria, ingeniosas Elenas y astutas Celestinas. Encerraba Madrid, efectivamente, lo más noble y lo más plebeyo; lo más rico y lo más pobre; lo mejor y lo más abominable de España. No sé yo si el aprendizaje de Salamanca, el estudio de Sevilla y el traque-teo de tantas peregrinaciones, habrian sido preservativo suficiente para nuestro poeta á dar con su cuerpo y bolsillo en la posada de una maléfica Circe, diestra en recibir un papel con facilidad y contestarle con artificio; persona de cuenta, con estrado, silla de manos, esclavos y esclavas, mona y papagayo, criado gracioso, escudero poltron y portero bien enseñado; para cuyo Argel no habia redencion de cautivos. A intento de evitar los daños y engaños de las casas de huéspe-

des, se crearon en Madrid salas especiales de gobierno y policia, dividido el cuidado de las rondas y velas por cuarteles; se nombró quien examinase y averiguase el modo y vida del huésped, y la de forasteros negociantes y pretendientes; y se limitó con rigor la licencia á los unos, y la asistencia á los otros. Encontrábase á cada paso una tablilla por la puerta que decia: *Esta es casa de posadas*; y en el zaguan solia estar sentado, con aspecto estudiadamente venerable, el huésped, como la araña en lo más bien urdido y más aparente de la tela. (222)

Muy al contrario de ello, el orden, el silencio, la compostura y la paz reinaban en la cristiana y aristocrática mansion del Presidente de Indias. Acompañábale á la iglesia Don JUAN muy temprano, á la mesa, y algunos ratos por la noche. Lo demás del tiempo quedábale por suyo, y le empleaba en ir por la mañana al patio de Palacio; por la tarde á las joyerías, platerías y mercaderes de sedas, centro y golosa miel de femeninos cuidados, ó á las comedias. Gustábale el Prado, por reirse de ver, segun decia,

Andar de aquí para allí
Y mirarse unos á otros. (223)

Deleitábase en recorrer la calle Mayor,

Sierra-Morena en Madrid,
Pues allí roban á tantos

Mil damas ricos despojos,
Llevando armas en los ojos,
Y máscaras en los mantos. (224)

Pero jamás, por los respetos que se debió á sí propio y al Ministro con quien moraba, tuvo empeño en asistir á casas de conversacion y de trucos (hoy café y billar), prefiriendo acudir á las librerías, vecindadas en la calle de Santiago, ó á las imprentas de Pedro de Madrigal y Luis Sánchez, donde el espíritu hallaba á toda hora en qué apacentarse dulcemente. (225)

Juésves, 1.º de Diciembre, D. Luis de Velasco tomó posesion de la Presidencia del Consejo de Indias, en los momentos que, á presencia de tres azotados, tostaban en el Quemadero á un mulato y perdigaban á un niño en la llama. Desplóse Madrid para presenciar el horrible espectáculo; mayor número de coches, mulas, caballos y rocines (segun testimonio de Lope), no se vió jamás en entrada ni salida de príncipe; y á la que hicieron los reos por la Puerta de Alcalá, pues allí estaba situado el brasero, dió el vulgo en tirarles lodo, sin respetar damas ni señores. El buen gusto y la índole de ALARCON retrajéronle de presenciar el castigo impuesto por la Audiencia de Madrid al sodomita y cómplices, y se estuvo paseando en las antesalas del Consejo, para ser el primero en felicitar al Marqués Presidente. (226)

Diez y nueve dias despues, un lúnes, á las ocho de la noche, ocurrió cierto lance que á la mañana fué objeto de todas las conversaciones. Súpose haber sido acuchillado Lope de Vega, salvando milagrosamente la vida. Pasó de este modo: La hermandad de los esclavos del Santísimo Sacramento, fundada en el convento de Descalzos de la Santísima Trinidad, á espaldas del palacio del Duque de Lerma, hoy de Medinaceli, debia elegir oficios el dia 27 para durante el año de 1612. Quiso Lope añadir al aplauso de su inmensa popularidad y fama, el realce de ser uno de los cuatro consiliarios á quienes se encomendaba anualmente el gobierno de la congregacion, compuesta de lo más lucido, eclesiástico y seglar, de la corte. Sabia que nadie hace mejor sus cosas que uno mismo; que no hay en los negocios tan buenos auxiliares como el secreto y cautela, y poseía el arte de conseguir que le rogasen con lo propio que deseaba. A las dos horas de anohecido, y envuelto en su capa hasta los ojos, tanto por el frío como porque no le conocieran, se fué á los Descalzos, y obtuvo la seguridad de la eleccion, visitando al P. Fr. Agustin de San José y al P. Fr. Alonso de la Purificacion, uno de los fundadores de la cofradía, ambos en ella por demás influyentes. Volviase por la calle de Francos arriba, cuando comienzan á llover sobre él cuchilla-

das y mandobles, sin que pudiera desenvolverse ni meter mano á la espada. «No me hirieron (decia á los condes y marqueses que le visitaban el mártir), y los que ven mi capa lo juzgan á milagro; ántes la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre. De donde se entiende que yo estaba inocente, y él engañado.» Pero á la gran suma de poetas que entró en su aposento con la mayor gana de hablar, hizo advertir que necesitaba de silencio y reposo. (227)

No debió perder ALARCON tan feliz coyuntura de visitarle, cuando anhelaba introducirse con personas de valimiento é importancia, y habiéndosele dado á conocer en la academia saldaniense como uno de sus admiradores entusiastas y modestos imitadores. Fuera de que el monstruo de la naturaleza, como supremo oráculo de los farsantes, le podía abrir las puertas del escenario, donde trazaba ya por entónces DON JUAN halagar á su generoso Anfitrión, ponderando las maravillosas obras de la laguna de México.

CAPITULO II.

Dos Tenientes de Corregidor.—El Dr. D. Gutierrez, Marqués de Careaga, y su «Desengaño de Fortuna.»—Don Rodrigo Calderon.—Apertura de los teatros.—Los magnates y las cómicas.—El actor Juan de Morales y su mujer.—Batallas académicas.

1612

Un dia tropezó de manos á boca el mexicano con cierto conocido antiguo de Salamanca, todo limpio, todo aseado, todo luciendo gorgoranes (cual diria el rey de los escritores), con un cuello tan exorbitante como almidonado, capa y ropilla negra, y sombrero á lo Felipe II, bien concluida obra del portugues. Saludóle muy cortesmente ALARCON, segun su máxima de que

Lengua honrosa, noble pecho,
Fácil gorra, humano rostro,
Son voluntarios Argeles
De la libertad de todos; (228)

y fué pagado en la misma moneda. «Beso las manos al señor Tiniente de Corregidor en Méxi-

das y mandobles, sin que pudiera desenvolverse ni meter mano á la espada. «No me hirieron (decia á los condes y marqueses que le visitaban el mártir), y los que ven mi capa lo juzgan á milagro; ántes la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre. De donde se entiende que yo estaba inocente, y él engañado.» Pero á la gran suma de poetas que entró en su aposento con la mayor gana de hablar, hizo advertir que necesitaba de silencio y reposo. (227)

No debió perder ALARCON tan feliz coyuntura de visitarle, cuando anhelaba introducirse con personas de valimiento é importancia, y habiéndosele dado á conocer en la academia saldaniense como uno de sus admiradores entusiastas y modestos imitadores. Fuera de que el monstruo de la naturaleza, como supremo oráculo de los farsantes, le podía abrir las puertas del escenario, donde trazaba ya por entónces DON JUAN halagar á su generoso Anfitrión, ponderando las maravillosas obras de la laguna de México.

CAPITULO II.

Dos Tenientes de Corregidor.—El Dr. D. Gutierrez, Marqués de Careaga, y su “Desengaño de Fortuna.”—Don Rodrigo Calderon.—Apertura de los teatros.—Los magnates y las cómicas.—El actor Juan de Morales y su mujer.—Batallas académicas.

1612

Un dia tropezó de manos á boca el mexicano con cierto conocido antiguo de Salamanca, todo limpio, todo aseado, todo luciendo gorgoranes (cual diria el rey de los escritores), con un cuello tan exorbitante como almidonado, capa y ropilla negra, y sombrero á lo Felipe II, bien concluida obra del portugues. Saludóle muy cortesmente ALARCON, segun su máxima de que

Lengua honrosa, noble pecho,
Fácil gorra, humano rostro,
Son voluntarios Argeles
De la libertad de todos; (228)

y fué pagado en la misma moneda. «Beso las manos al señor Tiniente de Corregidor en Méxi-

co.—Y yo al señor Tiniente de Corregidor en esta corte, por la merced que me hace.» El cual era un estudianton aprovechado y mañoso, doctor por la española Aténas, que habiendo ejercido el mismo cargo en Segovia y Granada, le desempeñaba ahora en Madrid, aspirando á mayores destinos. Salióse con ello; y más adelante fué Corregidor de Ciudad-Real y de Alcalá de Henares, alcalde de las guardas de Castilla, gente de guerra y caballería de España, alcalde del crimen en la chancillería de Valladolid; y llegó, por último, al Consejo de S. M. Decíase Don Gutierre, Marqués de Careaga, natural de Almería. (229)

Sin haber dado aun á la imprenta su libro del *Desengaño de Fortuna*, y teniéndole aprobado en Salamanca desde el año 1607, por el maestro y catedrático de la Universidad fray Pedro de Ledesma, guardábale Marqués entre otros trabajos literarios. Las circunstancias le hicieron por aquellos dias considerarle plato, aunque trasnochado, bastante suculento y apetitoso para obligar á Don Rodrigo Calderon, caballero de la Orden de Santiago, señor de la Oliva, embajador de Flándes, gran favorito del privado, y persona de quien entónces se valia D. Gutierre, ó se proponia valer, para sus aumentos. Resuelto á dedicársele, importaba que saliera con el

mayor aparato y pompa, sin omitir la «innumerable y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse.» Y faltándole, al parecer, la amistad de los más ruidosos poetas de la corte, puso á contribucion el propio ingenio, el de su hermano, el de cuantos vates conocia en España, y aun alguno de Roma. Fué, pues, gran ventura suya encontrarse con el camarada bachiller, ya licenciado, D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, para recabar tambien su elogio al *Desengaño de Fortuna*, y añadirle una composicion más, y de poeta de otro mundo. (230)

Escribióle nuestro mexicano una decimica algo conceptuosa y alambicada, pero demasiado buena para hecha de encargo; y constando ya el sobrepuesto follaje, de veinte y siete composiciones y docena y média justa de poetas, firmó Careaga la dedicatoria en 4 de Febrero de 1612. Al mecénas cuidó bien de no dejarle en el tintero la merced del hábito de Santiago, recién obtenida, hacia dos meses. «Habiendo (le dice) de sacar á luz este libro del *Desengaño de Fortuna*, me pareció que á ninguno con más justo titulo podia dedicalle que á V. S., cuyo ejemplo era bastante á confirmar lo que en todo su discurso pretendo. Porque ¿quién habrá que viendo á V. S. tan justamente pre-

miado de S. M., y que en sus hombros ha fiado todo el peso del imperio, atribuya á la Fortuna lo que á su mucha nobleza, valor y prudencia es tan debido? Que con gran razon se duda si es más gloria á S. M. ser señor de tantos reinos, teniendo puesto en otro nuevo mundo el *plus ultra* á las columnas, y el *non plus ultra* á sus hechos, ó tener en V. S. un Pompilio en la religion, Alejandro Severo en la justicia, en la fidelidad Attilio, en la modestia Aristides, en la llaneza Marcelo, en la integridad de ánimo Caton, Fabio Máximo en las grandezas, y en el amor de la patria un Temístocles. » ¡Qué bien sabia poner la pluma el adulador sagaz y astuto! La historia debe reconocerle el dón de la oportunidad. (231)

Arreciando pocos meses ántes, por Octubre de 1611, las quejas contra Don Rodrigo Calderon, dijose, para desarmar á enemigos, que habia solicitado y obtenido licencia de retirarse á su casa, y que le reemplazaria Tristan de Cízar. Con dejar á palacio en Noviembre, y entregar los papeles al Duque de Lerma en el Pardo, vino á confirmarse la voz de esta mudanza de fortuna; y más todavía, con hacersele merced de embajador en Venecia. Pero á la sombra de tal nombramiento crecieron los favores.

Como en sombrío matorral los hongos,
dándosele la encomienda de Ocaña, que valia dos

mil quinientos ducados; otra de igual renta, en la Orden de Calatrava, para su hijo segundo; ocho mil ducados de ayuda de costa en un título de Marqués, en Italia; y seis mil de renta perpétua para su mayorazgo, en los oficios de alguacil mayor de la Real Chancillería de Valladolid y correo mayor de la propia ciudad. Publicaba el Duque de Lerma no querer poner otro en lugar de Don Rodrigo, sino hacerlo todo por su mano; pero es lo cierto que siguió valiéndose de él, aunque con reserva, añadiendo grados al favor y confianza. La maliciosa penetracion de Careaga vino á entender el juego; y cuando los incautos se alejaban del favorito, como del sol que se pone, el sagaz Teniente de Corregidor de Madrid, con el papel de hombre desinteresado, sembraba alabanzas para que rindieran despues muy sazonado fruto. (232)

He leído que el *Desengaño de Fortuna* se publicó en Barcelona por primera vez, el año de 1611, con los versos del corcovado, pero no hay tal cosa. La primera edicion seguramente es de Madrid, y puesta á la venta en comenzando Abril del año siguiente. Evidénciase por la misma dedicatoria del libro, donde el autor dice, con fecha 4 de Febrero de 1612, que le sacaba entónces á luz. A más de la aprobacion de Salamanca de 1607, lleva tres censuras ma-

drileñas, á saber: del dominico Fr. Tomás de Sierra, fecha 11 de Diciembre de 1608; del maestro Munuera, mercenario, en 1.º de Enero de 1609, y del jesuita Rafael Guarán, á 29 de Abril de 1611: ninguna de Barcelona. Celebranle poetas de Roma, Canarias, América, Murcia, Andalucía, Extremadura, de ambas Castillas, uno de Aragon; ninguno de Cataluña.

Y advierto, que en el andaluz D. Gutierre lo de Marqués fué apellido y no título ni dignidad; que así aparece de todas las composiciones poéticas, y lo confirma el licenciado Martín López de Val de Elvira, natural de la ciudad de Alcaraz:

Empero tú, Caliope, te encargas
Decir quién son, en la ocasión primera,
Marqueses, Villalobos, Cháves, Várgas. (233)

Nuestro poeta, como los demás, encabeza la pulcra décima declarando su patria: «De el licenciado JUAN RUYZ DE ALARCON Y MENDOZA, natural de México.» Y si no añade valor y quilates á su fama literaria la tal espinela, es de grande importancia al biógrafo para ajustar la cronología, y afianzar, por confesión propia y aun sin necesidad de otros documentos, en la ciudad de las lagunas el suelo natal del admirable dramático. (234)

A todo esto, habianse venido á Madrid los escuálidos representantes de España, como al corazón del reino, á quien no hay parte necesitada que no le pida favor. Como enjambre desalojado de la colmena, bullian en torno de los cerrados coliseos, hablando de su pleito á quien los queria escuchar, refiriendo sus lástimas é instando porque se alzase la suspension. Pero no bastaron ni sus lamentaciones y súplicas, ni el imperio que algunas actrices tenian sobre los señores: fué preciso que Don Diego López de Ayala, del Consejo y cámara de S. M., juez protector de los teatros, viendo en la clausura de ellos la dolorosa ruina de los hospitales, por faltarles su mejor finca, se decidiera á pretender y alcanzar el remedio. (235)

Abrieron sus puertas, al fin, los dos coliseos de la Cruz y el Principe con obras de los grandes ingenios españoles; acudió presuroso el público á disfrutar de las seductoras comedias de Lope y Tirso; y entre los espectadores ALARCON, miéntras le llegaba la hora temida y deseada de que le juzgasen á él. Tal fué la impresion que le hizo aquel espectáculo, que no pudo ménos de pintarla con deleite en alguna de sus primeras obras. Ya volvió á solazarse la corte oyendo á Juan de Morales y á la gallarda Jusepa Vaca, su mujer, á Paula é Isabelilla. El divino Alonso de

Morales habia muerto; y de los muchos disparates de Casiano Pellicer, es uno el hacerle marido de Jusepa. Ya el receloso autor de comedias y buen actor, el gran Juan de Morales, veia de nuevo su casa visitada de señores, especialmente de los duques de Feria, Pastrana y Rioseco, de los condes de Olivares y Saldaña, y de los marqueses de Villanueva del Fresno, Alcañices, Villaflor y Peñafiel, el hijo del famoso D. Pedro Tellez Giron, entónces virey de Sicilia. Y su inquietud creció de manera, que si hubo de salir celoso de aquí el año pasado, volvía celosísimo. Las sombras se le antojaban hombres; y fué voz que su huésped lo quería echar de casa, porque de noche, como alma en pena, con la tajante desnuda y una vela en la siniestra mano, recorría los sótanos y desvanes por ver si hallaba algunos amantes de su mujer, en figura gatesea, por cuevas y tejados. La Vaca venia de dos erias, más amarilla que la cera; y extrañaba el Fénix de los ingenios hubiera quien por ella se despepitase y quien la apeteciese. Pero es lo cierto que su conmovedora voz y su modo incomparable de sentir y expresar, unido al fuego de sus ojos y á la gallardía de su talle, robaban los corazones más duros. No dejaba el Duque de Pastrana la ida por la venida, ni pasar mucho tiempo sin tener en su propia casa un particular,

que así se decían las funciones especiales que en las moradas de los próceres daban con su tropa los autores de compañía. Pastrana embargaba no pocas noches la gente de Morales, convidando á toda la grandeza; quiero decir, á los señores mozos, á quien Lope de Vega llamaba la mancebía ilustre. El cual, en una ocasión, desde la calle, asido á las rejas del palacio del Duque, no pudo contenerse viendo representar á Jusepa; y, entusiasmado, gritó: «¡Victor!» respondiendo dentro Pastrana: «Esto habíamos de decir nosotros;» y llovieron alcorzadas de boca por todo el aposento. (236)

En Julio del año anterior, al irse á embarcar para Nápoles el satírico y maldiciente Conde de Villamediana, habia hecho correr de su puño por Madrid dos sonetos, uno, en que juguetea con los títulos de todos los señores que andaban á la husma de la hermosa actriz; y otro, aquel en que

MORALES, EL AUTOR DE COMEDIAS, REPRENDE
A JUSEPA VACA.

«Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa
Esta corte del Rey; cordura tenga;
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.

[*Muéstrale un Cristo.*]

«Por esta santa y celestial divisa,
Que de hablar con los príncipes se abstenga;

Y aunque uno y otro duque á verla venga,
Su marido no más, su honor, y misa.»

Dijo Morales, y rezó su poco.

Mas Jusepa le responde airada:

«¡Oh, lleve el diablo tanto guarda el coco!

«¡Mal haya yo, si fuere más honrada!»

Pero, como ella es simple y él es loco,

Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada. (237)

Josefa, otra Penélope, cercada de amantes,
jamás rompió la fe que á su esposo debia; y los
señores en murmurar, y en calumniar los poe-
tas, desahogaron indignamente su despecho. La
rabia de Góngora ladraba de esta manera:

Si por virtud, Jusepa, no mancharas

El tálamo consorte del marido,

Otra Porcia de Bruto hubieras sido,

Que, sin comer, sus brasas retrataras.

Mas no es virtud el miedo en que reparas,

Por la falta que encubre tu vestido;

Pues yo sé que sin ella fueras Dido,

Que á tu Siqueo en vida disfamaras.

No llares castidad la que, forzada,

Hipócrita, virtud se representa,

Saliendo con si capa disfrazada.

Jusepa, no eres casta; que si alienta

Contraria fuerza á tu virtud cansada,

Es vicio la virtud cuando es violenta. (238)

El poeta ridicul D. Juan Navarro de Cascan-
te hallaba esta no ménos ridícula razon para ex-
plicar la intachable conducta de Jusepa:

A MORALES, FARSANTE

Si á Morales el decoro

No guardara, por ser flaca,

Su Vaca, casto tesoro,

Quien es cabeza de vaca,

Fuera cabeza de toro.

Siendo por la tarde las funciones de los tea-
tros, y comenzando desde Octubre á las dos, y
desde Abril á las cuatro en punto, ninguna ex-
tortion podian ocasionar á las academias litera-
rias, cuyas sesiones cuidábase de celebrar en no-
che que las compañías de farsantes no tuviesen
costumbre de ir á representar en Palacio ó en
casas particulares. (239)

La última sesion académica del invierno en la
sala del Conde de Saldaña, porque la Cuaresma
barria tertulias y coliseos, fué á 26 de Febrero,
tan furiosa, que se tiraron los bonetes dos licen-
ciados. A fe mia que ninguno de ellos pudo ser
ALARCON, mesurado en su porte, discreto en sus
palabras y mudo en tales asambleas. Tan pre-
mioso y estéril en la poesia lirica, como suelto,
fácil, galano y fecundo en la dramática, negá-
base á figurar en los certámenes literarios, coro-
nas poéticas y delantares de los libros; y de muy
alto habia de venir el compromiso para que to-
mase la pluma en cosa ajena del teatro. Aque-
lla noche Lope leyó una cancion, pidiendo sus

anteojos á Cervántes, y dijole que parecian huevos estrellados mal hechos. Tanto habia padecido el convexo cristal, rodando por la pobre mesilla del monarca de los escritores; y en tal estrechez vivia, que no le era posible reemplazar con otro nuevo el auxiliar precioso de sus inmortales trabajos. (240)

Pasó la Cuaresma, la academia volvió, y la primera junta del sábado 28 de Abril vino á concluir trágicamente. No parecia sino que era fiscal el ausente y poco bien intencionado Bartolomé Leonardo, rector de Villahermosa, diestro en enzarzar á las huestes del Parnaso. Mordiéronse poéticamente el licenciado Pedro Soto de Rojas y el famoso Luis Vélez de Guevara; y tal se empelazgaron, que llegó la historia hasta el punto de embrazar rodelas y guardar la puerta de la calle. Hubo principes de una parte y de otra, y nunca Marte miró tan opuesto á las señoras Musas. ALARCON, si le instaron para que fuera en socorro del licenciado granadino,

Pequeño, avalentado y receloso,
Más inquieto que rueda de molino,

por ser de su ropa, bien podia contestar lo que dijo en aquel tiempo D. Gerónimo de la Caballería, cuando le preguntaron por qué no socorría á un halcon á quien mataba un cuervo: «¿Sa-

ben vuestras mercedes si yo soy más aficionado que á los cuervos á los halcones?» (241)

Con esto el Conde de Saldaña cerró su academia. Pero antes de ocho dias hizose otra en la sala de D. Francisco de Silva y Mendoza, hermano del Duque de Pastrana, la cual se llamó primero *El Parnaso*, y despues *Academia selvaje*, con alusion al apellido del dueño. Vivía en la calle de Atocha, dos casas más abajo de la Magdalena. Por el momento no asistieron señores, y pronosticaba Lope que duraría hasta que lo supieran. Sin embargo, acudieron al fin todos, y muchos de los poetas, siendo más los que iban á oír que los que hablaban y escribían. El discurso inaugural cùpole al culto y arriscado Pedro Soto de Rojas, el de la pendencia pasada, que se encubria con el pseudónimo de *El Ardiente*, futuro canónigo en la hechicera ciudad del Genil y Darro, y abogado del Santo oficio. La oracion versaba acerca de la poética, y á todos pareció de mucha erudicion é ingenio. (242)

Divididos los nobles en bandos cortesanos, aspirando á ser parcialidades políticas (segun la mayor ó menor participacion que tenían en los cargos públicos y en el favor de los ministros), vivían llenos de quejas, de ambicion y de envidia; y echaban mano de la difamacion y de la calumnia para deshacerse de adversarios y lle-

gar á privar con el valido, y con el Monarca, á ser posible. Baste, como prueba de ello, la ruidosa prision del Marqués de Camarasa, en 8 de Febrero de este año, acusándole de tener plática con cierto astrólogo y hechicero á fin de alcanzar la privanza con S. M., y arrancar del favor soberano al duque de Lerma. (243)

Aparentaban, pues, los grandes de la corte proteger las letras con darles entrada en sus regios palacios, para tener séquito y pregonar y levantar la importancia de su poder. Y á su ejemplo dividianse tambien los poetas en sectas, competencias y porfias, tomando partido por este ó aquel prócer, con la esperanza de mayor medro, é interesándose en las aspiraciones y resentimientos de sus respectivos patronos. Con ello la cuestion literaria más inocente despertaba rivalidades y enconados odios, convirtiendo la academia en un campo de Agramante, y haciendo que el Gobierno tuviera precision de cerrarlas á cada paso. Justino censura en los españoles el mal gusto de preferir á la regalada paz el desasosiego y alboroto de la guerra. (244)

CAPITULO III.

Los ingenios á merced de los potentados.—Lope de Vega.—Dificúltanse las pretensiones de Alarcon, y resuelve dar comedias á los teatros de Madrid.—Consíguelo desde el año de 1613.—“El Semejante á sí mismo.”—“El Desdichado en fugir,” y “La Cueva de Salamanca.”

1613

El crédito del poeta y del orador, lo mismo que las esperanzas de medro, hallábanse en arbitrio de los magnates. El buen sermón, la buena defensa, el libro docto, la comedia famosa, necesitaban, si lo habian de parecer, la sancion de los nobles en el patio de Palacio, en las gradas de San Felipe, en el estrado de la dama, en los aposentos de ambos coliseos, en la huerta del Duque de Lerma, en las alamedas del rio y en el prado de San Gerónimo. A decidir de todo *ex-cátedra*, y á que su voto prevaleciera sobre el de los demás, arrojábase el hombre adinerado, movido de su petulancia, presuncion y soberbia;

gar á privar con el valido, y con el Monarca, á ser posible. Baste, como prueba de ello, la ruidosa prision del Marqués de Camarasa, en 8 de Febrero de este año, acusándole de tener plática con cierto astrólogo y hechicero á fin de alcanzar la privanza con S. M., y arrancar del favor soberano al duque de Lerma. (243)

Aparentaban, pues, los grandes de la corte proteger las letras con darles entrada en sus regios palacios, para tener séquito y pregonar y levantar la importancia de su poder. Y á su ejemplo dividianse tambien los poetas en sectas, competencias y porfias, tomando partido por este ó aquel prócer, con la esperanza de mayor medro, é interesándose en las aspiraciones y resentimientos de sus respectivos patronos. Con ello la cuestion literaria más inocente despertaba rivalidades y enconados odios, convirtiendo la academia en un campo de Agramante, y haciendo que el Gobierno tuviera precision de cerrarlas á cada paso. Justino censura en los españoles el mal gusto de preferir á la regalada paz el desasosiego y alboroto de la guerra. (244)

CAPITULO III.

Los ingenios á merced de los potentados.—Lope de Vega.—Dificúltanse las pretensiones de Alarcon, y resuelve dar comedias á los teatros de Madrid.—Consíguelo desde el año de 1613.—“El Semejante á sí mismo.”—“El Desdichado en fugir,” y “La Cueva de Salamanca.”

1613

El crédito del poeta y del orador, lo mismo que las esperanzas de medro, hallábanse en arbitrio de los magnates. El buen sermón, la buena defensa, el libro docto, la comedia famosa, necesitaban, si lo habian de parecer, la sancion de los nobles en el patio de Palacio, en las gradas de San Felipe, en el estrado de la dama, en los aposentos de ambos coliseos, en la huerta del Duque de Lerma, en las alamedas del rio y en el prado de San Gerónimo. A decidir de todo *ex-cátedra*, y á que su voto prevaleciera sobre el de los demás, arrojábase el hombre adinerado, movido de su petulancia, presuncion y soberbia;

creyendo que para ser y parecer príncipe le era necesario ostentar ciencia infusa, mirar con desprecio y menosprecio las obras de los ingenios divinos, y tener uno de ellos en su servidumbre asalariado. No obstante, como el chistoso médico de Molière, que, á fin de que su compañero de consulta le pasase el ruibarbo, pasábale á él la hipecacuana, cada poderoso mecénas cuidó mucho de considerar al vate protegido de otro mecénas, y aun de otorgarle favores. No hay hombre sin hombre; y quien supo ganar ilustres y verdaderos amigos halló siempre de su lado á Minerva.

Nadie tan feliz por entónces, en la bien merecida predilección de la aristocracia, como Lope de Vega Carpio. Nadie tan mimado á toda hora de Córdoba y Silvas, de Mendozas y Toledos; nadie con mayor cautela y astucia, aunque á costa de la propia dignidad y de la conciencia muchas veces, para tener ciegameute aprisionados la voluntad y el más resuelto patrocinio de un protector ilustre, joven, fastuoso y mujeriego. Habiale hallado por el verano de 1606, en D. Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragon, duque de Sessa, de Baena y Soma, conde de Cabra, gran Almirante de Nápoles, y comendador de Bedmar en la Orden de Santiago. Mozo á la sazón de veintisiete años (diez

y siete ménos que Lope), acababa de heredar á su padre, y ambicionaba ostentar el boato y autoridad de sus títulos, enemigo de fatigar su imaginativa con ninguna clase de estudios, ni de atentar con la molestia más leve á la incorrupta virginidad de su entendimiento; de cortos alcances, pero de suma codicia por parecer ilustrado y poeta. La vanidad era su flaco. Ataviarse, pues, con las peregrinas galas del Fénix de los ingenios y llegar á creérselas propias, sin más tarea que la de poner al pié la firma en caracteres que parecían escarabajos despachurrados, fué para el Duque la mayor ventura del mundo. Confióle sus más íntimos secretos; y, constanté en no dar trabajo al discurso, encomendaba á Lope la escurridiza tarea de enamorarle por escrito en prosa y verso las damas, reservándose por supuesto el premio del billete y de la poesía. Lope debió hacerse la desalmada cuenta de que con estiércol se cultiva el árbol que ha de dar fruto, y de que en el valimiento con el Duque afianzaba el de toda la nobleza, y con ella el séquito de la deslumbrada muchedumbre, dispuesta á servir y adular tumultuosamente los gustos y caprichos de los poderosos. Los cálculos no salieron fallidos. (245)

Cada estreno de una comedia de Lope era un triunfo, cada rasgo lírico un asombro, su pre-

sencia el punto á que se dirigian las miradas y alabanzas de la multitud, que siempre necesita de un ídolo. Y como á la observacion del portentoso dramático no se ocultaba ser el vulgo propenso á olvidarse por completo del nombre que no oye con aplauso todos los dias, cuidó de que siempre el suyo le estuviera sonando en el oído, y de que otro ninguno pudiera sobreponérsele. En él, por lo tanto, fueron tan vehementes y desgarradores los celos literarios qual los del amor; rompiendo, como caballo desbocado, toda barrera, cuando esta pasion se apoderaba de su espíritu. Quitábanle el sueño los ajenos aplausos, mortificábale el ajeno elogio, y reservaba el suyo para lo trivial y mediano, aguzando la sagacidad é ingeniatura en deslucir lo admirable. Flaqueza grande en tan robusto y poderoso entendimiento. Dios no lo da todo á uno. Hizo de Lope un sér privilegiado, un misterio que en vano pretenderemos comprender y explicar. Pero, á la manera que al payon (en cuyas plumas puso los colores del iris y el tornasol de los cielos, dotándole de feos piés para que, al considerarlos, pueda abatir la rueda de su soberbia), entregó á Lope en manos de la envidiosa pasion de los celos, que al más cuerdo desatina, para que por ella cayese, y por ella misma pudiera levantarse. (246)

La emulacion y el anhelo de exclusiva gloria

llevábanle á escribir una comedia nueva cada semana, á leer una nueva y oportuna cancion, romance ó soneto cada noche de academia; á ocupar su musa en todo acontecimiento público, y á tomar parte eficaz en toda fiesta y en toda justa literaria. Así, el ejercicio le hacia maestro, y el estímulo le encumbraba á los aciertos mayores. Pero quien se desvivió para obligar al Duque y á los próceres omnipotentes; quien se abrasaba en el afan congojoso de cautivar sin descanso la atencion del pueblo; quien al oír ó leer una obra excelente de otro y ponerse todo amarillo, no sosegó hasta escribir otra que compitiese con ella en hermosura y gallardía, tenia el deber de emular tambien las cristianas y virtuosas acciones, la obligacion de gozar en el bien ajeno para hacerse partícipe de él, y la de contentarse con los propios y honrosos laureles, sin caer en la desdicha de querer deshojar los que otras frentes legítimamente ceñian. Tal fué Lope, desnudo de la aureóla que le circundó en su vida, y con que le contemplan y contemplarán los presentes y venideros siglos. Dios, misericordioso y benéfico, le alargó los dias hasta setenta y tres años para que pudiera recogerse dentro de sí mismo y enmendar los pasados errores. Y, efectivamente, aunque tardío y reservado, el poeta, en su *Laurel de Apolo*, rindió tributo de estimacion á los demás

de su tiempo. Cervantes, como de todo lo bueno, le habia dejado modelos incomparables de indulgencia, entusiasmo y consideracion hácia los dignos hijos de Apolo, en el *Canto de Caliope* y en el ingeniosísimo *Viaje del Parnaso*, obra que ella sola basta para acreditar á un gran poeta. (247)

Pero ¿cómo Lope halló tiempo suficiente para llevar la atildada correspondencia de sus amos el Duque de Alba, el Marqués de Sarría (luego conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro) y el Duque de Sessa, con príncipes de Italia, deudos y soldados valentísimos en Alemania y Flándes, monjas y frailes de campanillas; y á una mano componer mil ochocientas comedias, cuatrocientos autos sacramentales, y más de veinte cuerpos de libros de versos líricos, poemas, historias y novelas; y ser el alma de las complicadas intrigas amorosas de su último consecuente patrono, y atender á las propias, y encontrarse en todas partes? ¿Cómo le fué dado fresca y dócil imaginacion, humor y gusto para no soltar la pluma, envuelto á cada hora en domésticos sinsabores y en persecuciones, compromisos y riesgos, por su invencible inclinacion á tratar á muchas mujeres lo ménos honestamente que pudo? Procesábasele por amancebado el juez; perseguíale por desleal la desvergonzada mujereilla; le acosaban los cuidados ó los reproches del hijo de ganancia;

sacaba á relucir sus devaneos y mocedades, atropellando honras, la envidia ó el resentimiento de los poetas; y no pocas veces salvó los peligros con la espada. No parece sino que la indole de su ingenio habia menester de apretados lances y reconvenções amorosas, para pintarlos con admirable verdad en el teatro. Pasma el contemplar una vida tan atropellada, y juntamente de sin igual provecho para las musas españolas. Abisma el considerar la fuerza prodigiosa de aquel entendimiento, el nervio y actividad de aquel hombre, á quien únicamente Cervantes pudo comprender y definir con frase proverbial é inolvidable, llamándole *el monstruo de la naturaleza*. (248)

RUIZ DE ALARCON, estudiante en Salamanca, poeta en Sevilla, literato en México, tuvo por deleitable lectura las poesias y comedias de Lope, tomándole por medelo y pauta desde sus primeros y secretos ensayos. La idea de venir á Madrid haciase más dulce en su corazon con la esperanza de ver al Fénix de los ingenios, oírle, conocerle y tratarle; quedado fascinado con su apuesta y gallarda presentia, con el fuego de sus ojos, conversacion afable, distinguido porte, presteza y vivacidad de ingenio y atractivo de sirena. (249)

Para ALARCON eran desconocidas las flores é

intrigas de corte, ignorando que en ella nada sucede que ántes no esté dispuesto y ensayado entre bastidores, y que la alquimia suele hallar mayor estimacion que el oro. Enamorado por oidas de Lope, llegó, abrióle su pecho, le siguió como el satélite á brillador planeta, y vino á emprender un segundo y práctico estudio de su teatro, fijando mucho la atencion en el efecto escénico.

Pero nunca supo dar con la clave de por qué á veces obtenian mayor aplauso que las obras soberanas del gran dramático, algunas, tambien suyas, endebles y ligeras; y por qué á lo más perfecto y bello de ingenios pujantes, como Tirso y Vélez de Guevan, se obsequiaba con ruidosos chiflidos, grita y baraunda, y con ofrenda de pepinos y análogo proyectiles. Rompiase la cabeza por averiguar el secreto de tan opuestos resultados, y por sorprender el fenómeno de que lo mismo que fríeticamente se aplaudia en Lope de Vega, era en otros silbado; sin caer en la cuenta de que el público no siempre juzga de las obras, sino de los aubres, y que el amañado entusiasmo ó desabrimiento suelen ser pegadizos. Creyó haber una fórmula determinada para satisfacer á la multitud un instinto que adivina sus gustos, un dón de oportunidad, que hace que el poeta llegue á tiempo, y el público se encuentre con lo que estaba deando. (250)

A mediados de Setiembre de 1612 corre la voz de que D. Luis de Velasco intentaba retirarse de la presidencia del Consejo de Indias, á causa de su mucha edad y achaques, pero sin duda por un movimiento de delicadeza. Acababa de llegar de Nueva España la informacion, remitida en virtud de real órden, por el virey-arzobispo Don Fray García Guerra, sobre las colosales obras de la laguna de México, y allí se hacian muy duros cargos al Marqués de Salinas. Ya consideró ALARCON desvanecidas sus esperanzas de toga, y apenóse en gran manera al ver á D. Luis honda, aunque dignamente, apesadumbrado por la suspension y censura injusta de su bizarra empresa, y más aun por el rencor del envidioso Alonso Arias y demás enemigos de Enrico Martin, que, con tal de perder á éste, no reparaban en manchar la honra del más integro y celoso ministro. Pero supo DON JUAN consolarle y animarle de modo, que le vino á disuadir de abandonar el campo, en tiempo y sazón que era necesaria como nunca su presencia. (251)

Sin embargo, iba ya convenciéndose el mexicano, de que si el Presidente no le alcanzaba la codiciada garnacha, era por caminar su influencia al ocaso lo mismo que su vida. Ya no estaba en manos del activo y desprendido Marqués henchir de tesoros los galeones de Indias: solo un

buen dictámen podía pedirsele; ¿y qué vale un honrado consejo para hombres que solo buscan honores y riquezas? ¿Otra cosa querían, por ventura, aquellos ministros?

Los ahorrillos de ALARCON iban por la posta, sin arbitrio para reponerlos: tenía regalada mesa y limpia cama, es cierto; pero tambien que hacer vida de señor, y dentro de pocos meses que entablar de oficio sus pretensiones, creciendo así los gastos. Y entónces,

¿Qué poderoso señor
Para ello os ha de ayudar,
Si en Madrid se ha de alcanzar
Hasta el servir, por favor? (252)

Contra lo que en México había soñado, no debió hallar en sus ilustres deudos sino atenciones cortesanas, interesables por lo comun, y para que por su intervencion les sirviera en algo el señor Presidente.

¿Qué honradores
Son los tan grandes señores!
—Y más cuando han menester. (253)

La experiencia le fué enseñando á todas horas
Que no consiste en nacer
Señor la gloria mayor;
Que es dicha nacer señor,
Y es valor saberlo ser; (254)

y cada vez se convenció más de cuán poco suele hablar la sangre,

Y que solo tiene el mundo
Un linaje, que es tener. (255)

Pero ¿cómo ser apreciado de los poderosos, miétras en su estimacion no se hiciese lugar con el ingenio? Para conseguirle había entónces un camino: la poesia. Léjos de DON JUAN pedirles en coplas, como los poetas mendicantes, un corte de vestido de paño; mereciendo, les pediría sus victores y su mayor consideracion. Era, sí, la poesia el lazo aparente de nobles y plebeyos, de ricos y pobres, de levantados y desvalidos. ¿Mas de qué suerte y con mayor fruto emplear el estro poético? O dando libros á la estampa, ó comedias al teatro. Para imprimir libros era menester dinero, propio ú ajeno; para ver en escena las comedias se necesitaba luchar á brazo partido con los autores de compañías, y traerles altos empeños, y contar con el favor y el bolsillo de muy prepotentes y decididos mecenates. Pero el libro impreso viene á leerse entre pocos, y á largo plazo, miétras la representacion de la comedia se ve por muchos, y en breves instantes. La eleccion no pudo ser dudosa. (256)

Con estas imaginaciones, convencido de ser empeño inútil y estéril el de abogar en Madrid, yéndosele las manos tras de la masa por hacer prueba de su ingenio en algun asunto propio de la escena, y arrebatado de impulso irresistible, se decidió á coger la pluma y entrar á la parte y gloria de los trabajos de Lope de Vega, en abastecer de comedias el teatro.

Buscó las propias y bien razonadas que tenia en un cofre; volvió á pasar por ellas los ojos, y halló no ser tan desmañadas que no merecieran verse en zancos las de *El Semejante á sí mismo*, *El Desdichado en fingir*, y *La Cueva de Salamanca*.

Hubo de bosquejar la primera durante la travesía de Cádiz á Veracruz, en 1608, para divertir las pesadas horas de no mirar en derredor suyo sino agua y cielo; salpicándola con alabanzas al general de la flota y con alusiones á tal cual compañero de viaje. Quizá se representó á bordo, si iba entre los pasajeros alguna compañía de recitantes, como acontecia muchas veces en las galeras de S. M. Por la correccion, sencillez, claridad y laconismo de la frase, por algunos pensamientos bien formulados, y por la novedad y viveza de las descripciones, juzgó pintiparada al mejor sistema de Lope de Vega esta comedia, y á propósito para elogiar allí con

naturalidad las obras del desagüe de la gran laguna de México, subir de punto el servicio inmenso hecho á la capital de Nueva España por Don Luis de Velasco, y avalorar la grata mencion y singular encomio de D. Lope Diez de Aux y Armendáriz, bizarro conductor de la flota, del cual habia muy poderosos deudos en la corte. Con este poema érale dado tributar cariñoso recuerdo á su patria, la «ciudad insigne, celebrada cabeza del indio mundo,» desahogar su bilis contra las mujeres pedigüeñas de Madrid, y prorumpir en las quejas del pretendiente que, á pesar de sus buenos servicios, no negocia por falta de dineros.

En Madrid pretende oficios.

—¿Con dineros?

—Con servicios.

—Dios le dé paciencia.

—Amén. (257)

En ella recordaba los ayunos que padeció en el hospedaje salamanquino; y conservando al héroe de su fábula el nombre de D. Juan de Castro, quiso publicar las atenciones que debia á la familia de Hernando de Castro, el amigote de Sevilla, el famoso *Don Tal*, *Príncipe de Para-cual la Baja*, en el torneo Alfarache, el testigo de su licenciatura en la Universidad de México. (258)

Creo, pues, ser ésta la primer comedia de ALARCON representada en Madrid, dirigida á obligar con sinceros elogios á D. Luis de Velasco y pagarle sus continuos favores. De noble corazón en ánimo cuerdo era darse á conocer en la corte mostrándose agradecido.

Los respetos del Presidente de Indias debieron seguramente hacerle francas las puertas del alcázar de Talía, difíciles de forzar y casi cerradas á piedra y lodo para un nuevo poeta.

Hay dos comedias que tienen parentesco y afinidad con *El Semejante á sí mismo*, ambas del maestro Tirso de Molina, á saber: *El Castigo del penséque* y *La Celosa de sí misma*. Coleccionáronse las de Fr. Gabriel Tellez el año de 1627; la de RUIZ DE ALARCON, el de 1628. ¿Quién tomó de quién? La última de Tirso, trocado el sexo del protagonista, y con distinto resorte para mover los celos, coincide en el pensamiento con la del licenciado. En la primera parte de *El Castigo del penséque* llega también el Sr. Hartzenbusch á descubrir analogía; pero reputa más antigua la producción del padre maestro. ¿No pudo haber algo que aisladamente sirviera de despertador á todas tres? ¿No es verosímil que se inspiraron á ALARCON y Tirso, cada cual de por sí, en la lectura de *El Celoso impertinente*, episodio bellissimo del *D. Quijote*?

A no dudar, RUIZ DE ALARCON le tuvo por modelo; y para huir de la deshonra y de la impertinencia del marido, cuidó de que en la comedia el desconfiado hiciese por sí mismo la prueba, nunca valiéndose de un amigo; y no en la propia mujer, sino en la novia:

—El que prueba á la mujer,
Indicios de necio da.

—A la que es su mujer ya;
Mas no á la que lo ha de ser. (259)

Comedia de enredo y puro entretenimiento, *El Semejante á sí mismo* aparece mal trazada, con situaciones demasiado libres, escasa de interés, porque le falta unidad de acción, y con todos los defectos de una primera obra.

Lunares idénticos tiene *El Desdichado en fingir*, que más bien se pudiera denominar *Caer en las propias redes*. La inexperiencia y desenvoltura con que hubo de borrajearla el poeta, exige que la consideremos también entre las primicias del númen de ALARCON. La trama es ingeniosa é interesante; la forma desigual, peligroso el ejemplo, los chistes picantes sobremanera. Ocupa el último lugar entre ocho en la *Primera parte* de sus comedias (libro ya dispuesto para la imprenta desde 1622); y años

despues la vino á refundir, haciendo que de molde corriera suelta, con el titulo de *Quién engaña más á quién*. Procuró entónces des- embarazar y avivar la accion, mejorar los ca- ractéres, justificar los acontecimientos y supri- mir obscenidades. Quien compare la escena séptima en el acto primero del primitivo drama, con la sexta del reformado, hallará nuevos pen- samientos, de la misma pluma que escribió la escena sexta del acto tercero en *Las Paredes oyen*, y la segunda del segundo acto de *Toda es ventura*. Alguna vez, quizá, resulte diverso el estilo, sobre todo á la conclusion del poema; pero en ninguna parte faltan rasgos caracterís- ticos del autor, ni pensamientos que ya hubo de utilizar en otras obras. Ésta suele verse tambien con el titulo de *Dar con la misma flor*.

Por último, *La Cueva de Salamanca* (yasea el primero ó de los primeros ensayos de la mu- sa de ALARCON) llevó algunos retoques al poner- se los zuecos en Madrid para salir á las tablas. Su objeto es pintar la vida estudiantil, y la tur- bulencia y lascivia de la juventud inmoderada, con la vehemencia, desenfado y arrojo y ni- guna reserva de los pocos años, y con la va- nagloria del escolar que cuenta las aventuras de su estudio en tiempo de vacaciones. Si estas cualidades prueban que tanto se pudo borrajeat

en las salmantinas escuelas como en los hispa- lenses ocios ó en los mexicanos esparcimientos, fuerza es confesar hubo de reformarse en Ma- drid, vigoroso ya el ingenio del poeta. Evidén- ciase por notorias máximas y rasgos de estilo, por el refinamiento del buen gusto literario, por la sátira que fulmina contra los vicios, usos y maledicencia de la corte, y porque, rindiendo párias á la costumbre de nuestros dramáticos de aquel siglo, prontos á sembrar de alusiones á hechos recientes sus poemas, una hay en él, que viene á comprobar la fecha del retoque y del tiempo en que se puso en escena. Héla aquí. Por Mayo de este año de 1613, D. Pedro Giron de Silva, caballero muy particular y pobre, ob- tuvo sentencia del condado de Cifuentes en gra- do de tenuta, venciendo á diez pretendores, en- tre ellos al Duque de Pastrana, D. Rodrigo de Silva y Mendoza, y á su tio el Conde de Salinas y Rivadeo. Veinte mil ducados de renta valiale el titulo, satisfaciéndosele además los frutos cai- dos desde que en Nápoles murió la Condesa de Cifuentes, mujer que fué del Adelantado general de las galeras de Sicilia. El nombre de Giron voló con aplauso por toda la corte, lloviendo enhorabuenas sobre el recién heredado. ALAR- CON desfiguró el suceso, apellidando D. Diego de Guzman al vencedor, y Marquesado de Aya-

monte al título, y gozándose en aludir á la constancia y fe del venturoso litigante,

Que aunque tan poca se ve
En los nobles destes siglos,
Es porque toda á la casa
De Giron se ha retraido. (260)

Ahora voy á decir algo sobre la índole y objeto de esta produccion alarconiana.

Cierta conseja, muy válida entre el vulgo, de tener cátedra de magia el diablo en la más famosa cueva de Salamanca, inspiró á Cervántes un entremes, y al ingenio de ALARCON una comedia. Afirmábase que el demonio solo admitia siete discípulos, quedándose con uno de ellos al fin, y como pago del aprendizaje:

Estudio nigromantescó

De la cueva cipriana,
Do es opinion castellana,
De siete quedar un preso. (261)

Y añadtase haber cabido tal desdicha al célebre Marqués de Villena, Don Enrique de Aragon, siendo estudiante; pero que burló á su infernal maestro, escapándosele de entre las manos y dejándole su sombra: industria que pudo suge-

rir á Hoffmann una de sus más extrañas imagiaciones. (262)

O en los tiempos de ALARCON y Cervántes no se hallaba tan atildada la conseja como un siglo mas acá, en los del caballero portugues Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos, ó el dramático y el inmortal novelista, para disponer sus fábulas, tuvieron bastante con la voz de existir en la ciudad de Tórmes una cueva diabólica. Hace Giron nuestro Don Juan al Marqués (pues nunca se detuvo en pesquisas geográficas ni históricas), y le finge discípulo de Merlin en Italia, y compañero allí de un cierto Enrico, frances, que en Salamanca enseña las mágicas artes; figura principal en el drama. Al retocarle se le vino á la memoria el célebre matemático y fisiólogo Enrico Martin, diestro, como el de la comedia, en sacar por las señales del rostro las ocultas inclinaciones del alma. Propúsose el dramático satisfacer con su obra la curiosidad del público, haciendo que, en virtud de régia orden y á presencia de muy grave pesquisidor,

En una junta de sabios
Se dispute y se confiera
Si es lícita ó no la magia,
Y qué fundamento tenga. (263)

Tocan trompetas y atabales, y sale con capirote (capucha ó muceta) y borla azul el sabio frances; el pesquisidor, con capirote y borla verde ó colorada; un fraile dominico ó clérigo, con capirote y borla blanca; y disputan escolásticamente la materia, concluyendo haber dos mágias licitas, y una tercera disimulada y encubierta, embustera y diabólica. El teólogo vence, Enrico cede, y confiesa que es arte mala y perversa la mágia, cuyo nombre antonomásticamente usurpa la del diablo. Condénala el pesquisidor, en nombre del Rey, disponiendo que de allí adelante nadie la defienda ni estudie. No se puede escoger asunto más del genio y gusto de un escolar que lleva al teatro las especies recién oídas en el aula.

Nada tiene que ver con esto el entremés de Cervántes. Limitase á la treta de sagaz capigorron que, diciéndose mágico y discípulo de la Cueva de Salamanca, hace aprovechen todos, en amor y compañía, la cena dispuesta por un sacristan y un barbero que andaban á salto de mata para festejar á la mujer y criada de cierto patan, marido cándido, el cual á deshora vuelve á su casa. Don Pedro Calderon tradujo en verso y refundió y se apropió este chistoso rasgo cervántico en su entremés de *El Dragoncillo*.

En cuanto vió ALARCON su nombre por las

esquinas en letras coloradas y góticas, y que en tertulias y corrillos, ahora se le celebraba de buen ingenio, ahora se le ponía por los piés de los caballos, estimó tan útil como la alabanza la censura, al intento de salir de la oscuridad que le abrumaba.

Parecióle, pues, ser este buen tiempo de pretender á la descubierta, y no por alto, como hasta allí, la codiciada plaza de asiento en audiencias menores de Indias; y con beneplácito del Sr. Presidente extendió memorial, exponiendo sus partes y méritos, á fin de que se le hiciera merced segun sus servicios. Metido en harina vino á perder lo que restaba del año de 1613 con visitar las secretarías del Despacho, cifrando en la porfía el mejor iman de la buena ventura.

Aun con los dioses que entienden

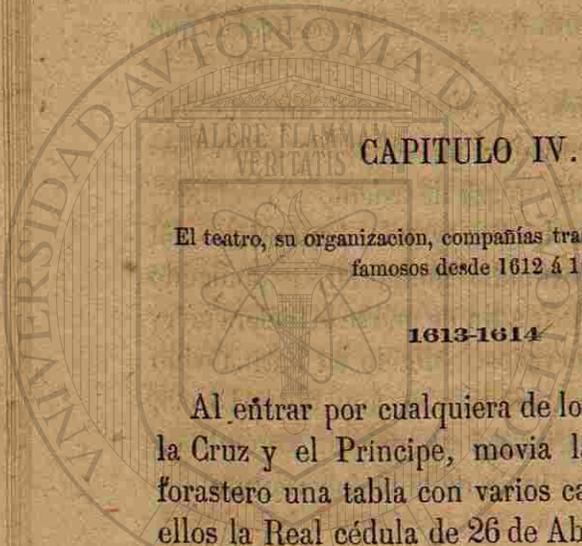
Las humanas intenciones,

A fuerza de peticiones

Negocian los que pretenden. (264)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO IV.

El teatro, su organización, compañías trashumantes, actores famosos desde 1612 á 1614.

1613-1614

Al entrar por cualquiera de los dos corrales de la Cruz y el Príncipe, movia la curiosidad del forastero una tabla con varios carteles. Eran de ellos la Real cédula de 26 de Abril de 1603, sobre compañías de recitantes; las Ordenanzas que para gobierno y policia de los teatros dictó en 1608 su juez protector, el consejero Real, licenciado Juan de Tejada; y la «Reformacion de comedias, mandada hacer por el Consejo, para que se guarde así en esta corte como en todo el reino,» á 8 de Abril de 1615.

No faltará quien guste de saber qué decian aquellos edictos. (265)

Solas ocho compañías de recitantes se autorizaron para toda España, por la cédula de 1603,

ampliadas hasta doce en la reformation de 1615. Hé ahí relegados los cómicos de la legua á villorrios y cortijadas, y hechos señores de pendon y caldera los empresarios de las compañías reales, que se dijeron autores de título. Obtenianle del Consejo de Castilla, por dos años solamente, debiendo presentar en Pascua de Resurreccion al consejero comisario la lista de los faranduleros, ser éstos y el autor casados, traer consigo sus mujeres y vestir con decencia. No se fueron á la mano, sabiendo alzarse con el favor y amistad de los poderosos. «Recitante he visto yo (decia en aquellas calendas Sancho Panza á su amo) estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que, como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen; todos los amparan, ayudan y estiman; y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos, ó los más, en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.» (266)

A ninguna compañía permitiase nunca estar en un lugar, de temporada, sino dos meses; ni en él podia haber á un tiempo más de una compañía, excepto en Madrid y Sevilla, donde se toleraron tres y á veces cuatro. Cuando eran dos únicas las de la corte, alternaban en los corrales de la Cruz y el Príncipe; y cuando tres, cada cual debia representar dos dias seguidos, de ma-

nera que en doce dias viniese á dar ocho funciones, cuatro en cada uno de los dos coliseos. El autor que deseaba venir con su tropa á Madrid, habia de pedir licencia al juez protector de los hospitales y teatros; y si, obtenida, no se presentaba dentro del plazo de costumbre, iba un alguacil á traerle. El mismo alguacil arrancaba á Toledo, Valladolid y Segovia, ú otra qualquier ciudad, el cómico más afamado, si le necesitaba un autor de la corte. (267)

A las mujeres estábanles prohibido representar en hábito de hombre, y á los hombres en el de mujer. Vedáronse los bailes y cantares lascivos de escarramanes, chaconas, zarabandas y carreterías. Y establecióse, por las ordenanzas de 1608, para las comedias y entremeses la previa censura de persona discreta y sábia, tal como la habia pedido Cervántes en el *Quijote*; quedando también prevenido poner en los carteles, con toda claridad, las comedias que iban á representarse. (268)

A las doce de la mañana aparecian abiertos los corrales, y cerrados al punto de anochecer. Ya se dijo comenzar la representacion á las dos de la tarde, desde Octubre, y desde Abril á las cuatro. En la cuaresma, domingos de adviento y primeros dias de las pascuas no habia funcion. De doce á dos repartianse los aposentos y ban-

cos, entre las personas que enviaban á pedirlos; dándose preferencia á los títulos, caballeros y sugetos principales. Los cien bancos valian á real, y á doce los aposentos altos y bajos; pero ántes de concluir la segunda década del siglo XVII, subieron á diez y siete los aposentos altos, y los bajos á catorce. Hasta 1621 costó la entrada indistintamente cinco cuartos; mas luego fué necesario satisfacer dos al autor en la primera puerta; tres en la segunda, al comisario de los hospitales de la Pasion, Soledad y Anton Martin; cuatro, al subir á las gradas; y siete, cada mujer que entraba á oír la comedia. Los alguaciles cuidaban de que nadie se excusase de pagar, y de que no hubiese escándalos, alborotos ni descompostura. (269)

No se consentia que ningun fraile pusiese los piés en el teatro para ver la funcion; veto que en Octubre de 1613, por público pregon, se hizo extensivo al sexo hermoso, quitando su mayor atractivo á los espectáculos escénicos. Pero los hechizos y ruegos de las damas, clamando contra la tiranía del corregidor D. Pedro de Guzman, echaron por tierra su mandato. (270)

Contaba siete puertas el teatro de la Cruz, y ocho el del Príncipe, cada cual para su objeto, ya de subir á los aposentos, ya para el escenario y su servicio, ahora para entrada de hombres,

ahora para las mujeres (pues no podían entrar ni asistir mezclados ambos sexos); cual, la de la alojería; una, la del cochero; y la última, la de la taberna. Los aposentos eran conocidos y diferenciados por los nombres de sus dueños, ó por su situación, ó por el aspecto que ofrecían: llamándose Señora protectora, Pastrana, Aragon, Carpio, Almirante, Uceda, Rincon, Esquina, Compañero, Reja grande ó chica, Reja nueva ó Rejilla, Interesado, Coge-esto y Tablas. Tentale, á pagar de su dinero, la Villa en cada coliseo, aprontando por ellos trescientos escudos anuales. Cien ducados costaba al Duque de Lerma una celosía en la Cruz; y lo mismo á D. Rodrigo Calderon, otra en el Principe. (271)

No podia estrenarse comedia en casa particular por los actores, á no ser en la del Sr. Presidente de Castilla, ó en el Palacio Real; y si algun Consejo ó persona llevó comedia nueva ántes de haberse representado en los corrales, tuvo que abonar daños y perjuicios, á satisfaccion del consejero protector. (272)

Ambos coliseos rendian á los hospitales anualmente ocho mil duros, cantidad para entónces de mucha consideracion. (273)

Y los ingenios, ¿qué utilidad reportaron de sus obras? Por la comedia más aplaudida contaban seiscientos reales al poeta, segun dice ALAR-

CON; y cosa bien singular, este precio máximo era tasa desde los tiempos de Felipe II. Cervantes, en 1592 y en Sevilla, hizo escritura con Rodrigo Osorio, autor de comedias y vecino de Toledo, obligándosele á componerle y entregarle seis, de los casos y nombres que le pareciesen; debiendo el autor ponerlas en escena dentro de veinte dias, á contar desde aquel en que cada una le fuese entregada; y si parecian ser de las mejores que se habian representado en España, pagarle por ella cincuenta ducados el dia del estreno ó dentro de los ocho siguientes. (274)

Hé aquí, pues, de qué suerte halló RUIZ DE ALARCON los teatros de Madrid, y cuánto debería, ya contrariar, ya favorecer sus planes, la brega y trasiego de las ocho y doce compañías trahumantes de cómicos; todas las cuales, como ovejas merinas, venian á cruzar por la corte en el plazo de un año.

Llegado con su gente un autor de comedias, ó siquier empresario, llovía sobre él plaga de poetas, bien pertrechados de dramas, entremeses y bailes, disputándose la preferencia en la compra y representacion de sus farsas; y como zánganos en derredor de la colmena, revolaban en torno de la falange mujeril señores ociosos, interesantes curiales y distraídos caballeros. De riesgo tenían que ser aquellas hermosuras andan-

tes, expuestas á más persecuciones, aventuras y cercos que las famosas damas de los Orlandos, Esplandianes y Amadises. Combatiales fuertemente la vanidad y ostentacion, en el deseo y codicia de trajes riquísimos; el mayor poder del oro, en los próceres; la fuerza del ingenio, en los soberanos escritores, como Lope y Quevedo; el miedo á los vengativos maldicientes, como Góngora y Villamediana; y la tenacidad é industria de pajes y estudiantes, árbitros de los silbos y metralla mosqueteriles.

A fuer de ingenio dramático novel, no pudo ALARCON rehuir la costumbre de ofrecerse á los recién venidos autores de comedias; ni dejar de hacer conocimiento con los prodigiosos hombres y mujeres que en representacion sobresalian en España.

Del maravilloso *Pinedo* ya habia dicho Lope en 1603:

Baltasar de Pinedo tendrá fama,
Pues hace, siendo príncipe en su arte,
Altos metamorfóseos de su rostró;
Color, ojos, sentidos, voz y efetos
Transformando la gente. (275)

Por dias fué creciendo su fama, aunque los gestos para tales metamorfóseos desagradasen al *Buscon* de Quevedo; y á 19 de Marzo del año de

1614 se lució como bizarro y generoso esclavo del Santísimo Sacramento, costeando la fiesta de San José en los Trinitarios descalzos. El toledano *Miguel Ramirez*, el afectuoso *Melchor de Leon*, *Cristóbal* (¿de Avendaño?) *Salvador Valdés*, *Gerónimo López*, los gallardos *Olmedo* y *Cintor*, y el galan, gentil-hombre y madrileño *Antonio Granados*, eran riqueza y ornamento del autor de comedias que los llevaba consigo. De *Fernan Sánchez de Vargas*, propietario en Madrid, tan saudido como flaco, decia Lope haber recibido notables pesadumbres; y consistió en que, léjos de esclavizarse á no representar otras comedias que las del Fénix de los ingenios, admitia cuantas estimaba de mérito; gozándose en traerlas de felices escritores andaluces, y con particularidad de Luis Vélez de Guevara. Celebrábasele por su reposo natural en la representacion; no desnuda jamás de poético artificio; halló partido con los hijos del favorito del Monarca; pero, sin fruto, se quiso valer del Duque de Sessa, por Diciembre de este año de 1614, para que le escribiera algun drama al resentido Lope. Con ello ALARCON debió encontrar felizmente en Sánchez de Vargas la buena acogida que no pudo en otro de los autores, muy querido en Palacio. El cual se decia *Alonso de Riquelme*, padre de la famosa comedianta María,

de quien se ha de hablar despues, niña á este tiempo, que de orden de la malograda reina doña Margarita se criaba en poder del Marqués de la Laguna. Riquelme, por causa de Lope, no tenia nadie que le escribiera, entregado á él con alma y vida; y el poeta le pagaba con favores del Duque de Sessa, hasta el extremo de servir el coche del potentado para llevar la música y bailarines del cómico á los autos del Nacimiento en el Caballero de Gracia. Poseía Riquelme una casa, pegada con la iglesia de las Trinitarias descalzas de San Ildefonso, en la calle de las Huertas; y como la hiciera de representantes, músicos y bailarines, y con pendencias y voces y el ruido de los ensayos estorbasen la quietud del templo durante los divinos oficios, dos años adelante dispuso el Monarca la forzosa enajenacion de ella al convento, por Real cédula de 13 de Agosto de 1616. (276)

Si visitó RUIZ DE ALARCON á los autores de comedias, Pinedo, Leon, Granados, López de Alcaraz, Morales, Riquelme, Sánchez de Vargas y Pedro de Valdés; y al propio tiempo, á los galanes famosos, ¿pudo mostrarse descuidado con las damas, cuando éstas y las altas señoras dividian el imperio de la corte? Compitiendo unas y otras, á fuerza de ingenio, discrecion y hechizos, en atraerse y fijar el veleidoso corazon de los man-

cebos ilustres, sostuvieron á cada hora reñidas luchas de amor y celos, y brindaron al escritor sagaz con deleitable y fecundo estudio de las pasiones humanas. (277)

Frecuentó DON JUAN seguramente en la calle del Lobo la morada feliz de la honesta y perseguida *Jusepa Vaca*, mujer de Juan de Morales Medrano, autor de titulo ya en 1603, á quien Quevedo llamaba *el Bonico*, propietario de casas en Madrid, una en la calle del Niño, próxima á la del inmortal autor de los *Sueños*. No es creíble que se excusara de ser atento y cortesano con la reina de las actrices *Juana de Villalba*, tan bizarra como frágil, cuyo luto por la muerte del padre era realce á la nieve y á la luz de su rostro. Ni ménos se ha de suponer que desdeñase contemplar silla á silla la donosura de *Micaela de Lujan*, la gracia de *Polonia Pérez*, la deleitable gravedad de *María de Morales*, hija del divino Alonso, portentosa representando *La Sor Juana* y *La prudencia en la mujer*, del mercenario Gabriel Telles. Gusto habia de tener DON JUAN en tratar, hácia los primeros días de Abril de 1614, y en casa propia de la calle del Infante, á *Isabel Ana* (dama de la compañía de Pedro de Valdés), á quien dos alguaciles acababan de embargar en la ciudad del Tajo, trayéndosela para los teatros de la corte á Baltasar de Pinedo. Reem-

plazaba Isabel á *María de los Angeles*, sugeto pícaro, como nacida y criada en el Rastro de Toledo, codiciadisima de los más graves y poderosos caballeros. Poetisa en 1603, celebró María con una décima el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas; esposa de Gerónimo Sánchez, cómico y poeta de farsas, letras y loas, púsose al frente de la quebrada compañía de Pedro Rodríguez, en Diciembre de 1610, hasta 13 de Febrero inmediato; y á 15 de Diciembre de 1613 estrenó en Toledo la segunda parte de *La Sor Juana*, que el día de San Juan de este año de 1614, y en la huerta del Duque de Lerma (hoy jardines de Medina-celi) se representó para obsequiar al piadoso rey D. Felipe III y al príncipe heredero del trono. La mujer de Pedro Rodríguez, llamada *Mari-Flores*, contábase también entre los prodigios del arte escénico, y fué alma de las fiestas de Lerma el año de 1617. *Ana Muñoz*, otra de las célebres actrices, estaba unida en matrimonio con Juan de Villegas; la cual no perdonaba al célebre farsante y poeta murciano Andrés de Claramonte el obligarla en sus dramas á salir á caballo, por el patio, cada día, en són de reto y á guisa de amazona; de donde cierta vez, alborotándose el corcel con la algazara de los mosqueteros, vino á malparir la bella dama, naufragando un hijo varón en ciernes, que (según Fabio Franchi)

fué pérdida grande para la posteridad de Villégas. Claramonte gozabase en aderezar muchas de sus comedias con desafíos á caballo, y en pasear sobre hipógrifos de carne y hueso á las hermosuras de bastidores por en medio de lo más turbulento y alegre de la concurrencia. Conocemos suyos como unos veinte poemas escénicos: en 1612 escribió el de *La Eleccion del emperador Matías*, y en 1615 obtuvo del Consejo de Castilla nuevo título de autor de comedias, cual ya vino á lograrle en 1609, dándose ménos maña en gobernar y concordar recitantes y en elegir y proteger farsas ajenas, que en disponer las propias. Desde 9 de Marzo de 1610 era congregante de los *Esclavos del Santísimo Sacramento* en los Trinitarios descalzos, y por los años de 1612 se hallaba casado con Doña Beatriz de Castro y Virrúes. (278)

Pero entre las cómicas insignes que ALARCON desearía con mayor curiosidad conocer, contábase *Gerónima de Búrgos*, fresca, sana, juguetoncica y alegre, cuya malicia y hermoso rostro sabian de perlas representar *La Dama boba*. Para ella la escribió Lope, y se la vendió, preso en la red de sus hechizos. Había sido ingrata en Valladolid con el Duque de Sessa; pero no lo fué con el rey de los escritores dramáticos en Segovia, y en ocasion de unas fiestas reales, á 23 de Setiembre

de 1613, aposentándole en su casa. Ponderábasele éste de generosa al mecénas, y la llama en sus cartas *la señora Gerarda*, y tambien *la amiga del buen nombre*, por andar entónces á las vueltas de otra Gerónima el Duque.

Pasados seis meses, y tambien huésped suyo en Toledo, hacia Lope que este príncipe se comprometiera á ser, en el mes de Junio, compadre de Gerarda y la feríase riquísimo vestido. Un año más adelante, celos de cierto San Martín, sin capa, irritaron á Lope; dejó de escribir para ella, y dióle gatazo, al decir de Góngora. Gerónima se quejó á Sessa, promovió escándalo, y no hubo entónces improprio que el poeta no le echase en cara, hasta el de haber vendido bizcochos en Valladolid, llamándola de mujercilla, y que debía á ser bruja el encantar á todos. De todo refase, como Nero desde Tarpeya, el maldiciente Don Luis de Góngora, disparando redondillas y sonetos para diversion de las almas pandas del Mentidero y de las gradas de San Felipe. Gerónima y su marido, Salvador de Valdés, se contaron entre los más excelentes cómicos de su siglo; y ella, siendo autora de comedias por la Navidad de 1632, aun tuvo lozanos bríos para representar en Palacio, delante de las majestades de Felipe IV é Isabel de Borbon, *Los Milagros del Desprecio*. (279)

Los de aquellas hermosuras cortesanas, damas de teatro ó de alcázares reales, comprobados no solamente por el testimonio de los poetas, sino por el de los autores de *Relaciones de sucesos particulares*, y por el de los más acres y adustos censores, como el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, fueron aprisionando en Madrid al discreto mexicano, y llevándole á poner en olvido la prisa de regresar á su patria. Inútil remedio el de querer apagar con el agua de las fuentes del Prado la llama de amor que habia ya prendido bravamente en su pecho:

Aquí las fuentes hermosas
 Vierten licor, que, bebido,
 Es la fuente del olvido
 Contra fiebres amorosas;
 Y como hallan los dolientes
 De amor tan gran mejoría
 En ellas, va cada día
 Madrid haciendo más fuentes. (280)

CAPITULO V.

El poeta y el amor.—Triunfos que debe al sentimiento más hermoso del alma.—Alarcon no se casó jamás, ni se creyó digno del sacerdocio.—Las mujeres patrocinan sus comedias contra las silbas amañadas de los hombres.—Los carteles de teatro.—Los victores.

1614

¡Bien haya el corazón juvenil á quien tiránicamente no subyuga otra pasión más fuerte que la de amor! ¡Bien haya el mancebo que en el amor pone la gran felicidad de la vida! Proteo, de formas no sujetas á número, recorre amor las regiones más distantes, arrebatado por la fuerza del natural de cada hombre, y ejecuta los mayores prodigios. Sube al empero en alas de la caridad y de la fe, y nos confunde con los ángeles; cae, nuevo Luzbel, y nos enfanga en el abismo de la corrupción y vileza. Viste pellico en pastoriles albergues, y brocado en el espléndido alcázar; rompe y desbarata las barreras y clases que inventa la humana vanidad, y une los cayados y los cetros, haciendo posible lo im-

posible. Transforma al hombre en otro de lo que es, origen y móvil las más veces de altas y generosas hazañas, y por él se muestra pródigo el miserable, dócil el voluntarioso, humilde el envidioso, bravo el tímido, héroe quien no lo imaginaba. Siempre el mismo y siempre diferente, como el sol, todo lo llena, todo lo vivifica; y si el monarca de la luz derrite en un punto la cera y endurece el barro, él, monarca del universo, con la propia flecha nos hiela y nos abrasa. Mira por otros ojos; siente por otros sentidos; hace lo feo hermoso, agradable lo imperfecto, y extiende su manto de púrpura sobre la desgracia y la pobreza. La venda de Amor á la vez ciega y da vista: llenan de valor las contrariedades el pecho enamorado; despiertan y aguzan el ingenio los peligros; los embarazos abren camino, y los rodeos facilitan el atajo. Son dos amantes el asunto de la conversacion de cuantos los conocen; imaginan que no los mira nadie, y todo el mundo los ve; sin embargo, si el galán guarda secreto, el vulgo le respetará, sin hallarse con valor para romperle. Amor no necesita de palabras. ¡Qué bella historia nos relata de unos ascendientes de los Escipiones el emperador Marco Aurelio Antonino, en los inmaculados é interesantes amores de aquellas dos almas delicadísimas, Etrusco romano y Verona latina, á quien

la naturaleza negó el habla y el oído, y sordomudos se idolatran y corresponden, con elocuencia que envidiarían los más sutiles ingenios! Amor, en fin, puede ceñir al poeta dramático lauros que no se marchitarán jamás, levantando el entusiasmo á la cumbre de su mayor alteza; porque, alma del mundo, es el alma del teatro. Y en estudiar esta pasión en sus aciertos y errores, en sus triunfos y derrotas, en lo vulgar y en lo errático de sus movimientos; en sorprender sus secretos misteriosos, identificarse con ella por medio de la inspiración, y encontrar su fórmula más perfecta, hace siglos y siglos que trabaja sin cesar la musa dramática, mostrando inagotable la materia y nobilísimo el intento.

ALARCON impregna sus obras de un muy delicado tinte amoroso; bien que pague á la edad su tributo, deslizándose alguna vez lascivo en las primeras comedias; pero se repone luego, y ya no abandona jamás la senda de la limpieza y del decoro. Todos sus dramas evidencian que antes se apoderó de su corazón el amor que el apetito, y que allí erigió un trono al más bello sentimiento del alma. Para él nada tan hermoso como la dulce compañera de la vida: ni el espectáculo de la naturaleza, ni la majestad del estrellado cielo. Otro afecto ninguno le pudo encadenar tan apretadamente.

No reina en mi corazón
Otra cosa que mujer,
Ni hay bien, á mi parecer,
Más digno de estimación.
¿Qué adornada primavera
De fuentes, plantas y flores;
Qué divinos resplandores
Del sol, en su cuarta esfera;
Qué purpúreo amanecer,
Qué cielo lleno de estrellas
Iguala á las partes bellas
Del rostro de una mujer?
¿Qué regalo en la dolencia;
En la salud, qué contento;
Qué descanso en el tormento
Puede haber sin su presencia? (281)

En vano tropieza en la corte con interesables y busconas: aprovecha la ocasión de satirizarlas en sus primeros trabajos escénicos; pero huye de confundir con ellas á las que son honra y ornamento de su sexo, y para quien toda alabanza le parece mezquina. Muy al contrario de D. Francisco de Quevedo (que, estragado desde la infancia con el trato de envilecidas mujeres en el estudio de Alcalá, acaba por menospreciarlas á todas), ALARCON les halla disculpa á su flaqueza. Así es que, al censurar en el teatro los vicios, como á su civilizador propósito cumplía, sin disparar el dardo á clase determinada de la sociedad, contempla delante de sí la formidable hues-

te que formaban en la corte las busconas, ejerciendo tiránico dominio sobre señores, picaros y mosqueteros; pero se libra de poner en acción las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, no se erige en fiscal rígido é implacable del sexo débil, y aun se atreve á tomar su defensa:

Todos, según imagino,
Piden; que para vivir,
Es fuerza dar y pedir
Cada cual por su camino:
Con la cruz, el sacristan;
Con los responsos, el cura;
El monstruo, con su figura;
Con su cuerpo, el ganapan;
El alguacil, con la vara;
Con la pluma, el escribano;
El oficial, con la mano;
Y la mujer, con la cara.
Y ésta, que á todos excede,
Con más razón pedirá;
Pues que más que todos da,
Y ménos que todos puede. (282)

Imposible decir con frase más bella, delicada y concisa los tristes móviles que conducen á la mujer al extremo de profanar sus hechizos.

Quien así compadece la femenil flaqueza, y la disculpa, estaba en camino de ser el paladín de las buenas contra los espíritus groseros y malignos, que en todos los siglos se deleitan en gra-

cejar y divertir al vulgo á costa de la hermosa mitad del género humano. Tan saladísimas razones asesta en su famosa comedia de *Todo es ventura* á los que aguzaban el ingenio para maldecir de las mujeres:

¿Qué es lo que más condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos:
Que el hombre que llega á estar
Del ciego Dios más herido,
No deja de ser perdido
Por el *troppo variar*.—
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto;
Ó tire una piedra el justo
Que no incurre en este error.—
¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer,
Si ningún hombre porfia,
Y todos al cuarto día
Se cansan de pretender?—
¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
Si todo somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
Y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placeres
Carecen de perfección,
¿Mala pascua tenga quien
De tan hermoso animal
Dice mal ni le hace mal,
Y quien no dijere: *Amén!* (283)

No se infiera de aquí haber desterrado ALARCON de sus dramas el tipo de la mujer egoista, desenvuelta y aun depravada; pero le finge sin encono, y le introduce por exigencia del asunto, cayendo en los descuidos de quien pinta sin tener delante escogido modelo. En cambio, ¿qué bellisimos retratos no presenta de mujeres firmes, discretas, honradas y valerosas, llenas de ternura y abnegacion, ahora pobremente nacidas en intratables sierras, como la nodriza Jimena de *Los Pechos privilegiados*; ahora, entre armiños y martas, cual la Marquesa D.^a Inés en *El Exámen de maridos*! El tipo, el modelo que dentro de su alma tenia nuestro ALARCON, de la mujer, era el más ideal y más bello: propio, ya de quien le sueña y desea encontrar, ya de quien ama y solicita con respetuosa é inquebrantable constancia; ya, en fin, de quien logró victoria en fuerza de grandes merecimientos.

Hombre de refinado gusto y de elevada inclinacion, debió poner su pensamiento en dama de alta valía, contentándose con ocultar su amor en vez de reprimirle; y cuando pudo medir toda la profundidad del abismo en que se despeñaba, y quiso vencerse y retroceder, ya era tarde:

Apaga el cierzo violento
Llama que empieza á nacer;

Mas en llegando á crecer
Le aumenta fuerzas el viento. (284)

Ampárase de la oscuridad de la noche para acercarse sin ser notado á la mansion del objeto querido. En la calle, en la iglesia y en el paseo aprovechase del bullicio de la gente, de los cancelos y de los árboles para para esperarla, temiendo que todo el mundo adivine su intencion, ménos ella. «Muera yo, y viva su honra,» dice, y se aleja. «Más vale que ignore mi pasion; ¿qué puedo esperar con esta ridicula figura? Pero ¿qué importa la figura? ¿No habrá una mujer que se enamore de mi alma?

En el hombre no has de ver
La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber.

.....
Que, aunque al principio repara
La vista, con la costumbre
Pierde el gusto ó pesadumbre
De la buena ó mala cara.» (285)

Esforzado con tales razones, y aun á riesgo de perder hasta el consuelo de la sombra de esperanza que hay en la duda, cuando se desconfia, resuélvese á romper el silencio. Declara su amor y no le escuchan:

¿Podréisme negar acaso
Que dos veces cubrió el suelo

Tierna flor y duro hielo,
Despues que por vos me abraso? (286)

Insta y no le contestan; prosigue en su rendido culto, y coge los más fieros desdenes:

¿Qué delito cometí
En quererte, ingrata, fiera?
¡Quiera Dios!.... Pero, no quiera;
Que te quiero más que á mí. (287)

¿Cuánta pasión, cuánta ternura no encierra este apóstrofe, este admirable conjunto de despecho y reconvencion, de amenaza y dulcísimo requiebro arrancado de lo más hondo del alma? Quien escribía esto amaba con locura, sin ser compadecido siquiera.

Déjanse llevar frecuentemente las mujeres por las primeras impresiones; y como el amor propio es en ellas el sentimiento que más domina, sobrándoles ánimo para exponer reputacion y vida, no suelen tenerle para arrostrar lo ridículo. Pero esta misma vanidad pueril, que en los principios habia de ser un muro de diamante contra los galanteos de ALARCON, se debió trocar en su auxiliar más poderoso cuando con sus obras dramáticas arrebató la atencion del público, adquiriendo renombre de famosísimo poeta. (288)

¿Qué valian contra la hueste mujeril las interesantes cábalas de los mosqueteros y de los se-

ñores, al querer hundir á silbos una comedia de quien no fuese Lope ú otro autor favorito? El estruendo de pitos y llaves, silba de varios sucesos, no fué bastante á impedir que llegasen al corazon de la mujer los nobles sentimientos que animaban el del poeta mexicano. Así es que su nombre continuamente almagró, como dice Quedo, las paredes de la villa; porque se anunciaban á cada paso comedias de DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA: prueba de que los silbos no pudieron alejar del teatro á las mujeres, y con ellas á la imparcial muchedumbre, que paga y quiere solazarse con un placer honesto.

Como los émulos contribuyen más que nada á la sólida gloria de un poeta, siempre debe á ellos las más preciosas noticias el historiador y el biógrafo.

Quien lea el prólogo que puso ALARCON á sus *Comedias*, y conozca los sucesos de aquel tiempo, difícilmente concebirá que pudiera tener ánimos nuestro autor para no abandonar la escena despues de uno y otro descalabro. Pero los émulos nos testifican el hecho seguro de que se representaban continuamente en los teatros de Madrid comedias de DON JUAN y del maestro Tirso de Molina, á despecho de Lope y sus secuaces:

Víctor, DON JUAN DE ALARCON
Y el fraile de la Merced!—

Por ensuciar la pared,
Y no por otra razon. (289)

Ignoramos de quién es este epigrama; pero sabemos que pertenece á la pluma de Quevedo una larga sátira contra el mexicano, donde se lee:

¿Quién á las chinches enfada?
¿Quién es en este lugar
Corcovado de guardar,
Con su *letra colorada*?
¿Quién tiene toda almagrada,
Como ovejita, la villa?
Corcovilla. (290)

Y era que los anuncios de teatro se fijaban por las esquinas, manuscritos; en letras grandes góticas de tinta colorada, los nombres del poeta y empresarios; como éste, del día 5 de Junio de 1619, que aun se conserva original en el Ayuntamiento de Sevilla; y cuyo calco, y juntamente no pocas noticias peregrinas de aquel inolvidable teatro, debo al sevillano juriscónsulto, elegantísimo escritor é insigne poeta, Sr. D. Juan José Bueno:

Valle Do i acaxio

tan
Repss oi miercoles Sus famosas fiestas
en doña elVira a las dos. (291)

Con frecuencia, pues, anunciaban los carteles de Madrid:

SANCHEZ Y MORALES

representan hoy (tantos) la famosa comedia
de D. Juan Ruiz de Alarcon
en el Príncipe, á (tal hora).

Y como gustase una obra á las mujeres, no faltaba galan que á media noche, cogiendo su brocha y puchero de almagra, escribiese en los parajes mas públicos:

¡Victor, DON JUAN DE ALARCON,
Por su comedia famosa
De *La Verdad sospechosa!*

Tan verdaderos triunfos, por más que las amañadas silbas los quisiesen presentar como derrotas, acabaron porque ALARCON viese rendida la fortaleza de Diamante, donde tenia su voluntad cautiva en grillos de oro. Y no pudiendo reprimir el alborozo del alma enamorada, fiale, satisfecho, á la pluma, exclamando:

En esta vida ¿qué bien
Puedé igualar á la gloria
De conseguir la victoria
De un dilatado desden? (292)

Los émulos nos descubren asimismo que an-

daba engañando bobas ALARCON; es decir, que halló preferente lugar con las damas. Sin embargo, ninguno de los adversarios de DON JUAN ha dejado rastro para sospechar el nombre de la señora de sus pensamientos. Hoy casi todas las flaquezas de Lope y de Quevedo son notorias; de ALARCON se sabe únicamente que amó mucho, y que fué correspondido. Pero comenzando él por encerrar en lo más profundo del pecho el nombre de su amada, y no desahogando ni sus penas ni sus alegrías con amigo ninguno, sino con su musa, y en fábulas al parecer indiferentes, se libró de envidiosos y atrevidos competidores, y de que la posteridad se divierta á costa de su mayor secreto. Bien se alcanzaba que

A mujer de quien se sabe
Alguna flaqueza, es cierto
Que llega á hablar el galán
Sin aquel cortés respeto
Que ántes tuvo; porque piensa,
Teniendo su honor en ménos,
Que el favor que al otro hizo
Se le debe de derecho. (293)

Si resucitase, no tendría necesidad de prorumpir en el desesperado grito, que no parece sino que se adivinó para Lope:

¡Mal haya el hombre que fia
Sus secretos á un papel!

En las comedias *La Industria y la suerte*, *Ganar amigos*, *Los favores del mundo*, *El Exámen de maridos*, y sobre todo en *Las Paredes oyen*, nos dejó, ya que no la historia de su vida, la historia de su corazón.

No fué casado; ni cercano á la vejez quiso aceptar pingües prebendas. Su secreto amoroso bajó con él al sepulcro.

Indiscrecion y arrojo sería si, excitados nosotros por el ansia de escudriñar vidas ajenas que desasosiega á la edad presente, quisiéramos ver en D.^a Clara de Bobadilla y Alarcon la amada del poeta; infiriéndolo de haber dicho Quevedo que andaba engañando bobas, y encontrarle con aquella dama elogiando en verso la traduccion del libro de Aquiles Tacio, intitulado *Los más fieles amantes*.



CAPITULO VI.

Sucesos de la corte.—Clave historial para las comedias de Alarcon.—“Todo es ventura.”—Silbas en los teatros de Madrid.

1614

Por Abril de 1614 ocurrió una aventura que entretuvo durante muchos días á tertulias y corrillos; y con otros lances caballerescos, recientes y cotidianos, sugirió á RUIZ DE ALARCON el principio de muy linda comedia.

Pasaban en coche por la Puerta del Sol el Duque de Feria, D. Antonio Sancho Dávila y Toledo (primogénito de D. Gómez, segundo Marqués de Velada), el Marqués de Orellana y el veedor de las guardas, D. Pedro Pacheco, en ocasion de llevar preso dos alguaciles de la villa á cierto ballestero ó cazador de S. M., por haber herido á un mozo de los carros de la limpieza. Conoce D. Antonio al ballestero, manda parar el coche,

ruega á los alguaciles que den libertad al atado; niéganse con buenas excusas y razones; salta al suelo, y tambien el Duque de Feria, y trassus amos los criados; meten mano á las espadas, hiéren á uno de los corchetes, arrebatánles el preso, le subén en coche, y lo retraen en San Gerónimo. Alborotóse el corregidor, amenazó castigar ejemplarmente de másias tales; y sin embargo, paseábanse días y días aquellos señores en sus carrozas, como si nada hubiese acontecido, hasta que, por satisfacer al clamor popular, se mandó recluir á los cuatro en otras tantas apartadas fortalezas; en la de Pinto, al futuro Marqués de Velada; al de Orellana, en las Brozas; á Feria en el convento de Uclés; y á Pacheco, ménos culpado, en Alcalá de Henares. Aunque se procedió tibiamente, en un principio, como si no hubiera de llegar la hora de sacarlos de Madrid, no faltó quien les vaticinara muchos meses de pesadumbre. Hablábase con variedad y calor en el asunto, segun la distinta condicion de los interlocutores, calificando los más de temeraria descortesía para con los nobles la resistencia de los alguaciles, y de natural y oportuno el arrojo de tan calificados caballeros. El pueblo, con razon, pedia justicia igual para todos, y que fuese mayor el escarmiento en los que debian dar ejemplo de moderacion y compostura. (294)

Nuestro poeta se hallaba, por este tiempo, muy

desabrido con la dilacion de sus pretensiones, descorazonado, en necesidad de acortar gastos lo más que pudiere, y de escribir comedias, viendo á los necios conseguir lo que se les antoja, y para él casi todas las puertas cerradas. Con ello revolvía en su imaginacion la especie que muchos propalan de ser todo en el mundo chiripa, casualidad y fortuna. La doctrina, pues, fatalista y desconsoladora, que encierra la frase *Todo es ventura*, es decir, fortuna caprichosa y ciega, vino á sugerirle escribir un drama poniéndole aquel título. (293)

A la fecha quizá no era ya original el propósito, si el mercenario Fray Gabriel Téllez había ofrecido á la escena su comedia *Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta*; donde un estudiante, que por lo cerril, tiene que meterse á pastor, llega á prestar inesperado socorro á la hija del Duque de Mantua, vence á un conde enemigo del padre, y merced á cierta equivocacion obtiene la mano de la bizarra princesa. La animacion del diálogo y de la trama, las buenas situaciones de la fábula, espontáneamente nacidas, y el desorden mismo de la composicion muestran evidente sello de originalidad. Y al coleccionar esta comedia con otras once el sobrino del mercenario, advierte que las cuatrocientas y más de su tío visitieron por veinte años á los poetas, sin haber des-

nudado ajenos asuntos ni disfrazado pensamientos adoptivos. ¿Existen datos seguros para poder afirmar lo propio respecto de los primeros rasgos dramáticos de ALARCON especialmente los madrileños? Forzábale á no abandonar un punto las huellas de Lope y de Tirso el temor á los mosqueteros; hasta que, lleno de asombro, vió silbar al ingenioso fraile; y entónces, abiertos los ojos, cambió de sistema, proponiéndose estudiar á todos y no imitar á ninguno. (296)

Todo es ventura pinta con fidelidad los varios afectos que agitaban en el año de 1614 el espíritu del autor de la comedia, ataviada con alusiones á diferentes sucesos de aquel año. Que es de las primeras producciones madrileñas, conócese por la indecisa manera de combinar y desarrollar el asunto, por el muy atrevido resorte y licenciosos rasgos del desenlace, y por la falta de seguridad é independenciam del genio para realizar las esperanzas que hace concebir el título. A ser de las maduras obras de ALARCON, no habria éste colocado ningun merecimiento en el protagonista, esmerándose, léjos de ello, en dar bulto á la fuerza del sino, y en multiplicar los contrastes, inexplicables para muchos entendimientos, que acreditan la ceguedad y el poderío de la fortuna. Que no es ventura todo, viene á demostrar el poema: lo contrario precisamente de lo que se

propuso el dramático. El cual por ello carece de autoridad para decir:

Bueno es ser bueno;

Mas no el honrado, el venturoso alcanza. (297)

ALARCON, poeta naturalista como Cervántes, siempre toma vuelo en cuanto observa y mira en derredor, y lo refleja en sus composiciones. Todo con feliz retentiva grabada en la memoria, realza luego sus rasgos mas profundos, sus fábulas más sazonadas. Y por esta causa quien estudie los acontecimientos de Madrid desde 1612 á 1628, poseerá la clave para fijar aproximadamente el orden cronológico de la mayor parte de las comedias de RUIZ DE ALARCON. Rara es la que carece de indicaciones dignas de tomarse en cuenta, porque son tambien raros los hechos políticos y sociales de que no se hizo cargo (más ó ménos desembozadamente), en el afan que le enardecia por corregir las costumbres, condenar los vicios y dirigir la sociedad á puerto venturoso. Este habia observado ser el pensamiento constante de los grandes varones en su ciudad natal, y le hizo suyo. Para algo enriqueció su espíritu con la vária, profunda, sólida y fecundizadora doctrina adquirida en las academias, liceos y tertulias de México. Resuelto, pues, á vivir con los hombres de su tiempo, á estudiarlos y reformar-

los, sin perderse por las regiones de lo fantástico é ideal, desató los raudales de su mucho saber, siendo pintor de lo que veía, moralizador, estadista y filósofo.

Los robos célebres, como el de cien marcos de plata labrada, horadando un muro del castillo de Aguilera, cuando allí hospedó el Duque de Lerma á los reyes Felipe III y Margarita; el hecho al Duque de Alba, apoderándose los ladrones de la llave de la cámara de S. M., en Junio de 1612; y el que dos meses despues llevaron á cabo, hurtando al presidente del consejo de Hacienda, D. Hernando Carrillo, un gran escritorio con la famosa causa del Conde de Villalonga; los destierros, así de mujeres libres, amancebadas con caballeros y señores, como de las que, estando casadas, ó aparentando serlo, escandalizaban la corte con su mal vivir; el continuo pedrisco de ordenamientos y pragmáticas, mal recibidos y peor guardados, sobre tratamientos, ceremonias, coches, tapadas, joyas, vestidos y bordados de oro y plata, que se expedian y recordaban sin cesar; las feroces riñas de las primeras damas de la grandeza; la preponderancia de los vizcaínos en las secretarías del despacho, que en 1612 las tenían como vinculadas; los reprobados medios con que se negociaban las futuras sucesiones de oficios (de que se dió escandaloso y público tes-

timonio en la concedida á un tal Paniagua, por Mayo de 1613); y los banquetes, meriendas, regalos, fiestas y regocijos que hicieron inolvidable el año de 1614, tanto hirió la imaginacion del dramaturgo, y tanto se dibuja y trasluce en los episodios ó en el pensamiento de sus dramas. (298)

¿Qué más? Un suceso trivialísimo como el habersele caído los calzones, estando recitando un entremés, al buen Osorio, gracioso de la compañía de Olmedo, acontecimiento ridiculo que entretuvo por aquellos dias la conversacion del vulgo, se desliza en la comedia de *Todo es ventura*:

No venga, rodando, á dar,
Tanta risa á este lugar
Como el gracioso de Olmedo
A toda la corte, cuando
En el entremés entró
A dar lanzada, y salió
Sin calzas y cojeando. (299)

¿Cómo en el mismo drama no sacar partido del lance del Duque de Feria y D. Antonio Sancho Dávila con los alguaciles, en la Puerta del Sol, disfrazándolo ingeniosamente en la escena VII, y sentenciando la causa en favor de los más poderosos? ¿Cómo no darles tambien la razon, cuando se la habia dado ya el mismo Rey; lo cual se dice con arrogancia en la misma comedia, allí donde el poeta finge que se retrajo el preso en el con-

vento de la Victoria, inmediato á la Puerta del Sol, para tener motivo de jugar del vocablo y ponderar que entre aquellos padres el retraido estuvo en la gloria:

Y sin duda que por eso
Pusieron *el Buen Suceso*
Tan cerca de *la Victoria*?

Tanto influyen las costumbres y los ya consentidos abusos, aun en espíritus independientes y rectos, que, segun el parecer de nuestro poeta,

menor inconveniente
Es librar á un delincuente
Que indignar á un gran señor. (300)

Fueron de opinion idéntica los ministros del rey D. Felipe III, pues habiéndose impuesto por todo castigo trescientos ducados de multa al Duque de Feria, y tres años de destierro á D. Antonio Sancho Dávila, éste era indultado ya en Julio, y besaba las manos de S. M., despidiéndose para casarse con D.^a Constanza Osorio, hermana del Marqués de Astorga. (301)

ALARCON, victima de la reciente moda de silbar y ametrallar las comedias, introducida, ó mejor dicho, exagerada desde 1613, y muy particularmente en este año de 1614, no puede callar en *Todo es ventura*, ni dejar de discutir con

el auditorio. Por la *Adjunta al Parnaso* (22 de Julio de 1614) confirma Cervantes la noticia del contratiempo de Tirso: «Comedia he visto yo apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo.» A lo que seriamente replica DON JUAN, extrañando y condenando el inmerecido descalabro del poema: «No pareció bien,

Con ser divino su autor;
Porque, si no se remedia
Esta nueva introdución
De los silbos, es forzoso
Que pierda el más ingenioso
A los versos la afición;» (302)

añadiendo, para que no se entienda que se rebela contra el fallo del público sensato:

Comedias que no agradaron,
Nunca alcanzaron silencio,
Porque también á Terencio
Muchas en Roma silbaron.
Cuando la comedia es buena,
Nadie ofenderla podrá;
Que la muchedumbre da
Al malicioso la pena. (303)

Por supuesto que á la segunda obra que fió á los teatros de Madrid (*La Cueva de Salamanca*), estaba decidido ya á escribir contra viento y marea:

Más animoso seré
Que el ingenio más divino
Que se atreve á hacer comedias.¹
Después que se usan los silbos. (304)

Cuando se hizo á las voces, y tuvo mayor confianza en su propio ingenio y ménos respeto á la caprichosa mosquetería (por ser también mayor el crédito ó el despecho del poeta), ya no encontró reparo en echar en rostro á la multitud su ceguedad y mal gusto, su injusticia y locura. Ya vió claramente que no había un secreto de adivinar los deseos del público y darle el sazonado y exquisito manjar que apetece, sino que la opinion y el crédito las más veces se forman por caminos y sendas muy contrarios á los del arte verdadero. Ya conoció que los disparates y no las admirables concepciones, eran los que enriquecían á poetas y recitantes, haciendo que á Jaraba, el acomodador y expendedor de billetes, faltasen manos para despacharlos, y oídos para atender á las quejas, y lengua para sincerarse:

Oye el ejemplo que pinto:
Comedia vi yo, llamada
De los sabios extremada,
Y rendir la vida al quinto;
Y vi en otra, que á millares
Los disparates tenía,
Reñir al quinceno día

Con Jaraba por lugares;
 Y sus parciales, vencidos
 De la fuerza de razon,
 Decir: «Disparates son;
 Pero son entretenidos.»
 Representante afamado
 Has visto, por solo errar
 Una sílaba, quedar
 A silbos mosqueteado;
 Y luego acudir verias
 Esta cuaresma pasada,
 Contenta y alborotada
 Al corral cuarenta dias
 Toda la corte, y estar
 Muy quedos papando moscas,
 Viendo bailar dos muñecas
 Y oyendo un viejo graznar.
 Y esto tuvo tal hechizo
 De ventura, que dió fin
 El cuitado volatin,
 Que en vano milagros hizo.

Por algo dijo Lope:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
 Hablarle en necio para darle gusto. (305)

ALARCON resolvió desde entónces no darle gusto, cumplir con su obligacion, emplear dignamente sus muchos y varios conocimientos, satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, enriquecida en la ciudad de las lagunas, y dejar

A i posteri. Vardua sentenza.

CAPITULO VII.

El maestro y el discípulo.—Cuentas atrasadas.—Cervántes en brazos de la religion y de las musas.—Publica el "Viaje del Parnaso," y del nombre de Alarcon no se acuerda.—Muere.

1614-1616

Un cabo suelto nos quedó en los primeros capítulos de la segunda parte de esta historia verídica y puntual, que el orden de los tiempos exige se ate y apriete sin pasar á otra cosa. No habrán olvidado los lectores el imprevisto encuentro de ALARCON, recién venido á Madrid, en la academia de Saldafia, con su antiguo maestro y camarada Miguel de Cervántes Saavedra. Y bien recordarán que, subiéndosele al rostro la sangre del corazon, le osóureció el entendimiento y cegó el discurso, de modo que, léjos de correr presuroso á estrechar contra el pecho cariñosamente al amigo, hizo como si no le conociera. ¿Temió ajar alguno de los simétricos y

Con Jaraba por lugares;
 Y sus parciales, vencidos
 De la fuerza de razon,
 Decir: «Disparates son;
 Pero son entretenidos.»
 Representante afamado
 Has visto, por solo errar
 Una sílaba, quedar
 A silbos mosqueteado;
 Y luego acudir verias
 Esta cuaresma pasada,
 Contenta y alborotada
 Al corral cuarenta dias
 Toda la corte, y estar
 Muy quedos papando moscas,
 Viendo bailar dos muñecas
 Y oyendo un viejo graznar.
 Y esto tuvo tal hechizo
 De ventura, que dió fin
 El cuitado volatin,
 Que en vano milagros hizo.

Por algo dijo Lope:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
 Hablarle en necio para darle gusto. (305)

ALARCON resolvió desde entónces no darle gusto, cumplir con su obligacion, emplear dignamente sus muchos y varios conocimientos, satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, enriquecida en la ciudad de las lagunas, y dejar

A i posteri. Vardua sentenza.

CAPITULO VII.

El maestro y el discípulo.—Cuentas atrasadas.—Cervántes en brazos de la religion y de las musas.—Publica el "Viaje del Parnaso," y del nombre de Alarcon no se acuerda.—Muere.

1614-1616

Un cabo suelto nos quedó en los primeros capítulos de la segunda parte de esta historia verídica y puntual, que el orden de los tiempos exige se ate y apriete sin pasar á otra cosa. No habrán olvidado los lectores el imprevisto encuentro de ALARCON, recién venido á Madrid, en la academia de Saldafia, con su antiguo maestro y camarada Miguel de Cervántes Saavedra. Y bien recordarán que, subiéndosele al rostro la sangre del corazon, le osóureció el entendimiento y cegó el discurso, de modo que, léjos de correr presuroso á estrechar contra el pecho cariñosamente al amigo, hizo como si no le conociera. ¿Temió ajar alguno de los simétricos y

bien perfilados canjilones del superabundante cuello flamenco, á la manera del lindo de quien dice en uno de sus dramas:

Yo sé quien tuvo ocasion
De gozar su amada bella,
Y no osó acercarse á ella,
Por no ajar un canjilon? (306)

¿O, viéndose pulido y ataviado entre ostentosos caballeros, todo seda y encajes de oro, tuvo empacho de acercarse al viejo soldado de Lepanto, roto y desatendido? ¿O es que la ausencia, como la muerte, deshace amistades, afectos y obligaciones?

Acaso no habia cumplido ALARCON, entre las bizarras promesas con que en los últimos dias de Sevilla animó y consoló á Cervántes, la de proporcionarle algunos productivos negocios de Indias, ó tal cual socorro, gestionando en Nueva España con personas de quien podía y debía esperar favor. Tales eran D. Juan de Astudillo, prior del Consulado de México (hermano del D. Diego á quien tan bellamente describió el inmortal ingenio complutense la fiesta de Alfarache), y dos parientes, ricos sacerdotes. Uno de ellos el doctor Juan de Cervántes, hijo de los conquistadores y primeros pobladores de la ciudad de las lagunas, discípulo de los dominicos y

de la gran universidad de Salamanca (donde fué catedrático de Escritura, y donde el manco sano, el escritor alegre le pudo tratar y conocer), varon respetable, que en ausencia de los prelados gobernó muchas veces la diócesis de México, y obtuvo en 1608 la Mitra de Oaxaca. Era el otro D. Leonel de Cervántes, de la propia nobilísima casa de los conquistadores, doctor salmantino tambien, y mitrado más adelante. (307)

Y si con las glorias y novedades de su patria se le fueron á D. JUAN las memorias, y de nada de lo ofrecido se acordó y nada hizo, como suele acontecer por el mundo, ¿por qué, á otro dia de la academia de Saldaña, no buscó á Cervántes y se disculpó con alguna mentirilla pródida, ó le confesó paladinamente su falta? ¿Aborreció tanto la mentira el autor de *La Verdad sospechosa*, que le repugnaban aun las que en sociedad se autorizan y exigen? ¿O habia caido en la demencia vulgar de solo arrimarse á los felices, y huir como de la peste de la invencible pobreza? ¿Diria para sí, como dijo en *El Tejedor de Segovia*:

Los que á su provecho están
Atentos, solo han de ser
Lisonjeros del poder;
«Viva quien vence» es refran? (308)

Cervántes acudia rara vez á los felices aristo-

cráticos salones que frecuentaba ALARCON: la capilla y sala de juntas de los esclavos del Santísimo Sacramento, en los Trinitarios descalzos, eran sus visitados alcázares; su descanso, los ejercicios de piedad y caridad; su esparcimiento y deleite, el redactar los carteles de certámenes poéticos para las fiestas de los hermanos, y emplear su cristiana musa en realzarlas, y en discurrir y explicar numerosos geroglíficos de mucha novedad é ingenio, que en grandes lienzos y pintados por Vincencio Carducho y Gerónimo de Mora habian de engalanar el compás y pórticos del convento y los colindantes muros de los jardines de Lerma. ¡Cuántas veces en aquellas inolvidables procesiones y regocijos de los esclavos de la Divina Majestad, que atraían todo Madrid á las calles de Jesus Nazareño, de las Huertas, del Leon y de Francos, ricamente adornadas con tapices y ramas de árboles; cuando la compañía de Riquelme, recitando sobre la asombrosa máquina de los carros del Corpus, daba esplendorosa vida á los autos de Lope, y los cantores de la Real capilla con voces de ángeles llenaban de gozo el corazón, entre nubes de incienso y lluvia de rosas y azucenas; cuántas veces, digo, no sorprendió al jorobado la noble figura del anciano Cervántes, con un hacha de cera en la mano, el rosario en el cinto, descen-

bierta la cabeza, los ojos clavados en el suelo! Ni en las reuniones de Saldaña y D. Francisco de Silva, ni en las fiestas del barrio de Jesus, jamás se dieron á conocer ALARCON y Cervántes, el discípulo y el maestro. (309)

Por Agosto de 1613 corrieron de mano en mano, impresas, las *Novelas ejemplares* de éste, con sonetos del Marqués de Alcañices, Don Fernando de Lodeña y Don Juan de Solís Mejía, y con unas décimas de Don Fernando Bermúdez y Carvajal. En el prólogo nos dió el autor su retrato, y en las doce novelas su alma: libro de sin igual enseñanza, de incomparable deleite, del más subido precio.

Al año siguiente de 1614, y por Noviembre, se puso á la venta *El Viaje del Parnaso*, y fué por semanas y semanas entretenimiento sabroso de la corte. Apénas habia poeta que allí no se viera retratado de cuerpo entero con una sola palabra, y juzgado casi siempre de portentosa manera. A pocos oprimia la censura; á muchos engrandecía el elogio: el ingenioso crítico luce, como de costumbre, su indulgencia y estimacion hácia los demás, extraño por naturaleza á la envidia y despego. Donde hay algo que aplaudir, allí su generosa voz, que jamás llamó á lo bueno malo, ni á lo malo bueno; que nunca de las flores sacó ponzoña, como la araña, sino, como

la abeja, exquisita miel; ni fué cuervo que se apacentase en carne muerta: su censura lo mismo que su desden, á toda luz merecidos. ALARCON buscó ansioso un ejemplar del poema, asunto de todas las conversaciones. Quién ponderaba con justicia la invencion, la viveza de las descripciones, el interes de la fábula, la inspiración constante y los galanísimos tercetos. Quién sostenía ser este bello poema un escrutinio discreto, no ménos feliz que el que hicieron el cura y el ama con los libros de *Don Quijote*. Disputábase en las academias, sin embargo, si estos ó aquellos ingenios estaban bien ó mal incluidos en las huestes que asediaban el Parnaso ó en las que lo defendían; y no dejó de comentarse por qué Cervantes no habia tenido ningun epigrama castellano, para realce de la obra, siéndole forzoso dirigir á su pluma este

SONETO.

Pues veis que no me han dado algun soneto
Que ilustre deste libro la portada,
Venid vos, pluma mia mal cortada,
Y hacedle, aunque carezca de discreto.
Haréis que excuse el temerario aprieto
De andar de una en otra encrucijada
Mendigando alabanzas, excusada
Fatiga é impertinente, yo os prometo.

Todo soneto y rima allá se avenga
Y adorne los umbrales de los buenos,
Aunque la adulacion es de ruin casta.
Y dadme vos que este *Viaje* tenga
De sal un panecillo, por lo ménos,
Que yo os le marco por vendible, y basta. (310)

Con sobresalto coge nuestro DON JUAN el libro;
hojéale presuroso, por ver si da al vuelo con su nombre, y no le halla; pónese á leer despacio el poema, y sueña á cada trecho que su maestro le dispara satíricos dardos.

Aquellos verdaderos hijos de Apolo, no mezclados ni confundidos jamás en cosas de agibilibus rateras, ni hundidos en el el mar de la vil ganancia y de la cábala interesable, á quien como en sueño se les pasa la vida llorando guerras ó ya cantando amores; aquel aderezo é ingeniosa bazarria del gran bajel, en que van los admirables ingenios buscando el griego mar y la cumbre del Parnaso, y desde cubierta contemplan sitios y lugares famosísimos; aquel retrato que de sí mismo hace el poeta desvalido y pobre, sin capa que le abrigue, pero resplandeciente con la aureola y heridas gloriosísimas de Lepanto, y con la más fúlgida aun de raro inventor, á quien, no la vanidad, sino la conciencia, le presagía que sus obras penetrarán en los más ocultos rincones

de la tierra, llevándolas en grupa Rocinante y moviendo guerra á la envidia; aquella soberana pintura de la poesía y de cuanto abarca, y de cómo enaltece al espíritu generoso; todo esto había de seducir la fantasía de ALARCON y de agitarle con afectos diferentes.

Allí de improviso le asaltó el recuerdo de la fiesta de Alfarache, vuelta á la vida y reflejándose con viva luz en la memoriosa y clara imaginación del épico. Allí contempló de aquel día los entapizados barcos del Guadalquivir; los furibundos versos del escuadrón, de repente y de pensado; las glosas de piés dificultosos; el inspirarse poéticamente, ya en la saliva, ya en el sudor de la dama (como se inspiró entonces D. JUAN respecto de la suya); la algazara de los unos, el cantar de los otros, el referir propias ó ajenas aventuras amorosas; y, en fin, el disparatar adrede, por gala del ingenio, los vates más ricos siempre de valor que de moneda. Allí vió mencionados y celebrados á los héroes de la regocijada fiesta: al mantenedor D. Diego Jimenez de Enciso, al dramático y esgrimidor Juan de Ochoa, y al famoso en armas y letras D. Francisco de Calatayud. Con todos acá y acullá tropezaba ALARCON, ménos con el encubierto *D. Floripando Talludo, príncipe de Chunga*.

Y entre numerosos poetas, buenos y malos,

ausentes y presentes, veteranos y bisonos, le salían al encuentro los tersos y calorosos ingenios de Sevilla, como Arguijo, y los que eran honra de la americana region, como Valbuena y Meztanza; los que amenizaban con sus versos las academias de Saldaña y de Silva, y los que las empeñaron en batallas campales, cual Vélez de Guevara y el novel licenciado granadino Soto de Rojas. Allí los de señoría y excelencia; los soldados rotos, como Gerónimo de Castro; los doctores, vestidos de honestidad y valor, como Francisco Sánchez; los encubiertos religiosos como el maestro Orense, y Juan Bautista Capataz; y aun los recitantes, como Jusepe de Vargas, iban á la alta empresa en la hueste de Apolo. Por ninguna parte parecia el corcovado.

Ahora recela si Cervántes diría de sí mismo, para echarle en rostro á él lo contrario:

Tuve, tengo y tendré los pensamientos
Merced al cielo, que á este bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa verdad, total ruína.

Con mi corta fortuna no me ensaño;
Aunque por verme en pié como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.

Más allá teme si habrá querido confundirle,

sin nombre y en globo, entre los poetas calabazas; ó entre los poetillas rateros, del tamaño de ratones, que nacieron de la sangre podrida de los malos poetas; ó entre los veinte tráfugas, á cuya primera vista de su ingenio se engañó Apolo, admitiéndolos por buenos. Pero se figura evidentemente notado entre los malos, cuando contra ellos disparan los predilectos hijos del Numen un soneto único del gran Lupercio Leonardo de Argensola, que,

Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos *criollos* mató, hirió un mestizo;

y tambien cuando ridiculiza á las monas que presumen de cisnes. *La mona* llamaban sus émulos al *criollo* mexicano.

Le disgusta que tantas veces dé vaya Cervántes á los poetas á quien no ha citado en su *Viaje*; y que dice habrán de ocasionarle pesadumbre. Mortificale sobremanera la figura de Pancracio de Roncesvalles, escritor de una comedia silbada, que no pareció bien, á causa de que le achacaron ser larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion; tachas que pudieran hacer parecer malas las del mismo Plauto. Enfádale aquello de no reparar en los dineros de la comedia el buen Pancracio

de Roncesvalles, sino en la fama, por el grandísimo gusto de ver salir mucha gente de la representacion, todos contentos, y estar él á la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos. Y finalmente, le escuece la tenaz censura contra los poetas que hurtan versos ajenos, ó ajenas trazas y conceptos, porque toda la juzga venablos disparados contra él, que siguió demasiado cerca los poemas de Lope y Tirso y las mismas obras de Cervántes.

El prólogo, en fin, quedósele muy impreso en la memoria: «Si por aventura, lector curioso, eres poeta y llegase á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar.» Ni entre los buenos se hallaba nominalmente ALARCON, ni entre los malos; y con razon debia dar gracias por ello á su antiguo Apolo, que no le midió (Cervántes era incapaz de tal bajeza) con el rasero que á D. Quincoces y Arbolánches y al autor de *La Pícará Justina*. Como el incauto discípulo á su maestro, éste le relegó al desden y al olvido para siempre.

Activo aguijon debió de ser á DON JUAN el *Viaje del Parnaso*, comprometiéndole á ganar aquella esplendorosa cumbre, tomar asiento me-

recido entre los grandes poetas, y robar al gran maestro la inimitable pluma, al humano corazón su escondido secreto, y su encanto seductor al sublime espectáculo de la naturaleza.

Para deleite que no se agota jamás, para enseñanza sólida, para estudio fecundísimo, y como cisne que, al morir, canta con voz entonada y viva y con melodía sin igual, dejaba Cervantes, en los tres últimos años de su existencia, los más perfectos modelos. ¿Dónde cuadros tan llenos de movimiento y verdad como las *Novelas ejemplares*? ¿Dónde mayores dificultades vencidas, mayor donosura, juicio y buen gusto que en la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*? ¿Dónde tesoro igual de aventuras y situaciones dramáticas, de experiencia y de filosofía, de máximas formuladas soberanamente, acabadas locuciones, giros y frases gallardos, como en *El Persiles y Sigismunda*? ¿Dónde mayor número y riqueza de descripciones, llenas de verdad, seductora y clarísima? De la docta y profunda crítica reclaman hace tiempo detenida ilustración el *Viaje del Parnaso* y las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, para que se puedan apreciar en todo lo mucho que valen. Ningun poema donde figuran los más de los ingenios contemporáneos, se dispuso jamás, como el cervántico *Viaje*, con

igual atractivo en la invención, parecido en los retratos, luz y hechizo en las descripciones, gracejo, variedad y unidad. Ninguno de los millares de *entremeses* que alborozaron las tablas en los siglos XVI y XVII excede en mérito á estos *ocho* publicados en 1615; antes bien, los más célebres que se escribieron después, ó los refunden y traducen en verso, ó los plagian ó imitan. En fin, dramáticos de aquel y de los dos posteriores siglos han sabido sacar útil enseñanza de las *Ocho comedias*, no siendo ALARCON el que menos les debe.

¡Ay, si con Cervantes hubiera sido justo su siglo! ¿Por qué no recogió como reliquias todos sus papeles y las obras no concluidas ó en bosquejo, de que únicamente nos queda la memoria? ¿No lo hizo con las del satírico y terrible Quevedo, guardando con amor hasta los apuntes más insignificantes? El caso estuvo en morir Quevedo en la aldea, y Cervantes en la corte. Allí, el respeto y consideración que se debe á los grandes hombres cercaba al moribundo; aquí, el desden é indiferencia de los audaces, soberbios y engreídos.

A 23 de Abril de 1616 muere Cervantes; y el que tuvo aplausos y flores para tantos y tantos poetas, solo halló dos que lloraran su muerte, quizá por él no celebrados. Ninguno de ellos

fué ALARCON, ni Lope, ni Góngora, ni Quevedo. ¿Y qué importa? Las flores y coronas poéticas ¿qué valen para el cristiano, en tiempo que solo ha menester oraciones piadosas? El ruido y vanidad de aquellas hubiera llegado á nosotros; el bendecido perfume de éstas seguramente subió al cielo. Quien pasaba el día en la iglesia de las monjas Trinitarias de San Ildefonso, cuyas rejas guardaban muy caras prendas de su corazón; y quien cerca de allí, en los religiosos Trinitarios descalzos de Jesus, y entre más de cuatrocientos no nada asíduos esclavos del Santísimo, era uno de los treinta que no faltaron jamás á las prácticas diarias y ejercicios religiosos, ni esquivó trabajo molesto, ni sacrificio, en medio de grandes privaciones; ni dejó de consagrar preferentemente su musa á realzar las inolvidables fiestas de aquellos devotos hermanos, debió de hallar en vida y muerte piadosos consuelos, oraciones y sufragios, en cuya comparacion vienen á ser miseria y humo todas las vanidades humanas. (314)

¿Cómo quien puso en Dios toda su confianza habia de temer la última hora? ¿Cómo en ella no estar alegre y tranquilo? Recibida la extremaunción, escribe la dedicatoria del *Persiles*, y aquellas palabras, despidiéndose de los suyos: «Adios, gracias; adios, donaires; adios, recogijados amigos; que yo me voy muriendo,

y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

Que la corona mejor que ornaba aquella despejada frente era la del cristiano, hácenlo resaltar los dos poetas que junto al féretro encomendaron su dolor á la pluma. Luis Fernández Calderon escribía un soneto «al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra, *ingenio cristiano*:

A cuyo ingenio los de España dieron
La sólida opinion que el mundo sabe,
Y al cuerpo ofrenda de perpétuo lloro.»

Y ponía «D. Francisco de Urbina á Miguel de Cervantes, *insigne y cristiano ingenio* de nuestros tiempos,» este

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra
No su nombre, que es divino. (312)

tico, como de ambicioso entendimiento, que méritamente se consideraba con fuerzas para levantarse en alas de la imaginación á descubrir y adivinar lo que no había visto. ALARCON, según su genio y gusto literario, prefirió por modelo al pintor de la naturaleza, aun cuando, en punto á comedias de moros y cristianos, inspiradas é interesantes, no conozca igual *El remedio en la desdicha*, ó sean los amores de Abindarráez, por el divino pincel de Lope.

El título de la obra del mexicano alude á la *manganilla*, es decir treta y sutileza, ardid de guerra inolvidable, que llevó á cabo el famoso capitán Pedro Vanégas de Córdoba, alcaide de Melilla y embajador ante el Rey de Fez en los últimos días del siglo XVI. Aparentó abandonar la plaza; engañados, precipitáronse los moros dentro del primer recinto de la ciudad, y en él los cogió á todos, como á leones en una trampa. El buen capitán vino luego muy honrado á Madrid, y aquí murió por Agosto de 1600. La comedia, que se pudiera calificar de tramoya con pretensiones de heroica, tiene por argumento y fin moral solemnizar el imperio de la fe cristiana y la virtud de la continencia. ¡Lástima grande que episodios impertinentes vengan á interrumpir y aun desvanecer con frecuencia la acción del drama, oportunamente cifrada en los amores de Va-

CAPITULO VIII.

Inspirase Alarcon en las comedias de Cervántes.—“La Manganilla de Melilla.”—“Quien mal anda en mal acaba.”—Fiestas del Sagrario de Toledo.—Compañías cómicas desde 1615 á 1619.—Los entremeses y bailes, y el toledano poeta Luis Quiñones de Benavente.

1616-1617

ALARCON apresuróse á estudiar las ocho comedias de Cervántes, publicadas en 1615, y á rendir con ello debido homenaje al altísimo poeta. Leyendo, pues, atento *El gallardo Español*, *Los Baños de Argel*, y *la gran Sultana*, y ofreciéndosele á su vista, llenos de claridad y de atractivo, los africanos campos y el genio y costumbres de los antiguos opresores de España, se decidió á escribir una comedia de moros y cristianos con el nombre de *La Manganilla de Melilla*. Ajustase al patron morisco de Cervántes, y no al de Lope de Vega; más conforme aquel á la verdad real, como de quien había vivido tanto tiempo entre agarenos; éste más ideal y fantás-

négas y Alima! El filósofo moralizador no pierde ocasión de prodigar el tesoro de su triste experiencia:

—Oye.

—No me digas nada.

Véte.

—Con el poderoso

Siempre el engaño es dichoso,
Y la virtud desdichada. (313)

La Manganilla de Melilla debió ponerse en escena el año de 1617.

Y á ese tiempo corresponde también la comedia que no incluyó en colección nuestro mexicano, y se intitula *Quien mal anda en mal acaba*; recomendable, al revés de la otra, por la unidad de acción, por la absoluta falta de episodios, economía de los chistes, y por los muchos rasgos característicos de especial forma alarciana.

El asunto, por extremo fantástico, y que se supone histórico y ocurrido en 1600, no deja de presentar analogía con el más célebre poema de Goethe. Un Roman Ramírez, morisco, enamórase de noble doncella de Deza; y para conseguirla hace pacto con el demonio, vendiéndole su alma. Variale Satanás de aspecto y méjrale también de fortuna y condicion; pero al

fin se descubre el engaño, la Inquisición prende al morisco, y se desenlaza la comedia dándose conocimiento al público de haber muerto Roman impenitente en las cárceles secretas de Toledo, por lo cual se le quemó en estatua.

ALARCON satisfacía con esta comedia una viva curiosidad del público madrileño. Acababa de celebrarse en Toledo, á 1.º de Noviembre de 1616, un famoso auto de fe, después de muchos años que no le había, con que terminaron las suntuosísimas fiestas de la traslación y colocación de la insigne imagen de Nuestra Señora del Sagrario. El cardenal arzobispo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que decía ser un auto de fe como la mar, que pasada la primera admiración entristece, tuvo la complacencia de absolver en éste á los delincuentes todos, sentado bajo dosel, sobre el tablado hecho delante de la catedral junto á las casas del Ayuntamiento. (314)

Madrid entero, que se había despoblado por asistir á tan renombradas fiestas, quedóse frío al ver á los ganapanes volverse con la leña sobre los hombros, sin haber servido para achicharrar á ningún hereje. Lo nuevo del caso dió á los expedicionarios larga materia para hablar en la corte, referir los procesos de los reos, ponderar la magnanimidad del prelado Inquisidor general, y recordar historias y anécdotas del auto de 1600.

Una de las de éste, que más se ponderaron entonces, fué la que RUIZ DE ALARCON llevó al teatro.

Bien merecen ahora un recuerdo aquellas inolvidables fiestas, á que asistió Felipe III, con el Príncipe, su hijo, y la princesa D.^a Isabel de Borbon, su nuera, la cual fué recibida como cuando el Rey entra la primera vez en una de sus ciudades. Bien merece no pasar en olvido el gran dia del arzobispo D. Bernardo de Sandoval, tío del favorito Duque de Lerma, prelado caritativo y bondadoso, bienhechor de Espinel, y de Cervantes y de infinitos ingenios desgraciados, honorador de la memoria de su maestro Ambrosio de Morales, y cuyo corazón estaba de par en par abierto á las lágrimas é indignancia, supliendo sus manos á la lluvia y haciendo bueno el año estéril. (315)

Habia en Toledo una antigua imagen de la Santísima Virgen Maria, escultura de los reyes godos, labrada en el año de 589. El arzobispo, deseando dedicarle magnífico sagrario, construyó la actual capilla en el templo catedral, y en ella su propio sepulcro y el de sus padres, adornándola con excelentes pinturas. La translacion fué á 21 de Octubre; las fiestas duraron ocho dias, predicando en ellas un sobrino del Cardenal y el famoso trinitario Hortensio, los no ménos afamados doctores Dionisio de Melgar y Al-

varo de Villégas, el geronimiano Pedrosa, el jesuita Florencia y otros insignes oradores.

Las máscaras, luminarias, danzas y fuegos artificiales alegraron todos aquellos ocho dias y sus noches, llevándose el premio la máscara y carros triunfales de los estudiantes y de la Universidad. Cada facultad mostrábase poéticamente figurada, compitiendo los alumnos por simbolizarla mejor.

La Medicina iba en el primer carro, ostentando corona de laurel; cetro, por lo obediente que ha de ser el enfermo; báculo, por lo difícil de la ciencia; gallo, por la vigilancia que exige; serpiente, por la prudencia con que ha de proceder; perro, por la fidelidad. Acompañábanla, en gradas inferiores, la Filosofia, Geometria y Astrologia. Junto á ellas un castor era elocuente geoglífico, pues voluntariamente padece los menores males por evitar los mayores.

La Jurisprudencia seguia en otro carro, sobre un castillo sustentado por la *Injusticia*, representada ésta en un dragon escamado, que se traga niños, porque la iniquidad se mantiene de inocentes. Doce eran los piés del dragon, todos de monstruos diferentes, y cada cual con su nombre, á saber: *Pueblo sin ley*, *Obispo descuidado*, *Pobre soberbio*, *Señor sin virtud*, *Rico sin limosna*, *Viejo sin religion*, *Plebe*

sin disciplina, Príncipe ínteuo, Cristiano contencioso, Mujer sin pudor, Niño inobediente, Sabio sin obras. En la cola llevaba el dragon escrita la palabra *Muerte*. De plata el castillo, aludiendo al candor de la Justicia, tenía por fundamento la *Fe* y la *Caridad*. Formado de tres torres, era la una la del *Vivir honestamente*, otra la de *No hacer daño á nadie*, y la más alta la de *Dar á cada uno lo que es suyo*. Componíase con las piedras de *Observancia* y *Obediencia*, de *Inocencia* y *Gracia*, de *Verdad* y *Religion*. La *Prudencia* y la *Fortaleza* estaban á la puerta: en las troneras de la artillería, el *Silencio*; en la escalera, la *Esperanza*; y la *Templanza*, en el mejor lugar.

El tercer carro era el de la Teología, de igual invencion que los precedentes; y á no haber muerto siete meses ántes quien dispuso los alegóricos festejos para las bodas del opulento Camacho, se creeria ser todo imaginado por un mismo ingenio.

En Zocodover se levantó una colosal estatua de Hércules, que movía con grandísima facilidad todo el cuerpo hácia cualquiera parte, y los brazos del mismo modo, jugando con gran ligereza la maza. Al llegar los carros de la máscara á él, de improviso comenzaron á combatirle con tiros de pólvora; y el Hércules, que esta-

ba lleno de cohetes, se encendió en extraordinarios fuegos: vistoso espectáculo, que duró largas tres horas. Otras noches discurrieron máscaras con hachas encendidas, alegrando al pueblo, tan lleno de gente forastera, que apenas se podia andar por las calles.

El domingo 30 de Octubre fué el de la colocacion de la milagrosa imagen, llevada en un carro con artificio tal, que al subir ó bajar las cuestras, no hizo diferencia de postura, apareciendo siempre derecha. Estaba sentada en un trono de ángeles y serafines, todo de plata; el vestido relucía como el sol: saya y manto bordados, de labor, cuajada (sobre tela blanca, que no se veía) de perlas de buen grueso, oro y aljófar; y las guarniciones, con piezas y asientos de piedras de inestimable valor y extraordinaria grandeza, diamantes, esmeraldas y balajes y zafiros: una de estas piedras habia costado mil escudos, pasando de treinta mil ducados el precio de la hechura, y abismándose los inteligentes al querer valuar tan no vista riqueza.

La accion, pues, de haber dado libertad y quitado las insignias de penitencia y sambenito á cuantas personas estaban en la cárcel perpétua de la Inquisicion, y absuelto en el auto público á todos los delinquentes, fué pacífico holocausto

En estas santas ceremonias pías. (316)

ALARCON, si estuvo en Toledo como la mayor parte de los poetas cortesanos, siguiendo la majestad del Principe, ó por la fama de las fiestas, ó por la curiosidad de asistir á un auto de fe (cosa no vista hacia más de diez y seis años), pudo recoger allí, ó por relacion despues, la conseja del morisco. Aprovechó tambien para la fábula dramática el suceso de haberse escapado de su casa algun mancebo ilustre, como sucedia con frecuencia (por querer romper los hijos el yugo de sus padres, que para establecerlos no consultaban nunca las inclinaciones de los mozos, sino la razon de estado):

De la corte se ha ausentado
Un Don Diego, descendiente
De Guzmanes, por no hacer
Un casamiento á disgusto,
Porque á su padre era justo,
Que le trató, obedecer.
Yo trazaré como crea
Aldonza que este Don Diego
Eres tú,

dice el Demonio á Ramirez, proponiéndole esta traza para acreditarle de principal caballero, con su amada, y que le sea más facil conseguir la apetecida victoria. (317)

¿Y qué autores pudieron representar estas obras? A 8 de Abril de 1615, cuando el real

Consejo de Castilla mandó hacer la *Reformacion de Comedias*, autorizó las doce compañías, únicas, de recitantes que hasta igual fecha de 1617 podian trabajar en toda España; expidiendo título, en su virtud, á los autores

Alonso de Riquelme,
Fernan Sánchez de Várgas,
Tomás Fernández de Cabredo,
Pedro de Valdés,
Diego López de Alcaraz,
Pedro Cebriano,
Pedro Llorente,
Juan de Morales Medrano,
Juan Acasio,
Antonio Granados,
Alonso de Heredia, y
Andrés de Claramonte. (318)

En el bienio siguiente de 1617 á 1619 figuraron tambien no pocos de tales empresarios, con Pinedo, Mari Flores, Olmedo, Ortíz, Baltasar Osorio, Domingo Balbin y Diego de Vallejo, el cual tuvo á RUIZ DE ALARCON por su cesáreo poeta. Bien es verdad que éstos y aquellos le pedian obras, pues de un manjar continuo y de un mismo cocinero se cansa el vulgo, amigo de contemplar en el cielo de la poesía, como en la bóveda azulada, muchos astros, y de que un sol alternativamente los oscurezca á todos. Ni bastaba la monstruosa fecundidad de Lope á sustentar los

dos coliseos de Madrid, en donde llegó el caso ya de pedir cada día comedia nueva el público.

Si en 1600, cuando arribó ALARCON por vez primera á la ciudad del Guadalquivir, un solo actor, Villégas, para entretener en año y medio la curiosidad de los sevillanos, habia tenido suficiente con

Cincuenta y cuatro comedias
Que ha hecho nuevas, sin cansarse,
Y otros cuarenta entremeses
De tanto gusto y donaire; (319)

ya, diez y nueve años despues, triple número por cada autor de comedias, ó llámese empresario, apenas alcanzaba para satisfacer la hidrópica sed de novedades. Pintala con tal desenfado el sazoadisimo toledano Luis Quiñones de Benavente, al comenzar la *Jácara que se cantó en la compañía de Olmedo*:

Entendámonos, señores....
¡Cuerpo de diez con sus vidas,
De catorce con sus almas,
Y de veinte con su grito!
¿Regodeo, cada hora?
¿Perejil, cada comedia?
¿Sainete, á cada bocado?
¿Novedad, cada visita?
¿Medrarémos en corcoval
¿Jacarita, cada día?
¿No era malo el arregosto!
Vengan de aquí á un mes á oírta. (320)

El aplauso y celebridad que Lope de Vega en el drama, tuvo Luis de Benavente en los entremeses y bailes; al unir con igual estimacion ambos nombres, anduvo discreto y oportuno el corcovado en una de sus comedias. (321)

El logro de muchas y el aliño y adorno de todas se debió, por más de veinticinco años, á Benavente, hombre de gracejo natural, brioso donaire y agudeza continua, muy chistoso y gran decidior sin repetirse, perspicaz en la observacion, atinado en la censura, originalísimo en inventar y disponer las más de sus fabulas, y prodigioso en trazar todo carácter con solo un rasgo maestro. Por el año de 1609 probó su pluma y escribió el entremés de *Las Civilidades* (en que se inspiraron luego Pedro de Espinosa para su novela *El Perro y la Calentura*, y Quevedo para el *Cuento de cuentos*), ridiculizando los idiotismos y las exóticas preferidas locuciones del vulgo, sus hipérboles y sonsonetes extravagantes, y las palabras fanfarronas y bordoncillos inútiles con que la plebe se deleita en embrollar y desatinar el discurso. Pero en 1615, la prohibicion de los bailes y cantares lascivos, decretada por el Consejo de Castilla, con que se entretenian y aderezaban los entreactos de toda comedia, y el principio y el fin de la representacion, le llevaron á descubrir un mundo, igno-

rado hasta entónces de la inspiracion y el ingenio. Al deleite grosero de los escandalosos y desvergonzados escarramanes, chaconas, zarabandas y carreterías, opuso verdaderos poemas, de indecible variedad y dimensiones muy reducidas, en donde la representacion, el canto, la música y la danza, los trajes y decoraciones, y lo caprichoso y errático del metro, producian indescribible y honesto placer en todo género de espectadores. ALARCON debió quedar asombrado al contemplar qué mina riquísima de ignorada poesia encerraban el ditirambo de Grecia y el mitote de México, beneficiados por la diestra musa de aquel, de quien cantó Lope en el *Laurel de Apolo* (1628-1630):

Miró Venus festiva
Al niño Amor, y dijo:
«Dolor alegre de los cielos, hijo,
¿Adónde están las Gracias, que ninguna
De todas tres parece?»
Y el niño respondió, como ya crece:
«Madre, no busque, no, de tantas una,
Porque sepa que están, y justamente,
Todas juntas en Luis de Benavente.»

Cual Cervántes, á quien estudió sin descanso é imitó con destreza, fué Benavente, durante veintisiete años, uno de los más entusiastas y asiduos esclavos del Santísimo (trasladados á la

iglesia de Agustinas de Santa María Magdalena, en la calle de Atocha, á 2 de Junio de 1617), empleando su ingenio en realzar las grandes fiestas de los hermanos, con versos ahora serios, ahora de gracia, y de misterio siempre. En 1645 no se opuso á que un amigo suyo le sacase á luz en coleccion, y con el titulo de *Jocoséria, Burlas véras, ó reprehension moral y festiva de los desórdenes públicos*, seis loas, otras tantas jácaras, doce entremeses representados, y veinte y cuatro cantados, rasgos todos ellos admirables. Su última composicion, eucaristica, se recitó á 3 de Noviembre de 1652, despidiéndose con ella de las Musas y luego entregando el alma llena de fe á quien la habia redimido. (322)

CAPITULO IX.

Cambio de vida.—Don Luis de Velasco renuncia la presidencia de Indias.—Muere el padre de Alarcon.—Necesidad de nuevos protectores.—Alarcones y Mendozas.—El novelista Don Diego de Agreda y el doctor Herrera, médico de S. M.—“Ganar amigos.”—“La culpa busca la pena, y el agravio la venganza.”

1617

La edad del Marqués D. Luis de Velasco, tan avanzada, y los muchos sinsabores que á este varon iba ocasionando el expediente de la laguna de México, decidiéronle á renunciar la presidencia de Indias. Con tal suceso, adverso para ALARCON, vino á coincidir la triste nueva, que tuvo, de haber muerto su anciano y laborioso padre. (323)

Algun tiempo ántes de éste, ó no creyendo, en su delicadeza, el mexicano deber ser huésped eterno del antiguo virey, ó por verse más á sus anchas, ó presintiendo que tendria que estar avecindado en Madrid mientras le durara la vida, puso casa, donde camaradas y paisanos le

robaban no pocas horas, hablando de pretensiones y esperanzas, de amores y de versos. Al más predilecto amigo solia convidar de vez en cuando con una cena semejante á la que disfrutó, por ventura, el sazoadísimo fraile de la Merced, insignie Gabriel Tellez, compañero suyo de glorias y descalabros:

Hay una gallina
Fiambre, y medio pernil
Mercader, que trata en lonjas
(¡Y qué tales!); como esponjas
De Baco, hay medio barril
De aceitunas vagamundas;
Que las de oficio se van
De Córdoba á cordoban;
Y si en postres asegundas,
En conserva hay piña indiana,
Y en tres ó cuatro pipotes,
Mameyes, zipizapotes;
Y si de la castellana
Gustas, hay melocoton
Y perada; y al fin saco
Un túbano de tabaco
Para echar la bendicion. (324)

Con el ruido y fama de semejantes reuniones y francachelas, avalentáronse los maldicientes á propalar que D. JUAN habia abierto su *casa para conversacion*, juntándose «con otra escuadra de su metal, caballeros á vuelo ó entre ren-

glones; á quienes cierta loca llamaba graciosamente *estopeños*. » (325)

Vivíase entónces en vecindad, lo mismo que en la aldea; cada cual dentro de su casilla, ce-lado y fiscalizado de vecinos con ojo avizor para conocer la tapada que salía, ó el caballero rebozado que paseaba dos veces la acera de enfrente, y sabiendo la historia de cada vestido, manto y cintillo de diamantes. El chisme volaba presuroso á la tertulia y visita; de allí al teatro y á la novela; y todo escritor popular debía tener al dedillo la crónica escandalosa, para sembrarla en alusivas anécdotas y chispeantes epigramas por comedias y libros de esparcimiento. Muchas obras que fueron entónces aplaudidas, hoy nos causan hastio, porque su mérito único vino á consistir en semejantes malicias. Pero ¿qué grande no sería para nosotros el deleite de las soberanas comedias y novelas, si pudiéramos coger todas sus encubiertas alusiones? Luego veremos algunas de las que hay en los dramas de ALARCÓN, respondiendo á los maldicientes, que le tomaron por su cuenta desde que dejó de ser huésped del Marqués de Salinas, y sin nombre de academia quiso que lo fuera su casa, con amigos de su eleccion y gusto.

Y ahora no he de pasar adelante sin decir que en admitir S. M. la renuncia de la presidencia

al Marqués de Salinas tardó cerca de un año; que lo hizo al fin el Monarca á 7 de Agosto de 1617, otorgando al buen servidor la gracia de continuar, durante su vida, en el percibo de los gajes y salarios de presidente; y que á D. Luis reemplazó D. Fernando Carrillo, con la prisa de tomar posesion á otro dia, y con el propósito de derrocar desde aquella altura á su bienhechor el Duque de Lerma. Poco disfrutó el Marqués su jubilacion, pasando á mejor vida treinta dias despues, á 7 de Setiembre, llorado sinceramente de los que le trataron y sirvieron. (326)

En el mes anterior D. Diego de Agreda y Vargas, natural y vecino de Madrid, militar, hijo de un consejero, publicó, parte traducida y parte imitando la historia griega de Aquiles Tacio Alejandrino, su novela de *Los más felices amantes Leucipe y Clitofonte*, y la dedicó á D. Juan de Luna y Mendoza, Marqués de Montesclaros, que habia sido Virey de Nueva España y del Perú. Once composiciones laudatorias van á la cabeza del libro: cuáles de valientes soldados, como D. Fernando de Lodeña, D. Pedro de Narvaez y Juan de Valdivia; cuáles, de tertulios del poeta mexicano, como el licenciado D. Francisco de la Barreda, relator del Consejo de Indias y hermano del secretario del Obispo de Oviedo; y cuáles, de tres personas enlazadas quizá por la

sangre, á saber: Doña Clara de Bobadilla y Alarcon, Doña Beatriz de Zúñiga y Alarcon, y el licenciado DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA. Esta agrupacion de Alarcones y Mendozas, casas desde antiguo emparentadas, honrando ahora más ó ménos directamente á uno de los encumbrados representantes de la familia, no ha de estimarse hecho casual en la vida de nuestro poeta. (327)

ALARCON habia resuelto ganarse la estimacion de varios nobles poderosos, y acercárseles, presumiendo tener su sangre misma, y poder á fuerza de ingenio realzar el apellido que la simbolizaba. De ahí provino el cuidado con que anteponia, por este tiempo, á su nombre el título honorífico de *Don*, no habiéndolo usado, recién llegado forastero, al celebrar en 1612 *El Desengaño de Fortuna*, del teniente de corregidor Careaga. De ahí creció á serle invencible el empeño en adquirir fama por el teatro, rompiendo animoso las más fuertes barreras. De ahí, finalmente, debió de originarse el continuo culto que en muchas de sus comedias rinde á los apellidos *Guzman*, *Luna* y *Mendoza*, porque en estas familias creía vislumbrar el seguro logro de sus mejores deseos. Un Guzman generoso, otro maldeciente y otro enflautado figuran en *La Cueva de Salamanca*, *Las paredes oyen* y *El exámen*

de maridos: los Lunas gallardéanse en *La Industria y la suerte*, *Ganar amigos*, *Los favores del mundo*, *La Crueldad por el honor*, y *La Verdad sospechosa*; y los Mendozas son bello realce de seis de los poemas dramáticos alarconianos. El estudio de los personajes que llevan tales apellidos en las comedias de nuestro DON JUAN, descubriría su ánimo, cuando las escribió, respecto de estas familias, y los malos y los buenos oficios que de ellas recelaba ó se prometía. ¿Tardó mucho en conocer que en palacio el de más calidad atiende solo á su negocio? Corresponden al ruego con buen semblante, con respuesta cortés; más la intencion se halla muy léjos de la respuesta y del semblante. (328)

Dos solas redondillas ofreció al libro de Don Diego de Agreda. Dos quintillas, solas también, compuso en el mismo año de 1617 para celebrar las *Enigmas filosóficas* del Dr. Cristóbal Pérez de Herrera, que siguen á sus *Proverbios morales y consejos cristianos*. Este anciano y excelente poeta salmantino, varon de piedad y prudencia, fué médico de los reyes Felipe II y III, y á la sazón, en 1617, lo era del príncipe que se llamó luego Felipe IV. Peleó cuando mozo como valiente soldado de mar, ganando siete banderas; y en Berbería, contra los alarbes; una estratagema suya hizo que se nos rindieran veinte

navíos enemigos; y por su arrojo y sagacidad libró á Gibraltar del incendio y de un fiero tumulto á Barcelona. El rey Prudente le confió en Madrid la traza y fabrica del Hospital general, seguro de que sabria disponer como nadie el consolador albergue de la desgracia y la pobreza. Su valor, ciencia y experiencia, juntamente que su ingenio, le ganaban la consideracion y el afecto de la corte; ejerciendo para lo bueno influencia en palacio, y oyéndole como á oráculo Don Garcerañ Albabel, futuro arzobispo de Granada, y el Duque de Lerma, ayo éste y maestro aquel del principe heredero. Cuando consagraban, pues, su encomiástica musa al libro de Pérez de Herrera, así el Dr. Maximiliano de Céspedes, médico del Rey, como el generoso valenciano Vincencio Mariner; lo mismo el deleitable novelista Salas Barbadillo que el muy discreto y elegante D. Gonzalo de Céspedes y Meneses; ahora el tierno y delicado José de Valdivielso, capellan del Illmo. de Toledo, ahora el jóven traductor de la *Historia de Leucipe y Clitofonte*; y en fin, cuando entre los vates panegiristas se hallaba junto al humilde nombre de Fray Pedro de los Angeles, franciscano descalzo de la provincia de México, el de la magnífica señora D.^a Catalina de la Cerda y Mendoza, invitado ALARCON á escribir no podia responder con indiscreto silen-

cio. Enardecido su difícil númen lirico para hacer un epigrama, y gozándose con la idea de verse de molde en tan buena compañía, y leido y notado de las personas reales, puso esmero en que á su nombre de pila no dejara de preceder el noble y honorífico *Don*, inscribiendo en la cabeza de las quintillas por ambicioso epigrafe:

AL DOCTOR
CRISTOBAL PEREZ DE HERRERA,
EL LICENCIADO DON JUAN
RUIZ DE ALARCON Y
MENDOZA.

Más de cuatro satiricos alfilerazos habiale de costar, como veremos despues, esta vanidad inofensiva. Ya le morderán el tratar llanamente á quien era de tamaña valía por las armas y letras, y el ponerse *Don*, y el firmar con nombre campanudo y en verso. (329)

Tanto los *Proverbios morales* del Dr. Herrera, como los *Proverbios concordados* que sacó á luz tres años ántes el maestro Jiménez Paton, unos y otros en rima encadenada, brindaban al poeta con un bien provisto arsenal de preciosas máximas de antigua y eterna filosofía, para hacerlas valer en el teatro. (330)

Desde sus primeros ensayos manifestó ALARCON tendencia decidida hácia la comedia de caracteres, moral y sentenciosa, que más y más

fué creciendo. Ni la frialdad y reserva de los hermanos en Apolo, ni sus inclementes censuras, ni mucho ménos las tumultuosas granizadas mosqueteriles, pudiéronle retraer de llevar á las tablas un género nuevo, quitando terreno á la fantasia para dárselo al juicio, obligando á que la inspiracion descendiese de las nubes y se acercase más á lo real y positivo, convidándola á no gustar de lo extraordinario é increíble, y á desentrañar el tesoro de la poesía de lo vulgar y cotidiano. Quiso ofrecer á los ingenios por venir el arte de hablar á un tiempo á la razon y á la fantasia, ostentando el gusto más exquisito.

No era DON JUAN de los que hilvanaban dramas en un santiamén, yendo á puntada larga. Resaltan en sus comedias la inspiracion y el estro, fácil, lozano, vigoroso; pero se encubre sagaz y diestramente la lima y el trabajo inmenso empleádo para formular con la más exacta expresion, y más concisa y clara, rasgos y pensamientos felices. Como ninguna fatiga cuesta al lector el comprenderlos y saborearlos, parécenle improvisadas las obras del vate mexicano, que supo mostrar en ellas la difícil facilidad de Cervantes.

Las revueltas imaginaciones con que batallaba el poeta al renunciar D. Luis de Velasco la presidencia de Indias, inspiráronle una excelente co-

media, á que intituló *Ganar amigos*. Conocia la necesidad que de ellos tiene el hombre, y de buscarlos en todas las clases de la sociedad. Consideraba que en el mundo hemos de valer nos forzosamente unos de otros; y esperando hallarse en el trance duro de haber de servir, tarde ó temprano, á un poderoso príncipe, le dolía que á los que sirven se pintara en la escena cobardes é interesados:

El servir ó ser servido,
En más ó ménos riqueza
Consiste, sin duda alguna;
Y es distancia de fortuna,
Que no de naturaleza.
Por esto me causa el ver
En la comedia afrentados
Siempre á los pobres criados....
Siempre huir, siempre temer.... (331)

Lamentábase de que

Siempre con señores es
Feliz la bufonería; (332)

y aprovechó en este drama la ocasion de poner en su punto, y deslindar, qué hay realmente de plebeyo y bajo en el servir, y qué de humano y digno. El título de criado sonaba entónces bien; pero no el de bufón y lacayo; y vino á censurar diferentes veces ALARCON la intimididad inverosí-

mil con que los lacayos de comedia tratan á sus amos, entrometiéndose en los asuntos de mayor seriedad é importancia. Tirso de Molina, en su comedia de *Amar por señas*, ayudaba oportunamente á la censura; y observa el Sr. Hartzenbusch que nuestro poeta «debía tener convicciones más firmes que sus compañeros, porque ellos, conociendo lo mejor, casi nunca lo practicaban; ALARCON, al contrario, casi la practicó siempre.» (333)

Como de Lope, y con el título de *Amor, pleito y desafío*, se dió á la estampa esta comedia en la parte XXIV, apócrifa, publicada en Zaragoza por Diego Dormer, el año de 1631; pero en el de 1634 cuidó ALARCON de reivindicarla como suya. Aquel rótulo pertenece á otra enteramente distinta, é indudable del Fénix de los ingenios, la cual existe manuscrita en la Biblioteca Nacional, y firmada á 23 de Noviembre de 1621. (334)

Un mes ántes de esta fecha, la reina Isabel de Borbon quiso que se le representara en su cuarto la comedia del licenciado mexicano, obra que llevaba cinco años ya de correr con aprecio por todos los teatros de España. (335)

En *Ganar amigos* aspiró su autor á lo heroico, disponiendo una fábula más complicada que las anteriores, pintando hermosos caracteres, y derramando gallardamente sábia y provechosa

dóctrina al sublimar en el teatro el valor inmenso que tiene la amistad verdadera, y cómo se debe hacer bien á todos y nunca mal á ninguno. Animada tan benéfica leccion en las tablas, ¿qué importa el anacronismo de que el galán D. Pedro de Luna aparezca anunciando al rey D. Pedro el Justiciero que suya es Granada y su tierra, y que viene á servirle en la paz, porque en la guerra no le queda ya nada que hacer?

Con la figura del rey D. Pedro se agolpan á la memoria de ALARCON los alegres dias de Sevilla, calificándola de *envidia de las ciudades*, y le llevan á ponderar sus edificios y á recordar sus famosos tahures, diestros en vivir á costa de los incautos. En fin, en los momentos de bosquejar este drama, seguramente el poeta habia conseguido la victoria de un dilatado desden, y llenode júbilo, como el Quérea de Terencio, rompe la muda prision de los labios, diciendo á voces, en tercera persona y en una redondilla feliz, el gozo que le inunda toda el alma.

Se ha impreso la comedia con los diversos nombres de *Ganar amigos*, *Quien priva aconseje bien*, y *Lo que mucho vale mucho cuesta*. (R)

Otra, por entónces, hubo de dar al teatro, más desarreglada y ménos bien escrita. Y ya, si era de sus primeros ensayos, ó quizá de dos ingenios, y el colaborador hombre de estilo sonoro,

conceptuoso y alambicado, y que en el acto II y parte del III quiso hacer de las suyas, ALARCON no la coleccionó entre las demás obras. Titúlase *La culpa busca la pena, y el agravio la venganza*; donde gustó de ridiculizar los sombreros acandilados, los zapatos agudos, y otras modas que se iban introduciendo en proporcion que los cortesanos se despegaban poco á poco del Duque de Lerma, sin quererle imitar en calzar ancho y acuchillado, ni en el sombrero á lo grave. Menciona el autor la guantería y perfumería de los Morenos, entonces famosa; consagra un recuerdo de estimacion al Fénix de los ingenios, que empezaba á mostrarse despegado; no olvida al incomparable Luis Quiñones de Benavente, cuyos bailes eran aderezo y salvacion de toda comedia; y celebra la música del autor Diego de Vallejo, que ya contaba á RUIZ DE ALARCON entre sus escritores favoritos. (336)

Sin embargo, cierto verso de la escena VII del acto II pudiera retrasar uno ó dos años la composicion de la obra. Cuenta Motin cómo un amigo le iba dando razon de la gente que ocupaba las localidades del teatro:

«¿Veis, dijo, aquella que está
Con el manto de anascote,
Y anda por Madrid al trote,
Ruina del tiempo ya?
Yo la conocí edificio.»

Este verso alude evidentemente al famoso romance que principia:

Escollo armado de hiedra,
Yo te conocí edificio;

del cual aseguró, en 1641, el Dr. Gaspar Caldera de Herrera ser un disfrazado romance que se hizo al mayor valor, caído por no rendir á yugo infame la erguida cerviz, en quien castigaron más el valor que el delito.» No hay duda, pues, que tal composicion fué de las muchas sátiras anónimas disparadas contra D. Rodrigo Calderon viéndole caído. Pero ¿cuándo? ¿Por Octubre de 1611, en que Lerma y Calderon discurrieron el ardid que sirvió luego de argumento á dos comedias de DON JUAN, *La amistad castigada*, y *Cautela contra cautela*? ¿O en 1618, al tiempo que el Duque de Lerma perdió la privanza con Felipe III? ¿O en 1619, cuando en Valladolid mandó el rey prender á D. Rodrigo? Muy difícil juzgo la satisfactoria solucion del problema. En esos tres tiempos corrieron inclementes sátiras, más embozadas las primeras, demasiado transparentes las posteriores, desvergonzadas y soeces las últimas, contra aquel humilde paje, introducido en el servicio del Monarca sobrepujando á los que se creían más dignos; entronizado en el gobierno, haciendo audiencias y consultas, distribu-

yendo los favores sin igualdad, sin eleccion, puesta la mira en los respetos, y á su albedrío la justicia. (337)

Lo disfrazado y alegórico del romance, lo clásico de su corte y la limpieza antigongorina del estilo me mueven á suponerle escrito en 1611.

Pero nos está llamando á gritos el encono de los émulos del poeta mexicano, y la saña de los maldicientes, requemada y podrida por el estimable lugar que ALARCON se iba haciendo con sus bien imaginadas comedias.

CAPITULO X.

Los tres maldicientes.—El Dr. Suarez de Figueroa muere á Ruiz de Alarcon.

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversacion; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así también una cara risueña mueve y alegra el corazón de quien la mira. Alma de paseos y corros las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrojadas cortesmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido, cual goz-

yendo los favores sin igualdad, sin eleccion, puesta la mira en los respetos, y á su albedrío la justicia. (337)

Lo disfrazado y alegórico del romance, lo clásico de su corte y la limpieza antigongorina del estilo me mueven á suponerle escrito en 1611.

Pero nos está llamando á gritos el encono de los émulos del poeta mexicano, y la saña de los maldicientes, requemada y podrida por el estimable lugar que ALARCON se iba haciendo con sus bien imaginadas comedias.

CAPITULO X.

Los tres maldicientes.—El Dr. Suarez de Figueroa muere á Ruiz de Alarcon.

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversacion; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así tambien una cara risueña mueve y alegra el corazón de quien la mira. Alma de paseos y corros las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrojadas cortesmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido, cual goz-

quecillos que, retozando entre sí con inofensivos dentezuelos, riñen y están en paz, se muerden y acarician.

Pero ¡cuán fácilmente las cañas pueden volverse lanzas, y el decidor y chancero pasarse á bufon, y del plácido y sereno gracejar venir á la sátira sangrienta y matadora de honras! El papel más difícil fué siempre el del gracioso, porque sus chanzas han de hacer cosquillas y no doler, y con galano disfraz ha de parecer alabanza y cortesanía la mordacidad, como la censura afectuoso advertimiento. Del corazón alegre y sencillo de Cervantes brotan los donaires y las gracias; del enconado pecho, la sátira maligna, y muchas veces está en la naturaleza del hombre un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre que no se pueden ir á la mano. Aliméntanse de agudezas maldiciosas, y por el gusto de decir una perderán á un amigo y aun la vida. Para estos hombres no valen ni la amenaza ni el castigo, y los antiguos solían compararlos con aquellos pajarracos hambrientos, que de los altares robaban la carne de las víctimas, y también con las arpias, que ensuciaban todo aquello en que ponían la garra.

El maldiciente pica, y á la manera que la avispa y el escorpion, no sufre que le toquen.

Una misma punzante frase, disparada á un hi-

jo, será prevención cariñosa; al amigo, desabrimiento fugaz; á persona desconocida, agravio; al desvalido, cobardía; al desdichado, injuria; desacato, al superior. Cuando el capricho y la desastrosa arbitrariedad de inicuos depredadores tiraniza á los pueblos, parapetándose tras una brutal soldadesca ó un monarca imbécil, ahora se llame Duque de Lerma, Duque de Uceda ó Conde-Duque de Olivares el detentador de la corona, transfórmanse los chistes en aceradas flechas, mortíferos dardos y puñales buidos. Pero cuando la paz y la abundancia resplandecen con el imperio de la justicia, los donaires y las flores del ingenio semejan el atavío de los más hechiceros verjeles. Luego que nació Minerva, hizo Júpiter descender del cielo abundantísima lluvia de oro. Luego que se entronizan los faciosos tiranos, hacen que el ingenio, semejante al río de la Lidia, robe al monte Midas su oro para arrojarlo al mar.

¡Cuánto oro de subidos quilates no desperdiciaron los grandes poetas de aquel tiempo, arrojándolo al mar del olvido, en la funesta ocupación de lastimar mil ajenas honras, aniquilar ilustres créditos, descubrir secretos escondidos, y contaminar linajes claros, como el infame Clodio, que, á vista de modelo vivo, retrató pasmosamente á Cervantes! «Los satíricos, los

maldicientes, los malintencionados (dice) son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos.» Suelen comenzar por atreverse á la despreciable mujercilla que no amparan rufianes valientes y matones, ó por burlarse de la casta y ocasionada mujer que tiene la desgracia de salir á público teatro, y de allí, siendo reidos y aplaudidos, toman ánimos para atropellar por todo. En vano Cervántes, moribundo, les advierte en el *Persiles* que «las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la cual no se perdonan los pecados.» Amonestales fervoroso para que huyan de sacar en público «la verdad de las culpas cometidas en secreto por los reyes y príncipes, porque no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe;» lo cual no ha de servir para enmendarle, sino para desautorizarle y endurecer la condicion del así ultrajado y hacerle pertinaz en su flaqueza. «Todo eso sé (responderá Clodio); pero, con todo eso, jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho mentira ninguna; y si quieren que no hable ó escriba, córtense las manos y la lengua.» Un yerro pro-

videncial hizo que, atravesada aquella lengua viperina por vengadora saeta, quedase en perpétuo silencio. (338)

No parece sino que el mismo trágico fin le pronosticaba Cervántes á un alto sugeto que á la edad de treinta y tres años, en el de 1613, iba por la senda más estrecha de la virtud: ingenio vivo, gentil y gallardo; criado en palacio, maestro de campo en Lombardía, justador en las grandes fiestas de Nápoles, año de 1614; grave y humano al mismo tiempo; liberal con propios y extraños, cortés, magnífico; y prudente y comedido, hasta el instante en que llega á mojar la pluma en satírica hiel contra la actriz Jusepa Vaca, tan perseguida de los señores, y corre de mano en mano el epigrama con aplauso indecible. Vuelve de Italia, descansa feliz en Madrid al lado de una esposa excelente y noble, como de la casa de la Cerda y Mendoza; y dos años después, cuando á 4 de Octubre de 1618 cae del valimiento el Duque de Lerma, echado por su propio hijo mayor, que le sucede en el favor del Monarca, se desarreboza el satírico, no vibrando ya la aguda lanza contra pobres actrices sino contra los que se repartían el poder, ya fueran entremetidos audaces ó ministros de los Consejos supremos. Festiva musa y desenfadada, en traje popular y desaliñado, le inspira; corre en

millares de copias la sátira mordaz; y fuera de cantarla por las calles los muchos, todo lo demás de enhorabuena y elogios empuja al maldiciente en el despeñadero. Para su pluma no hay ministro ni juez que no sea prevaricador, beodo, sufrido y judaizante. Si con efecto decía la verdad, era punible el arrojo, indigna la ocasión y execrable el intento. Destiérrale de Madrid; vuelve; muy pronto, á la muerte de Felipe III (31 de Marzo de 1621), ve el fruto de su maledicencia, en las persecuciones, castigos y muertes de los ministros y privados á quien supo desacreditar ante la pública opinión, y hacerlos despreciables y aborrecibles; alíéntase á combatir con las mismas vedadas armas á los nuevos tiranos que sustituían á los antiguos; y, usurpando su nombre al maldiciente, otros mil, peores y más cobardes y cautos, mancillan toda honra, toda reputación, y aun se atreven á la majestad del solio. El corazón del satírico dejó de latir, partido por alevoso puñal, á 21 de Agosto de 1622. «Tanto valieron los distraimientos de su pluma, las malicias de su lengua; pues vivió de manera que los que aguardaban su fin (si más acompañado, ménos honroso) tuvieron por bien intencionado el cuchillo.» Tal escribía entonces el gran D. Francisco de Quevedo; y tal fué á los cuarenta y dos años de edad la misera suerte del

conde de Villamediana, D. Juan de Tassis, que pudo repetir, á haberle dado treguas la muerte, lo que de sí propio dijo Lope de Vega:

En fe de mi nombre antiguo
Cantan pensamientos de otros;
Tal vez porque, siendo males,
Yo triste los pague todos. (339)

ALARCON, imparcial y severo, aunque seguro de no contentar ni á los verdugos ni á los consternados parientes de la víctima, calificó ésta y el alevoso atentado como se ve en el epitafio que sigue:

Aquí yace un maldiciente,
Que hasta de sí dijo mal,
Cuya ceniza inmortal
Sepulcro ocupa decente.
Memoria dejó á la gente,
Del bien y del mal vivir;
Con esto vino á morir,
Dando á todos á entender
Cómo pudo un mal hacer
Acabar su mal decir. (340)

Maestro de Villamediana en la poesía culta y en irse paso á paso á la sátira, fué el famoso D. Luis de Góngora y Argote. Había nacido en Córdoba, el año de 1561 (diez y nueve ántes que D. Juan de Tassis), hijo del corregidor de la ciudad. Estudió en Salamanca hasta el bachilleramiento;

y sin poder acabar de meterse en la cabeza á Bártulo y á Baldo, los dejó por entregarse todo á los versos, á la música y á la esgrima. Bien la había menester el satirico. Obtuvo una racion en la catedral de Córdoba en 1590: se ordenó de sacerdote á los cuarenta y cinco años, y protegido por D. Rodrigo Calderon, vióse capellan de S. M. (341)

Era corpulento, robusto y bien proporcionado, calvo, y de largo y abultado rostro, los ojos penetrantes y zainos, la nariz corta, la boca chica, la perilla y bigotes muy pequeños. Su condicion, fogosa y áspera, le hacia gustar de groseras putas, ingenioso para dispararlas, fácil en los dietorios, sin freno en la sátira contra la voluntad y la persona. Al despejo é imaginacion ardiente de los nacidos en las orillas del Guadalquivir, unia toda la malicia y travesura de la salamanquina estudiantesa. Y dotado de estro soberano, cuando, por sus letrillas, sonetos y romances, era gala del Parnaso español, quiso inventar una nueva poesia, imprimiéndole cierto especialísimo sello, labrado con las extravagancias de estilo que ávidos acogen los siglos de decadencia y son preensoras de muerte y ruina para las letras humanas.

Quien hallaba siempre á la mano un soneto punzante y malicioso, lo mismo para ridiculizar

los elocuentes sermones del jesuita Florencia y cuanto publicaba Lope, que las traducciones griegas y los bien fundados juicios de Quevedo, ¿cómo no gozarse con la invencion de la nueva poesia, en abrir una guerra literaria que durase dos ó tres generaciones? ¿Podia ocultársele que la censura de Castelvetro sobre *Las Lises de oro*, de Anibal Caro, revolvió todo el concurso de una docta academia? ¿Podia ignorar que las aguzadas plumas de Laurencio Valla y del Poggio vertieron más sangre que tinta? ¿Pudo olvidar, en fin, que un triste signo ortográfico en la inscripcion de la estatua de Anaxenor encendió la guerra entre los magnesios y los pueblos circunvecinos! Góngora se dispuso á arrostrarlo todo, y á dar pronta cara al enemigo que se presentase, como la veleta de bronce que en su palacio granadino colocó el sabio Aben Habuz, figurando un caballero lanza en ristre, pronto á revolverse hácia la parte de donde soplara cualquier viento.

Quien no supo debilidad de hombre afamado á que no asestase virulento epigrama; quien en un soneto serio y desnudo referia los milagros de Isabel de la Paz, la buena moza, que llegó á ser propietaria en la calle del Baño, tullendo á cierto Duque, empobreciendo á cuatro mercaderes, y dejándose por dos años servir de un caballero de la verde espada, ¿cómo se podria con-

tener en sacar á luz las flaquezas de Lope, su envidiado enemigo? Ahora (en 1603) échale en cara que, presumiendo de linajudo, se casase con la hija de un traficante en cerdos y pescado, con la Sra. Juana de Guardio, aquella Juana que iba á lavar al río:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres del escudo;
Porque, aunque todas son de viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgante los de Arcadia! ¡No te corres
De armar de un paves noble á un pastor rudo!
¡Oh tronco de Mi-cól! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos leganeses y vinorres!
No le dejéis en el blason almena,
Vuelva á su oficio, y al rocín alado
En el teatro súdele los reznos.
No fabrique más torres sobre arena;
Si no es que ya, segunda vez casado,
Nos quisiere hacer torres los torreznos. (342)

Ahora, en 1616, hace objeto de mofa las honradas gestiones del monstruo de la naturaleza por alcanzar bienhechor asilo, en los Trinitarios descalzos de Jesus y en las Trinitarias de San Ildefonso, á dos hijos ilegítimos, que luego brillaron en santidad y virtud, con los nombres de fray Luis de la Madre de Dios, habido en una cómica, y sor Marcela de San Félix, nacida de doña Maria de Lujan:

Antes que alguna caja luterana
Convierta á Hernandico en mochilero,
Y ántes que algun abad y balletero
Le dé algun saetazo á Sebastiana,

Procuradles, hoy ántes que mañana,
Como padre cristiano y caballero,
A la una un seráfico mortero,
Y á el otro una dominica campana.

Si os faltáre la casa de los locos,
No os faltará Aguilar, á cuyo canto
Salta Pan, Vénus baila, Baco entona.

El se aprovechará de vuestros cócos,
De su rabazo vos: que es todo cuanto
Se pueden dar un galgo y una mona. (343)

Ahora, en fin, por el otoño de 1617, descubre en unas décimas y con nombres propios, ciertas relaciones amorosas, muy secretas é ilícitas del incomparable dramático. El cual pide traza á su ingenio, y se vale de anónimos, y busca respetos de poderosos magnates para hacerse lugar en el corazon del cordobés ó apriornar su pluma. Cuando pierde toda esperanza de ganar aquel endurecido pecho, abre el suyo á su amigo el Duque de Sessa, diciéndole: «Si en el mar de la murmuracion se pierden bajeles de alto bordo, anéguese mi pobre barquilla, tan miserable que apenas se ve en las aguas; y á quien, por cosa inútil, pudieran perdonar las olas de la ociosidad y los vientos de la envidia.» (344)

El ejemplo de la indigna y execrable sátira cunde, y no tardará mucho en que todos la imiten, cayendo en tal bajeza, aunque más tarde (en 1627), el gigante espíritu de Quevedo. El severo filósofo, el grave aristarco saca á la vergüenza el nombre de Lope, el de la mujer que le correspondió, y otro más, sin que le detuviera el encontrarse aquella señora vieja y ciega; porque la infernal musa le empuja á llamar Lopillo al inmortal ingenio, á calificarle de público truhan y bufon, y á narrar las vicisitudes de su vida:

.....
 Cuando fué representante,
 Primeras damas hacia;
 Pasóse á la poesía
 Por mejorar lo bergante.
 Fué paje, poco estudiante,
 Sempiterno amancebado,
 Casó con carne y pescado;
 Fué familiar y fiscal,
 Y fué viudo de a-rabal,
 Y sin orden, ordenado. (345)

Con asco y horror hay que apartar la vista de estos escándalos, y lamentar que así perdieran el tiempo, la sávia poética, la fama y la honra, hombres de tan vigoroso entendimiento.

Góngora enseñó á Villamediana el camino de

la arriesgada sátira política, ensañándose en 1607 contra el licenciado Alonso Ramírez de Prado, consejero real y de Hacienda, que por aquellos dias acababa de ser envuelto con el Conde de Villalonga en fiera persecucion, como malversadores ambos de las rentas públicas. Aquella sátira halagaba entónces á un valido fuerte y poderoso, y no trajo amarguras á D. Luis; ántes bien hubo de empeñarle, por Setiembre de 1612, en disparar un dardo envenenado contra su protector D. Rodrigo Calderon, que se supuso caido de la privanza con el Duque de Lerma. Cuando con asombro corria por Madrid la voz de que D. Rodrigo acababa de probar en Flándes ser hijo del Duque de Alba D. Fadrique, renegando de los que le dieron el sér, Góngora rompe dignamente en aquella famosa letrilla:

Arroyo, ¿en qué ha de parar
 Tanto anhelar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar?
 —Carillejo en acabar
 Sin caudales y sin nombres,
 Para ejemplo de los hombres.—
 Hijo de una pobre fuente,
 Nieto de una dura peña,
 A dos pasos los desdeña
 Tu mal nacida corriente....

Pésame que el desengaño
 La vida te ha de costar.
 Arroyo, ¿en qué ha de parar
 Tanto arribar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar. (346)

No siendo el vate cordobés tan sagaz como el teniente de corregidor Marqués de Careaga, en conocer que D. Rodrigo no había perdido el invencible afecto del Duque, valióle una cárcel su justo desenfado; pero en viéndose libre, juró y cumplió no volverse á meter con los políticos ni con los poderosos:

Ministros de mi rey, mis desengaños
 Los piés os besan desde acá, sea miedo
 O reverencia á satrapas tamaños.
 Adios, mundazo: en mi quietud me quedo. (347)

Y estúvele mejor satirizar de allí adelante á solo alegres damas, vagabundos actores, y extasiados poetas, que podían desquitarse con diatribas, y no responder con encierros y estocadas.

Por el año de 1617, en que empezó ALARCON á dar mayor número de comedias al teatro, un tercer maldiciente, de otra indole que Villamediana y Góngora, traía revuelta la corte; y con él tuvo que habérselas el mexicano. Era doctor

por Salamanca, hombre de entendimiento y de laboriosidad incansable, pero que no perdonaba ni á los vivos ni á los difuntos. Al revés de Cervantes, que no quería que salieran á la luz las culpas de los muertos, él hasta les formaba capítulos de culpas con las más altas y generosas acciones. Buen poeta, insigne traductor de *El pastor Fido*, tragi-comedia pastoral del Guarini, y émulo de Montemayor, oponiendo á su *Diana*, *La constante Amabilis*; tanto se apresuró á escribir, que desde 1603 á 1612 compuso ocho libros. Sirvió diez y seis años á su rey, administrando justicia y dando buena cuenta de lo que estuvo á su cargo, ya como auditor de la infantería española en el Piamonte y Saboya, ahora como abogado fiscal de la provincia de Martesana, ya siendo juez de Tiramo (reino de Nápoles) y comisario contra bandoleros. Había nacido en Madrid, y se firmaba Dr: Cristóbal Suarez de Figueroa. (348)

Su pluma corre con desenfado y belleza, pero destilando hiel en el trecho que ménos puede esperarse. Quevedo, superior en la profundidad y alcance, no tiene frases mucho más felices y atrevidas que Figueroa para pintar el gobierno de los malos é ignorantes, á los ambiciosos y serviles, á escolares y académicos, á los ociosos y lindos galancetes de capa y espada. Pero, sin

aguardar á que se metieran con él, daba de improviso un botonazo á Jáuregui, á Pedro de Espinosa, Góngora, Quevedo, al anacreónico Villégas, á Lope y á todo escritor famoso; y no viendo el envidiado, complaciase en morderle, pagando con fiera ingratitud la deuda de constantes alabanzas. Al año de muerto el autor del *Quijote*, se goza en maldecir de que, habiéndole sucedido naufragios en el discurso de su vida, los hubiera entregado á la fama en sus novelas. Y sin piedad, quizá sin razon, y sobre todo sin originalidad (repitiendo lo que de sí mismo dijo Cervántes en su *Viaje del Parnaso*), le llama autor de sus propios y grandes infortunios; y se arroja á sentenciar que el haberlos tomado por argumento ó episodios de sus obras, solo podia servir de manifestar al mundo su imprudencia, firmando de su mano sus mocedades, escándalos y desconciertos. Táchale el título de *ejemplares* puesto á las *Novelas*; llama abultado y hueco el de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*; critícale porque hizo versos en la vejez para certámenes literarios; y búrlese de la publicacion de las ocho comedias, y aguarda que se representen en el valle de Josafat, donde no ha de faltar auditorio. En fin, envidiando aquel pincel maravilloso, á que otro ninguno iguala, sueña que le deslucen el maldiciente Figueroa con

escupir sobre la sepultura de Cervántes estas venenosas palabras: «No falta quien ha historiado sucesos suyos, dando á su corta calidad maravillosos realces, y á su imaginada discrecion inauditas alabanzas; que, como estaba el paño en su poder, con facilidad podia aplicar la tiserá por donde la guiaba el gusto. Errar es de hombres; y perseverar en los yerros, de demonios. No sé qué tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta y liga los sentidos luego que se comienza á ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico tras otro, y sea lo que fuere. *Anda toda la vida el autor en éxtasis, roto, deslucido, y en todo olvidado de sí.* Si es imaginativo y agudo en demasia, pónese á peligro de apurar el seso, *conceituando cómo le perdieron algunos que aun viven.* Si es algo material, bruma á todos, abofeteando y ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, *haciendo prólogos y dedicatorias al punto de espirar.* Dios os libre de tan gran desdicha. Dad paz á vuestros pensamientos. Seguid recreo más terrestre y ménos espiritual; que así pasaréis mejor la vida, y así poseeréis más dineros.» (349)

¡Conque, en 1617, y muerto Cervántes, aun vivía el modelo que le sirvió para trazar la figura

de D. Quijote! ¡Conque, en sus obras, el Apé-
les de la naturaleza vino á describir su propia
vida y sucesos, dándoles maravillosos reales!
¡Conque, era verdad el éxtasis en que Cerván-
tes pasaba la vida, como aquellos poetas que
diseñó en el *Viaje del Parnaso*! ¡Conque, roto
y deslucido su traje, y morando en los espacios
imaginarios, se atrajo el despego de los demás
y el olvido y pobreza! Figueroa estaba por lo
positivo:

Ouro el prata; que esta vida
Naõ sustentao papeis naõ. (350)

Así al muerto Cervántes le pagaba el afectuoso
recuerdo del *Quijote*, y este del *Viaje del Par-
naso*:

Figueroa es estotro, el doctorado,
Que cantó de *Amarili la constancia*
En dulce prosa y verso regalado.

Es de esperar que los cervantistas, que tanto
discurren buscando el original de D. Quijote,
redoblen sus pesquisas, enardecidos por el tes-
timonio de Figueroa, en que no creo se haya re-
parado hasta ahora.

Si la muerte y elogios no escudaron á Cer-
vántes contra el mordaz vallisoletano, ¿cómo
podía escapar ALARCON de la lengua del maldi-
ciente? Un licenciado, que en el hábito de su pro-
fesion presume de atildado y limpio, vistiendo bien
cortada sotanilla, capa de gorgoran de Nápoles,
siempre lustroso, erujidor y casi por estrenar,
sin ser ménos lucido en el restante ornato de zapa-
to, medias y ligas, cuello, sombrero y guantes; un
advenedizo, que tiene osadía para pretender gra-
ves oficios, y se imagina con dicha para alcanzar-
los, y ánimo para ejercerlos y gobernar el mundo;
enfin, un contrahecho, descolorido y flaco, de fren-
te ancha y despejada, melancólicos ojos, chupado
de mejillas y puntiagudo de barba, que hace con
su ingenio olvidar á las hermosas mujeres lo ri-
dículo de su jiba, era para desatinar á Figue-
roa. (351)

En el libro de *El pasajero, advertencias
utilísimas á la vida humana*, esparció muchas
de las pullas con que quiso mortificar el amor
propio de ALARCON, y á que éste respondió en el
teatro. Figueroa desafiaba en tan singulares dis-
cursos á las mismas personas de quien maldecía,
advirtiéndoles tener «ánimo de inmortalizar á
alguno de estos inhábiles, destos ignorantes (—di-
go quiénes eran: Lope, Góngora, ALARCON, Cer-
vántes, Quevedo!) destos engreidos;» y excitaba-

los á publicar los brutos partos de su capacidad, y que despues hablen. «Mas en tanto echen de ver que no me escondo tratándolos, sino que hablo de modo que de eualquiera pueda ser entendido.» ALARCON no se hizo de rogar, é introduciendo en la escena á un criado con nombre de Figueroa, respondió victoriosamente á todas las malicias.

Pero lo uno y lo otro requieren capitulo aparte.

CAPITULO XI.

Sacúdense Alarcon de las pullas y malicias de Figueroa.—Lope rostrituerto, y zaherido por el mexicano.—Recoge el guante D. Antonio de Mendoza, en defensa del Fénix de los ingenios.—El regidor Juan Fernández y su huerta famosa.—“Las Paredes oyen,” “La Prueba de las promesas” y “Mudarse por mejorarse.”

1617

«Las Indias para mí no sé qué tienen de malo (decia Figueroa), que hasta su nombre aborrezco. Los hombres, qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interres, al ahorro; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presuncion es como quiera! Todos, sin ellos, ignoran; todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduria y la más fina agudeza solo en estar siempre en la malicia, en el engaño y doblez. ¡Notables sabandijas crían los limites antárticos y occidentales!» (352)

En otra parte retrata á un mexicano de per-

los á publicar los brutos partos de su capacidad, y que despues hablen. «Mas en tanto echen de ver que no me escondo tratándolos, sino que hablo de modo que de eualquiera pueda ser entendido.» ALARCON no se hizo de rogar, é introduciendo en la escena á un criado con nombre de Figueroa, respondió victoriosamente á todas las malicias.

Pero lo uno y lo otro requieren capitulo aparte.

CAPITULO XI.

Sacúdense Alarcon de las pullas y malicias de Figueroa.—Lope rostrituerto, y zaherido por el mexicano.—Recoge el guante D. Antonio de Mendoza, en defensa del Fénix de los ingenios.—El regidor Juan Fernández y su huerta famosa.—“Las Paredes oyen,” “La Prueba de las promesas” y “Mudarse por mejorarse.”

1617

«Las Indias para mí no sé qué tienen de malo (decia Figueroa), que hasta su nombre aborrezco. Los hombres, qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interres, al ahorro; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presuncion es como quiera! Todos, sin ellos, ignoran; todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduria y la más fina agudeza solo en estar siempre en la malicia, en el engaño y doblez. ¡Notables sabandijas crían los limites antárticos y occidentales!» (352)

En otra parte retrata á un mexicano de per-

pétuo bonete y guantes, que viene á Madrid, más con el deseo de tratar hombres de buenas letras, que otras cualesquier pretensiones, no obstante tuviese muchos servicios en que fundarlas. Su mayor instancia consistió en que le introdujeran con los más famosos poetas y autores de libros que se hallasen en la corte. (353)

Nada de esto podría ir contra tejado conocido: á tantas personas sería entónces aplicable. Pero donde ya echa á un lado el maldiciente la careta es al verle firmarse DON JUAN; apropiándose este título honorífico del *don*, que ántes no usó en la décima puesta al frente del *Desengaño de Fortuna*, y hacer ostentacion del apellido *Mendoza*. Con ello entra en noticias, aunque embozadas, curiosísimas, respecto de la familia y situacion del poeta. «No suena á propósito el González (escribe aludiendo al vulgar sobrenombre de *Ruiz*), que, si bien de cristiano viejo, es apellido comun. Aunque en este particular fácil fuera prohibirse el más respetado y antiguo de Toledo, Manrique ó *Mendoza*, pues saben hacer semejantes emblecos *hasta los hijos de nadie, contrahechos y advenedizos*. Y gran ventura alcanzan los plebeyos, que introduciéndose á picaros, iba á decir á caballeros, les cupo en suerte nombre abultado y sobrenombre campanudo: DON JUAN, D. Sancho, D. Alonso, etc. (—DON JUAN RUIZ

DE ALARCON.) Uno conocí, cuyo padre, siendo oficial de bien, un platero honrado (—el padre del escritor insigne cuidaba del laboreo de las reales minas y plata de Tasco), granjeó mediana hacienda; con que se le metió al hijo en el cuerpo este demonio que llaman Caballería. Vinole á pelo el nombre, de gentil sonido, aunque comun (—JUAN); y arrimóle una noche la primer primicia desta locura, y amaneció hecho un *Don*. Murió en este inter el padre, cuya vida y oficio enfrenaba en alguna manera el apetito caballeril del hijo; y aqui fué quitarse el mayorazgo del todo la máscara (—era el mayor de sus hermanos), abriendo su *casa para conversacion*, asistiendo en las ruedas, si no discreto *ni gentil-hombre*, por lo ménos *con traje y atavío de caballere*.» (354)

En fin, el párrafo en que retrata de cuerpo entero al dramático, dice de esta manera: «Importa excluir de públicos oficios á sugetos menores de marca, hombrecillos pequeños, sin que obste el brocardico del filósofo: *La virtud unida es más fuerte que la dilatada*. (—Lope de Vega le recordó tambien á RUIZ DE ALARCON este apotegma, en su *Laurel de Apolo*); puesto que es bien agudo el raton, y perece al primer rasguño de un gato. Si el chico, aunque bien formado y capaz, debe hallar repulsa en lo que desea, si

ha de representar autoridad con su persona, mucho mayor es justo la halle *el gimio en figura de hombre, el corcovado imprudente, el contrahecho ridiculo*, que, dejado de la mano de Dios, pretendiere alguna plaza ó puesto público. Es de reir ver los *polidetes y ataviados* como muñecas, hechos *matantes de las más hermosas*; aunque algunas los aborrecen sumamente, y no pocas casadas tienen asco de su compañía. » (355)

Llegar á Madrid el mexicano, y tropezar su triste figura en la envenenada lengua del atrabiliario Figueroa, fué un punto mismo. Tomó por su cuenta el Doctor al Licenciado; y no pudiéndose ya contener éste, hizo decir al estudiante Zamudio, en *La Cueva de Salamanca*:

DON DIEGO.

¡Que la corte sufra tal!

ZAMUDIO.

Pues esto ¿es mucho? Un letrado
Hay en ella, tan notado
Por tratante en decir mal,
Que en lugar de los recelos,
Que dan las murmuraciones,
Sirven ya de informaciones
En abono sus libelos;
Y su enemiga fortuna
Tanto su mal solicita,
Que, por mas honras que quita,
Jamás le queda ninguna. (356)

¿Qué más deseaba el maldiciente sino que ALAR-

con se picase? Logrado este gusto, ya se creyó autorizado para sembrar de pullas contra el jobeta el libro de *El Pasajero*.

Quando á fines de 1617 corrió del molde esta obra, excitando la curiosidad y el aplauso de los mordicantes, por ser fáciles de coger al vuelo sus cáusticas agresiones contra muertos y vivos, RUIZ DE ALARCON tenia en el telar dos comedias para la compañía de Vallejo, á saber, *La Prueba de las promesas* y *Mudarse por mejorarse*; y una en primer bosquejo, sacando á la vergüenza el torpe vicio de la murmuracion, poema de empeño, que se habia de nombrar *Las paredes oyen*. Pero escuchando á cada hora quien no era de cal y canto, nuevas de cómo se traducian y comentaban en el jardin de las Damas y en la huerta de Juan Fernández las malicias de *El Pasajero*, se decidió á concluir este drama lo antes posible, y en seguida los otros dos, que ya tocaban á su término, á fin de contestar en el teatro á las que más le escojian. (357)

Ninguna de las indicadas comedias tan á propósito como *Las Paredes oyen*, para combatir decidida y valientemente la maledicencia, ya nazca de viciosa costumbre, ya á impulsos de la soberbia y envidia, ya del atrevido descaro y deseo de gracejar, ya sea, finalmente, un ardid de guerra y como extremo recurso:

Por el mal medio condeno
 El buen fin: todo lo igualo;
 En que veréis que lo malo
 Aun para buen fin no es bueno. (358)

Al trazar y estudiar el admirable cuadro de *Las Paredes oyen*, tuvo por modelos el poeta al Conde de Villamediana, á D. Luis de Góngora y al Dr. Suárez de Figueroa. Cuidó con peregrino arte de presentar en el murmurador y maldiciente un sugeto noble, rico, de buen ingenio y de gallarda apariencia, á quien tan poderosas cualidades no libran de que por su mordacidad venga á perder el afecto y posesion de la mujer amada. Y enfrente de este símbolo de la maldicencia puso la figura de la modestia y comedimiento, de la tolerancia y discrecion, en un caballero tan falto de prendas físicas y bienes de fortuna como rico en virtudes, en quien se quiso retratar el poeta, y á quien, para vivo resalte de su intencion, dió el nombre de Don Juan de Mendoza; esto es, el propio suyo de pila y el tercer apellido, con que Figueroa tan aceradamente le punzaba. ¡Qué polvareda no debió de armar la sátira del Doctor, cuando ya no estuvo en arbitrio del Licenciado desahogar su pecho por boca de los interlocutores de esta comedia, aun cuando, segun su parecer:

Lo que siente el pensamiento
 No siempre se ha de explicar! (359)

Empeñándose Figueroa en hacer odiosa y repugnante para las mujeres la figura del jorobado, éste procuró advertirles, en preciosos versos, que no han de ver en el hombre la gentileza ó la hermosura, porque la gentileza del varon está en lo noble de su sangre, y la hermosura en su ciencia y entendimiento, quedando para las mujeres locas y necias prendarse de lo que salta á la vista, prontas á casarse con un asno con tal que sea de oro.

A los que hallan solaz y entretenimiento en las palabras del murmurador, recuerda:

Que cada cual entre sí
 Dice, oyendo al maldiciente:
 «Este, cuando yo me ausente,
 Lo mismo dirá de mí.»

No se cansa de aconsejar que

A toda ley hablar bien,
 Que á nadie jamás dañó. (360)

Y cuando se complace en no dejar hueso sano al hinchado murmurador, le trae á cuento los lances del juego de pelota, donde se la vuelven los unos á los otros; y si el jugador se rompe una pierna, y ve ufano y soberbio:

Al compás de su dolor
 Ir brincando la pelota,

no desespera de desquitarse algun dia:

Porque no hay gusto mayor
Que apalea á un hinchado. (361)

Al escribir *Las Paredes oyen*, anunciando ALARCON toda clase de desdichas al maldiciente y hasta un desastroso fin, ¿cómo habia de soñar siquiera en que profetizaba, si no la de Figueroa, la misera suerte del Conde de Villamediana? ¡Ay, si para el escarmentar pudieran servir los ejemplos saludables que pone de hulto el apólogo! Pero el hombre no escarmenta sino en cabeza propia.

El desenlace de *Las Paredes oyen* se verifica en un jardin, por ventura el de las Damas, donde iban á solazarse las señoras, y donde el libro del maldiciente habia dado ocasion á no pequeños ni caritativos comentarios. (362)

Hizo por mucho tiempo esta excelente comedia las delicias del público madrileño; y, como nunca, se volvió á representar en los primeros años del reinado de Felipe IV. La célebre Amarilis (Maria de Córdoba) superó los deseos del escritor en el papel de D.^a Ana; y el maravilloso Damian Arias de Peñafiel y el discreto Bobadilla, encargados de las antitéticas y características figuras de D. Juan y D. Mendo, subieron de punto la ficcion dramática hasta confundirla con la más bella realidad. Arias tenia voz clara y prodigiosa memoria, accion sumamente

viva, movable rostro, feliz para expresar el comedimiento y la modestia; al extremo de que, representando la comedia de Lope y de Montalban, intitulada *La Tercera Orden de S. Francisco*, fué tal la uncion y gravedad con que Arias hizo el papel del Santo, que los espectadores creían tener delante una aparicion milagrosa. De sumo gusto fué para ALARCON ver retratada su alma en tan bella y poética figura como la de Damian Arias de Peñafiel. (363)

Un ejemplar manuscrito de *Las Paredes oyen*, que parece autógrafo del poeta, con el reparto de los cómicos y variantes muy curiosas, conserva la biblioteca del señor Duque de Osuna. De este documento precioso importa conocer la redondilla final, porque demuestra el acierto con que ALARCON retocaba sus obras. En el manuscrito que sirvió para el teatro, concluye la comedia diciendo:

Y pues que los daños ven
De los necios maldicientes,
Sacratísimos oyentes,
Desta comedia hablad bien.

Oportuno remate, en verdad, para el estreno; pero ¡cuánta mayor agudeza y más permanente aplicacion no ofrece la reforma hecha para la estampa!

Y pues este ejemplo ven,
Suplico á vuestras mercedes
Miren que oyen las paredes;
Y á toda ley hablar bien.

En *Las Paredes oyen* satiriza por vez primera nuestro moralizador Aristarco al Fénix de los ingenios; lo cual prueba que Pope, desabrido por los muchos favores que de las Musas lograba el jorobado, hacia corro ya con los émulos para maldecir de ALARCON y de sus obras. Sin embargo, no fué sazón bien elegida para el desquite aquella en que se sacaban á la vergüenza maldicientes y murmuradores.

Recuérdese en el tercer acto, escena sexta, el diálogo entre la criada Celia y D.^a Ana, su señora, enamorada ya de D. Juan:

CELIA.

¿Declarástele tu amor?

D.^a ANA.

¿Tan liviana me has hallado?

¿No basta haberle mostrado
Resplandores de favor?

CELIA.

¿Liviana dices, despues
De dos años que por tí
Ha andado fuera de sí!

Bien parece que no ves
Lo que en las comedias hacen
Las infantas de Leon.

D.^a ANA.

¿Cómo?

CELIA.

Con tal condicion
O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento.

Era una de estas andantes doncellitas el alma de famosa comedia de Lope, que lleva por nombre *Los Donaires de Matico*, desde 1609 coleccionada y puesta al frente de todas las del incomparable dramaturgo. El cual indignóse con el desacato y audacia del jorobeta; y, tirando la piedra y escondiendo la mano, supo hacer que tambien en público teatro le diera oportuna lección un jóven ilustre y con todos bienquisto, paraninfo de los predicadores, retrepado siempre en los coches de los grandes y títulos, condecorador de todas las damas de Madrid, asistente perpétuo á la comedia, calificador de los sermones entre los poetas, y de los dramas entre los oradores sagrados; consultor de los sonetos, embajador de la señoría de la discrecion en esta

corte, agente de la Puerta de Guadalajara, y Mercurio de las nuevas y sátiras de estos reinos. El hombre á quien así retrató Lope en una carta, llamábase D. Antonio Hurtado de Mendoza; y por su tacto cortesano, rostro afable y delicado porte, hizose lugar, y acertó á conservarle, en el regio alcázar, ganándose la pública denominacion de *el discreto de palacio*. (364)

Mendoza, con efecto, en su comedia de *Más merece quien más ama*, jornada segunda, escena tercera, buscó la forma de responder al audaz mexicano y matar dos pájaros de una pedrada, censurando de paso al maestro Tirso de Molina, afectuoso camarada de DON JUAN.

Para ello dispone que el principe Rosauero se decida á tomar el disfraz de cazador, y así poder servir á la princesa Fidelinda; pero el criado Buron rechaza semejante vestido, oponiendo que la ley de los disfraces exige el de jardinero. Y, puestos los ojos en el fraile de la Merced, forja en relacion el argumento de un drama, donde el principe con este traje, de rigor en las comedias, ha de presentarse dentro del jardin y ser visto de la Infanta, la cual se enamora de él sin remedio, y sabe que es amada, descubriéndoselo el galan por los nombres de las flores de un ramillete. Resuelta la ilustre dama en adorar al encubierto amante, le citará para hablarle por la pared

del jazmin; el principe mostrará desconfianza cortés,

Y amaneciendo despues
Cualque principe de Tracia,
Se irá contigo al momento;
Y acabará en la montaña
El rio de la maraña
En el mar del casamiento.

ROSAURO.

Culpa ahora muy despacio
Las comedias en que tantas
Mal ofendidas infantas,
Sin decoro, de palacio
Se huyen cada momento,
Siendo el palacio un sagrado
Adonde no entra el cuidado
Ni se atreve el pensamiento.

BURON.

Un poeta celebrado
Y en todo el mundo excelente,
Viéndose ordinariamente
De otro ingenio murmurado
De que, siguiendo á un galan,
En traje de hombre vestia
Tanta infanta cada dia,
Le dijo: «SEÑOR DON JUAN,
Si vuesarced satisfecho
De mis comedias murmura,
Cuando con gloria y ventura
Nuevecientas haya hecho,

Verá que es cosa de risa
El arte; y sordo á su nombre,
Las sacará en traje de hombre,
Y aun otro dia en camisa.
Dar gusto al pueblo es lo justo:
Que allí es necio el que imagina
Que nadie busca doctrina,
Sino desenfado y gusto.»

ROSAURO.

En sus comedias contemplo
Que las celebran y admiran
Cuantos juntamente miran
Al deleite y al ejemplo.

Paréceme que no debió representarse ántes del año de 1619 esta fábula de Mendoza, supuesto que en la *Oncena parte* de las comedias de Lope, sacada á luz en 1618, el Teatro (que hace el prólogo) se apresura á decir á los lectores, que llegaban ya al número de ochocientas las comedias del monstruo de la naturaleza; y hasta la *Parte catorce*, dispuesta para la estampa en 1619, no se arrojó á decir el autor, en la dedicatoria de *El verdadero Amante*: «Yo he escrito nuevecientas comedias.»

Bien merecía respeto quien llenó el mundo de tantas comedias propias, felices y bien razonadas: tantas, que en el año de 1615 (segun testimonio de Cervántes) pasaban de diez mil pliegos los que

tenia escritos, y todas las habia visto representar ú oido decir que se habian representado.

Firme ALARCON en su parecer, y no nada arrepentido, al rehacer su comedia de *El Desdichado en fingir*, y darle nuevo título en el de *Quién engaña más á quién*, volvió, algunos años despues, á morder á Lope, intercalando en la escena sexta del acto segundo la misma alusion en *Las Paredes oyen*, y casi con las mismas palabras.

No hizo, pues, caso alguno de la advertencia de Mendoza, el cortesano; y se preparó tan solo á no perder la ocasion de las otras dos comedias, que dijimos hallarse en el telar, para responder por sus puntos á Figueroa.

De no pequeño momento era ya para Ruiz de ALARCON dejar en claro, quanto ántes, por qué «arrimó á su nombre, una noche, la primer primicia de su locura,» y teniendo costumbre de firmarse JUAN, se puso desde allí DON JUAN:

¡Remoqueticos al don!
Huélgome, por vida mia.
Mas, escúchame, Lucía;
Que he de darte una lición
Para que puedas saber,
Si á murmurar te dispones,
De los pegadizos dones
La regla que has de tener.

Si fuera en mí tan reciente
 La nobleza como el don,
 Diera á tu murmuracion
 Causa y razon suficiente;
 Pero, si sangre heredé
 Con que presuma y blasone,
 ¿Quién quitará que me endone
 Cuando la gana me dé?
 ¿Qué es *don*, y qué significa?
 —Es accidente del nombre,
 Que la nobleza del hombre
 Que le tiene nos publica.
 Pues, pregunto agora yo:
 Un hábito ¿es cosa fea
 Ponérsele, cuando sea
 Viejo un caballero? No.
 Luego, si es noble, es bien hecho
 Ponerse don siempre un hombre,
 Pues es el don en el nombre
 Lo que el hábito en el pecho. (365)

Así dice, por boca de Tristan, en *La Prueba de las promesas*, comedia de que quiero decir dos palabras. Leyendo *El Conde Lucanor*, de Don Juan Manuel, en edicion sevillana hecha por Argote de Molina el año de 1575, aquella antigua floresta de preciosísimos apólogos brindóle con uno que, ó le pareció de admirable efecto en el teatro, ó interpretaba quizá oculto resentimiento del poeta. Que los hombres cuando solicitan y esperan se ostentan bizarros en prometer, y en llegando la hora de la paga

se tornan desagradecidos y aun crueles, amargo desengaño es que el mundo ofrece cada dia. Que por las virulentas sátiras de Villamediana, durante el invierno de 1617, contra los ministros y personas influyentes en el gobierno de la Monarquía, soliviantada la opinion, habíase de encender en ira el honrado pecho, considerando la corrupcion de los poderosos y favoritos, tan prodigos en deslumbradoras promesas, y tan opuestos á las buenas obras, es un hecho sobre que no cabe disputa. ALARCON, á fuer de filósofo y moralizador, no podía ser mudo en tan apropiada fábula, ni contenerse en reprobar los excesos del poder, y con ellos los desórdenes públicos. Diviértese juntamente en ridiculizar algunas costumbres del tiempo, como la de usar pantorrillas postizas, que se vendian en las covachuelas de San Felipe el Real; con desden habla de las casas de conversacion, y así contesta á la injuria de Figueroa; y responde, tambien, á los que le echaban en rostro haber abandonado su patria:

¿Mi patria? Patria es aquella
 Donde tiene amor su bien; (366)

dando tan delicada prueba de cariño á la señora de sus pensamientos. Salpica finalmente el diá-

logo de máximas bellas y profundas, como las que se me vienen á la memoria:

Porque hay favorecidos, hay celosos;
Despierta el cuidadoso al descuidado,
Y desdichados hay porque hay dichosos. (367)

Desplegando tanta gala de ingenio, contando á tanto, y puestos los ojos en tantas cosas, jamás pierde de vista que la unidad del drama está en condenar el desvanecimiento del poder, y la ingratitud, crujendo el látigo contra los miserables reptiles, ambiciosos de prometer cuando solicitan y se encuentran desvalidos, y luego los más duros en agradecer y cumplir sus promesas el día que ven satisfecho su deseo; pues creen no haber menestar ya la ayuda de nadie, por mirarse tan altos, ó mucho más, que sus favorecedores.

La última de las comedias que estaban en farsa al salir á luz *El Pasajero*, fué la muy linda, de costumbres y caracteres, que se intitulaba *Mudarse por mejorarse*, impresa tambien con los nombres de *Dejar dicha por más dicha*, y *Por mejoría mi casa dejaría*; una de las más tersas, y quizá la más arreglada de cuantas compuso ALARCON. Préstale singular realce las bellezas de forma y de pensamiento que esmaltan

el diálogo; en tanto que la verdad, la gracia y delicadeza con que ideó los tipos de las mujeres, dejan ya ver al maestro, cuya admirable viveza de ingenio sorprende, y cuyo gran conocimiento del corazón humano cautiva.

La mudanza y la firmeza han de ser, mientras dure el mundo, el gran pleito de amor:

LEONOR.

Firme es quien hace desprecio
De otra ocasion más dichosa.

GON GARCÍA.

Confieso, Leonor hermosa,
Que ese es firme; pero es necio.

LEONOR.

¿Luego en quien fuere discreto
No hay que poner confianza.
Si disculpa la mudanza
El mejorar de sugeto?

DON GARCÍA.

Claro está.

LEONOR.

Pues siendo así,
Y que os tengo, Don García,
Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí,

Perdóneme vuestro amor;
Que á resistir me prevengo,
Hasta que sepa si tengo,
Otra sobrina mejor. (368)

Pues esta fábula escogió el corcovado para introducir un Figueroa de su invencion, escudero, el cual respondiera al escritor de carne y hueso Figueroa, que osó negar á DON JUAN RUIZ DE ALARCON el noble y tercer apellido de MENDOZA:

Aun con solo un nombre, veo
Que no me dejan vivir,
Y hay quien ha dado en decir
Que sin razon lo poseo;
Mas procuren de mil modos
Los malsines murmurar;
Que, por Dios, que al acostar
Estamos desquitos todos. (369)

Y con tal desprecio concluye por tratar el libro de *El Pasajero* y á su autor en la escena II del último acto:

MENCIA.

Si Figueroa porfia
Que lleva puesta la proa
En eso....

LEONOR.

¿De Figueroa
Haces tú caso, Mencía?

MENCIA.

Hace libros.

LEONOR.

El papel

Echa á mal.

MENCIA.

Pues, por mil modos,

Dice en ellos mal de todos.

LEONOR.

Y todos, dellos y dél.

Quien, sin saber qué hacen, distingue á lo léjos revuelta multitud bailando, es posible que los tenga por dementes, miéntras no se acerque y oiga el acordado són de los instrumentos, y vea que danzan á compás los que imaginaba locos. Así tambien, oficio es del historiador y el critico acercarse á las pasiones y á las circunstancias de nuestros ingenios de los siglos de oro, para convencerse de que, al variable compás de ellas, se mueven y agitan en el rasgo, al parecer, más incongruente y pequeño de sus obras. Picóle, pues, al linajudo mexicano que cuando los nobles presumian de poetas, y los grandes poetas como Lope, Quevedo y Vélez de Guevara se ufanaban de contar ilustres abuelos, á él le

pusieran en duda los suyos nobilísimos. ¿Cómo callar? ¿Cómo no jactarse de venir de los conquistadores de Cuenca? «Yo vengo de Ferran Martínez de Cevallos, el que ganó el fuerte de Alarcon en las márgenes del Júcar; y vengo de Garcí Ruiz de Alarcon, el que, defendiendo la casa de Trastamara contra la de Lancáster, venció en campo á Enrique el Inglés, año de 1390; yo vengo de los Mendozas, señores de Cañete, valentísimos en la conquista de Antequera y en las de Guadix y Granada, vireyes en Nueva-España y el Perú, domadores de Arauco en siete batallas campales; yo....»

Tanto de corcova atrás,
Y adelante, ALARCON, tienes,
Que saber es por demás
De dónde te corco vienes
Y adónde te corco vas,

extendió por chiste en Madrid, echándola de agudo é ingenioso, el regidor Juan Fernández, aquel no lerdó concejal que en el Prado (y en el sitio precisamente que hoy ocupa el monumento consagrado á los héroes del Dos de Mayo de 1808) acababa de construir una torrecilla aislada, de dos cuerpos, con chapiteles y agujas de pizarra, dobles balcones, en el piso principal, y ventanas en el bajo, fabricada al intento de que desde allí can-

tores y músicos, que pagaba el Municipio, alegrasen aquella parte en las calurosas noches del verano. (370)

Viéndola concluida, y oyéndola el satírico Villamediana celebrar á todos los bonachones pa-seantes, rompió el rasgo con tan maligna agudeza:

¡Buena está la torrecilla!
¡Tres mil ducados costó!...
Si Juan Fernández lo hurtó,
¿Qué culpa tiene la villa? (371)

Desgracia de la coronada y heroica del Manzanares fué, por aquel tiempo (que no todos han de ser fecundos en varones honrados y probos), la de tener por decuriones á algunas personas más atentas á sus provechos que á los del comun. Las cuales, como para unas fiestas hubiesen mandado construir, de colosales proporciones y de lienzo y cañas, en la plaza Mayor, el oso y el madroño, armas y blasones de Madrid, ambos rellenos de cohetes, y se quemase la carcaca, dieron ocasion al mismo conde para tan sangriento epigrama:

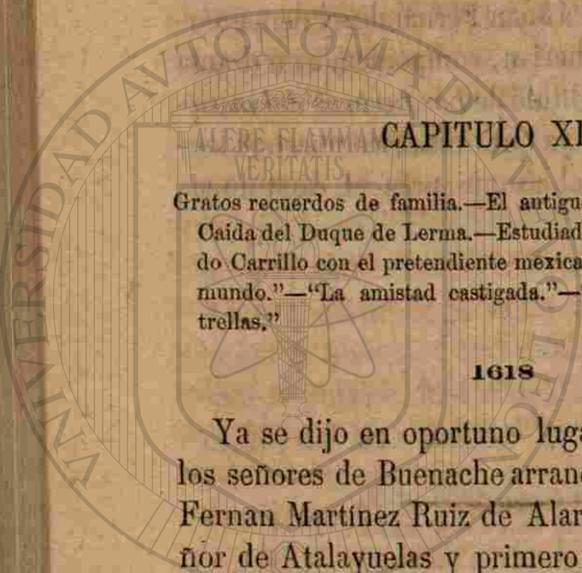
Regidores desta villa,
Agarradores del trato,
Gozad todos del barato,
De la tramoya del coso;
Y pues quemásteis el oso,
Poned por armas un gato. (372)

Pero lo que á Juan Fernández hizo más renombrado fué su casa y huerta, donde los jardines que hoy se dilatan por detrás de la fuente de la Cibéles hasta San Pascual, en el Prado de recoletos, por bajo del Ministerio de la Guerra. Dióles extraordinaria fama y los eternizó para siempre una sazónada comedia, escrita por el maestro Tirso de Molina, con el título de *La Huerta de Juan Fernández*. Su dueño solia permitir que muchas familias disfrutasen de aquel ameno y apacible sitio; y aprovechándose de su posición concejil, supo dotar abundantemente de aguas la huerta, y aun establecer en ella un lavadero público, más cómodo y limpio que los de orillas del Manzanares:

¡Bien háya quien el jabon
Hizo, y inventó las pilas!
¡Bendito sea el regidor
Que, entre floridos matices,
Condujo jabonatrices
Para que se lave amor!
Ni sus salas ni planteles,
Cuadros, estatuas, pinturas,
Grutescos, arquitecturas,
Rejas, balcones, cancelos,
Se igualan á la invencion
Que en tanta pila dilata
Brazos fregonos de plata
Entre ninfas de vellon. (373)

Honrándose con lo ilustre de su prosapia el

mexicano, y todavía más con los nobles y cristianos sentimientos de alguno de sus mayores, juzgó llegada la ocasion de rendirles debido homenaje, halagar la vanidad de sus aristocráticos parientes, y dar en cara á Juan Fernández y demás envidiosos que le zaherian, componiendo un drama de familia, con el título de *Los favores del mundo*. Pero justo es ya que descansen nuestros lectores, y reservar el asunto para el capítulo siguiente.



CAPITULO XII.

Gratos recuerdos de familia.—El antiguo alcázar de Madrid.—Caída del Duque de Lerma.—Estudiada reserva de D. Fernando Carrillo con el pretendiente mexicano.—“Los Favores del mundo.”—“La amistad castigada.”—“El Dueño de las estrellas.”

1618

Ya se dijo en oportuno lugar que la casa de los señores de Buenache arrancaba de un hijo de Fernan Martínez Ruiz de Alarcon, el tercer señor de Atalayuelas y primero de Valverde, que fué cuarto y último alcaide de la fortaleza del Júcar, por haber D. Fernando el Emplazado hecho donacion de la villa á D. Juan Manuel. Tal hijo, que se llamó Garci-Ruiz de Alarcon, es el héroe de la comedia *Los favores del mundo*. Enrique III dirigiále merecidas palabras, desde Madrid, á 6 de Diciembre de 1390: «Yo el Rey, por fazer bien y merced á vos Garci-Ruiz de Alarcon, é por la gran fazaña que feçistes cabo Benavente rindiendo en campo á Enrique Inglés,

en gran honra vuestra é de mis Reinos, é servicios que me façedes; é porque el Rey D. Joan mi señor y padre vos crió, é avia talante de vos fazer merced, fago vos merced é gracia, é dono vos todo el derecho que yo he al presente é puedo aver de aquí adelante, en cualquier manera, de Villanueva, que está cerca del rio Jucar, á una legua de vuestra villa de Buenache.» (374)

Fuera de estas noticias, que así acreditan el valor como la nobleza del caballero, solo tenemos la de que vivia en 1417; y no parece verosímil que entónces bajase de cincuenta el número de sus años. Una tradicion, fundada quizá en la historia del vencimiento de Enrique el Inglés añadía que, habiendo recibido Garci-Ruiz un cierto afrentoso agravio, luchó cuerpo á cuerpo con el ofensor hasta rendirle; y como tuviese levantado el brazo para acabar con su enemigo, le perdonó la vida y la ofensa al oírle exclamar: «¡Válgame la Santísima Virgen!»

La vitoria el matador
Abrevia; y el que ha sabido
Perdonar, la hace mayor:
Pues miétras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor. (375)

Tan magnífico rasgo de piedad y cristiano respeto, inflamando el espíritu del indiano, impul-

sólo á llevar á las tablas la figura de aquel esclarecido guerrero, su ascendiente, haciéndole intervenir en una fábula de sumo interés y moralidad, dirigida á poner de relieve lo inestable de las humanas alegrías y prosperidades, la poca ó ninguna seguridad que ofrece el valimiento de los principes, y á qué vienen á reducirse los favores del mundo.

«ALARCON (observa el Sr. Artzenbuch), para presentar con verosimilitud en un breve espacio de tiempo grandes alternativas de favor y desgracia, las buscó en la corte y trató de un príncipe notable en la historia por la inconstancia maravillosa de su indole: tanto la elección como el desempeño del asunto, manifiestan que la comedia de *Los Favores del mundo* es obra de un poeta que ya conocia bien el teatro y los hombres. Su accion puede sin violencia referirse al año de 1448, cuando el príncipe D. Enrique, de veintitres años de edad, habiendo estado ántes desavenido, se reconcilió con el Rey su padre.» (376)

Tratándose, pues, del reinado de Juan II y del príncipe su hijo Enrique IV, y habiendo transcurrido cincuenta y ocho años desde que Enrique III premió los heroicos hechos de Garcí-Ruiz; si acaso en 1448 alentaba el octogenario señor de Villanueva, que debió su

crianza al rey Don Juan el I, no podia estar seguramente en disposicion de ser el alma de amorosos y políticos lances, que forman el argumento de la comedia. ¿Pero quién va á pedir puntualidad histórica ni geográfica á los dramaturgos de aquella era, que no presumian de arqueólogos? Bastábales traer lo pasado á lo presente, por materia de su especulacion moral y filosófica, y aplicarlo á su objeto, aun cuando resultasen anacrónicos los pormenores; sin transportarse á remotos siglos para soñar mundos que tal vez no existieron jamás sino en febril imaginativa de poetas descaminados.

Una impropiedad envuelven ya los primeros versos con que empieza este poema de *Los Favores del mundo*, notada por el Sr. Hartzenbusch, y cometida á sabiendas; pues quiere el autor que, en cuanto se descorra la cortina, los madrileños estén lisonjeados, para que vengan con firmeza y gusto al resbaladizo terreno de cosas presentes y conocidas:

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor:

Todos, con él son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas
Aqueste globo inferior,
Y no ví en su redondez
Hermosura tan extraña.

GARCÍA.

Es corte del rey de España,
Que es decillo de una vez.

HERNANDO.

¡Hermosas casas!

GARCÍA.

Lucidas;
No tan fuertes como bellas.

HERNANDO.

Aquí las mujeres y ellas
Son en eso parecidas.

Madrid no pudo ser en 1448, ni muchos años adelante, el mejor lugar entre los muchos que había recorrido el valiente y piadoso Garcí-Ruiz en busca de su ofensor, estando ahí Sevilla y Búrgos, Salamanca y Toledo: si bien D. Leon V, rey de Armenia, despues de obtener el señorío de Madrid por merced de D. Juan el I, y hecho

pleito-homenaje de guardar los fueros de la villa en 1389, le dió animacion y hermosura reedificando las moriscas despezadas torres del alcázar. (377)

Éste, en cuyas habitaciones y parque tiene lugar casi toda la accion de la comedia, era por demás espacioso y fuerte, asentado sobre el rio, donde hoy mismo se eleva el Palacio Real, con hermosas vistas á los campos y sierras de Occidente. El parque y monte de gamos y venados, conejos y liebres, se extendía por bajo de los cubos y torres de la fortaleza hasta el Manzanares, limitándole al Sur la Tela, y al Cierzo el camino de San Vicente. Dentro de sus puertas el alcázar contenía deleitosos jardines, y la huerta, que se llamó de la Priora, con todo género de frutales y cristalinas fuentes; á cuyo extremo, andando los siglos, llegóse á edificar el monasterio de la Encarnacion. Concluido el cual, se trasladaron á él las religiosas, á 2 de Julio de 1616, yendo en muy solemne y fastuosa procesion desde la casa del Tesoro, de dos en dos, con la clerecia, prelados insignes, las mas ilustres señoras de la corte, y los príncipes y el Monarca. Hallábase cubierto de riquísimos altares el tránsito, donde resplandecian todas las joyas y riqueza de oro y plata, balajes y perlas de que eran dueños los vecinos de Madrid. (378)

Comenzó á escribir ALARCON *Los Favores del mundo* un año despues, en Noviembre de 1617, cuando ya contaba seis de rodar por la corte en busca de su jamás lograda toga; tiempo el mismo que supuso llevaba de recorrer las siete partidas del mundo, en alas de su venganza, el protagonista de la comedia Garci-Ruiz de Alarcon. Pero la obra no hubo de concluirse hasta el año siguiente de 1618, viniendo á darle impulso y á facilitarle materiales preciosos para su mayor importancia y realce, un suceso político inesperado.

En 4 de Octubre, á los veinte años de privanza, cayó del valimiento el Duque de Lerma, su plantándole su propio hijo. Aquel magnate que fué ayo de Felipe III principe, esclavizándole el corazon angelical por medio de acciones generosas, y que luego, cuando le vió en el trono, supo hacer su pupilo al Monarca y arrebatarle el sello real, á pretexto de que S. M. no se fatigara con la enojosa molestia de la firma, y ser el dispensador de las mercedes, no dejando al Soberano sino los embarazosos trastos del poder (que eso son corona, cetro y manto de escaflata); aquel ministro, de autorizada persona y semblante halagüeno, de pulida vejez, espíritu más bien mañoso que entendido, de fuerte voluntad para los otros y de apocado ánimo para sí, tan codicioso de recibir dádivas como insensato

en dar lo que recibia, tan ciego por los suyos, que les permitia todo y en todo quiso complacerlos, para que su familia fuera su delito; en fin, aquel engaitado prócer, expectacion del mundo, no sentia que se le iba derritiendo bajo los piés el alto pedestal en que le pusieron su maña y su fortuna. No hay títulos ni honras, mitras ni garnachas, mercedes ni tesoros bastantes para satisfacer la hidrópica sed de los ambiciosos, la avaricia de los áulicos, el desasosiego de los entremetidos; no hay beneficio para reducir al envidioso ingrato: el hombre no se mueve jamás por el reconocimiento, sino por la esperanza; y siempre mayor que el de los obligados será el número de los quejosos. ¡Cuánto se equivocan los vulgares repúblicos! Para contrarestar á la murmuracion y tener á raya los discolos, no hay otro camino que valerse de los buenos, y no ofender ni en un ápice ni á la verdad ni á la justicia. Reservando para los malsines el premio de la virtud, llegará el dia en que los descontentos empujen á los hijos contra sus padres. A su padre empujó y deshizo el Duque de Uceda; y contra D. Rodrigo Calderon, hechura y brazo derecho de aquel, abrió éste el proceso que debia hacerle morir en afrentoso cadalso. (379)

La sorpresa del mexicano, viendo irrevocable-

mente cerradas ya las puertas de palacio para D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, no es para descrita; mucho ménos su indignacion, contemplando al cordobés D. Fernando Carrillo, Presidente de Indias, trocado en furibundo enemigo del caído magnate que le habia hecho hombre. ¡Extraña cosa, que el beneficio sea tósigo al mismo que le prodiga! Dió pulpitos el Duque de Lerma que condenaron sus acciones, mitras que le deslucieron, haciendas que se armaron contra él, togas que le persiguieron y procesaron. No hizo, mientras vivió, sino ir fabricando su persecucion y su ruina. Casi todos los que habian vivido á la sombra del atlante de la gran Monarquía le abandonaron en la desgracia, convirtiendo la baja adulacion, ¡miserables! hácia el nuevo sol que asomaba por el oriente de la fortuna:

¡Qué bien comparó al amigo
Con la hormiga un cortesano;
Que solo sale el verano
A las eras, cuando hay trigo! (380)

Desde allí ALARCON habia de vivir desconfiado y receloso de cuantos se le acercaban, queriendo adivinarles, por el movimiento del rostro, las intenciones del corazón; porque

En la corte es menester
Con este cuidado andar;

Que nadie llega á besar
Sin intento de morder. (381)

Acerea de *Los Favores del mundo*, admirable por la traza y por la perfeccion con que aparecen dibujados los caracteres, por los elevados pensamientos y hermoso estilo, ni se puede ni debe decir una palabra más, despues de aquellas en que resume y compendia su mérito el señor Hartzenbusch: «Si las magnificas quintillas que en la escena novena (del acto segundo) pone ALARCON en boca del Príncipe, estuviesen escritas en idioma extranjero, las sabriamos de memoria todos los españoles y las citaríamos á cada paso.» (382)

Bien hizo el poeta en colocar ésta al frente de todas sus obras, en el lindo ramillete que empezó á formar de ellas el año de 1621, aunque el móvil principal de semejante preferencia no fuera otro que decir á sus émulos: «Hé ahí mis progenitores.»

Pero el ingenio, como el arco, no puede estar siempre tirante, ha de aflojar despues de un supremo esfuerzo. Ni á toda hora, echando la red al mar de la invencion, se han de coger bellezas incomparables. Como hubiesen unos pescadores griegos sacado en cierta ocasión, entre las mallas, asida hermosísima trípode de oro, llegaron á

soñar que todos los días les había de caber igual fortuna; y estérilmente empleaban, por solo aquella parte del mar su fatiga y sudores, sin mayor recompensa que algun triste pececillo. El poeta no ha de encerrarse en estrechos límites; y si, como el águila, dominar y recorrer incommensurables espacios.

Nadie extrañe, pues, que no iguallen en mérito á *Los Favores del mundo*, tan bien imaginada y dispuesta, dos comedias que le debieron seguir. *La Amistad castigada*, que es la primera, carece de interes, porque no le excita ninguna de las figuras; los caractéres que presenta son defectuosos, y las soluciones ó aplicaciones morales, injustas y contradictorias. Quiso hacer alarde, sin embargo, de consumado repúblico el autor á los ojos del novel ministro D. Fernando Carrillo, Presidente de Indias, á cuya aspereza, despego, recato y reserva insondable en las audiencias, alude, como quien á la sazón estaba de ello hondamente impresionado y quejoso. Y justo es decir que, por lo sólido y útil de la doctrina, son notables las advertencias de buen gobierno que hace Dionisio de Siracusa á Dion, su ministro, en la escena cuarta del primer acto; impregnado el poeta de aquel espíritu innovador que á la caída del Duque de Lerma habíase apoderado ya de todos los

españoles. Trabajábalos á cada hora la impaciencia de lograr un empleo, sin aguardar á que vacase de un modo natural; y mientras Quevedo, como político, y seriamente, examina y trata la materia de las futuras sucesiones, ALARCON no deja de tirar su puntada en el teatro:

Vivas dichoso

Más que un vecino enfadoso,
Que un deseo, que una pena,
Y más que una imposicion;
Más que un Ministro cansado,
De quien tiene un desdichado
La futura sucesion. (383)

La misma alusion que en *La Amistad castigada*, hizo á los que deseaban la muerte de quien les era embarazo para entrar propietarios en un destino; y con idénticas palabras se encuentra en *Los empeños de un engaño*:

Vivas, Marqués, más edades
Que una sisa, y que un paves
En casa de un montañes
Preciado de antigüedades.
Y vivas, en conclusion,
Más que un Ministro cansado,
De quien tiene un desdichado
La futura sucesion. (384)

ALARCON se copiaba á sí mismo; repite en sus comedias algunos epigramas traducidos del latin,

y no pocos pensamientos y afectos bizarramente formulados. En *La Amistad castigada*, la preciosísima declaracion amorosa entre Aurora y Filipo es hermana de la que dos años ántes había escrito en *La Manganilla de Melilla*, entre Alima y Vanégas, y bastante parecida á otra de *Quien mal anda en mal acaba*, entre Doña Aldonza y Roman. Por último, en la comedia á que aludo, se ve que la lectura de las *Soledades* y el *Polifemo* de Góngora, el trato con los nobles y el afán de lisonjearlos, estúpidamente inficionados ya de la culta latiniparla, habrían podido viciar el gusto de ALARCON á no recoger velas con tiempo el hombre amamantado en las buenas enseñanzas del siglo XVI, á quien debía el estilo de oro y la inspiracion casi divina.

Igual intencion política, y mayores defectos que *La Amistad castigada* tiene *El Dueño de las estrellas*. El cual no es otro que Licurgo, aquel varon incomparable que se expatrió despues de haber dotado de sábias leyes á Esparta, obtenida palabra de sus conciudadanos que no las alterarian hasta que volviese de un largo viaje; con cuyo ardid supo lograr que el tiempo las hiciera útiles y fecundas. Esta última y desconocida parte de la vida del legislador, toma ALARCON por asunto en una fábula de harta invencion y enredo, y en el gusto á que Lope de Vega hubo

de acostumbrar al auditorio. Abunda en vivos y hermosos diálogos, y en situaciones dramáticas; pero desligadas y sin congruencia, donde apaga la una el interes de la otra, hasta rematar la comedia con el más disparatado desenlace. Fingese haber anunciado un estrellero al legislador, que se veria en el trance ó de dar muerte á cierto rey, ó de morir á sus manos. Para esquivar el fatal influjo de los astros, ocúltase en la aldea; pero el rey de Creta le saca de allí por indicacion del oráculo de Delfos, y le encomienda el timon del Estado. Exeúsase Licurgo, cuenta lo del horóscopo al rey; mas éste le arguye:

Y cuando vuestras estrellas
Os inclinasen á efectos
Tan injustos, vos sois sabio;
Y el que ha merecido serlo,
Es dueño de las estrellas:
Y así, con razon resuelvo
Que sus más fuertes influjos
Os están á vos sujetos. (385)

La corte de Creta, en el drama de ALARCON, es la de Felipe III, con sus mismas costumbres, alegres fiestas, amores caballerescos, galanteos discretisimos, quijotescos lances, cuchilladas y desafíos. Una noche sorprende Licurgo en el cuarto de su mujer al rey, que la enamora, y cúmplese el horóscopo: tiene ó que matar ó ser

muerto; y para mostrarse dueño de las estrellas, se mata. ¡Qué bien ahora podriasele echar en cara al poeta lo mismo que, traduciendo á su favorito Marcial, dijo en *Las Paredes oyen!*

Queriendo Fannio huir
Sus contrarios, se mató.
¿No es furor, pregunto yo,
Para no morir, morir?

De un insignificante pormenor de este drama sacamos la curiosa noticia de que todavía, tradicionalmente, se conserva entre los niños la antigua letra y música del famoso baile intitulado *El Villano*. Los rústicos de la isla de Creta, bailando en torno de la estatua de Apolo, cantan «al són del Villano:»

Los serranos hoy le dan
Sacrificios á Titan;
Sacrificios soberanos
Dan á Febo los serranos. (386)

Y hoy los niños, con igual melodía y consonancia, entonan en corro:

Al villano que le dan
La cebolla con el pan, etc.

ALABCON discurrió introducir en un drama caballeresco la figura de Licurgo, famosísimo le-

gisador, para testificar públicamente que se estimaba hombre de gobierno y á propósito para lucirse, por su mucha capacidad y advertencia, en graves y difíciles cargos. Prodigó, pues, con verdadero arte, avisos y arbitrios útiles para desterrar la ociosidad, estar aperebido á la guerra, atender á las viudas hidalgas y pobres, remunerar con tino los oficios de justicia, y dejar bien afrentados á los maldicientes; y tradujo los pensamientos del auditorio con pedir castigo de muerte para los malos ministros, aludiendo al recién caído y malquisto D. Rodrigo Calderon:

Lo cuarto, que á los ministros
De justicia tan severo
Castigueis, que den al mundo
Universal escarmiento;
Porque de todos estados
Públicos suplicios veo,
Y deste jamás lo he visto;
Y persnadirme no puedo
Que dello la causa sea
Ser todos justos y rectos:
Mas que, ó ya en los superiores
Engendra el tratar con ellos
Amistad, y disimulan
Con la aficion sus excesos;
O ellos tambien son injustos,
Y con reciprocos miedos,
Porque callen sus delitos,
No castigan los ajenos. (387)

Por último, *El Dueño de las estrellas tu-*

vo su cuna y despertador, seguramente, en las *Catorce proposiciones, que parecen ser muy importantes para el bien y descanso de estos reinos*. Las presentó á los caballeros procuradores de Córtes, en 1.º de Marzo del año anterior de 1617, el Dr. Cristóbal Perez de Herrera, médico del Rey nuestro señor, y del reino, protector y procurador general de los albergues y pobres de él; y se hallan al final de su libro de los *Proverbios morales y enigmas filosóficas*, celebrado por ALARCON, y puesto á la venta en 1618.

Reiterando en el teatro varios de los generosos deseos del Galeno poeta, y así lisonjeado su amigo, se prometia RUIZ DE ALARCON algun impulso favorable á sus pretensiones; pues á esperarle convidaba el reciente é imprevisto cambio de cosas, puestas ya en otras manos las riendas del gobierno.

CAPITULO XIII.

Diabólico ardid, escándalo estrepitoso.—Representacion de "El Anticristo."—Despídese Góngora de la corte maldiciendo.—Novelosas aventuras de Luisa de Robles.

1618

Los avisos de economía política y buen gobierno en dos comedias seguidas prueban cuán ávido de ellas estaba el público inofensivo, y de qué suerte ALARCON supo agradarle. Si el estreno de ambas fué tan borrascoso y contrariado como de costumbre, la representacion logró llegar hasta el fin, levantándose uno y otro poema al día siguiente y ofreciendo ganancias á los autores.

De prueba terrible para DON JUAN venia á ser el estreno de comedia nueva; y en matarla aquella misma tarde trabajaban aisladamente los émulos del poeta, los principes, desfavorecedores, la amañada adversa mosquetería. Ahora se concer-

vo su cuna y despertador, seguramente, en las *Catorce proposiciones, que parecen ser muy importantes para el bien y descanso de estos reinos*. Las presentó á los caballeros procuradores de Córtes, en 1.º de Marzo del año anterior de 1617, el Dr. Cristóbal Perez de Herrera, médico del Rey nuestro señor, y del reino, protector y procurador general de los albergues y pobres de él; y se hallan al final de su libro de los *Proverbios morales y enigmas filosóficas*, celebrado por ALARCON, y puesto á la venta en 1618.

Reiterando en el teatro varios de los generosos deseos del Galeno poeta, y así lisonjeado su amigo, se prometia RUIZ DE ALARCON algun impulso favorable á sus pretensiones; pues á esperarle convidaba el reciente é imprevisto cambio de cosas, puestas ya en otras manos las riendas del gobierno.

CAPITULO XIII.

Diabólico ardid, escándalo estrepitoso.—Representacion de "El Anticristo."—Despídese Góngora de la corte maldiciendo.—Novelosas aventuras de Luisa de Robles.

1618

Los avisos de economía política y buen gobierno en dos comedias seguidas prueban cuán ávido de ellas estaba el público inofensivo, y de qué suerte ALARCON supo agradarle. Si el estreno de ambas fué tan borrascoso y contrariado como de costumbre, la representacion logró llegar hasta el fin, levantándose uno y otro poema al día siguiente y ofreciendo ganancias á los autores.

De prueba terrible para DON JUAN venia á ser el estreno de comedia nueva; y en matarla aquella misma tarde trabajaban aisladamente los émulos del poeta, los principes, desfavorecedores, la amañada adversa mosquetería. Ahora se concer-

taron y conjuraron, á fin de dar al traste irremisiblemente con la primer obra del indiano que se anunciara, los poetillas de primera tonsura, mariposas de la luz de Lope de Vega; los de roncon y terremoto, gongorinos y zafios, que se creían ingenios famosos con escribir un insulso entremés, un bailecillo lascivo, una jácara desvergonzada, una mojiganga necia; y los señores de pocos años y mucha ociosidad. Ya iban siendo recursos gastados é ineficaces el de asirse al menor contratiempo de la representacion, el de reprochar al recitante que se goza ó equivoca, el de romper á silbos en viendo el tocado ó sombrero extravagante, el cuello ó barba larga que se tuerce, la cinta que se suelta, el pistolete que da gatillazo. Urgia discurrir algo extraordinario y nuevo, para que fuera estrepitosa la silba y general, y que se hundiese la comedia.

En esto anunciaron los carteles una de ALARCON, rotulada *El Anticristo*, y representada por la compañía de Vallejo.

Solo al varonil estro del indiano se podia ocurrir sacar al teatro tan colosal figura. Está predicho en el Evangelio, que al principio de los grandes dolores, présagos de que se acerca el juicio universal, pueblos y naciones, armados unos contra otros, se encenderán en guerra de exterminio: el hermano entregará á la muerte al her-

mano, el hijo al padre, y los padres á los hijos; de todos siendo aborrecidos los cristianos, por causa del nombre de Jesus. Y al Mesias,

¿Por qué le aborreceis? ¿Porque es amable? (388)

Se levantarán entónces falsos cristos y falsos profetas, que harán prodigios y portentos para engañar, si es posible aún, á los hombres escogidos de Dios. Pero, despues de aquellos dias, el sol se oscurecerá, romperán sus ligaduras y caerán las estrellas del cielo, conmoviéndose las virtudes que están en el empireo; y entónces se verá descender al hijo del hombre con pompa y majestad.

El Anticristo, aquella bestia de siete cabezas y diez cuernos, con siete diademas, que sale de la mar y blasfema contra Dios y sus santos, y es adorada por los mortales, no se sabe aún si será el hombre del pecado, el hijo de perdicion que tres años y medio se dice dominará la tierra, furibundo enemigo de la divina verdad; ó si con esta palabra se personifica y simboliza el espíritu anticristiano, que ha de subyugar y estremecer al mundo antes de la segunda venida de nuestro Redentor Jesucristo, cuando de la tierra hayan casi desaparecido la fe, la caridad y la esperanza. El nombre de Anticristo se compondrá

de letras qué tomadas todas juntas como aritméticas cifras, vengan á componer el número 666. Y si por ciertas indicaciones juzgó el protestante Grocio haber sido Caligula aquella bestia fiera, otros la creyeron distinguir en el falso profeta de Arabia, porque las letras griegas del nombre *Mahometis* arrojan esta suma. Pero, ¿en qué lengua, en qué alfabeto, se ha de resolver semejante problema? (389)

San Ireneo se abstuvo de particularizar nada acerca del Anticristo, mientras catorce siglos despues dos teólogos españoles agitaron con erudición la materia. Fué el primero el dominico portugués Nicolás Diaz, peregrino en Palestina, grato á San Pio V en Roma, expulso de su patria con motivo de unos valientes sermones sobre la sucesion de aquel reino, lustre de Salamanca en 1595, y autor de un *Tratado del juicio final é universal*, impreso en 1588. Era el segundo Fray Tomás de Malvenda, setabense, dominico tambien, que en Roma, y en 1604 sacó á luz sus dos volúmenes en folio, *De Antichristo, libri XI*, trabajo en que invirtió doce años, del cual no satisfecho aún, refundiéndolo y creciéndolo al triplo, hizo nueva edicion en 1621.

Desconocido para ALARCON el voluminoso libro del valenciano, le enardeció el más concentrado del portugués, sugiriéndole una tragedia. (390)

Estro poético felicísimo, grandilocuencia épica y admirable arrojó para pintar desordenadas pasiones y afectos, no habia de echar de ménos el mexicano, como ni valor para acometer una tan arriesgada aventura. Faltóle invencion, porque le faltaron modelos que copiar, no teniendo afortunadamente delante de sí abominables tiempos, como los de Tiberio, Caligula y Neron, como los de Alarico y Atila, como los de Tárik y Musa; ó porque, en lugar de ser, para ello, súbdito del Rey de Dinamarca, del Duque de Sajonia, del Conde Palatino, ó de aquellas provincias rebeldes y levantiscas del Rin y del Danubio, que pedian principes solamente para no tenerlos, vivia en la cristiana corte del piadoso Felipe.

Adestrado por el ejemplo de Cervántes, que valiéndose de figuras simbólicas, supo enaltecer con imponente majestad muchas situaciones de *La Numancia*, quiso de igual suerte ALARCON aderezar su poema. Pero no le fueron dados la magnificencia y espiritualismo de que pocos años despues hizo ostentacion pasmosa D. Pedro Calderon de la Barca, al sistematizar las personificaciones, encerrándolas exclusivamente en la católica doctrina. La de Cervántes responden al amor de la patria; las de Calderon, á la victoria de la fe; las de RUIZ DE ALARCON debieran haber

retratado magistralmente y de cuerpo entero á la humanidad perdida entre las tinieblas del error, de la envidia asoladora, de la ambicion insaciable, del mortal descreimiento, de la satánica soberbia. ALARCON llega delante del ágría y enriscadisima cuesta; la domina con los ojos, pero le faltan estímulos para subir hasta la cumbre. Echá de ménos el *os magna sonatorum* de Horacio, y pide fórmulas al gongorismo, ó ya presente el estilo calderoniano:

De tu amenaza oprimido,
De tu reduccion medroso,
Cuerpo te rinde engañoso,
Rostro te ofrece mentido.

Sin embargo, ¡cuán bello retrato el del Anticristo!

Vi salir del mar hinchado
Una bestia, cuyo aspecto
Daba terror á la tierra,
Guerra amenazaba al cielo.
Era admirable de horrible,
Sin semejanza ni ejemplo....
Córvas uñas le formaba
Y agudos dientes el hierro,
Con que deshace coronas,
Pisa y despedaza cetros.

¡Qué escena tan terrible la del monstruo y la réproba criatura que le dió el sér, y cuán poéticamente dice la madre al hijo que al sentirle en sus entrañas,

Soñé que en cambio de pequeño infante,
Breve centella al mundo producía,
Que dilatada en término distante,
Voraz incendio al cielo se atrevía.

¡Cuán aterradora la maldicion de la madre!

¡Plega al Dios de Israel, vestigio fiero,
Que en tu ciega maldad te precipites;
Y dando efeto á mi soñado agüero,
Tanto los cielos en tu daño irrites,
Que pues soberbio imitas al lucero,
Despeñado Luzbel, tambien lo imites!

¡Oh! seguramente que á poder estudiar de cerca revueltos calamitosos tiempos y pervertidas naciones, habria sabido desarrollar el más completo y admirable carácter quien puso en los labios del Anticristo:

A obscurecer verdades soberanas
Se eleva mi obstinado pensamiento.
En falsas leyes y opiniones vanas
Anegaré la tierra, el mar, el viento.

Frente á frente de Elias verdadero, reservado de morir en el Paraíso para sustentar la fe y anunciar á todos los mortales que se acerca ya la segunda venida del Mesías, y que dispongan

Los oidos á su voz
Los pechos á su obediencia,
Los caminos á sus piés,
La corona á su cabeza,

coloca el poeta á un otro Elías falso y engañador, á quien esfuerza con tales razones el Anticristo:

No temas, en mí confía;
Que para tan justa hazaña,
Espíritu te acompaña,
Sabio paredro te guía,
Que de infusa enciclopedia
Te dotará, y elocuentes
Tus labios, los diferentes
Idiomas de Asiria y Média
Sabrán, y cuántos Babel
Vió en su ciega confusion.

En el sumo arte con que están delineadas las dos figuras del Profeta y el Impostor resalta el vigoroso ingenio de nuestro dramático indiano, miéntras lo sólido de sus estudios anima soberanamente la controversia lucidísima entre el Patriarca y el enemigo de Cristo.

Bien reparó el Sr. Hartzbusch cómo Aronet de Voltaire, en su *Mahoma*, vino á copiar de la tragedia castellana, pero con ménos destreza y propiedad, la muerte de Elías, que, profetizada por el Impostor, le gana la fe del pueblo iluso, testigo del supuesto milagro.

En el poema alarconiano es de subido precio la inmaculada figura de Sofía, símbolo de la cristiana ciencia, doncella tan pura y dulce como de rostro hermoso y deleitable. El trágico

dispone que por ella se abra y consuma en brutal amor el Anticristo, y que en la feroz lucha de su apetito y rematada soberbia grite desesperado:

Mas ¡ay de mí! ¡Cuánto es vana
Mi soberbia majestad,
Pues vence á mi potestad
El valor de una cristiana!
Pues, ministros del infierno,
Hoy me la habeis de entregar,
O tengo de confesar
A Jesus por Dios eterno.

Para templar su lascivo fuego voraz, el monstruo horrendo manda venir á sus concubinas, tres mujeres bellísimas, atezada la una, símbolo de tres naciones meridionales contrarias á la Fe: Libia, Etiopia y Egipto; dando ocasion á una escena perfectamente imaginada, pero que no el pulcro pincel de David Teniers en *la tentacion de San Antonio*, sino la exaltada y calenturienta fantasía del Bosco y de Callot habia menester para su ofuscador y magnífico brillo.

Personificado así el Mediodía, enemigo de la luz que vino del Oriente, importaba simbolizar en Gog y Magog los herejes del Norte, haciendo que ellos sean los que libren la final batalla del mundo. Sin embargo, al desarrollar este pen-

samiento; fáltale invencion al dramático: no sabe dar vida al nuevo simbolo, y erigirle en activo y principal resorte para el desenlace: truécale friamente en una especie de *Deux ex machina*; y así la fábula queda en embrion, y el nudo no se desata progresiva, imprevista y sorprendentemente.

¡Lástima grande no haber tampoco sacado todo el partido á que se prestaba la figura de Sofia, cuya apariencia toma el demonio, viendo que ninguna hermosura, sino aquella, puede satisfacer al Anticristo; y para que se abomine de la mujer fuerte, creyéndola prostituida, á quien la impiedad quiere poner una mordaza en los labios, corromper á toda costa, deshorrar, destruir. Descúbrese el artificio y engaño, despues de haberse pintado con mano maestra la insaciable hidrópica sed del impío, siempre en aumento, el cual, ciego de ira, exclama:

¡Ah, Sofia! ¡ah, injusto infierno!
¿Qué? ¿de sugeto fingido
Gocé al fin, y fué vencido
De una mujer el averno?

Cae á tierra, y la austera y penitente Sofia, vencedora del espantable monstruo, le pone el pié sobre la cabeza; pero, arreciando las perse-

cuciones y tormentos, parece la valerosa virgen á manos del profeta impostor. Aliéntase el Anticristo á escalar el cielo por tramoya; y de lo alto, un ángel con espada desnuda, le da mortal golpe y lo precipita en el abismo. Entónces pide perdon el poeta al docto senado,

Pues en materias tan altas
Y que están por suceder,
Ni en él es mucho caer,
Ni en vos perdonar sus faltas.

Asunto superior al teatro. Solamente le pudiera bosquejar el pincel de un cristiano Kaulbach en el lienzo, ó mostrándose propicia Euterpe, resonar en la gran lira de Klopstock.

Harto debió conocer ALARCON lo arriesgada que tenia que ser la representacion de este drama, y por ello el gran esmero que puso no solo en abrillantar los versos y disponer interesantes situaciones, sino en prodigar las escenas de gracejo, hasta el punto de que, para entretener la pueril mosqueteria, no se detuvo en ensañarse con los calvos, recurso dramático vulgarísimo, que tanto censura en *Las Paredes oyen*. Pero el nublado habia de venir por otra parte.

En medio de la mareta que al fin conseguian levantar acres censores y despechados émulos, de repente comienzan las toses generales, á in-

quietarse hombres y mujeres, á faltarles aire, á querer abandonar el teatro cuando ya la representación iba de vencida y se creían burlados los peligros. Un tufo insoportable anieblaba el salón, atosigando á la concurrencia. Y era que, concluida la segunda jornada, los conjurados contra el drama tuvieron industria para recebar todas las candilejas del foro, patio, corredores, gradas y aposentos con un aceite de muy mal olor y casi mortífero, dispuesto por maléfico boticario, para que no se acabara la comedia. (391)

Pocos días después, representándose una con el título de *Las Venganzas de Amor*, mitológica, en las casas de D. Sebastian Francisco de Medrano, mozo como de veinte abriles, compuesta por él, salió el dios Momo, de villano, á recitar, muy enfadado contra los poetas que derramaban fingido tesoro de diamantes, perlas, esmeraldas y zafiros, en consonantes ó asonantes, para hacer á las damas auroras ó estrellas. El dios burlon perjuraba estar decidido á sentar plaza de mosquetero, por el gusto de silbar las comedias y mordiscar en todo lo bueno, diciendo no entender lo muy alto, y despreciar por muy bajo lo claro. Y añadió:

Anden los poetas listos,
Y mírenme con temor;

Que para dar mal olor
Tengo aceite de Anticristos.

De allí á trece años, un amigo de Medrano, que le coleccionó y sacó á la luz sus obras, puso al margen la siguiente apostilla: «Alude á un aceite de muy mal olor, que echaron en una comedia del *Anticristo*, de DON JUAN DE ALARCÓN, sus émulos, porque no se acabara.» (392)

Pero no fué éste el solo contratiempo de aquella azarosa tarde. El hereúleo moceton Diego de Vallejo (que hacia la figura del Anticristo), ó atufado del aceite, ó medroso, no se atrevió á volar por la maroma en la conclusion de la tragedia, y retiróse al bastidor. Prolongada, ó más bien suspensa la situación final, iba á hundirse por completo el poema, cuando atrevida lo vino á salvar la esbelta dama que tuvo á su cargo el papel de Sofia. Luisa de Robles (que habia caído dentro, al fingirse mortalmente herida por el falso profeta), con prontitud arrebatá á Vallejo la corona y el manto de púrpura, rebózase con él, engancha en la anilla de la maroma los férreos garfios del colete de volar, que llevaba, y sube hasta los piés del ángel, despeñándose luego por el escotillon con indecible ligereza. El gran D. Luis de Góngora y Argote asistia, por despedirse de los teatros de Madrid, el pié en el

estribo, para esconderse en Córdoba, su patria, mal avenido con los nuevos hombres del gobierno. Se pone al cabo de la hazaña de Luisa, la vieteora entusiasmado, y le sigue la muchedumbre. Al día siguiente hizo correr por Madrid este

SONETO

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CONTRA VALLEJO, AUTOR DE COMEDIAS, PORQUE REPRESENTAN-
DO EN UNA AL ANTICRISTO, Y HABIENDO DE VOLAR POR UNA
MAROMA, NO SE ATREVIÓ, Y VOLÓ POR ÉL LUISA DE ROBLES.

Quedando con tal peso en la cabeza,
Bien las tramoyas rehusó Vallejo;
Que ser venado, y no llegar á viejo,
Repugna á leyes de naturaleza.

Ningun *ciervo* de Dios, según se reza,
Pisó jurisdicciones de vencejo;
Volar, á solo un ángel lo aconsejo,
Que aun de *robre* supone ligereza.

Toro, si ya no fuese más alado
Que el del Evangelista glorioso,
Al céfiro no crea más templado.

¿Qué cuerda no mintió al más animoso?
Y ¿qué toro, después de enmaromado,
Al teatro le dió lo que es del coso?

De buratin ocioso
A empedrador apele;
Y á mi cuenta,
El se verá con el que representa.

En otra copia difieren los tercetos y desaparece el estrambote. Vallejo

«No hay elemento como el empedrado,»
Dijo; y así el teatro numeroso
Volar no vió esta vez al buey barbudo. (393)

La discreta y bella Luisa de Robles era mujer del cobrador en la compañía de Vallejo. Este jóven autor de comedias, y el otro, más antiguo, muy gordo y rutilante, que decían Juan Acasio, concluido en la corte su empeño, tomaron el camino de Sevilla, haciendo parada y regocijando con sus famosas fiestas las villas y ciudades que les salían al encuentro. Llegados á Talavera de la Reina, desplegó Luisa, representando una tarde, tal bazarria, tanta hermosura, tanto hechizo en la voz, que prendió en sus amores al hijo del mayordomo del Conde de Oropesa, por nombre Alonso de Olmedo Tofiño. Y sintiendo el enamorado mancebo, al mirar partir la compañía, que le arrancaban el alma, huyó de la casa de sus padres, alcanzó á los alegres cómicos no léjos de allí, y se hizo uno de ellos, solo por ver de cerca, oír y contemplar á la Sofía del *Anticristo*, grabada con cincel de fuego en lo más vivo de su corazón. (394)

Pasaron Vallejo y Acasio mucho del año de 1619 en Sevilla; hicieron allí los autos del Corpus á 5 de Junio; y se apartaron las dos compañías, subiendo á Córdoba la de Acasio, y bur-

lando la de Vallejo el rigor del estío en las ricas y frescas villas de la Serranía de Ronda. Al tiempo de la vendaja descendió Vallejo á Málaga, con ánimo de estar para la Pascua en la ciudad del Genil; y dispuso que, embarcándose el cobrador, pasase á Vélez, y por tierra á Loja, para tratar con los concejos de ambas ciudades y notar donde la cómica tropa seria más bien recibida y mejor pagada. Pero acometiendo la nave unos corsarios argelinos, cautivaron á cuantos iban en ella, y corrió la voz de que á todos les habían dado bárbara muerte. Pasó tiempo; los cautivos rescatados no traían noticia de que viviera el apresado marido; los padres de la redención nada pudieron averiguar, y no faltó marinero que perjurara haber sido el cobrador pasto de peces. Con tales nuevas, se unieron en matrimonio Alonso y Luisa; y transformándose en autores de comedias, de los sin título, resolvieron hacer testigos siempre de sus bien logrados amores los floridos pueblos de Andalucía. Tres años despues, en el de 1622, una tarde, representando ambos felices amantes en el teatro granadino de la Puerta Real, con mucho aplauso de la inteligente concurrencia, aparece como una sombra el marido cautivo, recobra á su mujer y huye el buen Alonso, no parando hasta Zaragoza. Allí casó con Gerónima de Omeño, hija del mayor-

domo del Conde de Sástago: tuvo de ella seis hijos (bachiller en cánones por Salamanca el mayor), y fué luego autor famoso en Madrid, desde 1631 hasta 1657, en que murió, habiéndole concedido el rey, diez años ántes, á 20 de Mayo, ejecutoria de infanzon aragonés. (395.)

Luisa de Robles volvió á trabajar en la corte, y en ella vino á poseer casa propia en la calle de Cantarranas. (396)

lla linda criatura, de su mismo apellido, por quien se cantó:

Damas hace y graciosas
 María de Heredia;
 En uno sal, y en otro
 Flor de canela. (397)

Heredia creyó buen negocio llevar su alborozado enjambre á Lisboa, para donde, á 22 de Abril de 1619, partió el rey Don Felipe III, siguiéndole sus hijos todos, su nuera la Princesa, la infanta Maria, el confesor Fr. Luis de Aliaga, muy aficionado á las cosas del teatro, algunos grandes señores, y varios caballeros de la real cámara. Contra el voto del Consejo de Castilla habiase dispuesto la jornada régia para jurar en Portugal como heredero al Principe, tener allí Córtes á los súbditos que deseaban mucho este dia, reconocer aquellos vasallos, y que el rey se divirtiese de otros cuidados más intrínsecos que grandemente le afligian. (398)

Bien acogidos fueron los castellanos recitantes, y á pesar de que,

En ocupando el teatro
 Arias, compañero nuestro,
 Se desclavaban las tablas,
 Se desquiciaban los techos,

CAPITULO XIV.

Famosos recitantes en el bienio de 1619 á 1621.—Quevedo se restituye á Madrid.—Alarcon sigue haciendo ostentacion de repúblico en el teatro.—Fray Luis de Aliaga, confesor del rey Felipe III.—Rompimiento de Lope y Alarcon.—“Cautela contra cautela.”—“Próspera fortuna de Don Alvaro de Luna, y adversa del rey López de Avalos.”—“La Crueldad por el honor.”

1619

Tan pronto se veian candillos de muy lucida tropa los autores de título, como necesitados á buscar ajuste en más afortunada empresa; aquel diploma no bastaba á darles público ni dinero, y como el del sacristan era el suyo.

Muy ocasionado á tales peripecias se contó el bienio de 8 de Abril de 1619 á 1621; tanto, que Damian Arias de Peñafiel, autor navarrisco, atildado y flaco, pero sin igual en los galanes, á deshora tuvo que despedir á su gente y alistar-se con su mujer Luisa de Reinoso en la compañía de Heredia. El cual estuvo casado con aque-

Gemian todos los bancos,
 Crugian los aposentos,
 Y el cobrador no podía
 Abarcar tanto dinero; (399)

la propia María de Heredia, que esto dijo, y su marido, famosísimo en papeles de gracioso, pasaron de capitanes á soldados blanquillos, formando parte, al año siguiente, de la compañía de Rueda y Pedro Ascanio.

A 22 de Abril de 1620 empezaron éstos en Madrid, con una lindísima loa del poeta que supo mejor hacerlas, refiriendo lo que sucedió á Rueda y Ascanio,

Cómo estando en su sosiego,
 Vino el enemigo malo
 Y los revistió de autores,
 Sin saber cómo ni cuándo.
 Es historia verdadera,
 Con un villancico al cabo,
 En que declara las deudas
 Que hay de solo imaginallo. (400)

María de Heredia, vestida de camino, contó sus lástimas, y no ménos las suyas Pedro Manuel (que de caudillo se redujo también á mero comediante), quejándose de ser sus medras como de Pedro, y lo que diría el autor Olmedo cuando lo supiese. Pedro Ascanio presentábase recién casado con Antonia Infante, moza de carita za-

hina y ojos de viva lumbre; aquella hermosura de alabastro, que usaba en la cama sábanas de tafetan negro; joya de la compañía del portentoso autor Olmedo en el año anterior, y ahora muy ufana de que su Pedro Ascanio hiciese dos galanes al día, uno en la comedia y otro en la calle. (401)

El rey de los graciosos, Baltasar Osorio, rivalizaba en esta excelente compañía con el mismo Heredia: disputándose juntos los aplausos, que en las otras arrancaban graciosos tan afamados como Tomás Fernández de Cabredo, Felipe Lobato, Valcázar, Mencos y el Romo: todos los cuales, con nativo gracejo y sin igual travesura, despertaban en Lope, Tirso y Quiñones de Benavente saladísimos epigramas, cuentos y chistes, que han quedado en proverbio. (402)

Para el drama trágico y para la comedia de afectos dulces y delicados no hubo en este bienio compañía que aventajase á la de Andrés de la Vega y su mujer María de Córdoba, la gran sultana Amarilis, cuya elocuencia en hablar, hechizo en cantar y destreza para danzar y tañer dieron harto asunto al discurso de sabios, como el beneditino Caramuel, y á los acentos de la lira. Su casa, en la calle del Leon, fué un breve Parnaso, donde reinaban la discrecion y el decoro, deleitándose Quevedo en publicar la ho-

nestidad de la dama y encarecer las muchas prendas que la enaltecian. (403)

Quevedo habia venido á Madrid á principios de 1619, despues de salvar milagrosamente la vida, por Mayo del año anterior, en la soñada conjuracion de Venecia; y de hallar, seis meses adelante, el mas inesperado y seco recibimiento en el virey de Nápoles Don Pedro Tellez Giron, Duque de Osuna, cuya gloria y nombre no eran sino reflejos de la luz clarisima del admirable político. Abandonado á si mismo el Duque, tan grande en las dotes de gobierno como en los escandalosos vicios para deslucirlas y esterilizarlas, inconstante en la amistad, peligroso en el favor, labró los mismos arietes que le derrocaron y las mismas cadenas que le habian de amarrar dentro del sepulcro. (404)

En Nápoles y en Madrid procuró Quevedo bajarse de donde le querian derribar, y no hacer á los poderosos crueles y soberbios, espectáculo de su paciencia. El teatro, pues, la academia y los libros pareció que eran y habian de ser ya su único y exclusivo deleite; comenzando por templar la lira para subir de punto la honestidad y donaire de la insigne Maria de Córdoba,

La belleza de aventuras,
Aquella hermosura andante,

La Caballera del Febo,
Toda rayos y celajes;
Ojos de la Ardiente Espada,
Pues mira con dos Roldanes;
Don Rocicler sus mejillas,
Don Florisel su semblante;
La que de un golpe de vista
No hay giganton que no parte,
Pensamiento que no ruede,
Espíritu que no encante;
Para quien son los pastores
Fiera-Giles, Fiera-Brases;
Amadís, para ninguno;
Para todos, Durandarte. (405)

En cambio, el maldiciente Villamediana cifró en la malicia lo que le faltaba de apoyo para la ofensa:

Atiende un poco, Amarilis,
Mari-quita ó Mari-caza,
Milagron del vário vulgo,
De piés y narices largas;
Más confiada que linda,
Y necia por confiada;
Por presumida, insufrible;
Y archidescortés por vana.
Ya en el espejo del Tiempo
Se miran y desengañan,
Desahuciados de hermosura,
Los juanetes de tu cara.
Y los claros apellidos
Poco acreditan tu casa,

Que el *Vega* no es de Toledo;
Ni el *Córdoba* es de Granada.

Si te acoges al teatro,
Tu satisfacion enfada;
Pues quieres que el sol tirate
Cuando hielas, y él abrasa.
De los aplausos vulgares
Que la corte un tiempo daba
A tus romanzones largos,
Que adornan telas de Italia,
Ya te van sisando mucho:
Todo se muda y acaba;
Volando pasan las horas,
Y más las que son menguadas.
Ayer te ví en una silla,
De tu dueño acompañada;
Más escudero que dueño,
Y más fábula que dama.
Yo satisfice á un curioso
Que enfadoso te miraba:
«Va pregonando la fruta,
Que ya pasa de temprana.» (406)

Amarilis fué única en interpretar las damas de los poemas alarcónianos, porque juntan la discrecion é ingenio á la tersura y armonia de la frase.

Cierto dia la dama y su marido pidieron con gran premura á RUIZ DE ALARCON una comedia, en el género de *La Amistad castigada*; y DON JUAN, que no era improvisador, tuvo que busear ayuda para salir del paso. Titúlase el drama *Cautela contra cautela*, donde el rey de Nápo-

les, Alfonso V de Aragon, recelando que se conspirase al intento de arrebatarle aquella corona, para conocer á sus enemigos discurre la estratagemma de que aparta de su valimiento á D. Enrique de Avalos, conde del Basto y marqués de Pescara: lo mismo, ni más ni ménos, que hacé en la otra comedia el tirano Dionisio de Siracusa con Dion, su ministro. Rasgo de dos ingenios esta segunda (DON JUAN DE ALARCON, y acaso el fraile de la Merced), ninguno de ellos tiene valor para pensar de cuenta propia, ni para atreverse á ningunas alusiones del momento, por consideracion á la mancomunidad. Moreto, que hubo de nacer un año ántes de estrenarse *Cautela contra cautela*, cuando llegó á verse hombre y afamado, se inspiró en ella para su comedia de *El mejor amigo el Rey*. (407)

Puesto ALARCON á escribir de consuno, y deseando no malograr la ocasion de traer á cuento la ilustre familia de Avalos, cuya sangre llevaba por sus venas un amigo fresco (D. Francisco de Tapia y Leiva, conde del Basto, biznieto del famoso capitan que hizo prisionero al Rey de Francia), quiso lisonjear á este caballero, y se unió al maestro Tirso de Molina para dar nueva vida en las tablas á la *Próspera fortuna de D. Alvaro de Luna, y adversa de Ruy López de Avalos*. (408)

Concluidos y representados ámbos dramas, con la que pareció á los mosqueteros, encerróse ALARCON á bosquejar nueva comedia, hija exclusiva de su ingenio, que no tuviera que lamentarse de otro que de su padre al correr por el mundo.

Hallábase dulcemente engolfado entónces el poeta leyendo las obras del Livio español donde vino á encontrar sugeto para el poema. Dióle nombre de *La Crueldad por el honor*, y la remató suplicando al auditorio perdonase las faltas

Desta verdadera historia,
Que el docto padre Mariana
Apunta en el libro oncenno
De los *Anales de España*.

Tal historia es la de aquel embustero que veinte años despues de perecer en la rota de Fraga D. Alonso I el Batallador, usurpando su nombre, supo revolver á los aragoneses, y (aunque por muy poco tiempo) arrebató la corona al segundo Alfonso, niño á la sazón de once años, y á la reina viuda y propietaria Doña Petronila. Descubierta la impostura muy á los principios del levantamiento, se hace justicia del malvado, renuncia Doña Petronila en su hijo, y se celebran Córtes del reino de Aragon en Barcelona. (409)

Esto de las Córtes buscaba nuestro indiano para aludir á las que se tenían por aquellos momentos en Lisboa, y censurar los vicios y desórdenes públicos. Despachóse, pues, á su gusto por boca del gracioso Zaratan; y entre burlas y véras, hizo nuevamente gallarda ostentacion de repúblico en el teatro. Zaratan, dice al embaidor Nuño de Aulaga:

Yo soy, señor, inclinado
Más á Minerva que á Marte.
Dame un gobierno, y verás
En Zaratan un Solon.
Y por si de mi opinion
Poco satisfecho estás,
Oye; que te he de mostrar
Cuánto alcanza mi capricho;
Que en Zaragoza se ha dicho
Que pretendes reformar
Leyes, costumbres y fueros.
Y yo, con este cuidado,
Estos puntos he pensado
Que dar á tus consejeros. (410)

Son los principales puntos: condenar antiguas pragmáticas, la mala fe y codicia de los abogados, el furor de los mecánicos y labradores por salir de su esfera y poner á sus hijos al servicio de la Iglesia ó del Estado; el gravámen de tributos sobre los artículos de primera necesidad, y no sobre los de comodidad y lujo; el destierro de las

damas de hombres casados; el que los varones, privando de brazos á la agricultura y á la milicia, ejercieran oficios que podian desempeñar las mujeres; el estanco de los naipes; y, en fin, arbitrar que se tapen las rameras, para que no anden rebozadas las señoras. A promulgarse ley de tapadas semejante, cual el mexicano queria, no poseeríamos hoy cuatro quintas partes del maravilloso teatro de Calderon.

Una circunstancia digna de que se note hallo en esta comedia: el nombre del embaidor nos es desconocido; y el que le supone ALARCON, se presta á muy largo discurso.

Libreme Dios
De un ruin puesto en oficio,

exclama Zaratan, fijos los ojos en el traidor aragonés Nuño de Aulaga, hecho rey por obra y gracia de sus engaños y soberbia. *Aulaga* y *Aliaga* son la misma espinosa planta, el mismo apellido.

Pues de él habia otro ambicioso en la corte de Felipe III, aragonés tambien, dueño de la conciencia y de la voluntad del príncipe. Fray Luis de Aliaga, el *Solisdan*, de quien se mofó Cervantes en los principios de *El Ingenioso Hidalgo*; el sabio *Alisolan*, autor del *Quijote*, de Tordesillas, hombre, aunque no de grande esta-

do, nacido para cosas grandes, era de hábito religioso (al decir del marqués Virgilio Malvezzi, que le trató) pero de espíritu seglar; su entendimiento se podia calificar de mediano, pero su ánimo de relevado y firme. Tenia valor y prudencia, y sobre todo mala intencion.

El Duque de Lerma encumbró tanto hácia su cielo este ligero vapor de la tierra, y tanto le comunicó de su luz, que vino á darle atrevimiento para pretender arrebátarsela toda. Polvo de los piés del Duque el religioso, de igual suerte que el polvo movido se encumbra á las altísimas torres, pisado se subió sobre la cabeza del magnate. (411)

Muy tarde ya quiso Lerma arruinar al que habia edificado, porque fué destruido de él, hallándole mayor que le habia hecho. Hubo disgustos entre ambos, sospechas de veneno, dudas de hechiceria; hizose proceso, atormentáronse mujeres, no se encontró cuerpo de delito; y solo quedó la sombra que ofusca y desluce aquellas dos figuras, tan prepotentes un tiempo, y luego tan perseguidas y olvidadas. (412)

Aliaga presumió de talento dramático; y lo mismo rigiendo Lerma las riendas del Estado que gobernándole Uceda, supo erigirse alma de los más arduos negocios, y juntamente de las intrigas literarias, contando con humor para al-

ternar la pluma en la grave consulta y en la limpia novela. El más estrecho vínculo de amistad le unió con Lope desde el punto que vino á Madrid echado de Zaragoza. Fué entonces con benignidad recibido del Fénix de los ingenios, cual hermano en Apolo y Talia, porque á la sagacidad del dramaturgo no se ocultó cuán útil podía serle por su astucia y travesura este padre maestro de bonete y muceta, cuyo mediano ingenio poético jamás le crearia un émulo, y sí un auxiliar para todo. (413)

Lope y ALARCON habian roto ya uno con otro en 1619, despues de ocho años de amistad cortesana: tiempo bastante para que ambos, en una misma literaria ocupacion, pudieran conocerse. Ni, desde los primeros ensayos del indiano escritor, pudo ocultarse al rey de la escena el fecundo y vigoroso gérmen que en ellos se encubria, muy otro que el raquitico ó vulgar del aragonés tordesillesco; ni dejar de ver en aquella luz que alboreaba, la de nuevo sol poderoso á contrastarle la suya. Mas érale de importancia el disimulo, hasta donde lo consintiera la celosa pasion, á fin de estar dentro de los reales del enemigo, medir sus fuerzas y saber sus intenciones. Esto lográbase fácilmente con ciertas vislumbres y asomos de afecto, amistad de carton pintado, estrictamente sujeta á las puntuales fórmulas de la

cortesía. Sin embargo, más fuerte la pasion que el propósito, pocos sinceros y entusiastas pláceres oyó ALARCON en los labios del dramaturgo: «¿Qué tal le ha parecido á Lope mi última comedia?—Le habrá parecido bien (no faltaria quien contestase), porque de ella habla mal á cuantos le quieren oír.—¡Oh! no seguramente (debió responder otro); dice que es discreta, de buena intencion, moral; pero le ha puesto tantos *peros*, y tan duros, que para cocerlos se ocupa ahora el señor de Juan Abad en irlos echando á esportadas en la caldera de Pero Botero.—¿Conque no le ha gustado la comedia?—Sí; dice que todo le gusta, sino es D. JUAN DE ALARCON.» (414)

Los celos de las musas eran para él ni más ni ménos, y aun con desatino mayor, que los de las mujeres. Oigámosle respecto de éstas en una carta secreta y hasta ahora desconocida. A 21 de Marzo de 1614, y desde Toledo, escribia, entre otras cosas, al Duque su amigo: «No he hallado otro papel en los de V. E. por donde haya conocido mejor la conformidad de sentimientos que puede haber en personas desiguales, porque aquella manera de amar es toda mia. Yo, cuando en mis tiempos trataba en esta mercaderia de la voluntad, me rendia tanto, que, como yo no pensaba en otra cosa, así no queria que lo que yo amaba pensase, viviese, hablase con otro que

conmigo. Y eran estos celos tan desatinada passion en mí, que llegaba á tenerlos de mí mismo; porque si me favorecian mucho, imaginaba que lo fingian, ó que yo podia ser otro, ó parecerme entonces á alguna cosa que les agradaba, ó de que en otro tiempo habian tenido gusto. Todo me hacia contradiccion. El marido me quitaba el sueño.... Tenia celos de cuantos miraba, hasta de los vestidos que se ponía, si unos colores le hacian mas gusto que otros; de componerse, de tocarse, de oír misa, de reirse y del mismo espejo en que se mirase.» (415)

Dijo ser la mujer su mejor musa; y encuentro yo que la musa fué su mejor mujer: y que así como el celoso turco rodea de seres degradados á las hermosas circasianas y georgianas, para que las celen y guarden, Lope cercó su musa de medianos, estériles é impotentes ingenios, para que nunca la enamorada y linda Talía pudiera contra él cometer desaguizado. A sus ojos pareció digna de risa la figura del cómico Morales, celando, entre gallos y media noche, á su Jusepa Vaca, medio desnudo, la tizona en la diestra, y una luz en la siniestra mano; ridículo se nos presenta á nosotros un soberano ingenio, azorado, lanza en ristre, cuando repara en otro no vulgar, que al lado suyo se levanta. No quisiéramos ver en traje de mañana al gran coloso español, co-

mo ni tampoco al alemán Goethe, ni á tantos no ménos ilustres; pero fueron así, y con sus grandezas y miserias los hemos de contemplar en el pedestal magnífico y debido que les alzó la admiracion de las gentes.

Bien que si entramos en lo más oculto de su pecho, logrando observar los secretos móviles de muchas de sus acciones, confesados por ellos mismos; y si de allí pasamos á escudriñar otras almas exentas de la pestífera enfermedad de padecer con el ajeno bien, la de Cervántes, por ejemplo, valeroso en la más alta ocasion que vieron los siglos, alentado en las cadenas del cautiverio para quererse levantar con Argel y ofrecérselo á España; entónces tendrémus la clave de tan ridículas pequeñeces y de tan admirables grandezas. Miedo no tuvo al mundo Cervántes, pero se le tuvo á Dios.

Y sin embargo, Lope, el envidioso universal de los aplausos ajenos, como verémos pronto que ALARCON se atreve á llamarlo en público teatro; Lope, que no escribe prólogo ni carta en que no se lamente de ser él constante y preferido blanco de la envidia, hizo que la grosera pluma del aseglarado Aliaga motejase de envidioso al autor del *Quijote*, forzándole á protestar que él no conocia de las dos envidias que hay, sino á la santa, á la noble y bien intencionada. (416)

No era tan comedido ALARCON ni tan dueño de sí como Cervantes, para que en su ánimo padeciera excepcion la regla de que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos. Jamás pudo olvidar la tarde de la representacion de *El Anticristo*; jamás la frialdad que, por causa del ídolo de las musas teatrales, hallaba en los empresarios, ó siquier autores de comedias; ni que para ver en zancos una, tenia que contemplar arrinconadas en su bufete cuatro ó cinco. Aguardaba, pues, coyuntura á propósito para mortificar á su émulo; aun cuando conocia que el escribir un excelente drama era la venganza mejor y el más noble desquite.

Esto, y condenar la mentira en el teatro, le llevaron á discurrir y bosquejar una de sus más lindas comedias.

CAPITULO XV.

"La Verdad sospechosa."—Enferma gravemente Felipe III volviendo de Portugal.—Grandes fiestas á la beatificacion de San Isidro, en 15 de Mayo de 1620.—El Pindo madrileño.—Jóvenes irreconciliables con Alarcon.—"La Industria y la suerte."—"Los Empeños de un engaño."

1619

Con *La Verdad sospechosa*, que de tal suerte se hubo de nombrar la comedia, puso ALARCON el sello á su fama, extendiéndola por los confines españoles, y haciéndose oír, estudiar é imitar de las naciones extranjeras.

Altamente moral y llena de vida por caracteres arrancados á la misma naturaleza, y retratada la corte de Felipe III, cogiendo su verídico pincel á Velázquez, refleja sentimientos de todos los siglos y naciones, al punto que, en mudándose de trajes las figuras, cualquier tiempo y cualquier sociedad estima suyo este cuadro. Apropiósele

No era tan comedido ALARCON ni tan dueño de sí como Cervantes, para que en su ánimo padeciera excepcion la regla de que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos. Jamás pudo olvidar la tarde de la representacion de *El Anticristo*; jamás la frialdad que, por causa del ídolo de las musas teatrales, hallaba en los empresarios, ó siquier autores de comedias; ni que para ver en zancos una, tenia que contemplar arrinconadas en su bufete cuatro ó cinco. Aguardaba, pues, coyuntura á propósito para mortificar á su émulo; aun cuando conocia que el escribir un excelente drama era la venganza mejor y el más noble desquite.

Esto, y condenar la mentira en el teatro, le llevaron á discurrir y bosquejar una de sus más lindas comedias.

CAPITULO XV.

"La Verdad sospechosa."—Enferma gravemente Felipe III volviendo de Portugal.—Grandes fiestas á la beatificacion de San Isidro, en 15 de Mayo de 1620.—El Pindo madrileño.—Jóvenes irreconciliables con Alarcon.—"La Industria y la suerte."—"Los Empeños de un engaño."

1619

Con *La Verdad sospechosa*, que de tal suerte se hubo de nombrar la comedia, puso ALARCON el sello á su fama, extendiéndola por los confines españoles, y haciéndose oír, estudiar é imitar de las naciones extranjeras.

Altamente moral y llena de vida por caracteres arrancados á la misma naturaleza, y retratada la corte de Felipe III, cogiendo su verídico pincel á Velázquez, refleja sentimientos de todos los siglos y naciones, al punto que, en mudándose de trajes las figuras, cualquier tiempo y cualquier sociedad estima suyo este cuadro. Apropiósele

discretamente la nacion vecina en la pluma de Pedro Corneille, á quien por esto ciñó el lauro de fundador del verdadero drama cómico en Francia; y así el Manzanares vino á dar al Sena la primer magnífica piedra angular del teatro, que tanto le envanece. Corneille intituló su comedia *El Mentiroso*, porque este rótulo lleva el poema alarconiano en la parte XXII, apócrifa, de Lope de Vega, impresa por Pedro Verges, el año de 1630, en Zaragoza. Tambien, atribuida á Lope, existe en un manuscrito contemporáneo de la biblioteca del señor Duque de Osuna; pero en 1633 apresuróse ALARCON á reivindicar la propiedad de su obra.

Sarta de perlas orientales parecen las bellezas de carácter, de pensamiento y de diction que la realzan; y á quilatarlas y hacerlas estimar de todas las gentes, abriendo las puertas al estudio y á la admiracion, han consagrado en nuestros dias rico tesoro de erudicion y buen gusto varones como Lista y Hartzzenbusch, dejándonos poco que decir á los que venimos despues, y ni una palabra que poder añadir á su crítica bienhechora. (417)

Aquel Don Garcia, tan ingenioso y fecundo en mentir, siempre nuevo, sorprendente y despenado; aquel tipo que nada tiene de excepcional, pues

En la corte, aunque haya sido,
Un extremo Don Garcia,
Hay quien le dé cada dia
Mil mentiras de partido;

aquel simbolo de una generacion, á quien el autor advierte cuánto el piadoso rey Don Felipe III odia el vicio, y la ofensa que por él se hace á Dios, cuánto desea castigarla:

Mirad que estais á la vista
De un rey tan santo y perfeto,
Que vuestros yerros no pueden
Hallar disculpa en sus yerros

(complaciéndose en llamar santo y rendir tributo de respeto y amor el fiel vasallo á su muy cristiano principe, en este drama y en *El Semejante á sí mismo*); aquel tan gracioso embustero, que juzga ser la mentira una necesidad de la vida, porque el hombre lo debe saber todo y no haber cosa que le pueda suspender ni admirar, sosteniendo que:

Admirarse es ignorancia,
Como ignorar es bajeza;

aquel mentiroso incontinente, que no deja á nadie el gusto de comunicar una novedad ó noticia, saliéndole al encuentro, porque en su in-

agotable piélagó de invenciones las tiene apropiadisimas para cada caso:

Tú no sabes á qué sabe,
 Cuando llega un portanuevas
 Muy orgulloso á contar
 Una hazaña ó una fiesta,
 Taparle la boca yo
 Con otra tal, que se vuelva
 Con sus nuevas en el cuerpo,
 Y que reviente con ellas;

aquel loco, en fin, que llevando por norte la execrable máxima, tan general y tan diabólicamente practicada, de que

Ser famoso es grande cosa;
 El medio cual fuere sea,

trabaja y se afana en labrar su propio descrédito y ruina, comenzando por deleitar y entretener un rato á las gentes, y acabando por ser de ellas despreciado y aborrecido:

Pasar por donaire puede,
 Cuando no daña, el mentir;
 Mas no se puede sufrir
 Cuando ese límite excede.
 Y aquí, si lo consideras,
 Conocerás claramente
 Que quien en las burlas miente,
 Pierde el crédito en las véras;

esa figura será siempre una de las más bellas creaciones de ALARCON, una de las joyas de que se envanezca más nuestra hispana Talía.

Para acrecer el impetuoso raudal de máximas y pensamientos felices bizarramente formulados que brota á borbollones de la comedia, préstáronle al poeta auxilio generoso cuantos libros tuvo á mano sobre la mesa, ya de mero deleite, ya de devocion y recogimiento.

Si maquinalmente abre las *Relaciones de la vida del escudero Márcos de Obregon*, por el maestro Vicente Espinel, y á la página 147 halla esta frase: «La facilidad en creer es de pechos sencillos, pero sin experiencia,» se cae de la pluma del dramático tan deliciosa redondilla:

¡Qué fácil de persuadir,
 Quien tiene amor, suele ser!
 ¡Y qué fácil en creer
 El que no sabe mentir!

Si repasa las desenfadadas novelas de Salas Barbadillo, y en *La ingeniosa Elena, hija de Celestina*, tropieza con una «persona tan principal, que de doce signos que hay en el Zodiaco, tenía con tres estrecho parentesco, que son: el carnero, la cabra y el toro,» he aquí el despertador de ALARCON para un saladísimo epigrama:

No ignores, pues yo no ignoro,
Que un signo el de Virgo es,
Y los de cuernos son tres:
Aries, Capricornio y Toro.

Ya habia debido á esta novela ingeniosa la idea de transformarse el demonio en Sofia para enganar al Anticristo. (418)

Marcial le abre su rica mina, y Agustin de Rojas le facilita lo que puede hacerle al caso, de su *Viaje entretenido*.

Pero si antes de entregarse en brazos del sueño el cristiano poeta, quiere ahuyentar de vanas imaginaciones su espíritu, y rehacerlo y regalarlo con celestial doctrina, leyendo en Tomás de Kémpis; y en el capítulo XVIII del libro IV, nota que «el demonio deja de tentar á infieles y pecadores, porque los tiene ya seguros; y solo tienta y atormenta de varias suertes á fieles y devotos;»—al dia siguiente se le vienen rodados estos versos:

Las mujeres y los diablos
Caminan por una senda;
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse dellas,
Y solo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.

Como á Cervántes, su maestro, le habla cuanto le rodea, y le suministra materiales los más oportunos y preciosos, que él sabe fundir en el más activo y puro crisol, y transformar para que le pertenezcan legitimamente.

¡Qué pintura la de los caballos enjaezados aguardando á su dueño, tan propia de un mexicano:

Ya los caballos están,
Viendo que salir procuras,
Probando las herraduras
En las guijas del zaguan!

¡Qué máxima de tanta observacion y experiencia aquella de que

Es vano pensar que son
El reñir y aconsejar
Bastantes para quitar
Una fuerte inclinacion!

Ni pierde coyuntura de ridiculizar las modas costosas y molestas, incansable en la reforma de las costumbres públicas. Las golas escaroladas, de que maldecian todos, sin atreverse ninguno á ser el primero en desterrarlas, son zaheridas chistosamente en el drama:

¡Bien hubiese el inventor
Deste holandesco follaje!

Con un cuello apanalado
¿Qué fealdad no se enmendó?

A tal elogio contrapone buenos argumentos el poeta, concluyendo que

Por esa y otras razones
Me holgára de que saliera
Premática que impidiera
Esos vanos canjilones;
Que, demás desos engaños,
Con su Holanda el extranjero
Saca de España el dinero
Para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Más á gusto, á ménos costa.
Y esto me tiene confuso:
Todos dicen que se holgáran
De que valonas se usáran,
Y nadie comienza el uso.

Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, aplaudiendo, en su grave *Historia de D. Felipe III*, la resolución que á 11 de Febrero de 1623 tomó este príncipe, de trocar el holandeseo follaje por las valonas llanas y sencillas, moderadas y sin ostentacion alguna (con lo que todos siguieron su ejemplo en la primera semana de Marzo), dice que pasaba de millones al año el importe de las telas, llevándose los extranjeros la plata y

dejándonos con nuestra torpe vanidad. La censura que en 1619 hizo ALARCÓN en el teatro no debió ser de lo que influyera ménos para decidir, cuatro años despues, la opinion contra los cuellos y lechuguillas, característicos del reinado de Felipe III. (419)

El poeta, que dispuso para esta comedia un gran aparato de observacion y estudio, dando pasmoso testimonio de su pronta imaginativa, nada tomó del poema compuesto en los primeros dias del siglo, por el cómico Juan de Villégas, con el titulo de *La Mentirosa verdad* ó *El Marido de su hermana*, que fué de las que recitó con mayor éxito, hácia 1603, el buen Antonio Granados.

El público hizo justicia al mérito de *La Verdad sospechosa*, uniendo los víctores dentro del teatro á los aplausos de fuera. Bien es cierto que se vino á representar la comedia en ocasion de estar ebrio de gozo el pueblo de Madrid, por haber la santidad de Paulo V decretado (en Santa Maria la Mayor, de Roma, á 14 de Junio) la beatificacion del glorioso Labrador Isidro, á instancia del Rey Católico, clerecia y concejo de la villa. Señaló el Papa el 15 de Mayo para que la Iglesia festejase anualmente la memoria del bienaventurado, aunque habia costumbre antigua de celebrarla á 30 de Noviembre; y este año de 1619

y por última vez, quisieron los madrileños unir á la solemnidad de la fiesta cuantas alegrías y regocijos debian corresponder á nueva tan deseada. (420)

Pero al tiempo que centenares de poetas, enardecido su espíritu, discurrían las más ingeniosas composiciones, y los polvoristas se afanaban en multiplicar al infinito ruedas y cohetes, y los plateros concluían á toda prisa el arca suntuosa que, por valor de diez y seis mil ducados, sin la mano de obra, dedicaban á Isidro para depósito de sus reliquias sagradas; se alborotó la corte, á 16 de Noviembre, con la noticia de haber caído gravemente enfermo en Casa-rubios el Monarca, volviendo de Lisboa. El regimiento de la villa no creyó haber tan eficaz medicina como acudir á su Patrono, para alcanzar la salud del Rey. Llevóse el cuerpo bendito en procesion magnífica al monasterio de la Encarnacion, donde se le dijo la primera misa despues de beatificado; y á las tres de la tarde, colocado en una litera de raso carmesí y pasamanos de oro, con cuatro faroles á las esquinas, en que ardian gruesas hachas de blanca cera, partió la procesion nada ménos que para Casa-rubios. Los pueblos encendían hogueras por los caminos, que hicieron clarísima la noche; y á las veinte y cuatro horas, á otro dia, domingo 17, entraban por la

cámara real las venerables reliquias, en hombros de sacerdotes, colocadas en su caja de terciopelo carmesí con un paño de brocado. Cercaban al Rey, casi moribundo, sus hijos, el beato padre trinitario Simon de Rojas, el cardenal Zapata, los duques de Uceda, Infantado, Sessa y Pastrana, el Almirante de Castilla y muchos grandes y títulos. Se incorporó S. M. con gran trabajo en el lecho, adoró las preciosas reliquias, pidió la cayada del venturoso Labrador, la besó tiernamente, y no quiso que la procesion volviera á Madrid sin que él la acompañase vivo ó muerto. Fué casi milagroso el alivio; y diez y ocho dias despues, á 5 de Diciembre, como á una legua de Madrid, era recibido el devoto cortejo del Santo Labrador y del piadoso Monarca por más de dos mil personas, que, con hachas encendidas y á caballo, habian salido en procesion de la corte. (421)

1620

Hubo, pues, que dejar la fiesta de la beatificación para el 15 de Mayo de 1620, y en ellas se contaron los pendones, cruces, cofradías, clero, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares; ciento cincuenta y seis estandartes; diez y nueve danzas, y muchos ministriles, trompetas y chirimías. Arcos y altares

adornaban las calles por donde habia de pasar la procesion. Las máscaras, fuegos, carros y encamisadas duraron ocho dias. En la Plaza Mayor se armó un castillo con muchos artificios de fuegos, que por un descuido se quemó, con más de cuatrocientos ducados de daño, y con riesgo de que fuese mayor. Y terminaron las fiestas con un certámen poético, en que para nueve temas dió premios la villa, del cual fué secretario el incomparable frey Lope de Vega Carpio, que luego le sacó á luz, con todas las obras premiadas. Cerca de ochenta ingenios verdaderos tomaron parte en la justa poética, sin contar los malos poetas, imposibles de reducir á número. Lope se asombró de que hubiese tantos en Madrid, y atribuyó al Santo Labrador lo abundante de la cosecha. (422)

Con pronunciacion limpia, alta voz y accion grave leyó el secretario las composiciones premiadas, haciendo lugar la música; pero dos horas y media era corto plazo para despachar sobre dociientos pliegos que sumaban los versos favorecidos. A recibir los premios de *agnus-dei*, cabestrillos, cintillos y firmezas de oro; fuentes, vasos, candelabros, pomos y barquillos de plata; piezas de tafetan y de raso, cortes de jubon de tirela negra, médias de seda de nácar, y ligas blancas con randas de oro; bandas de ga-

sa recamadas del mismo precioso metal, cadenas de resplandor, tazas de plata dorada y bolsas de ámbar con sendos escudos dentro, veía el público levantarse regocijados el mordaz Conde de Villamediana, á quien llamaban doctísimo; Don Guillen de Castro, famoso autor de *Las Mocedades del Cid*; el caballero de la rosa Francisco López de Zárate; el maestro Calvo, defendido con una celada de ciencia, para que las Musas, mujeres al fin, no viesen que era calvo; el zoilo maestro Espinel, leon no temible ya porque el tiempo le habia limado las garras; Gerónimo Núñez, secretario de Felipe III; Pedro de Várgas Machuca, machucando poetas; Simon Xavelo, frances de nacion, muy mimado de Lope; el insigne Don Juan de Jáuregui; el autor de *La Vida es sueño*, que entónces, á las veinte primaveras de edad, se firmaba Don Pedro Calderon Riaño, y segun testimonio del secretario del certámen, eclipsaba á cuantos admiraron Roma y Grecia.

Salió Sebastian Francisco
De Medrano, con más bellas
Plumas que el fénix de Arabia,
Y las de su ingenio entre ellas,

historiador de la fiesta; allí, el licenciado Juan Perez de Montalban, compañero suyo desde las primeras letras y en la universidad complutense, ambos frenéticos partidarios de Lope y adversa-

rios de cuantos se le oponian; allí, en fin, el inquieto Anastasio Pantaleon de Rivera, gigante del Parnaso, con la maza inhiesta para defender que ningun poetilla pigmeo viniese á enturbiar las aguas de Helicon, segun dijo Lope. Y es de notar que el poeta ridiculo Juan Navarro de Cascante hubiera por aquellos dias hecho correr esta copla:

Con versos de Corcovon
A ALARCON tanto le espanta
Pantaleon, que á ALARCON,
Que de un leon no se espanta,
Le espanta Pantaleon. (423)

A recoger su premio se adelantó igualmente D. Miguel Benégas de Granada, quinto nieto del rey Chico, varon minimo de cuerpo, regordete y cuellierguido, Apolo en el ingenio, y Marte en el valor y destreza de las armas, pintiparado al mexicano, si tuviera las dos jorobas, y puestos casi siempre ambos en la lengua de los maldicientes.

Quevedo, Tirso, ALARCON y Rojas no acudieron al palenque.

Lope bizarreó como dueño del campo, ahora con su hábito y gravedad clerical, ahora con la careta de un desenvuelto y soñado personaje. Por todas partes bullia, sin que nadie lo pudiera ver, y todos lo estaban mirando: un maestro Burguillos, que escribió á los nueve certámenes

y á manos llenas derramó la sal, la sátira y las malicias. Para el octavo, celebrando las grandezas de Madrid, y su origen, en diez redondillas, compuso el enmascarado maestro aquellas inolvidables, que comienzan:

Solana donde me rasco
Al són de vanos favores,
Vistoso campo de flores,
Aunque todas de Carrasco.

Este Carrasco era un temible fullero en el juego de naipes, cuyo retrato hizo Quevedo en sus *Flores de corte*. (424)

A Burguillos (á Lope de Vega, para que nos entendamos), por haber tomado parte en los nueve certámenes, se dieron burlando, por premio, doscientos escudos en una cédula sobre los bancos de Flándes; y en cuanto supo que tales bancos eran unos peligrosos bajíos de arena de aquel mar, como la indignacion hace versos, fingió irritarse contra Lope, adalid de la fiesta, cerrando con él á cintarazos:

Pues el proverbio de tu nombre borras,
Con él se llamarán las cosas malas:
Serán de Lope, desde hoy más, las zorras,
Las purgas, las geringas y las calas,
Preñados petos, afligidas gorras,
Bragueros, pantorrillas, martingalas,
Lobanillos, juanetes y *corcovas*,
Gordas, espesas, pedigüeñas, *bobas*.

El corcovado ALARCON y la poetisa doña Clara de Alarcon y Bobadilla eran para él la sombra de Nino; y como en acordándose del jorobeta, se le viniesen con gozo al pensamiento las comedias que guardaba éste sin poderlas hacer representar, los descabros de las puestas en escena y los contratiempos de *El Anticristo*, prosigue:

Si comedia escribieres, plega al cielo
 La yerre un jugador representante;
 O con las apariencias venga al suelo
 Nube carpinteril, *ángel volante*;
 La mosquetera escuadra, deste vuelo,
 De suerte se bazuque tremolante,
 Que, sin los castrapuercos y silbatos,
 Te ladren perros y maullen gatos.
 Reto cuantos poetas tienen fama;
 Y reto los donados y pobretos,
 Con los que Calepino *monas* llama,
 Y los estafadores de concetos....

Ya habia leído el Fénix secretario de la fiesta, para hacer boca, en el principio de aquel solemne acto, diez cédulas que advirtió haberle sido entregadas al entrar por la iglesia de San Andrés, hecha un ascua de oro, donde fué la justa poética. De las cuales decia la segunda: «Un poeta ha compuesto veinte y siete comedias; no halla quien se las represente ni quien se las oiga. Si hubiere alguna persona que se las quiera trocar á papel blanco, recibirá en ello caridad.» Que esto, y lo del ángel volante, y lo de las

bobas, y mucho más, era dar cordelejo al indiano, cuidaron muy bien de cacarearlo por Madrid la manada frenética de gozquecillos partidarios de Lope de Vega, muchachos de una edad, recién salidos del aula complutense. Acaudillábanlos Juan Perez de Montalban y Anastasio Pantaleon, que discurrió sacar de tino al corcovado y hacerle decir lo que en su vida imaginara, acudiendo al artificio diabólico de componer malignos centones con versos tomados de las propias comedias alarconianas. DON JUAN creyó ser todo obra de los consejos de Lope, y resolvió significarle con mesura su fundado resentimiento, en un drama que á la sazón escribía. (425)

El de *Los Empeños de un engaño*, que así le intituló, puede efectivamente ofrecer situaciones y lances parecidos á los que se contaban de Lope con el Duque de Sessa, y á los que entiendo alude algo de su correspondencia privada. Cierta criado, á fin de ocultar los amores de su amo, engaña á otra dama que vive en la misma casa, haciéndole creer que, girasol de su hermosura, le ronda la calle el caballero. Grandes aprietos para el industrioso galan, complicaciones y quebraderos de cabeza surgen de tal engaño, enredando y complicando la accion, que siempre resulta una é interesantísima, con sumo deleite y sorpresa del auditorio.

Enemigo de la sátira personal RUIZ DE ALARCON, huyó siempre de cuanto pudiera lastimar la honra de su adversario: generaliza, y no circunscribe; censura, pero trata de mostrarse ejemplo, y ofrecerse modelo vivo de lo noble y decoroso; y en los cargos á sus émulos se reviste de la gravedad de juez, severo, pero no despechado.

Lope era un enigma, como en infinitas otras cosas, en punto á las mujeres. Tan pronto subyuga su corazón el ideal platonismo de Petrarca y la ternura y delicadeza espiritual del Dante, como la grosera lascivia de Quevedo. Nuevo Proteo, revístese de todas las formas del amor, llegando á sentir las y expresarlas todas, cual si una sola de ellas le tuviese cautivo. Sin embargo, fácilmente cayeron sus comedias en el vicio de deslucir el tipo bello de la mujer, siendo imposible que le presentara siempre (aunque humano y verdadero) noblemente altivo y salvador en la escena, quien en una carta reservada no esquivó declarar al Duque, su amigo, el concepto que el sexo hermoso le merecía: «Las mujeres son tan cuerdas, que por no andar despues buscando con quién desapasionarse, tratan las más veces dos hombres juntos; porque si faltare el uno, asista el otro. Cierto que tienen no sé qué simpatía con algunos animales: providencia, con las hormigas; mudanza, con los camaleones; veneno, con las

viboras; almas, con los gatos; y aquello de resbalar cuando quieren, de las anguillas del Tajo.» Aparecen, pues, desenvueltas, vulgares, interesables y mezquinas muchas damas en las fábulas del gran poeta. (426)

De aquí tomó pié RUIZ DE ALARCON para tildarle de *mal mirado*, y de que, no obstante el proverbio de llamar *de Lope á todo lo bueno*, suyo no era el buen arte de saber escribir con decoro. Y como rebosan en él las obras del discreto mexicano, bien pudo echar en rostro á su émulo:

Que publicar sus cuidados
A la primer diligencia
Las señoras, es licencia
De poetas mal mirados,
Que escriben (aunque *les sobre*
La ventura) sin decoro;
Mas no de aquellos que el oro
Saben distinguir del cobre.

Niega el venturoso Lope su intencion de ofender á nadie, en hechos ni palabras, y con sumo ingenio las explica. Entónces arguye nuestro poeta:

—¿Esto es fingir?

—Claro está.

O ha de ser del mismo paño
De la verdad el engaño,
O el remiendo se verá.

Disculpa el indiano que se muestre enamorado
y galan quien ya, como Lope, se acercaba á los
sesenta inviernos, porque

El leño que aun no el verdor
Del fértil tronco ha perdido,
Por un extremo encendido,
Por el otro vierte humor.

Pero le previene que otras mocedades pudieran
no acabar en bien; y que es justo repare ya en
la mucha prudencia de que le está dando ejem-
plo, y en su esmero porque la cólera no le lleve
á un desatino:

Oid.

Ya habeis visto que he excusado
Con sufrimiento y cuidado
Dar que decir en Madrid;
Que no es bien que de los hombres
Que nacieron principales
Conozcan los tribunales,
En caso de honor, los nombres.

Al frente de la *Segunda parte* de sus come-
dias puso ALARCON, en 1633, *Los empeños de
un engaño*.

Otra suya de 1620 se halla relacionada tam-
bien con algo de la justa poética en las fiestas de
la beatificación de San Isidro, á saber: *La Indus-
tria y la suerte*. Industria se denominan aquí los
ardides, cábalas é intrigas de mala ley, que vie-

ne á destruir la suerte, ó mejor dicho, la Provi-
dencia divina.

Fué asunto del séptimo certámen escribir un
romance en alabanza de tres santos que se creen
naturales de la villa de Madrid, exigiéndose del
poeta que «*le acabe felicemente, con haber na-
cido en ella el Rey nuestro señor.*» El licen-
ciado Toledano cumplió así la condición final:

Y aunque estos santos te ilustran
Y te ponen sobre el sol,
El nacer en ti Filipo
No es la grandeza menor.

Por el maestro Burguillos lo mismo dijo Lope:

Que nacer Filipe en vos

Es decir que en vos se hallan
Papas santos como reyes,
Reyes santos como papas.

Siendo de la pluma de Lope y de su inven-
ción todo el programa, cogió esta idea y estas
palabras D. JUAN para increpar al poeta clérigo
(cuyas pasiones y hábito andaban en continua
guerra) por tirar la piedra y esconder la mano,[®]
y valerse de literatos rufianes:

—Pues oye: tú buscarás,
Sancho, dos ó tres valientes
Destos que pagados, dan
Muertes y heridas; que quiero

Hacer, sin riesgo, al dinero
Homicida de DON JUAN.

—¡Gloria á Dios, que me he acordado!

Un hombre llamarte quiero,

Que es de Madrid, y el primero

Por lo valiente y callado.

—Eso es lo que he menester.

¿Y cómo se llama?

—Cid,

Por mal nombre.

—¿Y de Madrid?

—Pues de dónde puede ser,

Sino del lugar felice

En que el Rey de España nace,

Quien no diga lo que hace

Y quien haga lo que dice?

Con estas palabras satiriza ALARCON al hombre; veamos cómo no se olvida del literato. Por agradar al vulgo, aficionado á bernardinas y á aplaudir lo que no entiende y oye de prisa y con sonsonete, Lope escribía disparates, de propósito, abusando de símiles, alegorías y retruécanos.

En *Lo Cierto por lo dudoso* dice, por ejemplo:

Tanto mi amor le prefere,

Que si posible me fuera

No quereros, no os quisiera.

Siquiera porque élos quiere.

Y aunque quiero con temor,

Y con esperanza muero,

Porque os quiero como os quiero.

Le quisiera dar mi amor.

Pero si no puede ser,

Su amor tomaré á mi cuenta;

Y pues quereros intenta,

Por los dos quiero querer.

Y así obligada quedais,

Queriéndoos los dos á vos,

Pues os quiero por los dos,

Que por los dos me querais. (427)

ALARCON le reprende en *La Industria y la suerte* con esta dureza:

No como algun presumido,

En cuyos humildes versos

Hay cismas de alegorías

Y confusion de concetos,

Retruécano de palabras,

Tiqui-miqui y embeleco,

Patarata del oido

Y engañifa del ingenio;

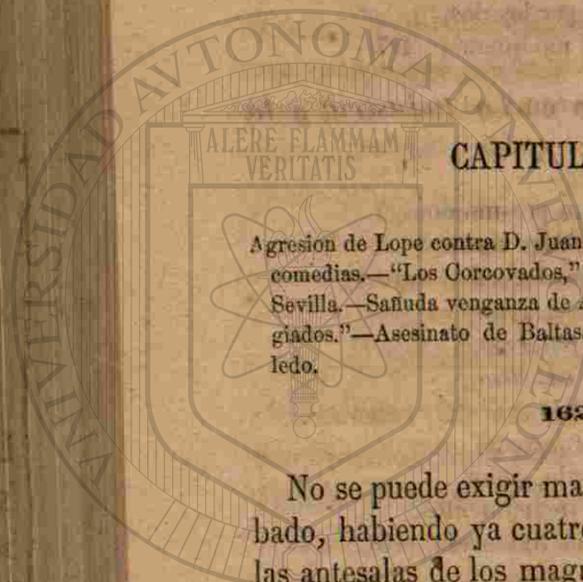
Que bien mirado, señor,

Es música de instrumentos,

Que suena y no dice nada. (428)

Así aquellos ingenios se atormentaban los unos á los otros. Importa no perder ni una sola de sus palabras, si queremos contemplarlos vivos; considerando que es ridícula, pueril curiosidad la de contentarse con remover la pesada losa en el sepulcro de un grande hombre, para mirar su momia yerta y desconocida.

entre las doce que forman el tomo, va enderezada á Cristóbal Ferreira de Sanpayo; y Lope, siguiendo el ruin camino del maldiciente Figueroa, cuyos diálogos del *Pasajero* tuvo siempre sobre la mesa al hablar del indiano pálido y flaco (aun para encomiarle en *El Laurel de Apolo*), firma de su puño esta dedicatoria, ó mejor dicho, indigno tropel de injurias. «Cuánto (dice) nos debemos guardar de *los que señaló la naturaleza*, nos muestran varios ejemplos y la experiencia. Las partes por quien se conoce el ingenio, están delineadas de la naturaleza en el rostro; y así la *invidia* y los demás vicios. Generalmente se ha de tener que los miembros que están en su proporción natural, cuanto á la figura, color, cantidad, sitio y movimiento, señalan buena complexión natural y buen juicio; y los que no tienen debida proporción y las demás referidas partes, *que la tienen perversa y mala*. Por eso decía Platon que *cualquier semejanza de animal* que habia en los hombres, tales eran las costumbres que imitaban. Creo que vuestra merced habrá ya juzgado mi queja, si es justo tenerla, por esta parte, de algunos hombres, cuya inclinación no he podido vencer, ni ellos se pueden vencer á sí mismos. Hay poetas *ranas en la figura y en el estrépito*; y sin éstos, otros muchos de diversas formas, que por haber-



CAPITULO XVI.

Agresion de Lope contra D. Juan, en la "Trecena parte" de sus comedias.—"Los Corcovados," entremés famoso de un hijo de Sevilla.—Sañuda venganza de Alarcon.—"Los Pechos privilegiados."—Asesinato de Baltasar Elisio de Medinilla, en Toledo.

1620

No se puede exigir mayor templanza del jorobado, habiendo ya cuatro meses que andaba por las antecámaras de los magnates y por los cestos de labor de dueñas y doncellas un libro donde el Fénix de los ingenios, roto el freno de la vanidad y la ira, se desató contra ALARCON, mostrándole que sabia tirar la piedra y no esconder la mano. Este libro es la *Trecena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador fiscal de la Cámara Apostólica en el arzobispado de Toledo. Dirigidas, cada una de por sí, á diferentes personas.* (429)

Los Españoles en Flándes, última comedia

los pintado en una carta mia, que anda impresa con mis *Rimas*, no quiero reiterarlos ni referirlos. Aristóteles, en la *Historia de los animales*, dice que son las *ranas de las lagunas*, enemigas de las abejas; y, como los buenos poetas se entienden por ellas, en razon que de diversas flores forman aquel licor suave, viéneles bien el título. Sin esto, á los *gibosos* pinta el mismo filósofo con mal aliento; y da por causa que, intercluso, se pudre: porque, desacomodado el lugar del pulmon, y deflexo, no puede expeditamente transmitirle. Pues *mal aliento*, claro está que ha de inficionar cuanto tocara hablando. Es cosa ordinaria de tales hombres (si hombres se han de llamar) *la soberbia y el desprecio*. Guardaba un cristiano viejo el monumento un Juéves Santo; y acercándose á él un hombre que tenia fama de judío, dióle un golpe con la alabarda, y quejándose al cura, y él riñéndole, respondió: «Señor licenciado, ó guardamos ó no guardamos.» Así yo tal vez respondo: «O sentimos ó no sentimos, ó somos ó no somos.» Tengan por cierto los *invidiosos* que han de tener su golpe de cuando en cuando, y más si tienen por qué no llegar al monumento. Y teniendo yo el amparo y defensa de vuestra merced y de su único y raro entendimiento, dedico, pues, á vuestra merced esta comedia, intitulada *Los*

Españoles en Flándes, y justamente, pues por caballero le tocan las armas, y por tan gran estudiante y de tanta erudicion las buenas letras, para que me honre y defienda de todo *escritor malicioso*, y de los *correctores de ajenos vicios y solapadores de los suyos propios*, cuyos libros no se venden; porque ellos venden en ellos á cuantos tratan.» (430)

Bien pudiera haber replicado ALARCON á lo de que, *intercluso* el aliento, se pudre; bien pudiera, oponiendo algo semejante á la empresa XXXV de Saavedra Fajardo, que ostenta el lema de *Interclusa respirat*: «Cuanto más oprimido el aire en el clarín, sale con mayor armonía y diferencia de voces. Así sucede con la virtud, la cual nunca más clara y sonora que cuando la mano le quiere cerrar los puntos.» Obsérvase frecuentemente en los contrahechos que el mérito que perdió la materia, suele granjearlo el espíritu, sin duda «porque las estrellas resplandecen más cuando es más oscura la noche.»

Pero de que al fin se decidiese á contestar fiera é inconsideradamente al ofensor el ofendido, fué causa un entremés baladí, que muchas tardes arrancó palmadas estrepitosisimas en el teatro.

Representáronle Pedro de Valdés y Miguel

Ramírez: parecía escrito por lisonjeros de Lope, aunque el autor no dió la cara; y en los carteles se anunció de esta suerte: «*Los Corcovados*, entremés famoso de un hijo de Sevilla.» (431)

Salía Ramírez trinando contra el ciego amor y la femenil inconstancia, viéndose ántes correspondido y ahora celoso y á punto de matarse.

VALDÉS.

De manera

Vuestras voces me han turbado,
Que vengo á ver las quimeras
Que os sacan de vuestro seso.
¿Qué teneis, Ramírez?

RAMÍREZ.

Penas,
Desasosiegos, traiciones,
Maldades, ansias, cautelas:
Celos tengo, tengo celos.

VALDÉS.

¿De Teresa?

RAMÍREZ.

De Teresa.

VALDÉS.

¿Agora lo sentís tanto?

RAMÍREZ.

Agora es mayor mi afrenta.

VALDÉS.

¿Por qué?

RAMÍREZ.

Porque á un corcovado
Quiere, por quien me desecha.

VALDÉS.

Esa es gran bellaquería.

RAMÍREZ.

No fuera tanta mi afrenta
Si quisiera á un tuerto, á un manco,
A un calvo con dos muletas,
A un alza-figura, á un hombre
Que siempre calza chinelas;
Pero ¡á un corcovado! Estoy....
Y no es así como quiera,
Que aun no es cargado de espaldas;
Porque es de una castañeta
Partida el medioendiablado,
Y de dos sartenes negras
Alma, que iguales balanzas
Un peso de carne pesan.
Estoy loco, estoy corrido.

VALDÉS.

Si tú la venganza dejas
A mi ingenio, verás cosas
Nunca vistas.

Finge Valdés, para disponer su venganza, que

Un comisario vino de la corte
Con una provision, para que todos

Los corcovados saque destes reinos,
Que dicen que han querido levantarse;

y se afirma en la real provision que habian convocado en su ayuda á los cargados de espaldas, metidos de hombros y pequeños de cuerpo. El comisario prende al jorobado Juanico; y su madre, Marina (que no es la célebre Marina de Hernan Cortés, aunque el hijo pueda ser el mexicano), se echa desalada á los piés del Alcalde, pidiéndole favor:

¡Ay, señor! que me llevan á Juanico,
El gracioso, el hermoso, el angelico;

y pondera que es muy llano y cortés, y que no tuvo jamás ningun tropezon, ni en su vida se metió con las ajenas:

ALCALDE.

¡Oh! siempre está diciendo: «¡No sé nada!»

MARINA.

No es porque le pari; mas le aseguro
Que es la misma virtud.

ALCALDE.

Yo te lo juro;

Y tiene obligacion.

MARINA.

¿Por qué?

ALCALDE.

Le vemos,
Cual la virtud, en medio dos extremos;
Aunque guarda tambien un corcovado
Malicias en su cofre mal tumbado.

El Alcalde se presta á cumplir la real provision, pero trata de ablandar el pecho del comisario en favor de Juanico:

Ahora, señor, por mi amistad os ruego,
Que el hijo desta dueña plañidera
Se le dejeis, por esta vez siquiera;
Que aquí dirémos, porque el mozo viva,
Que la barriga se le subió arriba.

VALDÉS.

¿Y el bullo de detrás?

ALCALDE.

¡Oh, don grosero!

Pantorrillas ó nalgas, majadero.
Olvidad, por mi vida, para casta,
Este último besugo de banasta.

RAMÍREZ.

El primero ha de ir.

ALCALDE.

¡Bravo despecho!
¿Estas dos peruleras qué te han hecho?
Don Juan Ruiz de Alarcon.—41

RAMÍREZ.

Por él cierta traidora me aborrece,
Y más que á mí le estima y favorece.
¿No valgo mucho más?

VALDÉS.

¡Oh, ya lo creo!

ALCALDE.

¡Si siempre se enamoran del más feo!

RAMÍREZ.

Si me dejara por un necio, ¡vaya!
Por un toma-tabaco, un melindroso;
Mas ¡por un corcovado!.... Estoy rabioso.

Muestran Juanico y otro lisiado sus ridiculas
figuras; y el Alcalde, viendo que el comisario
no perdona á su defendido, pide al cielo que
venga sobre estos reinos un diluvio de corcova-
dos. Valdés y Ramírez se aterran con la maldi-
cion, y dejan en libertad al jiboso; el cual, y su
camarada, concluyen con un

BAILE.

Todo humano se aperciba:
Que se quedan en España
Los enanos pechicortos,
Los cojos de las espaldas.
Todo viviente se guarde,
No toquen en su desgracia;

Que como unos matan de ojo,
Otros de corcovas matan.
Valientes son de deseos;
Pero en las obras se engañan,
Porque de una alma en cuclillas
¿Qué valentías se aguardan?
Mas, con todo, Dios nos libre,
Que riñen con dobles armas:
Porque son su espalda y pecho
Punzon, uno; otro, almarada.
Ya en España se quedan
Los corcovados,
Porque no vivan solos
Zurdos y calvos.

La malicia y chacota de la piececilla entreme-
sil estuvieron en la figura, gestos y ademanes
del cómico encargado de representar al contra-
hecho Juanico.

DON JUAN consideró que no le habia de estar
bien á quien pretendia gobiernos y togas cruzar
de una cuchillada el rostro del bufo insolente y
desvergonzado; que todo era obra de un mons-
truo de muchos brazos y una sola cabeza, y se
resolvió á dar en ella donde más le doliese, hi-
riendo por los mismos filos.

Veíase en aquella sazón afanadísimo, termi-
nando á toda prisa una comedia, para él de su-
mo empeño, donde resaltarán sus vastos cono-
cimientos morales y políticos, llenos de vida por
elocucion incomparable, á fin de obligar con es-

te drama á persona de quien se prometia (como logro feliz de todos sus afanes) el honroso puesto en Indias que tanto codiciaba. La tal persona era el licenciado Hernando de Villagómez, consejero de Indias, el más influyente, aquel que, en Abril de 1612, unido á los licenciados Ramirez de Arellano y Molina, del Consejo Real, ordenó las capitulaciones y escrituras de los famosos casamientos del príncipe Don Felipe con Isabel de Borbon, y de la infanta Ana Mauricia de Austria con el rey de Francia Luis XIII. La comedia llevaba por nombre *Los Pechos privilegiados*. (432)

Tertulio del Consejero nuestro ALARCON, le oyó una noche hablar de la preeminencia notable que tenia la casa de Villagómez, donde las amas que criaban á sus pechos á niños varones de tan ilustre familia, por esto solo quedaban privilegiadas con título de nobleza. Discurrióse largamente sobre el origen de tamaña distincion: dijose haberla otorgado el rey D. Alfonso V, el que murió sobre Viseo; y un cronista presente, linda pieza, adulator de molde y con licencia real, contó el cómo y el cuándo, con tales señas, tilde y circunstancias, que no parecia sino que fué testigo del suceso. Niño y huérfano el rey Don Alfonso V, lo criaron en Galicia el Conde Melendo González y su mujer Doña Mayor, los cuales tenian una hija, llamada Elvira; y atentos

á que no saliera de casa el que ya estaba dentro de ella, dispusieronlo de suerte que ambas criaturas se amaron y llegaron á compartir felices el tálamo y el trono. De este hecho verdadero, y del singular privilegio de la casa de Villagómez (raro en verdad, y que debió nacer de muy grande hazaña), tomó pié ALARCON para su linda comedia.

Supone que de D.^a Elvira enamorado el jóven príncipe, y resuelto de hacerla su dama y no su esposa, busca para tercero á un infanzon leonés, llamado Rodrigo de Villagómez, el cual ama lealmente á otra de las hijas del Conde. Rodrigo se niega, pierde el valimiento con el Monarca y es blanco de su persecucion y odio. Cuando el Rey va á dar aleve muerte al noble caballero, una membruda montañesa de Leon, de heróico y hazañoso carácter, nodriza que fué de Villagómez, salva atrevidamente á aquel que mira como hijo. Pide el Rey de Navarra la mano de Elvira; Alfonso, por no verla de otro, se casa con ella, conoce la hidalguía del infanzon leonés y le restituye á su gracia.

En ninguno de los dramas alarconianos hay mayor tesoro de experiencia, pensamientos más elevados, sentencias más profundas, estilo más correcto y elegante, aun cuando el plan y disposicion de la fábula sean harto defectuosos.

¡Qué idea tan elevada tuvo ALARCON de cómo ha de ser el Rey, y de cómo el vasallo leal! Aquel, la inmaculada imagen de Dios sobre la tierra; éste, la personificación hermosa del respeto, de la abnegación, de la noble y digna altivez. Cuando el príncipe amengua su resplandor, igualándose por la pasión desordenada con el vasallo, se levanta el vasallo y crece hasta la sublimidad del profeta, no que del filósofo declamador, para enardecer á su dueño y reponerle sumiso en la espléndida cumbre de la virtud, desde donde el Rey se ha de mostrar ejemplo á todos.

Si Alfonso V busca para tercero de ilícito amor á Rodrigo de Villagómez, éste le contestará:

¿Y en tan poca estimación
Os tengo yo, que debía
Presumir que en vos cabía
Injusta imaginación?

¿Y en tan poco me estimáis,
Y me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea
Valeros de mí queráis?

Si indignado el Monarca le arroja de su valimiento, duélese el fiel servidor; pero se recobra pronto, satisfecho de sí mismo por haber cumplido como bueno:

¿Esto es servir? ¿Estos son
Los premios de la fineza,
Los fines de la grandeza,
Los frutos de la ambición?...
Pues no, no perdais, honor,
La alabanza más segura:
Que ser privado es ventura;
No quererlo ser, valor.

¿Cómo faltar un hombre indigno que le reemplace? Con él logra una noche penetrar el Monarca en la cámara de Elvira, la hija del conde Melendo; la cual grita, pidiendo socorro. Acude con sus criados el Conde, espada en mano, acomete al rebozado seductor, sin conocerle, y entonces el Rey se descubre:

ALFONSO.

Teneos

Al Rey.

CONDE.

¿Al Rey?

ALFONSO.

Sí.

CONDE.

El Rey sois; 

Aunque no lo pareceis.

Rasgó digno del trágico más grande.

Desnaturalizase el Conde, rompe el vasallaje de Alfonso y retirase á Valmadrigal, donde le

busca el rey D. Sancho de Navarra, pidiéndole á su hija Elvira por esposa; y allí, para robarla, vienen, disfrazados de labradores, el Rey de Leon y su nuevo favorito. En el momento de irlo á poner por obra, salen el navarro y el Conde; apréstanse resueltos á lavar con sangre sus agravios; pero viendo en peligro á su rey y señor el leal Villagómez, de nada se acuerda ya, pónese al lado de D. Alfonso, defendiéndole con su espada y cubriéndole con su pecho. Lo mismo hace la hércúlea nodriza Jimena, arrebatando al gracioso Cuaresma su tizona. El Conde se espanta de ver frente de sí á Rodrigo, de que haya olvidado en un punto su amistad, el amor de la hermana de Elvira, la ofensa del Monarca leonés:

CONDE.

¡Ah, Rodrigo!

RODRIGO.

No hay ofensas,
No hay amistades, ni amores
Que, en tocando á la lealtad,
No olviden los pechos nobles.

Seria proceder en infinito indicar todas las bellezas del drama. Bien pudiera el Tasso imaginarse que esta preciosa octava era suya:

No temió la venganza, no la ira
Del fuerte Alcides el centauro Neso,

Cuando ciego de amor por Deyanira,
Despreciando la vida, perdió el seso,
Y por huir la venenosa vira
Del ofendido, con el dulce peso
Corrió, y muriendo al fin, vino á perdella,
Mas no la gloria de morir por ella.

El poeta, que oyó á cada instante murmurar del Duque de Lerma en el poder, y que ahora se le echaba de ménos, apresúrase á prevenir á los discretos que no se acongojen ambicionando la privanza,

Porque, según he entendido,
El vulgo mal inclinado
Siempre condena al privado,
Siempre disculpa al caído.

Duélese de que para medrar puedan poco los buenos y honrados servicios, y lo alcancen todo la bajeza y lisonja:

No se merece sirviendo;
Agradando se merece.

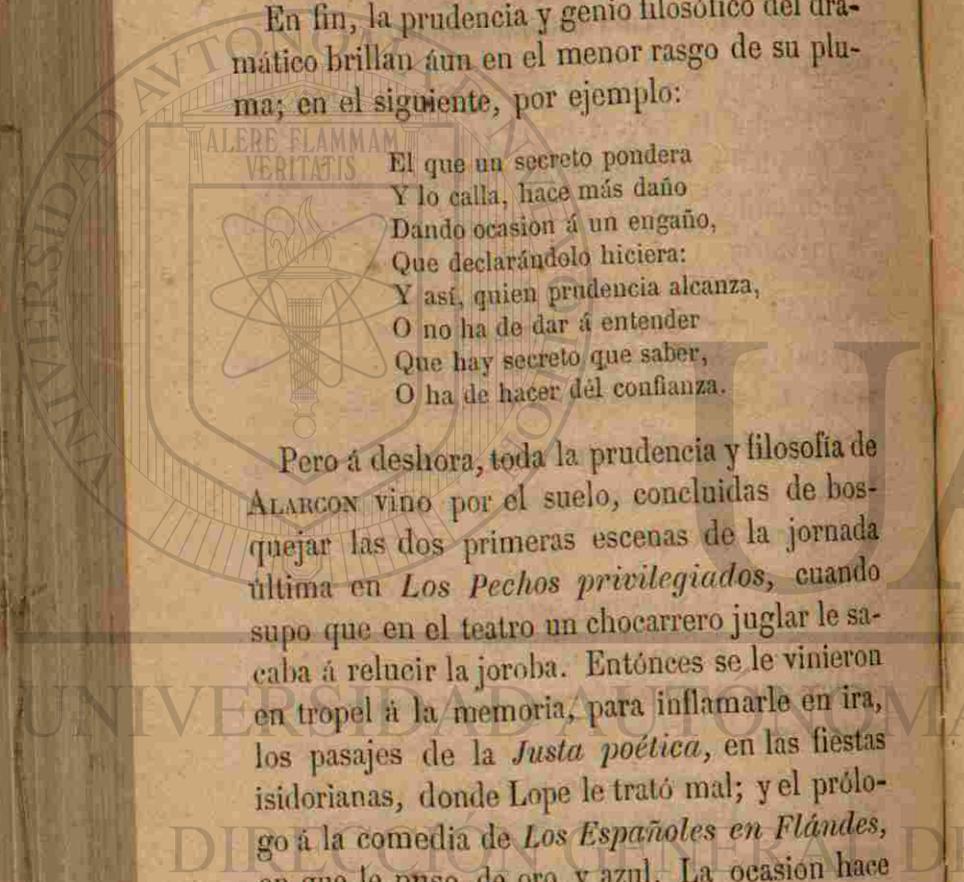
Y dice que un hombre rain, encaramado en elevado cargo,

Es un gigantón del Córpus,
Que lleva un pícaro dentro. ®

Bellamente sabe consolar al virtuoso, para que no desmaye contemplando en abundancia y prosperidad y con grande séquito al malo, y al bueno en desamparo y pobreza:

Los malos honran los buenos,
Como honra la noche al día;
Que sin tinieblas, tendría
El mundo la luz en ménos.

En fin, la prudencia y genio filosófico del dramático brillan aún en el menor rasgo de su pluma; en el siguiente, por ejemplo:



El que un secreto pondera
Y lo calla, hace más daño
Dando ocasion á un engaño,
Que declarándolo hiciera:
Y así, quien prudencia alcanza,
O no ha de dar á entender
Que hay secreto que saber,
O ha de hacer del confianza.

Pero á deshora, toda la prudencia y filosofía de ALARCON vino por el suelo, concluidas de bosquejar las dos primeras escenas de la jornada última en *Los Pechos privilegiados*, cuando supo que en el teatro un chocarrero juglar le sacaba á relucir la joroba. Entónces se le vinieron en tropel á la memoria, para inflamarle en ira, los pasajes de la *Justa poética*, en las fiestas isidorianas, donde Lope le trató mal; y el prólogo á la comedia de *Los Españoles en Flándes*, en que le puso de oro y azul. La ocasion hace al ladrón y al maldiciente, y presentábasele á D. JUAN famosa, convencido de que no habría manera de reponer su espíritu ni escribir una línea

más en *Los Pechos privilegiados*, mientras no desahogase la requemada y repudrida bilis que le atosigaba. Miróse, pues, de alto abajo; no halló *tropezon* en su vida que se le pudiera echar en cara; y mojando en veneno la pluma, se infundió en la figura del gracioso Cuaresma, y cerró con su enemigo con el furor de un loco.

Iban á cumplirse cuatro años que era en Madrid objeto de murmuracion y escándalo el ver al encanecido y ya casi sexagenario Lope de Vega hecho una *Magdalena* arrepentida en el templo, y un viejo verde por tertulias, paseos y coches, preso en las redes amorosas de doña Marta de Nevarés Santoyo. Dama de pequeño cuerpo y de gentil espíritu, poderosa en el canto, y diestra en acompañarse á la vigüela, divertía las frecuentes ausencias del marido, hombre de negocios, reuniendo en su casa de la calle del Infante escogida tertulia, con la autoridad de su madre y de su hermana, la poetisa doña Antonia de Nevarés Santoyo, que juntamente con ella vivían. Góngora había hecho público el galanteo, divulgando esta desvergonzada espinela:®

Dicho me han, por una carta,
Que es tu cómica persona
Sobre los manteles Mona,
Y entre las sábanas Marta.
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten despues:

Que tu nombre, del reves
(Siendo *Lope*, de la haz),
En haz del mundo y en paz,
Pelo de esta *Marta* es. (433)

Y ALARCON siguió el mal ejemplo del racionero cordubense, imaginando que habria de acallar el honrado grito de su conciencia, con tener carta blanca de Lope de Vega para maldecir de él cuanto quisiese:

Promesa habeis hecho
De no indignaros; la furia
Reprima el ardiente pecho,
Supuesto que á nadie injuria
Quien usa de su derecho.

Recordaba al decir esto aquel verso de la *Farsalia*:

Iusque datum Sceleri canimus.

Si Lope, en las desenfadadas estancias del supuesto Burguillos, habia juntado con mas ó menos malicia las *corcovas* y las *bobas* (á RUIZ DE ALARCON y doña Clara de Bobadilla), D. JUAN ya se creyó con derecho al insulto personal en la comedia que traía entre manos, y á lanzar despiadado á la burlata pública las lágrimas del Magdaleno y los regalos de la Marta:

¡Aquí de Dios! ¿En qué engaña
Quien desengaña con tiempo?

Culpa á un bravo bigotudo,
Rostriamargo y hombrituerto,
Que en sacando la de Juanes
Toma las de Villadiego;
Culpa á un viejo avellanado,
Tan verde, que al mismo tiempo
Que está aforrado de *Martas*,
Anda haciendo *Madalenos*.

Y porque no hubo libro ni ocasion en que no se lamentara de ser perpétuo y fiero blanco de la envidia el Fénix de los ingenios, cuando tantas coronas y alabanzas recogia sin tregua, como otro ninguno logró ni mereció jamás; y cuando todos los buenos escritos ajenos le disgustaban, y el ajeno elogio le sacaba de tino, ALARCON, furioso le denuesta:

Culpa al que siempre se queja
De que es envidiado, siendo
Envidioso universal
De los aplausos ajenos.

Lope, en la *Trezena parte* de sus comedias, quiso gracejar con lo de haber señalado la naturaleza á RUIZ DE ALARCON, dándole mal aliento de boca, y héchole rana en la voz y en la figura. Desgraciadamente nada de ello estaba en manos del lisiado enmendar; pero sí, al contrario, en las del monstruo de la naturaleza (obligado á ofrecer buen ejemplo) el reprimir sus violentas pasio-

nes. Así el indiano con harta razón le apostrofa, y contesta á cuantos se burlaban de sus corcovas:

Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defectos,
Graceja con apodar
Los que otro tiene en el cuerpo.
Dios no lo da todo á uno;
Que piadoso y justiciero,
Con divina providencia
Dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
Mal cuerpo, dió sufrimiento
Para llevar cuerdamente
Los apodos de los necios;
Al que le dió cuerpo grande,
Le dió corto entendimiento;
Hace malquisto al dichoso,
Hace al rico majadero.
Próvida naturaleza
Nubes congela en el viento,
Y repartiendo sus lluvias,
Riega el árbol más pequeño.

Pero con tanto ingenio, con tanta naturalidad y arte supo engarzar la sátira en el drama; y con tal destreza, imitando los *Sueños* de Quevedo, la envolvió en la censura general de vicios y desórdenes públicos, que no parece sino allí espontáneamente nacida. Los contemporáneos cogieron al vuelo aquellas alusiones picantes; la posteridad las ha estado leyendo y oyendo como

sazonadisimos epigramas, sin recelar jamás que fuesen disparadas contra tejado conocido.

Al botarga que se desmandó en el entremés famoso de *Los Corcovados*, no pudo contestar otro que la fornida montañesa, fratándole con el desprecio que se merecía:

Callad, juglar, en mal hora;
Que si un ramo tiro á un robre,
De vuessas chocarrerías
Farédes que enmienda tome.

Cuando esta sañuda sátira de ALARCÓN recibía todo bulto y fuerza en el teatro, hallábase Lope sumido en acerbo dolor, por la violenta muerte de un amigo queridísimo, que no se le pudo tener oculta más tiempo. Baltasar Elisio de Medinilla, el caro Elisio, el tierno y afectuoso cantor de la *Limpia Concepcion de la Virgen Señora Nuestra* (1617), el espléndido Anfitrión toledano, cuya casa y bienes estuvieron francos siempre á Lope, acababa de perecer alevosamente en edad de treinta y cinco años (28 de Junio de 1585-1620), á manos de quien ménos debía. Acechándole una noche al entrar en su casa, de Toledo, le mató, cobarde, á traicion, el señor de Olias D. Gerónimo de Andrada y Rivadeneira. (434)

Por demás ligero y neciamente caviloso andu-

vo nuestro siglo imputando el odiado crimen al celeberrimo autor de *El Desden con el desden*, que tierno infante se hallaba entónces en brazos de su nodriza. Con efecto, dos años ántes habia nacido el buen D. Agustín Moreto y Cavana, un lunes santo, 9 de Abril de 1618; sexto hijo de Agustín Moreto y Violante Cavana. Italianos ambos, del Montferrato aquel, y ésta de Mantua; comerciaba el padre fiando trigo á labradores, y alquilando á próceres y magnates delicadas ropas, y suntuosos muebles, y tapices. Vivian en la calle de las Infantas. (435)

Un tío del futuro poeta cómico, el saboyano Andrés Moreto de Cabrera, asiduo esclavo de la Divina Majestad, desde 1610, y por ello camarada y amigo de Lope, era de los que en estos dias de verdadero luto para el admirable dramático, más sincera y afectuosamente le consolaban. (436)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS.

RETRATO. * —El retrato de D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, hasta ahora desconocido, que al frente de este libro y por vez primera sale á pública luz, grabado al agua fuerte, es obra de uno de nuestros más insignes pintores contemporáneos, del Sr. D. José Vallejo.

Para dibujarle, ha tenido presente muy buena copia fotográfica del gran lienzo antiguo que, de cuerpo entero, representa al dramático y existe en la iglesia parroquial de Tasco, poblacion cabeza del partido y distrito de su nombre, en el Estado de Guerrero, al Sur de México. Improvisado militar fortaleza aquel sólido templo durante las sañudas refriegas de los años de 1810 y 1859 contra la madre patria y contra la nueva metrópoli, el retrato de ALARCON vive de milagro.

El retrato de que se habla en esta Nota, no puede salir por su puesto en el folletín de la "Iberia;" pero tenemos intencion de mandar hacer una copia litográfica de él para mandárselo á nuestros suscritores. Lo harémos en cuanto nos sea posible; y los que guardan este folletín, no deben encuadernarlo hasta entónces.

REDACCION DE LA "IBERIA."

vo nuestro siglo imputando el odiado crimen al celeberrimo autor de *El Desden con el desden*, que tierno infante se hallaba entónces en brazos de su nodriza. Con efecto, dos años ántes habia nacido el buen D. Agustín Moreto y Cavana, un lunes santo, 9 de Abril de 1618; sexto hijo de Agustín Moreto y Violante Cavana. Italianos ambos, del Montferrato aquel, y ésta de Mantua; comerciaba el padre fiando trigo á labradores, y alquilando á próceres y magnates delicadas ropas, y suntuosos muebles, y tapices. Vivian en la calle de las Infantas. (435)

Un tío del futuro poeta cómico, el saboyano Andrés Moreto de Cabrera, asiduo esclavo de la Divina Majestad, desde 1610, y por ello camarada y amigo de Lope, era de los que en estos dias de verdadero luto para el admirable dramático, más sincera y afectuosamente le consolaban. (436)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS.

RETRATO. * —El retrato de D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, hasta ahora desconocido, que al frente de este libro y por vez primera sale á pública luz, grabado al agua fuerte, es obra de uno de nuestros más insignes pintores contemporáneos, del Sr. D. José Vallejo.

Para dibujarle, ha tenido presente muy buena copia fotográfica del gran lienzo antiguo que, de cuerpo entero, representa al dramático y existe en la iglesia parroquial de Tasco, poblacion cabeza del partido y distrito de su nombre, en el Estado de Guerrero, al Sur de México. Improvisado militar fortaleza aquel sólido templo durante las sañudas refriegas de los años de 1810 y 1859 contra la madre patria y contra la nueva metrópoli, el retrato de ALARCON vive de milagro.

El retrato de que se habla en esta Nota, no puede salir por supuesto en el folletín de la "Iberia;" pero tenemos intencion de mandar hacer una copia litográfica de él para mandárselo á nuestros suscritores. Lo harémos en cuanto nos sea posible; y los que guardan este folletín, no deben encuadernarlo hasta entónces.

REDACCION DE LA "IBERIA."

De él, no hace mucho, que para realzar su sala de juntas el mexicano Ayuntamiento, pidió copia al de Tasco, é ignoro si al fin llegó á obtenerla; pero sé que en el vestibulo del Teatro Nacional en la ciudad de las lagunas, aparece modelado el busto del poeta, y no de pura fantasía.

Debo la copia fotográfica (14 centímetros, alto; por 75 milímetros, ancho), de que se ha valido mi amigo el Sr. Vallejo, al Excmo. Sr. Labastida y Dávalos, arzobispo de México, por intercesion de S. E. el de Búrgos, Don Anastasio Rodrigo Yusto, prontos ambos prelados tan venerables á impulsar mis difíciles investigaciones literarias.

El lienzo, que feliz advertencia y espíritu, en verdad patriótico, dieron á la parroquial de Tasco, ofrece todas las señales de haberse bosquejado hácia el año de 1682 á vista de pequeño cuadro, donde únicamente y de tamaño natural aparecía la cabeza del dramaturgo, pintada en los tiempos que recibió la licenciatura en México, ó fué allí teniente de corregidor (1609, 1611). Con fidelidad reprodujo setenta años despues aquella cabeza y su cuello escarolado ménos clásico artifice; pero agregándole, fuera de todo razonable discurso, un cuerpo giganteo, de pura invencion, ataviado con el traje de los áulicos de Carlos II. No olvidó en el fondo la mesa, la indispensable librería y el pabellon de damasco; ni junto á la figura, el gran tarjeton borrominesco, de estilo, que diese noticia de quién fué la persona retratada. Ni se calentó la cabeza en redactar el epígrafe. Le tomó al pié de la letra, salvas diferéncias insignificantes, de lo que Fr. Baltasar de Medina acababa de decir al folio 251 de su obra impresa en México por Juan de Rivera, año de 1682, intitulada «Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México, de Religiosos Descalzos de N. S. P. S. Francisco en la Nueva España: Vidas de ilustres y venera-

bles varones que la han edificado con excelentes virtudes.» Esto me hace sospechar si, de igual suerte que debemos á Fr. Baltasar de Medina muy curiosas y exactas noticias acerca de la familia de ALARCON, hemos de estarle tambien agradecidos por ser pensamiento suyo y gestion suya lo del retrato en la parroquia tlachconense. ¿Dé cuántos riquísimos tesoros literarios y artísticos no somos deudores á los religiosos de la antártica region, y de la española metrópoli, durante nuestros siglos de oro?

Hé aquí el letrero que muestra el tarjeton, puestas entre paréntesis las variantes del libro de Medina:

«Don Juan Ruiz de Alarcon cuio Ingenio é Idalgas partes y letras escribe D. Nicolas Ant.º en la Biblioteca Hispanica ensalsando su nombre, Politi.º (*políticos*); y cortesa.º (*cortesianos*) escritos en todo singulares, y (*pero*) en lo Comico sin igual, Reconociendole, en las Comed.º q̄ (*que hoy*) licitam. usaba (*usa*) Esp.º por Ingenio sin segundo, Imprimio dos to.º de este asunto de cuyo num.º las principales son, Los Favores del Mundo, La Industria y la Suerte, Las Paredes Oyen, El semejante á si Mismo, Las Cuevas (*La Cueva*) de Salamanca. Mudarse por Mejorarse, Todo es Ventura, El Desdichado en Fingir, (*etc.*) Nombrante tambien en lista d los q̄ en Mad.º Florecieron (*florezen*) D. Alonzo Nuñez de Castro, Coronista de su Mag.º siendo su mar (*Magstad. En mi parecer su mayor*) calificac.º y credito haver (*es haber*) merecido ladearse con (*ladearse y hombrear con*) D. Fran.º Quevedo, por su vir.º y let.º (*letras*) suvio á ser Rela.º en los R.º Esta.º (*estados*) del Supremo Concejo de Ind.º y casi cantó á él Lope de Vega, en el Laurel de Apolo

En Tasco (México) la Fama
que como Sol descubre qto. mira
á D. Juan de Alarcon hallo q̄ aspira
con dulce ingenio la (á la) divina Rama
la Maxima cumplida
de lo q̄ puede la virtud unida.º

Prólogo. — Maestro Vicente Espinel, «Relaciones de la vida del escudero Márcos de Obregon. Año 1618. Madrid, por Juan de la Cuesta.» Relacion segunda, descanso once, folio 114. — «Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la pública recepcion de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe: 4 de Mayo de 1856; página 14. — Luis Cabrera de Córdoba, «De Historia, para entenderla y escribirla; Madrid, por Luis Sánchez, 1611. — Cervantes, «El Licenciado Vidriera;» «Viaje del Parnaso, capítulos II y VI.» El discurso que me atrevo á poner en boca del inmortal escritor, se ajusta á pensamientos y máximas esparcidos por todas sus obras, y al sistema y espíritu que en ellas generosamente dominan. — Fray Gerónimo de San José, «Genio de la Historia; Zaragoza, por Diego Dormer, 1651.» — Nicolás Antonio, «Bibliotheca Nova; I, 587.» — «Discursos leídos en la Academia de la Historia en la recepcion pública de D. José Godoy Alcántara: 30 de Enero de 1870.» El excelente juicio del Académico, mi amigo, tan dignamente laureado por las reales academias Española y de la Historia, acerca de la manera con que se deben tratar los asuntos históricos, harto se deja ver á trasluz de la clara y amena exposicion de cuantos sistemas hay conocidos en la materia. — «Libro Donde esta La ynsti-tucion y ordenanças de la hermandad y congregacion De los esclavos del Santissimo Sacramento, fundada en el convento de descalços de la Santissima trinidad desta Villa de madrid en beinte y ocho de noviembre de 1608. asimesmo estan en el los acuerdos de las Juntas que se agen cada mes en el dho convento. y carta de hermandad del padre provincial y aprobacion del Difinitorio.» «En seis de Abril de mil y seiscientos y quince años se traslado esta Santa Congreg.^a al conmento del Spiritu Sancto de Clerigos menores desta Villa de Madrid.» Fólto 149.

(1) Giraldo, canceller de Alfonso VIII, en su *Historia de la conquista de Cuenca*, citada por el Marqués de Mondéjar. — El arzobispo D. Rodrigo, *Rerum in Hispania gestorum Chronicon*; Granada, 1545, folio LXXVIII. — D. Aureliano Fernández-Guerra, *El Itacio*, ó sea la *Hitacion de Wamba*.

(2) El arzobispo D. Rodrigo, LXXVIII vuelto. — Juan Pablo Martyr Rizo, *Historia de la muy noble y leal ciudad de Cuenca*; Madrid, herederos de la viuda de Pedro de Madrigal, 1629; páginas 37 y 265. — Argote de Molina, c. XLVIII. — Haro, *Nobiliario*, II, 26. — Salazar de Mendoza, *Dignidades*, 50. — Alonso Núñez de Castro, «Crónica de los señores reyes de Castilla D. Sancho el Deseado, etc.» Madrid, 1717; página 114.

(3) «Trobes de Mossen Jaume Febrèr, cavaller, en que tracta dels Liuatges de la Conquista de Valencia y son Regne,» manuscritas. — Martyr Rizo; página 264. — Gonzalo Argote de Molina, «Nobleza del Andaluzia,» 40.

(4) Martyr Rizo, páginas 37, 265, 267 y siguientes.

(5) Mariana, «Historia general de España, XXVI, 3.» — Gonzalo Fernández de Oviedo, «Historia general y natural de las Indias,» *passim*; XXXIII, 9, 48; y XLI, 3.

(6) César Cantú, «Historia universal.» — Fernández de Oviedo, XXXIII, páginas 32, 48 y 56.

(7) El Dr. D. José Mariano Beristain de Souza, en su «Biblioteca Hispano-Americana septentrional;» México 1819; tomo II, páginas 275 y 291.

(8) Martyr Rizo, 274 y siguientes. — Antonio de Leon Pinelo, «Historia de Madrid,» manuserita, año de 1629. — Mesonero Romanos, «Semanao Pintoresco español,» año de 1851, Noviembre, 30. — Archivo general de Indias. — D. José Antonio Alvarez y Baena, «Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid;» Madrid, Sancha, 1786, pág. 145. — El mismo, «Hijos de Madrid;» Madrid, Cano, 1790; tomo III.

(9) Archivo general de Indias.—Mártir Rizo, 271 y siguientes.—Fray Baltasar de Medina, «Crónica de la santa provincia de San Diego de México, de religiosos descalzos de N. S. P. S. Francisco, en la Nueva España. Vidas de ilustres y venerables varones que la han edificado con excelentes virtudes.» México, por Juan de Rivera, 1682; folio 251.

(10) Archivo general de Indias.—Fr. Baltasar de Medina, 250 vuelto.

(11) Fr. Baltasar de Medina, 251.

(12) Archivo de la universidad de Salamanca.

(13) Fernández de Oviedo, libros XXXII y siguientes.

(14) Beristain de Souza; II, 271, III, 294.

(15) El mismo anterior, II, 118.

(16) El mismo, I, 89, y II, 194.

(17) Beristain de Souza, II, 148.

(18) «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca.» En Salamanca. Impreso en casa de Diego Cusio, año 1625.

(19) Luis Cabrera de Córdoba, «Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España, desde 1599 hasta 1614;» Madrid, 1857; páginas 60, 61 y 70.

(20) Fernández de Oviedo, XXXIII, 48—Jorge Bruin y Francisco Hogenberg, *Civitates Orbis terrarum*; Colonia, 1576.

(21) Cabrera, «Relaciones;» páginas 27 y 72.

(22) Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa. «El Pasajero: Advertencias utilísimas á la vida humana;» Madrid, 1617: alivio III.—«Plaza universal de todas ciencias y artes,» XCVI.

(23) El mismo, allí.

(24) ALARCON, «La Verdad sospechosa.»

(25) Archivo de la universidad de Salamanca.—Nicolas Antonio, *Bibliotheca Nova*.

(26) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro

de bachilleramientos en todas facultades,» abierto en 22 de Aril de 1598; folio 68.

(27) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de matrícula de los estudiantes, etc.,» abierto en 24 de Noviembre de 1599; folio 100.

(28) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de bachilleramientos;» folio 164.

(29) «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca.»

(30) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de matrícula.»

(31) Archivo de la universidad de México, «Registro de los grados de doctores y licenciados en Leyes,» desde el año de 1570 hasta el de 1689, tomo I; proceso del grado que recibió ALARCON á 21 de Febrero de 1609.

(32) Por las «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca,» se fija con toda exactitud esta fecha, en vista de los demas antecedentes.

(33) Archivo de la universidad de Salamanca: datos facilitados al autor, en curiosísimas copias de documentos de aquel depósito precioso, por el sabio catedrático D. Manuel de Cueto y Rivero.

(34) Ortiz de Zúñiga, «Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla;» edicion príncipe, páginas 511 y 514.

(35) Ortiz de Zúñiga, pág. 514.

(36) Ortiz de Zúñiga, pág. 422.

(37) Ortiz de Zúñiga, pág. 604.—D. Diego de Agreda y Vargas, en la dedicatoria de su traducción de *Leucipe y Clitofonte*, historia griega de Aquiles Tacio; Madrid, 1617.—Licenciado Antonio de Leon Pinelo, al fin del «Discurso genealógico de la ilustre casa y descendencia de Avellaneda,» que precede á su libro de «Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres;» Madrid, 1641.

(9) Archivo general de Indias.—Mártir Rizo, 271 y siguientes.—Fray Baltasar de Medina, «Crónica de la santa provincia de San Diego de México, de religiosos descalzos de N. S. P. S. Francisco, en la Nueva España. Vidas de ilustres y venerables varones que la han edificado con excelentes virtudes.» México, por Juan de Rivera, 1682; fólío 251.

(10) Archivo general de Indias.—Fr. Baltasar de Medina, 250 vuelto.

(11) Fr. Baltasar de Medina, 251.

(12) Archivo de la universidad de Salamanca.

(13) Fernandez de Oviedo, libros XXXII y siguientes.

(14) Beristain de Souza; II, 271, III, 294.

(15) El mismo anterior, II, 118.

(16) El mismo, I, 89, y II, 194.

(17) Beristain de Souza, II, 148.

(18) «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca.» En Salamanca. Impreso en casa de Diego Cusio, año 1625.

(19) Luis Cabrera de Córdoba, «Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España, desde 1599 hasta 1614;» Madrid, 1857; páginas 60, 61 y 70.

(20) Fernandez de Oviedo, XXXIII, 48—Jorge Bruin y Francisco Hogenberg, *Civitates Orbis terrarum*; Colonia, 1576.

(21) Cabrera, «Relaciones;» páginas 27 y 72.

(22) Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa. «El Pasajero: Advertencias utilísimas á la vida humana;» Madrid, 1617; alivio III.—«Plaza universal de todas ciencias y artes.» XCVI.

(23) El mismo, allí.

(24) ALARCON, «La Verdad sospechosa.»

(25) Archivo de la universidad de Salamanca.—Nicolas Antonio, *Bibliotheca Nova*.

(26) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro

de bachilleramientos en todas facultades,» abierto en 22 de Aril de 1598; fólío 68.

(27) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de matrícula de los estudiantes, etc.,» abierto en 24 de Noviembre de 1599; fólío 100.

(28) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de bachilleramientos;» fólío 164.

(29) «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca.»

(30) Archivo de la universidad de Salamanca, «Libro de matrícula.»

(31) Archivo de la universidad de México, «Registro de los grados de doctores y licenciados en Leyes,» desde el año de 1570 hasta el de 1689, tomo I; proceso del grado que recibió ALARCON á 21 de Febrero de 1609.

(32) Por las «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca,» se fija con toda exactitud esta fecha, en vista de los demas antecedentes.

(33) Archivo de la universidad de Salamanca: datos facilitados al autor, en curiosísimas copias de documentos de aquel depósito precioso, por el sabio catedrático D. Manuel de Cueto y Rivero.

(34) Ortiz de Zúñiga, «Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla;» edicion príncipe, páginas 511 y 514.

(35) Ortiz de Zúñiga, pág. 514.

(36) Ortiz de Zúñiga, pág. 422.

(37) Ortiz de Zúñiga, pág. 604.—D. Diego de Agreda y Vargas, en la dedicatoria de su traduccion de *Leucipe y Clitofonte*, historia griega de Aquiles Tacio; Madrid, 1617.—Licenciado Antonio de Leon Pinelo, al fin del «Discurso genealógico de la ilustre casa y descendencia de Avellaneda,» que precede á su libro de «Vultos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres;» Madrid, 1641.

- (38) Ortiz de Zúñiga, pág. 592.
- (39) Expediente de la licenciatura, en el Archivo universitario de México.
- (40) Gallardo, Zarco del Valle, y Sancho Rayon, «Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos;» tomo II, páginas 1000 y 174.
- (41) Archivo del Duque de Altamira, «Correspondencia autógrafa de Lope de Vega Carpio con el Duque de Sessa.»
- (42) «Ensayo de una biblioteca española;» tomo II, pág. 176.
- (43) Ortiz de Zúñiga, 665.—Gallardo, Zarco y Sancho, «Ensayo de una biblioteca;» tomo I, pág. 30.
- (44) «Ensayo de una biblioteca;» tomo II, pág. 719.
- (45) Rodrigo Caro, «Claros varones en letras naturales de Sevilla.»
- (46) Andres de Claramonte y Corroy, «Letanía moral;» Sevilla, por Matías Clavijo, año de 1612.
- (47) Cervántes, «Carta á D. Diego de Astudillo Carrillo, en que se le dá cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarache el día de Sant Laureano;» manuscrito de la Biblioteca Colombina, publicado é ilustrado por D. Aureliano Fernández-Guerra; Madrid, Rivadeneyra, 1864; página 14, columna segunda.
- (48) Cervántes, «Carta á D. Diego de Astudillo;» páginas 13, columna primera; 22, 2.^a, 28, 1.^a—Archivo universitario de México, expediente de la licenciatura de ALARCON.
- (49) Cervántes, «Carta» citada; pág. 11, 1.^a; y al pie la nota del Sr. Fernández-Guerra.
- (50) «Carta» y páginas referidas. Véase en la pág. 18, columna segunda, la interesante nota del Sr. Fernández Guerra, demostrando hasta la evidencia el día y año en que fué la inolvidable gira en Alfarache, descubrimien-

to importantísimo para la vida de ALARCON.—Ortiz de Zúñiga, «Anales de Sevilla, pág. 603.

(51) «Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina; algunos datos nuevos para ilustrar el *Quijote*; varios rasgos ya casi desconocidos ya inéditos de Cervántes, Cetina, Salcedo, Cháves y el bachiller Engrava, por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe: Madrid, Rivadeneyra, 1864; 4.^o mayor, 82 páginas, letra muy compacta.

(52) Beristain de Souza, «Biblioteca.» t. I, pág. 121.

(53) Beristain, tomo I, pág. 333.

(54) Fernández de Navarrete, «Vida de Cervántes,» pág. 446.—Fernández-Guerra, «Noticia del códice colombino;» ilustracion en la columna segunda, pág. 24.

(55) «Carta á D. Diego de Astudillo,» páginas 6, 12, 15, 17, 22 y 23.

(56) «La Carta,» pág. 20.

(57) «La Carta,» páginas 13, 26, 28, 29, 30 y 31.

(58) Léanse con detencion en el «Viaje entretenido» de Agustin de Rojas, edicion de Madrid de 1793, las páginas siguientes: tomo I, páginas 7, 8, 9, 11, 12, 16, 17, 178, 190, 214 y 228; tomo II, 29 y la 31, inspirada en el romance á los celos; 55, 69, 83, 123, 207 y 214. Véase tambien la «Noticia del códice colombino,» por D. Aureliano Fernández-Guerra, pág. 51.

(59) Mr. Alfonso Royer, «Théatre d'Alarcon, traduit pour la première fois de l'Espagnol en Francais;» Paris, Michel Lévy, 1865.

(60) Don Manuel Cañete, de la Real Academia Española, «Teatro anterior á Lope de Vega,» comenzado á publicar en la «Biblioteca selecta de autores españoles,» empresa acometida por tan docta corporacion. Conozco del Sr. Cañete varios volúmenes que tiene corrientes para la estampa, y comprenden las obras de Encina, Torres Naharro, Yanguas, Rueda, Timoneda y otros de

ménos, aunque de merecida fama, precedidas de excelentes juicios críticos y preciosas ilustraciones. ¡Ojalá no tarde en hacerlos del dominio público la Academia, segura de que le han de valer la gratitud y el respeto de los sabios!

(61) Don Juan Antonio Pellicer, «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra;» Madrid, Sancha, 1800; págs. 137 á 145.—En la compuesta por D. Martín Fernández de Navarrete, pág. 91.

(62) Don Bartolomé José Gallardo, «El Criticon;» I, 13 y 14.—D. Aureliano Fernández-Guerra, «Noticia de un precioso códice de la Biblioteca colombina, páginas 3, 5 y 6.

(63) Don José María Asensio y de Toledo, «Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra;» Sevilla, 1864, pág. 62.

(64) En el libro ántes citado, páginas 59 á 62.

(65) Fernández de Navarrete, «Vida de Cervantes;» página 92.

(66) «Con próspero tiempo nos alejamos de la torre del Oro; digo de la torre, que del oro ya vos sabeis cuanto há que estamos léjos.»

«Fiáronnos el dinero del concierto de los barcos; que no sé cuál fué disparate mayor, que el de fiar dineros á poetas y estudiantes.» Pág. 13.

(67) «Carta á D. Diego de Astudillo,» pág. 30.

(68) Cervantes, «La Española inglesa.»

(69) *Illustriorum Hispania urbium tabulæ*; Amsterdam, imprenta de Juan Janssonio; signatura X.

(70) Prólogo de «El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.» Que esta obra inmortal se engendró en la cárcel de Sevilla, hácia el otoño de 1597, y de ningún modo en Argamasilla de Alba, lo ha demostrado mi hermano con razones incontestables. Véase el opúsculo que se intitula «Dos Cartas literarias, por D. José

María Asensio y D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe;» Madrid, 1867, imprenta de Campuzano, hermanos, calle del Ave-María, número 17.

(71) Se publicó desde la página 1245 del tomo I, del «Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos,» premiado por la Nacional, é impreso á expensas del Gobierno, en Madrid, por Rivadeneyra, el año de 1863. Al siguiente se hizo suelta, nueva y más correcta, completa y esmerada edición de la «Noticia.» Véanse aquí las páginas 8, 51 y 66.

(72) Se incluyó en la «Séptima parte» de las comedias de Lope, año de 1617, desde el folio 293 vuelto; pero con el más exquisito esmero le ha publicado mi hermano en la «Noticia del códice colombino, páginas 66 á 72.

(73) Juan de la Cueva, «Comedias;» Sevilla, por Juan de Leon, 1588.—Archivo del Ayuntamiento: «Coliseo; querella (de Francisco Rivera contra) Diego de Vallejo y Joan Acazio;» Junio de 1619.—Rodrigo Caro, «Corografía del convento jurídico de Sevilla;» folio 25 vuelto.—Ortiz de Zúñiga, páginas 600 y 255.—«Memorias eclesiásticas y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, 1698; manuscritas en la Biblioteca Colombina, B.; 449, 30.

Con estos datos evidencio en seguida la ubicacion de los siete corrales ó teatros, embrollada por algunos de nuestros modernos escritores.

(74) Agustín de Rojas, «Viaje entretenido,» tomo I, páginas 113 y 115.

(75) Cervantes, «Prólogo» al lector en sus «Ocho comedias y ocho entremeses;» Madrid, 1615.

(76) Andrés de Claramonte y Corroy, «Letania moral;» Sevilla, 1613.—Cervantes, «Comedias;» II, página 35.

(77) Gallardo, Zarco del Valle, y Sancho Rayon, «En-

sayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos; I, columnas 285 y 286.

(78) Fernández-Guerra, «Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina,» pág. 20.

(79) Gallardo, Zarco y Sancho, *Biblioteca*; II, col. 679.

(80) Archivo catedral de Sevilla, «Miscelánea;» códice manuscrito en cuarto, letra de principios del siglo XVII, con trabajos originales.—Quevedo, en la «Historia de la vida del Buscón, llamado D. Pablos:» «Ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños» (II, 10), pinta en Sevilla una cena de rufianes y gente de bronce. Y cuando ya está cada cual con su mona, «recetáronsele (dice) al Asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado, y Gayon; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al malogrado *Alonso Alvarez*. Ya á mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza; y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando á la luz:—Por ésta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto.—Levantóse entre ellos alarido disforme; y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa. Y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:—Así como bebemos este vino, hemos de beber la sangre á todo acchador.—¿Quién es este *Alonso Alvarez*, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte?—Mancebo, dijo el uno, lidiador ahigado, mozo de manos, y buen compañero. Vamos, que me retientan los demonios.—Con esto salieron de la casa á montería de corchetes.»

(81) ALARCON pagó tributo al lenguaje gongorino con que los cortesanos trataron de diferenciarse del vulgo. Los despachados, la correspondencia particular, aun los billetes amorosos de los vireyes y próceres, escribíanse

con tal artificio, con tan relamida frase, tan léjos de la hermosa naturalidad del siglo anterior, que en pocos años desapareció el buen gusto y el verdadero arte de escribir. Sin embargo, nuestro poeta hizo un grande esfuerzo sobre sí en la edad en que el juicio se sobrepone á la imaginación y desea el hombre agradar, no á los más, sino á los buenos.

(82) Véase, como prueba, lo que indica sobre el particular, entre otras comedias, en «La Industria y la suerte,» acto primero, escena séptima.

(83) Véanse las «Vidas de Cervántes» escritas por Pellicer, Navarrete y Morán.

(84) Fernández de Navarrete, 77 y 441.—Morán, 97 y siguientes.—D. Aureliano Fernández-Guerra, «Noticia del códice colombino.»—Asensio y de Toledo, «Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervántes, 1, 3, 8, 12, 14, 17, 19, 24, 26, 30, 32, 35, 41 y 44.—Fernández-Guerra, «Carta á D. José María Asensio y de Toledo.»

(85) Navarrete, 90, 115, 116 y 119.

(86) Morán, «Vida de Miguel de Cervántes Saavedra, 121.

(87) Pellicer, 225, donde copia la carta de dote de D.^a Catalina de Salazar.—Cervántes, «Prólogo» á sus «Comedias,» plana cuarta.

(88) Llevóse á cabo por Juan de la Cuesta, y se puso de venta en casa de Francisco de Robles, librero del Rey. El privilegio de Castilla y Aragón tiene la fecha de 26 de Setiembre de 1604; y el de Portugal, la de 9 de Febrero de 1605. La fe de erratas aparece refrendada en Madrid á 25 de Junio de 1608; de manera que en todo el mes de Julio pudo estar á la venta.

(89) Carta de Lope de Vega, fecha en Toledo á 14 de Agosto de 1604: «De poetas, no digo buen siglo es este. Muchos están en cierne para el año que viene; pero nin-

guno hay tan malo como Cervántes, ni tan necio que alabe á *D. Quijote*.» Archivo del Duque de Sessa, I, 32.

(90) Oda autógrafa en poder de D. Juan de Cortada, residente en Barcelona. La publicó el Sr. D. Buenaventura Cárlos Aribau, en el primer tomo de la «Biblioteca de Autores Españoles,» del editor D. Manuel Rivadeneyra.

El Sr. D. Eugenio de Ochoa, en el «Romancero» que sacó á luz en Paris el año de 1838, y de aquí el Sr. Aribau, en las páginas 711 y 712, insertaron, como de Cervántes, los romances que comienzan:

*Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,*

*Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo.*

El estilo evidencia no ser del poeta á quien se atribuyen; y además resuelve la duda el tenerlos yo autógrafos de su verdadero autor, afirmando él que son suyos. Pertenecen al Dr. Juan de Salinas, natural de Nájera, en la Rioja; estudiante salmantino, pretendiente en Roma, canónigo en Segovia, visitador del arzobispado; y á la postre, administrador del Hospital de las Bubas, en Sevilla; en cuya ciudad murió, muy viejo y pobre, el año de 1647. Poseo, también, la colección de todas sus obras, reunida por el discreto sevillano D. Jusepe Maldonado de Saavedra, y en ella aparecen debidamente incluidos ambos romances.—

El sábado 30 de Agosto de 1603 se desposó en Palacio Diego Gómez de Sandoval con D.^a Luisa de Minchaca, hija y heredera de la Duquesa del Infantazgo, tomando ambos cónyuges el título de condes de Saldaña, y debiendo el marido llamarse D. Diego Hurtado de Mendoza (—Cabrera, «Relaciones,» 185 y 188.)

(91) En el expediente original para la licenciatura, que existe en la universidad de México.

(92) Copias de documentos originales y contemporáneos que ilustran la «Historia de la Casa de Austria,» obra inédita del sabio canónigo del Sacromonte de Granada D. Juan de Cueto y Herrera, consejero real de instrucción pública, ministro del Tribunal de la Rota, é individuo de número de la Academia de la Historia, que falleció en Madrid á 17 de Enero de 1858.—Luis Cabrera, «Relaciones,» 301.

(93) Copias antiguas de los documentos originales, que guarda mi hermano D. Aureliano.—Cabrera, «Relaciones,» 307.

(94) Cabrera, «Relaciones,» 335.

(95) Apuntamientos para un «Dietario» (ó sea libro de salarios y pagas á los capitanes y cabos de la Armada Real), en la preciosa colección de documentos relativos á nuestra Marina, que posee el Depósito hidrográfico de esta corte.

(96) Acto segundo, escena primera.—En los apuntamientos del «Dietario» aparece este marino con el nombre de D. Lope Díez de Almedáres; y como Almirante, con el general Alonso de Cháves Galindo, á 9 de Enero de 1603. Ya suena general en 5 de Noviembre de 1606; y Almirante, Don Martin Seron de Ugarte. En 12 de Noviembre de 1610 continuaba de Almirante, como ya lo era desde 1608, Juan Flores de Ravanal.

Los verdaderos apellidos de D. Lope (alterados en los referidos apuntamientos y en la comedia de ALARCON) debieron ser «Díez de Armendáriz,» como lo acredita con testimonio irrecusable, la memoria que por su orden se redactó é imprimió en México, después de visada y corregida, el año de 1637, con motivo de las obras acometidas en 1607 para desaguar la gran laguna de Texcúco, y evitar los daños de las inundaciones. El

«más grave» puesto de que ALARCON estimaba digno á D. Lope Diez de Armendáriz, lo llegó á obtener éste, cuando en 1635 fué nombrado virey, gobernador y capitán general de la Nueva España, presidente de la Real Audiencia de México; aunque anteriormente, y también con posterioridad al elogio que aparece en «El Semejante á sí mismo,» habian sido ya premiados sus servicios marítimos con el título de Marqués de Cadereita, y las plazas de consejero y mayordomo de S. M.

(97) «El Semejante á sí mismo,» acto II, escena I.—Cabrera, «Relaciones,» 335 y 279.

Un detenido estudio de los datos que estos monumentos arrojan, hace que todo aparezca armonioso y concordante á maravilla, adivinándose casi con evidencia la verdad. El poeta no fijó dias ni citó nombres al acaso; teníalos vivos en la memoria, y quiso eternizarlos en su drama, juntamente con la expresion de su cariño y amistad á Hernando de Castro. Es verosímil que ALARCON bosquejase esta comedia durante la navegacion, y que la refundiese algunos años más adelante.

(98) Jorge Hoefnagle, láminas Y y Cc de la obra que imprimió Janssonio, en Amsterdam, intitulada *Illustrorum Hispaniæ urbium tabulæ*.—El Señor D. Alfonso de Castro, «Historia del Saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596, con relaciones contemporáneas y documentos ilustratorios;» Cádiz, 1866. Véanse las descripciones y láminas.—Archivo universatario de México; expediente de la licenciatura de ALARCON. En este mismo documento se lee «Brician Diaz y Diez.» Beristain de Souza escribe Diez.

(99) El libro de la «Ortografía castellana,» por Mateo Aleman, criado de S. M., impreso en México el año de 1609, evidencia que el autor llegó á las Indias Occidentales en la expedicion de Abril de 1608. Primero, porque en el fólío 18 habla Aleman como de cosa muy re-

ciente, de su estancia en un lugar del condado de Niebla, de más de quinientos vecinos. Segundo, porque en su carta nuncupatoria á la ciudad de México, expresa que no tenía concluida su obra cuando se dispuso á pasar á América; y que se dió prisa á terminarla, para rendir una ofrenda de respeto á la tierra donde venia á vivir. Tercero, porque en la fe de erratas dice que padeció una larga enfermedad despues de su arribo á las Indias. Cuarto, porque este libro no fué aprobado hasta el 31 de Marzo de 1609, en el mexicano convento de San Agustin. Y, quinto, porque los galeones de España salieron de Sevilla en el año de 1609, el dia 26 de Febrero, y no pudieron llegar á la Habana ántes del 20 de Abril.

(100) Mateo Aleman, al fólío 77 vuelto, de su «Ortografía,» afirma que en el año de 1568, cuando desde 3 de Octubre á 2 de Diciembre estuvo en Madrid el legado pontificio Julio Aquaviva y Aragon, él era ya Contador de Resultas en la Contaduría mayor de Cuentas del rey D. Felipe II. Siendo este un cargo de consideracion, lo ménos que podemos suponer es que entónces tenía el novelista veinte y cinco años. El retrato que hago de él, lo escribo delante del que constituye la cuarta hoja en el tratado de «Ortografía.»

(101) En el ángulo superior izquierdo de la indicada lámina hizo grabar Mateo Aleman el escudo de sus armas; y en el opuesto, la empresa con la inscripcion: *Ab insidiis non est prudentia.*

(102) Plana sexta.

(103) Pasó Mateo Aleman con algun cargo de la Real Hacienda, supuesto que se intitula «criado de S. M.» No le llevó, pues, el deseo de probar fortuna, sino de servir á su rey.

Hé aquí la descripcion bibliográfica del importante discurso que examino: | «ORTOGRAFIA | CASTELLANA. |

¶ A DON IVAN DE BILLELA, | del consejo del rey nuestro señor, presi- | dente de la real audiencia de Gua- | dalajara, visitador general de la | Nueva España. | POR MATEO ALEMAN, | criado de su majestad. | (Escudo del mecenas.) Con privilegio por diez años. | EN MEXICO. | En la imprenta de Ieronimo Balli. Año 1609. | Por Cornelio Adriano Cesar. En cuarto.—Aprobacion: en San Agustín de México, á último de Marzo de 1609 años, por el maestro Fr. Diego de Contreras.—Erratas notadas por el autor, que se disculpa de ellas, y de las que aun habrán quedado, por lo corto de su vista, y larga enfermedad que habia padecido.—A don Ioan de Billela, dedicatoria que suscribe Mateo Aleman.—M. A. á México. D. S. Tambien dedicatoria interesantísima.—Retrato en madera. El autor aparece cual le describo en el capítulo X: de medio cuerpo, doblado el brazo diestro y señalando con el dedo índice la empresa de la araña y la serpiente, que ocupa el lado superior derecho de la lámina, y hace juego con los blasones de Aleman, en el opuesto lado. Apoya la mano izquierda sobre un libro cerrado y abrochado, en cuyo canto se lee C ORTA, ¿Carlos Orta? ¿Un hijo de Diego de Orta; un nieto de Bernardo de Orta, pintores en vitela, que tuvieron mucho crédito en Sevilla? Bernardo concluyó de iluminar para la santa Iglesia metropolitana los libros de coro, llamados *Sancetoral* y *Dominical*, en 1540; Diego y sus hermanos trabajaron en otros libros, desde 1555 á 1575. El nombre de Carlos vendria á recibirlo en contemplacion al del Emperador. Pero, ¿pintó ó dibujó en Sevilla el retrato de Aleman, ó en México? En Sevilla, y precisamente para el libro que de *San Antonio de Padua* sacó á luz allí el mismo autor, en casa de Clemente Hidalgo, año de 1604. Llevóse, pues, consigo la lámina á las regiones del Nuevo Mundo, y la utilizó, por hallarse en muy buen estado, para su obra de *Ortografia castellana*. A

los escritores de Bellas Artes queda ya adicionar con un nombre más el *Diccionario* de nuestros hábiles profesores antiguos.—El libro descansa tambien sobre un cartapacio grande que hay en la mesa; y el tapete de ella muestra la inicial del grabador, que es una Y.—Letor. Prólogo.—*En qué manera es música la ortografía, y de sus efectos*. Etc.

Los principios ocupan ocho hojas, careciendo de signatura las cuatro primeras, como que fueron las últimas que hubieron de imprimirse. Desde la quinta empieza ya la signatura A, y sigue correlativa hasta la terminacion del libro, en esta forma: A (A ij, A iij), B, C, D, E, F, G, H, I, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, V, X, Y. Al comenzar la signatura B, da principio tambien la foliacion, que llega hasta el número 83, quedando al fin una hoja en blanco. Con esta, pues, y las ocho de preliminares, son noventa y dos todas las del volumen.

(104) Al amanecer de un viérnes, 6 de Octubre de 1595, se descubrieron en las aguas de la Gran Canaria veinte y ocho galeones y naos de ingleses, que al parecer caminaban al puerto, y, como despues se averiguó, traian por generales á Francisco Drake (Draque) y sir Juan Hawkins (Acle). Divisada la flota por los vigías, hicieron señales los fuegos de la atalaya, difundiendo el alarma por medio de un cañonazo la fortaleza principal del puerto de las isletas; y envióse un jinete á la ciudad, con el aviso. El Gobernador corrió inmediatamente al puerto; y reunida la Audiencia, mandó el Regente tocar á rebato. Dictáronse por éste algunas disposiciones para el aumento de fuerzas y abastecimiento de armas, municiones y vituallas; y puesta la gente á punto de guerra, que fué obra de breves instantes, salieron todos de la ciudad guiados por la Audiencia. Y no bien entraron en el puerto, el enemigo, que habia aproximado ya quanto le fué posible sus más ligeras em-

barcaciones, fondeándolas en el golfete, echaba en las lanchas á los hombres que debían intentar el desembarco. Concurrieron á la defensa de las fortificaciones y de la playa, además de las cuatro compañías de la ciudad, las dos que fueron reuniéndose de la vega; llegando también, á muy poco, la comunidad de Santo Domingo, capitaneada por su prior, bien provista de armas, y con el pendon de Nuestra Señora del Rosario; algunos otros frailes de San Francisco; el Obispo, con gran parte de la clerecía: todos, en fin, los que podían empuñar una arma cualquiera. Pero quien más utilidad prestó en este conflicto, por su actividad, valor y consejo, pues era muy práctico en cosas de mar y guerra, fué el regidor Juan Ruiz de Alarcon. Adelantóse el primero de todos con la artillería de campaña, ocupando la trinchera del fuerte de Santa Catalina, que fué el punto principal donde dirigieron sus ataques los ingleses. Dos veces intentaron éstos desembarcar, al amparo de su escuadra; y otras tantas fueron valerosamente rechazados, con mucha pérdida de los tripulantes; hasta que por último, y después de dos horas de sangrienta lucha, las naves enemigas recogieron sus botes, picaron las amarras por no poder arrancar las áncoras, y se pusieron en huida, dando vuelta á la mar.—El personero general y los regidores Juan Ruiz de Alarcon y Juan Martinez de Ayala, hicieron cuatro peticiones ante la Audiencia contra la exactitud de lo relacionado sobre este hecho, por el veinticuatro y gobernador Gonzalo Argote de Molina. (—Extracto de la misma *Relacion*, auténtica y documentada, hecha por la audiencia de Canarias al rey D. Felipe II, que posee el Sr. D. José Sancho Rayón.)

Francisco Draque fué el primer corsario inglés que, entrando por el estrecho de Magallanes, costó, de Norte á Mediodía, las tierras de Chile y del Perú. Despachóle entonces su reina Isabel con cuatro naves bien arti-

lladas, municionadas y hastecidas. Llevaba cada una doscientos hombres, sin contar los caballeros mozos que quisieron seguir el viaje, deseosos de ver y de ejecutar su valor en las ocasiones que se ofreciesen. Para pasar al mar del Sur, y buscar el referido estrecho, partió esta armada del puerto de Plenua. Pero ántes que este intrépido marino, ya había penetrado, desde Chile hasta el estrecho, D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete, domador de Arauco, reservándole su buena fortuna la gloria de castigar de tal modo á los corsarios ingleses, cautivando muchos de ellos, que murió de pena el temible Draque (—Cristóbal Suarez de Figueroa, «Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, Quarto Marqués de Cañete;» Madrid, Imprenta Real, 1613).

De cierto coronel Juan Ruiz de Alarcon (también contemporáneo de nuestro poeta), que anduvo por las partes meridionales de América, y escribió una «Historia de la guerra de Chile,» se acuerda Antonio de Leon Pinedo en el título IX del epitome de su «Biblioteca oriental y occidental.» ¿Será el mismo regidor de las Palmas, en Canaria, de quien hablo en este capítulo X de la primera parte?

(105) «Demarcacion y division de las Yndias;» manuscrito anónimo de la penúltima década del siglo XVI, con mapas y datos curiosísimos, en poder del autor.—«Cartas de Eugenio de Salazar;» Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1866, pág. 55.

(106) «Ortografía castellana;» folio 49.

(107) «Idem;» folio 55.

(108) «Idem;» folio 15.

(109) «Idem;» folio 4.

(110) «Idem;» folio 70 vuelto.

(111) «Idem;» folio 21.

(112) «Idem;» folio 18.

(113) «Ortografía castellana;» Proemio, planas 4.^a y 5.^a

(114) Fernandez de Oviedo, «Historia general y natural de las Indias;» tomo III, pág. 530.

(115) Fernandez de Oviedo, I; 304, 315 y 384; III, 298, 526 y 536.—«La Alhambra,» periódico granadino; año 1841, tomo IV, pág. 506.

(116) El P. José de Acosta, á la pág. 472 de su «Historia natural y moral de las Indias,» edición príncipe, los describe en los mismos términos.

(117) Fernandez de Oviedo; tomo III, pág. 499.—Acosta, «Historia natural y moral de las Indias;» Sevilla, 1590: páginas 173 y 326.—Humboldt, *Vues des Cordilleres et monuments des peuples indigènes de l'Amérique.*—Beristain; II, 506 y 507.

(118) Fernandez de Oviedo; tomo III, páginas 279, 280, 281, 435, 496, 500 y 553; I, 401 y 406.—Acosta; páginas 327 y 185.—Vegas, «Diccionario;» Madrid, 1795; tomo VI, pág. 57.

(119) Fernandez de Oviedo; tomo III, páginas 282 y 299.—El licenciado D. José Francisco de Cuevas, «Extracto de los autos de diligencias y reconocimientos de los ríos, lagunas, vertientes y desagües de la capital México y su valle: de los caminos para su comunicación, y su comercio,» etc. México, 1748; páginas 29 y 36.—Mateo Aleman, «Ortografía castellana;» Erratas.

(120) Acosta, «Historia natural y moral de las Indias» (Sevilla, 1590), pág. 454.—Beristain de Souza, «Biblioteca Hispano-americana septentrional;» t. III, pág. 230.

(121) El Dr. D. Mariano Beristain de Souza, dean de México, «Biblioteca Hispano-americana septentrional;» México, por D. Alejandro Valdes, 1816-1821; tomo III, páginas 269; II, 377.

(122) Beristain, «Biblioteca;» tomo I, pág. 35.

(123) Fr. Baltasar de Medina «Crónica de la Santa provincia de San Diego de México;» folio 251.

(124) Beristain, «Biblioteca;» tomo I, pág. 35.

(125) Beristain, «Biblioteca;» tomo III, pág. 345.

(126) Fernandez de Oviedo; tomo III, pág. 299.—Mapa de D. Carlos Sigüenza, de principios del siglo XVII, citado en mi nota 138.

(127) Fernandez de Oviedo; tomo III, páginas 282, 283 y 375.—El Mapa de Sigüenza.

(128) Suetonio, en la «Vida de Galba;» VIII.

(129) Aulo Gellio, *Noctes Atticæ*; II, 13.—Appiano, en sus «Guerras ibéricas.»—Aldrete, «Varias antigüedades de España y Africa,» Ambéres, 1614; pág. 45

(130) Véase la voz *Laguna* en el «Diccionario trilingüe del Castellano, Vascuence y Latin,» por el sabio jesuita P. Manuel de Larramendi; tomo II, pág. 33.—*Nunancia* quiere decir *Laguna de Nun* ó *Non*: *Numancia*. La palabra *Non* se halla entre los cognombres de la familia Pompeya, cuyas doce urnas parecieron en el cortijo de las Vírgenes (Baena, provincia de Córdoba) á 16 de Agosto de 1633: SISEANBAHAN

NONIS. F (*ilius*)

(131) Antonio Perez de Toledo y Alonso Perez Rebelto declararon que para la obra propuesta eran necesarios: 15,000 indios en seis meses, devengando (á peso cada uno por semana) 360,000 pesos; 300 hombres (capataces) para mandarlos, uno por cada 50, con 300 pesos de salario individual; siendo de su cuenta la comida, cuyos sueldos montaban 90,000 pesos; cuatro sobrestantes á 500 pesos, que importarían 2,000; 80 barretas á dos pesos y medio cada una; 2,000 hazadones, á peso; y 7,000 guacales (barracones), á 5 reales cada uno.

(132) El mismo Nirey en persona, con las comisiones de la Audiencia y de los cabildos eclesiásticos y de la ciudad, acompañado del Dr. Villerino, del cosmógrafo

de S. M. Enrico Martin, de los maestros y matemáticos Alonso Arias, Andres de la Concha, Juan de Civicos y otros, fué á reconocer varios desagües indicados por la parte de Zumpango y de Huehuetoca.

(133) Murmurándose en 1608 sobre fallecimiento de operarios, se hizo informacion, resultando que de 60.000 indios que habian entrado á trabajar, los muertos de enfermedad fueron 10 ó 12, y otros 10 los que perecieron por casos fortuitos en los tajos, lumbreras y socavones. Dió lugar á esta murmuracion el haber fallecido durante las obras 50 indios naturales, en el pueblo más inmediato.

(134) Cabrera de Córdoba, Relaciones de 9 de Mayo de 1609.

Aun en 12 de Marzo de 1631 era tal la ruina de México, que, reproduciéndose los temores y las quejas, se expidió en Mayo una cédula, mandando que se tratase nada ménos que de trasladar á otra parte la poblacion.

(135) Informó la ciudad en 16 de Setiembre de 1611, que lo recaudado hasta aquella fecha desde 1607 (en que se empezó la obra), montaba á 540,000 pesos. invirtiéndose en dichos cuatro años 413,324 pesos y 7 tomines; y que habian tomado parte en los trabajos, conducidos de diferentes pueblos, 128,650 indios, en que entraron 3,556 mujeres para darles de comer.

(136) Alonso Arias declaró bajo su firma en 14 de Noviembre de 1611, no ser de provecho el desagüe de Huehuetoca; que se habian gastado superfluamente muchos millones de pesos, errándose Enrico Martin en las medidas; que en 1604, siendo virey el Marqués de Montesclaros, tuvo á su cargo el declarante reparar y librar á la ciudad de inundaciones. Y por ello le consta que los daños suelen venir de las lagunas de Mejicalcingo y Cuiclahuaca, Juchimilco y Chalco, que están á la parte sur de la ciudad, causados por muchos y copiosos ma-

nantiales: cuyos lagos represó, encarcelando las aguas que bajan de los altos y cercanías de Nuestra Señora de los Remedios, en la calzada que va desde el camino de Tacuba al bosque y cercado de Chapultepec, que es al poniente de la capital.

(137) El nombramiento de Boot lo hizo S. M. en Aranjuez, á 1.º de Junio de 1613 (cuando ya era virey de México el Marqués de Guadalcázar), expresándose en la real cédula: «que el Monarca habia escrito á Francia, en 29 de Mayo de 1612, para que su embajador buscase persona facultativa competente que quisiera pasar á México; y que, designado Adrian Boot, éste podia trasladarse á Nueva España, en la flota dispuesta para partir al mando del general D. Antonio de Oquendo, en 1.º de Julio de 1613; desde cuya fecha devengaria sueldo el ingeniero hidráulico, á razon de 100 ducados mensuales» (37.500 maravedís).

(138) Tanto para la descripcion de México como para la historia de sus inundaciones y de los medios con que se procuraron combatir, pueden consultarse las obras siguientes, en cuya fe descansa mi relato:

Año de 1570. «Demarcacion y division de las Indias,» manuscrito anónimo, de la penúltima década del siglo XVI, con catorce mapas iluminados ó intercalados en el texto. Este precioso códice, compuesto de ochenta y cuatro fóllos útiles, y que comprende las *navegaciones de Indias*, pertenece al autor.

1629. Don Juan Cervantes Casaus, «Informe sobre el estado de las lagunas de México y reparos que pueden intentarse,» dirigido al virey Marqués de Cerralvo. Impreso en México; fóllo.

1636. Don Juan Cervantes Casaus, «Informe sobre el desagüe de Huehuetoca, su estado y dificultades,» dirigido al virey Marqués de Cadereita. Impreso en México; fóllo.

1636. Don Juan de Villabona, «Juicio sobre el desagüe de las lagunas de México. Impreso allí; en folio.

1637. Alonso Arias, «Impugnacion del proyecto del desagüe y obra de Enrico Martin.» Impreso en México.

1637. Antonio de Vergara Urrutia, «Adiciones importantes á los papeles que se han publicado sobre la obra del desagüe de las lagunas de México.» Impreso en la misma ciudad.

1637. Don Fernando de Cepeda, D. Fernando Alfonso Carrillo y D. Juan Alvarez Serrano. Su libro, el más importante en esta materia, por ser un extracto oficial del expediente, y raro sobre todo encarecimiento, merece una descripción detenida. Héla aquí:

«RELACION | VNIVERSAL LEGITIMA | Y VERDADERA DEL SITIO EN QUE ESTA FUNDADA | la muy noble, insigne y muy leal Ciudad de México, cabeza de las Provincias de toda | la Nueva España. Lagunas, Rios, y Montes que la ciñen y rodean. Calçadas que las dibiden. Y aze | quias que la atrauesan. Inundaciones que á padecido desde su Gentilidad. Remedios aplicados. | Desagues propuestos, y emprendidos. Origen y fábrica del de Gueguetoca, y estado en que | oy se halla. Imposiciones, derramas y gastos que se an hecho. Forma con que se á auer | tuado desde el año de 4553. hasta el presente de 1637.

|| Año de (Escudo de las armas de España) 1637. || (Entre dos escudos, con los blasones del Marqués de Cadereita) De orden y mandato del | Excelentísimo | Señor D. Lope | Diez de Armè | dariz, Marques | de Cadereita, | del Consejo de su | Magestad, su | Mayordomo, Virrey, Gober | nador y Capitã | General de la | Nueva España, | y Presidente de | la Real Audiè | cia que en esta | Ciudad reside. || *Dispuesta y ordenada por el Licenciado Don Fernando de Cepeda Relator della. Y Don Fernando Alfonso | Carrillo Escriuano Mayor del Cauildo. ||* Correjada, ajustada, y concertada con el Licenciado Don Juan

Albares Serrano del Consejo de su | Magestad Oydor mas antiguo de la dicha Real Audiencia || ¶ En Mexico, en la imprenta de Francisco Salbago Ministro del S. Officio.»

Al respaldo, en un soneto que principia

Al navarro Marqués, Virey prudente,

habla México pidiéndole que la salve; y recuerda á San Gregorio Taumaturgo, patrono de la ciudad.—Oficio del licenciado Alvarez Serrano, demandando autorizacion y recursos para imprimir la *Relacion*, advirtiendo que bastarian 500 ejemplares para repartirlos allí, y remitir á España en dos ocasiones.—Decreto del Virey presidente, en Palacio á 14 de Henero de 1637, disponiendo la impresion de los quinientos, por cuenta del desagüe.—Oficio del Relator y del Escribano, fecha 4 de Febrero, dando cuenta de su cometido, y excusándose de que la impresion sea *poco aviada á causa de la mucha priesa*.—128 hojas útiles, incluidas las dos de principios. Estas carecen de numeracion. Ejemplar en folio.—Colofon: «MEXICO. | Por mandado del Ex.^{mo} S. Don Lope Diez | de Armendariz, Marques de Cadereyta del Consejo de Guerra | de su Magest. su Mayordomo Lugartheniente, Go | vernador y Capitan General desta Nueva España, Pre | sidente de la Audiencia y Chancilleria Real, que | en ella reside; etc. || En la Empreñta de Francisco Salbago, Mi | nistro del Sancto Officio, en la calle de San Francisco. | M.DC.XXXVII.»

1641. Adrian Boot, «Describeion de la Nueva España.»

1748. Don José Francisco de Cuevas, «EXTRACTO | DE LOS AUTOS DE DILIGENCIAS, | Y RECONOCIMIENTOS DE LOS RIOS, LAGUNAS, | VERTIENTES, Y DESAGUES DE LA CAPITAL | MEXICO Y SU VALLE: | DE LOS CAMINOS PARA SU COMUNICA-

CION, | Y SU COMERCIO: | DE LOS DAÑOS QUE SE VIERON: | REMEDIOS, QUE SE ADBITRARON: DE LOS PUNTOS EN PARTICULAR DECIDIDOS: | DE SU PRACTICA: | Y DE OTROS A MAYOR EXAMEN RESERVADOS, | PARA CON MEJOR ACIERTO RESOLVERLOS. | TODO POR DISPOSICION DEL EXCMO. SR. | D. JUAN FRANCISCO | DE HUEMEZ, Y HORCACITAS, | DEL CONSEJO DE SU Magestad. | TENIENTE GENERAL DE SUS REALES EJERCITOS, | VI-REY, GOBERNADOR, Y CAPITAN GENERAL DE ESTA NUEVA ESPAÑA, Y PRESIDENTE DE SU REAL AUDIENCIA. | LO ESCRIBIÓ DE SU MANDATO EL LIC.^{do} | D. JOSEPH FRANCISCO | DE CUEVAS, AGUIRRE, Y ESPINOSA, | señor de las Casas de Aguirre, Sazia, Velauiza, y | Suasola, Abogado de la referida Real Audiencia: | Colegial mayor antiguo del Insigne Viejo Colegio | Mayor de Santa María de Todos Santos, Regidor | perpetuo de la Muy Noble, y Muy Leal Imperial | Ciudad de Mexico, y su Procurador General. | DE MANDATO DEL EXCMO. SR. VI-REY: | Impreso en Mexico por la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal. Año de 1748.»—A la vuelta un soneto más oscuro que boca de lobo, en alabanza del Virey. Sin más principios, comienza la obra y la paginación en la hoja siguiente.—Treinta y siete fojas con las signatures desde la A hasta el blanco de la S; ó séase 19 pliegos, folio.—El Procurador general, autor de este libro, que firma en México á 21 de Mayo de 1748, tuvo y siguió por modelo la *Relacion* de 1637, ántes citada. Realza tan curioso ejemplar un

«MAPA DE LAS AGUAS QUE POR EL CIRCVLO DE 90 LEGUAS TIENEN ALA LA | GUNA DE TESCUCO Y DE LA ESTENSION QUE ESTA Y LA DE CHALCO TENIAN SACADO DEL QUE EN EL SIGLO ANTECEDENTE DELIG | neó D.^o Carlos de Sigüenza.»

Le grabó Antonio Moreno; y abraza una extension de veinte y ocho leguas de Norte á Sur, y veinte y dos de Oriente á Ocaso; limitándole (al Cierzo) Tula, Atotonilco, Ajacuba y Pachuca; al Levante, las fuentes de las

avenidas de Pachuca y de los rios Teotiguacan, Papalotla, Tetzeuco, Tlalmanalco, y Atenango, con las poblaciones de Zempoala, Otumba, Ostotipac, y Rio-frío, la Sierra Nevada y el volcan de Popocatepelt; al Mediodía, Amecameca, Santa Ana, Milpan, Topilejo y Ajulco; y al Occidente, Atlapulco, Guisquiluca, Tescaluca, Tepatlascó, Coacan, Caltengo, las fuentes de los rios Guautitlan y Tepozotlan, y las poblaciones de San Luis, San Ignacio, Otlaspa, y Tlaulla.—Tan precioso monumento és copia del que, á virtud de lo dispuesto por S. M. á 8 de Mayo de 1611, mandó levantar el arzobispo D. Fr. García Guerra, que interinamente desempeñaba el virreinato, y acompañó al expediente que trajo á Madrid el capitular D. Francisco de Solís y Barrasa, comisionado al efecto por la ciudad.

Debo la satisfaccion de haber disfrutado esta obra, á mi amigo y compañero de la niñez el Sr. D. Juan de Rivera, ingeniero distinguidísimo, que tomó tanta y tan lucida parte en la colosal empresa de traer el Lozoya á las puertas de Madrid.

1811. Don Pascual Ignacio Apecechea, «Nuevo proyecto para el Desagüe general de México, por la cuesta llamada de Barrientos, con hermosura de la capital y utilidad de sus contornos.» Lo acompañó de un mapa, y lo dedicó al virey D. Javier Vanegas.

1816. Don José Mariano Beristain de Souza, «Biblioteca Hispano-Americana septentrional, México, oficina de D. Alejandro Valdés, 1816, 1819 y 1821; tres tomos en folio.—I, 209; II, 251.

(139) Beristain de Souza, «Biblioteca Hispano-Americana septentrional; tomo III, página 105.

(140) «Proceso del grado de Licenciado que recibió en la unibersidad real de mexico y facultad de leyes juan ruiz de alarcon en 21 de hebrero 1609 años.»—«Maestre

escuela el señor doctor Juan de Salcedo.»—«Secretario el bachiller plaza.»

Copia esmeradísima de todo el expediente original, en nueve hojas en fólío, siendo una de ellas el facsimile del primer escrito de ALARCON. Existe en la Real Academia de la Historia, desde el año de 1861, por obsequio y fineza del ilustre abogado de México D. Alejandro Arango y Escandon, á cuya pluma se debe un excelente libro acerca del autor de la «Noche Serena.»—Otra igualmente esmerada copia que, por favor y mediacion del M. R. Sr. Arzobispo de Búrgos, he debido á S. E. el de México.—«Boletín de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística, 1863; IX, 3.

(141) El «Proceso,» hojas 4 y 5.

(142) El «Proceso,» hojas 5 y 6.

(143) Hé aquí los veintinueve votos: Juan de Salcedo, maestrescuela; Ambrosio de Bustamante, D. Juan de Salamanca, Luis de Villanueva Zapata, don Hernando de Villegas, D. Márcos Guerrero; Santos Esquivel, decano de la facultad de leyes; Juan Cano, Agustín Osorio, Luis de Cifuentes, Luis de Herrera, Antonio Roque, Diego de Barrios, Baltasar Muñoz de Echavé, Hernán Carro Altamirano, Pedro Garcés del Portillo, Damián Gentil de Párraga, Juan de Arteaga, D. Luis de Esquivel, Gil de la Barrera; y Alonso de Villanueva Alarcon, rector de la Universidad.

(144) El «Proceso,» hojas 6, 7 y 8.—Beristain dice que D. JUAN recibió «en 1606 el grado de doctor en Leyes, con dispensa de la pompa, por ser pobre.» Este, como se ve por los documentos, es uno de los varios errores que deslustran el artículo de ALARCON en tan apreciable «Biblioteca,» el más endeble y menos estudiado de todos. ¡Lástima grande en quien tenía intactos los archivos universitario, municipal y de la Audiencia, juntamente con los parroquiales; era dean de aquella metro-

politana, y habria podido reunir un tesoro de documentos eficacísimos!

(145) El «Proceso,» hojas 2 y 6.—Beristain, I, 262 II, 415, y I, 344.

(146) El «Proceso,» loc. cit.—Beristain, II, 99 y 22.

(147) Bernardo de Valbuena, «Grandeza Mexicana, edicion de la Real Academia Española, página 49.

(148) «Grandeza Mexicana,» páginas 27, 54, 86, 87, 26, 56, 55, 39, 84 y 37.

Metódica y uniforme la vida en todos los ciudadanos, y más todavía en los que por su afabilidad y conducta se proponian captarse la voluntad de las gentes, no es arrojado afirmar de ALARCON lo que de sus compatriotas nos dicen testimonios coetáneos.

(149) Pinelo, «Bibliotheca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica.»—Y de aquí Nicolás Antonio, «Bibliotheca Nova,» I, 743; el cual le llaman equivocadamente «F. Ioannes Mixangas» (—Véase Beristain, II, 307).

(150) Beristain, III, 201 y 260; I, 104; III, 81; I, 418; y III, 201.

(151) Arce, *Questionarium expositivum*, México, 1647.—Beristain, I, 20 y 262.

(152) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Nicolás Antonio, *Bibliotheca Nova*, I, 369; II, 202, 219 y 150.—Beristain, I, 32 y 164; II, 108 y 335; I, 113; y II, 298.

(153) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Nicolás Antonio, I, 706.—Beristain, II, 508; I, 77 y 340; y III, 341.

(154) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Nicolás Antonio; I, 787.—Beristain, III, 206; I, 341; y III, 200. ®

(155) Beristain, II, 57.

(156) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Beristain, I, 162.

(157) Beristain, I, 9.

(158) Beristain, II, 154.

(159) Torquemada, «Monarquía Indiana.»—Fray Bernardino de Sahagún, «Historia general de las cosas de

Nueva España.»—D. Fernando de Alba Ixtliljochitl, Historia de los Chichimecas.»—Padre José de Acosta, «Historia natural y moral de las Indias.»—D. Manuel Santos Salazar, «Coloquio en lengua mexicana de la invencion de la Santa Cruz.» 1714; manuscrito en la universidad de México.—Humboldt, *Vues des cordilleres et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*; introduccion.—Cesar Cantú, «Historia Universal.»

(160) Humboldt, op. cit.

(161) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Nicolas Antonio, I, 384 y 182. Beristain, II, 390 y 445.—Gallardo, Zarco y Sancho, «Ensayo de una Biblioteca de libros raros,» II, 809.

(162) Valbuena, «Grandeza Mexicana,» 44.

(163) Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Nicolas Antonio, I, 656.—Beristain, I, 271, 417 y 155. De Cueto es la *Oratio funebris habita in exequiis religiosissimi Patris Antonii de Arias, e societate Iesu, in Collegio maximo Mexicano, Sacrarum Scripturarum interpretis, X Kal. Jul. anni M. DC. III.* Con solemnes exequias honró á este varon insigne la Congregacion de la Anunciata, uno de los primeros y más doctos jesuitas que pasaron á Nueva España. ¿Qué se habrá hecho de sus preciosos manuscritos, que estaban en la biblioteca universitaria de México, en la de los padres del Oratorio y en el colegio de Tepozollan?

(164) Eran éstas cuatro audiencias: México, llamada autonomásticamente de la Nueva España, en el centro; hácia el Sur, la de Santiago de Guatemala; por la banda del Cierzo, la de Guadalajara, ó sea Nueva Galicia; y al Oriente, la de Santo Domingo, en la isla Española.

Respecto de las ocho diócesis en aquellas partes septentrionales de América, el arzobispo de México tenía por sufragáneos á los siete obispos de Guatemala, Chiapa, Mérida de Yucatan, Antequera de Oaxaca, Tlaxca-

la (mudada pronto la silla episcopal á la Puebla de los Angeles), Mechoacan, y el de Jalisco ó Nueva Galicia, que desde 1560 residió en Guadalajara, habiendo morado hasta allí en Compostela.

No haciendo cuenta de las diócesis, sino de los templos, dice Gonzalo Fernandez de Oviedo en su «Historia general y natural de Indias,» XXXIII, 48, que: «Hay al presente en la Nueva España nueve iglesias cathedrales, allende de la metropolitana de Temistitan, con sus obispados ó dignidades.» Una nota en la edicion de la Real Academia de la Historia, pretende enumerar esos diez templos catedrales, pero saca nueve solos; mencionando, como se debe, los dos de la Puebla de los Angeles y Tlaxcala, pertenecientes á un mismo obispado; omitiendo la iglesia de Compostela, sin duda por olvido; é incurriendo en el anacronismo de dar número, mediado el siglo XVI, á la de Durangó, cuando no se fundó en la Nueva Viscaya hasta el año de 1620, por bula de Paulo V.

(165) Anónimo, «Demarcacion y division de las Indias,» manuscrito de los años 1570 á 1585, original, con multitud de mapas y noticias, que posee el autor.—Valbuena, «Grandeza mexicana,» escrita por los años de 1605, edicion de la Real Academia Española, páginas 59, 40, 26, 43, 46, 45, 90, 33, 83, 89, 72, 68, 88, 69, 74, 35 y 85.—Vegas, «Diccionario,» 1795.—César Cantú, «Historia Universal,» version española, IV, 116, 718.

(166) Diego de Cisneros, «Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México,» 1618, capítulo XVII, página 153 del manuscrito original, que posee el autor.—Valbuena, «Grandeza Mexicana,» 85, 55.

(167) Valbuena, 42.

(168) «Relacion sacada de los libros de S. M. en el mes de Enero de 1560 años del valor de las tasaciones

de los pueblos de indios.» Una, de los que en esta Nueva España están encomendados en personas particulares; descontado el diezmo de las cosas que se paga; y otra, de los que están en la Real Corona. Documentos originales y auténticos, firmados por Juan Lorenzo Ibarra, á 20 de Enero del mismo año, que posee el Sr. Sancho Rayon.—César Cantú, loco cit.

(169) Valbuena, «Grandeza Mexicana,» 67.

(170) D. Luis de Velasco, de la casa del Condestable de Castilla, y con fundadas esperanzas de suceder en ella por falta de varon, era hijo del, con el mismo nombre, segundo y perpetuo virey de México. Muerto su padre, le sucedió en el vireinato, año de 1590; dedicándose á establecer las primeras fábricas de sayales y paños ordinarios, y las de sombreros y mantas. Cumplido el sexenio, tiempo que por las nuevas leyes de Indias se mandó que durasen estos cargos, fué trasladado al del Perú. Un caso, frecuente en aquellas partes, le hizo desear abandonarlas por el regalado y pacífico retiro de su casa de México; y pedir, aunque en vano, el relevo. Cierta cordoba, que decian D. Luis de Cabrera, unido allí á doce hombres poderosos, trataron de alzarse con el territorio de las Charcas, el de mayor riqueza por sus minas, matando en el templo al Presidente y oidores, un Juéves Santo, 7 de Abril de 1599. Descubierta la execrable traicion, siete de aquellos criminales fueron hechos cuartos; y la tierra quedó con ello sosegada. Cuando era tiempo de que D. Luis cesase, en 1602, le nombró el Monarca por sucesor al virey de Nueva España D. Gaspar de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterey, que lo deseaba ardientemente; pero que no se presentó á relevarle, hasta el otoño de 1604. Velasco regresó á Nueva España; y vacando el vireinato de México, por traslación al Perú del Marqués de Montesclaros, le volvió á obtener D. Luis á principios de 1607. Entónces,

continuando en la tarea de engrandecer aquella su segunda patria con toda clase de mejoras, emprendió las colosales obras de desagüe de las lagunas; y al saber S. M. el resultado de las primeras pruebas, le premió en Mayo de 1609 con el título de Marqués de Salinas (que era un lugar del Virey, cabe Carrion), agraciando á su nieto, que residia en Madrid, con el hábito de Santiago. En 1611 ascendió el nuevo Marqués á la Presidencia de Indias, habiendo dejado en el archivo mexicano (dice un juicioso bibliógrafo) «muchos manuscritos, que si viésen la pública luz acreditarian más solemnemente la gloria de su nombre.» Hallábase en edad tan avanzada, que solo el deseo de morir al lado de su familia pudiera decidirle á volver á España, trocando el clima igual y benigno de México por el desapasible, extremo y voltario de la corte. Bien pronto empezó á declinar su salud, viéndose obligado á presentar al Monarca en 1616 la renuncia de su importantísimo cargo, que no le fué admitida hasta el 7 de Agosto de 1617; sustituyéndole D. Fernando Carrillo, el cual tomó posesion al día siguiente. Falleció el Marqués de Salinas en Madrid á 7 de Setiembre del propio año (un mes despues de haber abandonado el Consejo de Indias), bajo testamento cerrado que, por mandato del teniente de alcalde D. Francisco de Rojas, fué abierto el mismo día del fallecimiento, ante el escribano Diego Ruiz de Tapia. Y como se hubiese aceptado al Marqués la dimision solicitada, reservándole los gajes y salarios de Presidente, su nieto D. Luis de Velasco Ibarra, menor de edad, é hijo de D. Francisco, ya difunto, reclamó el abono de las cantidades devengadas por su abuelo en los treinta días que duró la jubilacion; ordenando el Rey á sus oficiales de Hacienda, por cédula fecha en Madrid á 12 de Junio de 1618, que efectuasen el pago. Este muchacho era por lo visto el heredero del título, y á quien por los servicios

de su abuelo agració S. M., en 1609, con el hábito de Santiago. (Archivo de Indias.—Luis Cabrera de Córdoba, «Relaciones,» páginas 52, 160, 191, 286, 293, 298, 300 y 369.—Beristain, III, 284.)

(171) Valbuena, 84.

(172) «Siglo de Oro,» edición de la real Academia Española, pág. 133.—«Grandeza Mexicana,» en la introducción.—Nicolas Antonio, I, 221.—Beristain, I, 137.

(173) Beristain, I, 171 y 470.

(174) Leon Pinelo, «Bibliotheca.» Beristain II, 194; I, 324 y 512.

(175) Diego de Cisneros, «Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México,» 1618, en los preliminares.—Leon Pinelo, «Bibliotheca Oriental y Occidental.» Beristain, II, 69; I, 39.

(176) Baltasar Echave, «Discursos de la lengua cántabra,» 1607, al principio.—Cisneros, *loc. cit.*—El licenciado Juan Bermúdez y Alfaro, en el erudito prólogo á «La Hispánica» de Luis de Belmonte Bermúdez.—Beristain, III, 311.—Gallardo, Zarco y Sancho, «Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos,» II, 66.

(177) Cisneros, *loc. cit.*—Bermúdez Alfaro, en el prólogo referido.—Leon Pinelo, «Bibliotheca.»—Beristain, II, 101 y 256; III, 349.—Gallardo, Zarco y Sancho, II, 67.

(178) Beristain, I, 211.—«Biblioteca de libros raros,» II, 135.

(179) Bermúdez y Alfaro, citado ántes.—Lope de Vega Carpio, «Laurel de Apolo.»—Cervantes, «Galatea,» VI.—Nicolas Antonio, I, 503.—Beristain, II, 122 y 404; III, 198.—Gallardo, Zarco y Sancho, I, 352.

(180) Tolpiltzin-Acjitl-Quetzalcoatl, llamado también Nacjit, último de los ocho reyes toltecas en el Anáhuac («region entre dos mares,» entre el Pacífico y el golfo Mexicano), echado por una insensata revolucion, hacía

los años 1052 de nuestra era, fundó con sus parciales el nuevo reino de *Tlapallan*, que ahora decimos Honduras, cuya capital se supone que estuvo en las célebres ruinas de Copan. Los *toltecas* habian invadido el territorio de Nueva España á mitad del siglo VI de Jesucristo, viniendo por la parte del Cierzo, y traído aquí el maíz, el algodón y otras no ménos útiles plantas; sabiendo, además, fundir los metales y pulir las piedras preciosas: gente, en verdad, civilizada. A ella se debe la ereccion de las colosales pirámides de Cholula, Papantla y Teotihuacan, y la real ciudad de Tula, que no cuenta millaradas de años, como alguna vez se ha creído.—Cantú, XIV, 7.—Brasseur de Bourbourg, «Monuments anciens du Mexique,» 1866, pág. 59.)

(181) Torquemada, «Monarquía indiana,» I.—Clavijero, «Storia antica del Messico, 1780.—Beristain, I, 64; II, 373. El cual no cesa de lamentar, con razon harta, que se hubiese privado á México de los inapreciables manuscritos de D. Fernando de Alba, cuando la expulsion de los jesuitas que los poseían; trasladando primero aquellos tesoros á la Universidad, y enviándolos despues á España, sin dejar copia al Virey, Conde de Revillagigedo; para que se hayan perdido, ó no sepa nadie dónde paran.

(182) P. José de Acosta, «Historia natural y moral de las Indias,» pág. 391.

(183) Acosta, pág. 447. Hablando del *Mitote*, dice el mismo autor en la página siguiente: «En estos bailes se hacian dos ruedas de gente; en medio, donde estaban los instrumentos se ponian los ancianos y señores, y gente más grave; y allí, quasi á pié quedo, bailaban y cantaban. Al rededor destos, bien desviados, salian de dos en dos los demás bailando en corro con más ligereza, y haciendo diversas mudanzas y ciertos saltos á propósito, y entre sí venian á hacer una rueda muy ancha y espa-

ciosa.» Tales danzas nos recuerdan las que se conservan aún entre los cántabros y astures.

(184) Acosta, 447.

(185) Gonzalo Fernández de Oviedo, «Historia general y natural de Indias,» XXXIII, 51.

(186) Beristain de Souza, I, 10 y 163.

(187) Beristain, I, 64.

(188) Mateo Aleman, «Ortografía.» Véase la dedicación a México.

(189) Archivo general de Indias, «Consulta hecha á S. M. en 1.º de Julio de 1625, por el Presidente del Consejo de Indias,» acerca del memorial que, acreditando sus méritos y servicios, había elevado ALARCON á Felipe III en el mes anterior, á fin de que le hiciera merced, empleándole en ocupacion digna de sus letras y profesion.

(190) Beristain, III, 205.

(191) Biblioteca Colom., estante AA, tabla 141, n.º 4.

(192) Beristain, I, 37.

(193) Beristain, I, 415.

(194) Archivo general de Indias. Véase la «Consulta» en el APÉNDICE.

(195) Archivo general de Indias, *loco cit.*

(196) «Memoria del desagüe de la laguna,» Mexico, 1637.

(197) Luis de Cabrera, «Relaciones,» 420 y 422.

(198) Luis de Cabrera, «Relaciones,» 448.—El arzobispo D. Fr. García Guerra falleció desempeñando el vireinato, al año siguiente de 1612; y el prior del convento imperial de Santo Domingo, Fr. Luis de Vallejo, hizo el *Elogio fúnebre en las honras*, que imprimió en 4.º Pedro Balli. En 18 de Enero de 1613 presentó S. M. para la mitra vacante á D. Juan Pérez de la Serna.

(199) Sobre la influencia que ejercía el Presidente de Indias en la provision de los empleos de Ultramar, véase

se la «Relacion» de Simon Contarini á la república de Venecia, impresa á continuacion de las «Relaciones» de Cabrera, 574 y 575.

(200) «La Prueba de las promesas,» II, 1.

(201) Los aztecas dijeron *Tenochtitlan* á México. Oviedo escribe *Tenustican* ó *Temistitan*; y Acosta, con mayor puntualidad, *Tenoxitlan*, que significa *Tunal en piedra*, esto es, «Higuera chumba nacida en un peñasco.» Por ello canta Bernardo de Valbuena que la ciudad

Es toda un feliz parto de fortuna,
Y sus armas una águila engrifada
Sobre las anchas hojas de una tuna.

El nombre de México provino de llamarse Mexi ó Méxitlo el caudillo de cierta gente boreal adoradora del dios Vitzilipútzli, que en los primeros dias del siglo XIII de nuestra era invadió y subyugó aquel territorio.

(202) Céspedes y Meneses, «Historia de D. Felipe III,» folio 117 vuelto.

(203) Anónimo, «Demarcacion y navegacion de las Yndias,» manuscrito.—Cabrera, «Relaciones,» 471.

(204) El anónimo ántes citado.

(205) Cabrera, «Relaciones,» 453.

(206) Don Diego López de Haro, quinto Marqués del Carpio é hijo del Asistente de Sevilla, casó con D.ª Francisca de Guzman, hermana del celebre Conde-Duque de Olivares, y engendró en ella al no ménos famoso D. Luis Méndez de Haro, sucesor de su tío en el valimiento con el rey Felipe IV. ®

Salinas sacó de pila al diligente cronista de Sevilla D. Diego Ortiz de Zúñiga, segun este mismo lo notó en la pág. 610 de sus «Anales;» en cuyo año de 1611 recuerda á todos los personajes que he citado en el texto.

- (207) Cervántes, «Persiles y Segismunda,» III, 2.
 (208) El Persiles, III.
 (209) El Marqués Virgilio Malvezzi, «Historia,» que comprende sucesos del reinado de Felipe III, lib. I, 4 y 3.
 (210) Malvezzi, I, 4.
 (211) Quevedo, edición ilustrada por D. A. Fernández-Guerra, en la «Biblioteca de Autores Españoles,» I, 339.

(212) Véanse las apreciaciones de Malvezzi, *loc. cit.*; las de Céspedes y Meneses en su «Historia del Rey Don Felipe III,» y las «Relaciones» de Cabrera.

(213) Luis Cabrera, «Relaciones,» 463, 437.

(214) Cabrera, «Relaciones,» apéndice, 563.

(215) Archivo del Duque de Sessa, «Cartas de Lope de Vega,» correspondencia autógrafa, tomo I, núms. 22 y 62.—Cabrera, «Relaciones,» 450 y 452.

El nacimiento del infante D. Alonso, ocurrido en el Escorial á 22 de Setiembre de 1611, ocasionó la muerte de su madre D.^a Margarita de Austria, doce dias después, á 3 de Octubre.

(216) «Cartas de Lope,» I, 54, 57 y 62.—Cabrera, «Relaciones,» 455.

(217) «Cartas de Lope,» I, 93.

Doña María Ana de Padilla, Açuña y Manrique, mujer de D. Cristóbal Gómez de Sandoval, Rojas y la Cerda, primer Duque de Uceda, Marqués de Cea, falleció en Madrid el 26 de Agosto de 1611.—Yañez, «Memorias para la historia de Felipe III.—Cabrera, «Relaciones.»

(218) «Cartas de Lope de Vega,» I, 66.—Cabrera, «Relaciones,» 427.

La pragmática sobre tratamientos, ceremonias, coches, trajes, bordados y tapadas, habiase publicado el dia 5 de Enero de aquel año de 1611, reduciendo los coches á cuatro caballos, con prevencion de que no puedan andar en ellos sino mujeres; debiendo ir con la señora del coche

su marido, padre ó abuelo ó hijos pequeños solamente, y todas las mujeres que quisieren, como no vayan tapadas; y que no se puedan prestar á nadie. Añadióse que á ningun hombre fuera permitido pasearse en coche sin licencia, por decir que andando en ellos se afeminaban. Señalóse el plazo de treinta dias, y se prohibió construirlos de nuevo sin autorizacion del Presidente de Castilla. Quevedo hizo un romance á esta pragmática.

(219) Don Antonio Liñan y Verdugo, «Guía y avisos de forasteros,» 54 vuelto.—Correspondencia de Lope; I, 66 y 54.—ALARCON, «Todo es ventura,» I, 8.

(220) Luis Cabrera, «Relaciones,» 455.—«Cartas» de Lope, I, 54 y 24.—Yañez, «Memorias para la historia de Felipe III.—El P. Hernando Pecha, «Vida de los duques del Infantado,» manuscrito original en poder del autor; cap. XXVIII.

(221) «Cartas» de Lope; I, 24.

(222) Liñan; 14, 44, 121, 12 y 13.

(223) Liñan; 73.—ALARCON, «Todo es ventura,» I, 14.

(224) «Todo es ventura,» I, 14.

(225) Liñan; 71, 34 y 64.

(226) Archivo de Indias.—«Cartas» de Lope; I, 15.

(227) «Cartas» de Lope; I, 45 y 51.—«Libro de la fundacion y acuerdos de la Congregacion de esclavos del Santísimo Sacramento, en el convento de Trinitarios descalzos desta villa de Madrid.»

(228) Liñan; 107.—ALARCON, «Las Paredes oyen,» I, 17.

(229) Nicolas Antonio, «Bibliotheca.»—Gaspar Dávila, «Exequias reales, que Felipe el Grande, cuarto deste nombre, Rey de las Españas (q. D. g.), mandó hacer en San Felipe de Madrid á los soldados que murieron en la batalla de Lérida,» Madrid; Diaz de la Carrera, 1644.

(230) Cervántes, en el prólogo de «El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,» se burla de esta vanidad tan general en aquel siglo.

(231) Cabrera, «Relaciones;» p. 459.—Hé aquí la descripción del libro del Marqués de Careaga, precioso documento para la vida de nuestro poeta:

«DESENGAÑO | DE FORTVNA. | POR EL DOCTOR DON GVTTIE
| rre Marqués de Careaga, natural de la ciudad, | de Al-
mería, Tiniente de Corregidor, Por el | Rey nuestro Se-
ñor, de la villa de Ma- | drid, Corte de su Magestad. |
A DON RODRIGO CALDERON | *Cavallero de la Orden de San-
tiago, Comendador de O- | caña, Señor de las villas de la
Oliua, Plasencia, Sie- | te Iglesias, Rueda, y Sofragua;
Alguazil mayor per | petuo de la Real Chancilleria de Va-
lladolid: Em-—baxador de Flandes, por el Rey nuestro
se- | ñor Don Felipe III. deste nombre. | Año [Escudo del
mecenas] 1612. | CON PRIVILEGIO. | EN MADRID, Por Alonso
Martin. | Vendese en casa de Alonso Perez mercader de
libros.»—Erratas. 20 marzo 1612.—Tasa. 27 id.—Cen-
sura del maestro fr. Tomas de Sierra, dominico de Ma-
drid: 11 diciembre 1608.—Aprobacion del jesuita Rafael
Guaran: 29 abril, 1611.—Otra del mercenario Mtro. Mu-
nuera: 1.º enero 1609.—Aprobacion de Fr. Pedro de Le-
desma, maestro en Santa Teologia, catedrático en la in-
signe universidad de Salamanca; en el convento de S.
Esteban de esta ciudad, 8 de setiembre de 1607.—Privi-
legio: Madrid 10 de enero 1609.—Siguen estos elogios
poeticos:—¶ De un religioso de la orden de S. Hieronimo
presbítero y profeso en el convento de la Vitoria de Sa-
lamanca. A D. Rodrigo Calderon.—De D. Martin Urtiz
de Careaga, hermano del Auctor. A D. Rodrigo Calde-
ron.—El doctor don Gutierre, Marques de Careaga. A D.
Rodrigo Calderon.—*Ad D. D. Rodricum Calderon D. Di-
dacus Saavedra etc. Faxardo. S. P. D.—Petrus Paulus
Andosila Romanus ad Auctorem Epigramma.—Hieronimus
à Castro Verde Guadixensis Epigramma.*—De el licencia-
do Bartolomé Perez Montero, natural de Gibraltar, «al
autor.»—De el licenciado Martin Lopez de Val de Elbi-*

ra, natural de Alcaraz, «al autor.»—De Don Diego de
Saavedra y Fajardo, natural de Murcia, «al autor.»—
De D. Martin Urtiz de Careaga, hermano del autor.—
De D. Gil de Silva y Tenoco, natural de Jerez de los
Cavalleros.—De Fr. Rodrigo de Llerena, presbítero y
profeso en el Convento de N. S.ª de Guadalupe.—Del
mismo.—Del lic. D. Pedro de Vergara y Arçola, natu-
ral de Tenerife.—De Gaspar de Mesa.—Del Lic. Fran-
cisco Antonio de Alarcon, natural de Madrid.—Del Lic.
Juan Ruiz Piernas, natural de Moratalla.—De D. Pedro
Arias Verastigui, natural de Segovia.—De Juan del
Villar Quadrado, natural de Zamora.—Del lic. Juan Ca-
talan Ocon, natural de Molina de Aragon.—De el licen-
ciado JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOÇA, natural de Méxi-
co.—Del lic. Bartolomé Perez Montero.—De D. Luis Pe-
rez de Vargas, natural de Anduxar.—El doctor D. Gu-
tierre Marques de Careaga, á los poetas.—Del lic.º Martin
Lopez de Val de Elvira, natural de la ciudad de Alca-
raz, á los lectores; en alabanza del autor y de su libro.
—El Dr. D. Gutierre Marqués de Careaga al lic. Martin
Lopez de Valdeelvira.—Respuesta del mismo al mismo.
—*A D. D. D. Rodricum Calderon.... Doctor D. Guttetius
Marquie de Careaga. P. F. F.—DEDICATORIA. Madrid 4
de Febrero de 1612.*—Prólogo.—24 fojas de preliminares;
247 más de texto é índices. Ejemplar en octavo.

(232) Cabrera; 453, 454, 456 y 457.

(233) Marqués de Careaga, «Desengaño de Fortuna;»
principios.

(234) Marqués de Careaga, «Desengaño de Fortuna;»
loc. cit.

(235) «Cartas» originales de Lope; I, 62 y 24.—Don
José Antonio Armona, «Memorias cronológicas sobre el
origen de la representacion de comedias en España;» obra
manuscrita é inédita, que posee la Biblioteca de la Real
Academia de la Historia.

(236) ALARCON, «La Culpa busca la pena;» II, 7.—«Todo es ventura;» I, 14.—«Cartas» de Lope; I, 7, 10, 61 y 55.—«Actas de la hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento;» 39 y 27.—Cristóbal Suarez de Figueroa, «Plaza universal de todas ciencias y artes;» folio 322, vuelto.—Casiano de Pellicer, «Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia;» II, 13 y 64.—Conde de Villamediana, «Obras poéticas;» manuscrito del Sr. Sancho Rayon.—Lope de Vega, «Las Almenas de Toro.»

(237) Cabrera, «Relaciones;» 444.—Conde de Villamediana, «Obras poéticas;» manuscrito del Sr. Sancho Rayon.

(238) Góngora, «Versos satíricos, que no se han impreso con las demas obras suyas;» soneto 48 en el código de 1663, que posee el autor.

(239) Biblioteca nacional, M. 30, folio 135.—Academia de la Historia, «Reglas de gobierno y policía para los teatros;» dictadas en 1608 por el licenciado Juan de Tejada, del Consejo de S. M.

(240) «Cartas» de Lope; I, 57 y 59

(241) «Cartas» de Lope; I, 59 y 46; III, 24; y I, 34.—Salas Barbadillo, «La Ingeniosa Elena.»

(242) «Cartas» de Lope; I, 92.—Cabrera, «Relaciones;» 461.—D. Martin Fernandez de Navarrete, «Vida de Cervantes;» 482.—Pedro Soto de Rojas, «Parayso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos: con Los fragmentos de Adonis;» Granada, Baltasar de Bolivar, 1652.

(243) Cabrera, «Relaciones;» 463.

(244) Cristóbal Suarez de Figueroa, «Plaza universal de todas ciencias y artes;» discurso XIV, pág. 63.—Navarrete, «Vida de Cervantes;» 484.—Justine, *Historiarum*; XLIV, II.

(245) Correspondencia autógrafa de Lope de Vega.

(246) Correspondencia de Lope.

(247) «Obras de Lope de Vega.»—Montalban, «Fama póstuma.»—Nicolas Antonio, «Bibliotheca Nova.»—La Barrera, «Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español.»

(248) Correspondencia autógrafa de Lope de Vega.—Sus obras.—Montalban, «Fama póstuma.»—Nicolas Antonio, «Bibliotheca Nova.»—La Barrera, «Catálogo bibliográfico y biográfico.»—Cervantes, «Prólogo» á sus comedias.

(249) «Biblioteca de autores españoles;» tomo XX, pág. XV. El Sr. Hartzenbusch, al apreciar los «caracteres distintivos de las obras dramáticas de D. JUAN RUIZ DE ALARCON,» considera que diez producciones de este poeta pertenecen á la escuela de Lope: «El Semejante á sí mismo,» «La Cueva de Salamanca,» «La Amistad castigada,» «La Manganilla de Melilla,» «El Anticristo,» «El Tejedor de Segovia,» «La Crueldad por el honor,» «Quién engaña más á quién,» «Cautela contra cautela» y «Siempre ayuda la verdad.»

(250) Cervantes, «Prólogo» de sus comedias.—ALARCON, «Todo es ventura;» I, 14.—«Mudarse por mejorarse;» I, 11.—«La Cueva de Salamanca;» II, 4.

(251) Cabrera, «Relaciones;» pág. 494.—«Memoria» sobre las obras de desagüe de las lagunas; México, 1637.

(252) ALARCON, «Dedicatoria» de la «Parte primera» de sus comedias.—«Todo es ventura;» I, 2.

(253) ALARCON, «Mudarse por mejorarse;» II, 13.

(254) ALARCON, «Los Empeños de un engaño;» III, 3.

(255) ALARCON, «El Desdichado en fingir;» I, 2.

(256) «Obras de Anastasio Pantaleon de Ribera;» Madrid, por Andres Garcia de la Iglesia, 1670: folio 73.

(257) Véase el capítulo X de la «Parte primera» de esta obra, y sus notas.—ALARCON, «El Semejante á sí mismo;» III, 1.

(258) ALARCON, «El Semejante á sí mismo;» III, 8.— Véanse los capítulos VI y XIV de la «Parte primera» de esta obra, y sus notas.

(259) «Biblioteca de autores españoles;» tomo XX, pág. 518.—ALARCON, «El Semejante á sí mismo;» II, 5.

(260) ALARCON, «La Cueva de Salamanca;» (—En la «Biblioteca de autores españoles;» tomo XX, pág. 92.)—Cabrera, «Relaciones;» Mayo de 1613.

(261) Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos, «Historia de las Cuevas de Salamanca,» impresión nueva; en Salamanca, por Antonio Joseph Villargordo, 1737; pág. 87.

(262) Peter Michels. Véase en la obra *E. T. W. Hoffmann's | Erzählende schriften | in eine | Auswahl | Herausgegeben | Von seiner Wittwe | Michelina Hoffmann | geb. Rorer | Stuttgart | 1831.*

(263) ALARCON, «La Cueva de Salamanca,» acto III, escena última.—El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, en su muy raro libro intitulado «Varias noticias importantes a la humana comunicacion» (Madrid, por Tomas Iuntí, 1621), discurre sobre la magia diciendo también, como ALARCON, haber dos géneros de ella: una natural, otra supersticiosa; licita y productora de inauditos milagros la primera; prohibida siempre la segunda, por las repúblicas bien ordenadas. Fólío 54, vuelto.

(264) ALARCON, «La Amistad castigada;» II, 4.—Informe del Consejo de Indias, dando cuenta á S. M. en 1.º de Julio de 1625 acerca de las partes y méritos del licenciado D. JUAN RUIZ DE ALARCON, y en las cosas del servicio de V. M. que podia ser ocupado.»

(265) Archivo municipal de Madrid.—D. José Antonio Armona, corregidor que fué de Madrid, en los dos tomos de su obra manuscrita é inédita que guarda la Academia de la Historia, y lleva por título «Memorias cronológicas sobre el origen de las representaciones de

comedias en España.» Véanse la real cédula de 1603, las reglas de gobierno y policía dadas para los corrales de la corte en 1608, y la reformation de comedias hecha en 1615.

(266) Archivo municipal de Madrid.—Armona, «Memorias cronológicas.»—Cervántes, «El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha;» II, 11.

(267) Armona, «Memorias cronológicas.»—Correspondencia autógrafa de Lope; II, 59 duplicado.—Aunque no se encuentra expresamente autorizado el embargo de los cómicos en ninguna de las disposiciones mencionadas, lo estaba de hecho en 1614, como lo demuestra el suceso de Isabel Ana, traída en Abril, desde Toledo á la corte, para sustituir á María de los Angeles. A ésta la tenia consigo entónces Pinedo; y á la otra, Pedro de Valdés. Tan violento sistema nació de celo en favor de los establecimientos benéficos de Madrid, propietarios de los coliseos. Ya en 15 de Febrero de 1584 habia provisto un auto el juez protector, mandando en él «que se notificase á los autores de las comedias no hiciesen ausencia alguna de Madrid, ni tampoco los demas cómicos de sus compañías, bajo las penas que les impuso si contraviniesen ó faltasen á este mandato, para evitar así el perjuicio de los hospitales.»

(268) Armona, «Memorias cronológicas.»—Cervántes, «El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha;» I, 48.

(269) Armona, «Memorias cronológicas.»

(270) Armona, «Memorias cronológicas.»—Correspondencia de Lope; I, 84.

(271) Archivo municipal de Madrid.—Armona, «Memorias.»

(272) Archivo municipal de Madrid.—Armona, «Memorias cronológicas.»

(273) Armona, «Memorias cronológicas.»

(274) ALARCON, «Las Paredes oyen;» II, 2.—D. José

María Asensio y Toledo, «Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervántes;» Sevilla, 1864; pág. 26.

(275) Lope de Vega, «El Peregrino en su patria;» Sevilla, por Hidalgo, 1604; pág. 198.

(276) Quevedo, en la edición de Fernández-Guerra, II, 9, pág. 524.—«Libro de la fundación y acuerdos de la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento en el convento de Trinitarios Descalzos desta villa de Madrid» (empieza desde 8 de Noviembre de 1608, acaba en 7 de Agosto de 1616); folio 112 vuelto.—Doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, «Plaza universal de de todas ciencias y artes;» Madrid, Sánchez, 1615; folios 321, 322 y 322 vuelto.—Correspondencia de Lope; II, 41 y 55; I, 77.—Repartimientos en varias comedias manuscritas de las que guarda la rica biblioteca del señor Duque de Osuna.—«Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómoda y tercias partes;» código de la Biblioteca Nacional.—El Marqués de Molins, «La Sepultura de Miguel de Cervántes;» pág. 69.

(277) Suarez de Figueroa, citado.—Correspondencia de Lope.—Manuscritos de comedias con el reparto de actores, en la Biblioteca Nacional y en la del señor Duque de Osuna.—Entremeses de Benavente y de otros poetas.

(278) El mencionado «Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómoda y tercias partes.»—Real cédula de 26 de Abril de 1603.—Quevedo, II, pág. 524.—Suárez de Figueroa.—Correspondencia de Lope; I, 4, 2, 86 y 89; II, 59, 108 y 109; III, 5, 50 y 123.—«Libro de la fundación y acuerdos de la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento en el convento de Trinitarios Descalzos desta villa de Madrid.»—Biblioteca del señor Duque de Osuna.—Agustín de Rojas, «Viaje entretenido;» preliminares, y en la pág. 57.—Pellicer, «Tratado histórico sobre el origen y progresos de la

comedia y del histrionismo en España;» I, 92.—Cabrera, «Relaciones;» pág. 557.—Pedro de Herrera, «Traducción del Santísimo Sacramento á la Iglesia colegial de San Pedro de la villa de Lerma;» Madrid, Cuesta, 1618; folio 43.—La Barrera, «Catálogo bibliográfico y biográfico del antiguo teatro español;» páginas 93 y 94.—Gallardo, Zarco y Sancho Rayon, «Biblioteca de libros raros y curiosos; I, desde la página 470 á la 479.—Armona, «Memorias cronológicas.»—Don Luis de Góngora, «Versos que por lo satírico no se han impreso con las demás obras suyas;» Almería, 1663; manuscrito en poder del autor.—Archivo del Real Palacio, «Libros de la Cámara.»—Fabio Franchi, Perugino, «Ragguaglio di Parnasso;» Venezia, 1636.

(279) Los mismos autores y documentos citados en la nota precedente.

(280) Archivo del Duque de Sessa.—Cabrera, «Relaciones.»—Suarez de Figueroa, «Plaza universal.»—ALARCON, «Mudarse por mejorarse;» I, 6.

(281) «Todo es ventura;» III, 9.

(282) «Las Paredes oyen;» I, 16.

(283) «Todo es ventura;» III, 9.

(284) «El Exámen de maridos;» I, 19.

(285) «Las Paredes oyen;» II, 4.

(286) «El Exámen de maridos;» I, 19.

(287) «Las Paredes oyen;» II, 4.

(288) Prólogo de la «Parte segunda» de sus comedias.

(289) Don Tomás de Erauso y Zavaleta, «Discurso crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias de España, escrito por un ingenio de esta corte;» Madrid, Zuñiga, 1750; página 39.

(290) Biblioteca nacional; M., 277.—«Biblioteca de Autores Españoles;» tomo XX, p. XXXII.

(291) Archivo Municipal de Sevilla, «Expediente promovido por Francisco de Rivera contra los recitantes

Diego de Vallejo y Juan Acacio, sobre la representación de los autos de la fiesta del Corpus.» Tiene el cartel 48 centímetros de ancho, y 32 de alto; en letra *encarnada y gótica*, el primer renglon, ó sean los nombres de los dos cómicos; y en buen carácter cursivo, y con tinta negra, los otros dos renglones. Por supuesto se manuscribian, no se imprimian como ahora, los carteles.

Cervántes habla de *rótulos con letras góticas*, y es calificación exactísima, como que se refiere á una costumbre característica de los siglos XVI y XVII. En la página 22 del «Auto general de la Fe,» que se tuvo en Granada á 30 de Mayo de 1672, leemos: «Daban principio dos estatuas de reconciliados difuntos, y otras diez y ocho de relajados; con rótulos que, escritos en *letras góticas*, daban *fácilmente* á leer á la publicidad sus nombres y delitos.»

(292) «Ganar amigos,» I, 5.

(293) Calderon, «El Astrólogo fingido.»

(294) Cabrera, «Relaciones,» página 550.—ALARCON, «Todo es ventura,» I, 7 y 10.

(295) A Madrid vine buscando
La fortuna; conocióme
Un indiano caballero,
Que está aquí en sus pretensiones;
Entré á servirle há seis meses;
Y él esta tarde sacóme
Triste hácia el Prado, y en él
Me dijo en breves razones
Lo mismo que yo sabia,
Y es que ya se ve tan pobre,
Que es fuerza que de los gastos
Lo más que pudiere acorte.

En este y otros pensamientos de la relación de Tello (acto I, 8, de la comedia «Todo es ventura»), se ve que

ALARCON, aun siguiendo la ficción de la fábula, no se puede olvidar de sí propio. Lo mismo se advierte en toda la obra.

(296) «Parte tercera de las comedias del maestro Tirso de Molina,» Madrid, 1634: principios, y comedia sexta.—Cervántes, «Prólogo de sus Comedias,» y en la «Adjunta al Parnaso.»—ALARCON, «Todo es ventura,» I, 14.—«La Cueva de Salamanca,» II, 4.

(297) «Los Favores del mundo,» III, 4.

(298) Cabrera, «Relaciones,» páginas 341, 479 y 496; 343 y 382; 73, 427 y 527; 545, 88, 151, 259, 326, 349, 390, 444, 447 y 494; 511.—ALARCON, «No hay mal que por bien no venga,» en el asunto, y en el diálogo; acto segundo, escena tercera.—«La crueldad por el honor,» III, 3.—«El Dueño de las estrellas,» III, 8.—«El Exámen de maridos,» I, 8.—«La Amistad castigada,» III, 4.—«Los Empeños de un engaño,» III, 3.—Céspedes, «Historia de Don Felipe III,» folios 49 vuelto, 50, 79, y 112 vuelto.

(299) Acto tercero, escena cuarta.—Benavente, «Jocosería: Burlas veras,» página 35.

(300) Acto primero, escenas sétima y décima.

(301) Cabrera, «Relaciones,» pág. 561.

(302) Cervántes, «Adjunta al Parnaso,» y «Prólogo de sus Comedias.»—ALARCON, «Todo es ventura,» I, 14.—«La Cueva de Salamanca,» II, 4.

(303) «Todo es ventura,» *loc. cit.*

(304) Acto segundo, escena cuarta.

(305) «Mudarse por mejorarse,» I, 11.—Los versos de

Lope dicen:

Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

(306) «La Verdad sospechosa,» I, 3.

(307) Beristain de Souza, «Biblioteca Hispano-Americana septentrional,» tomo I, páginas 121, 333 y 334.

Don Juan de Cervántes construyó en Anlequera de Oaxaca soberbia capilla para la prodigiosa Cruz de Hualtulco, puerto en las costas del Sur. Los primeros españoles se espantaron al encontrarla allí, adorada por los indios desde remotísimos tiempos como cosa divina. Lo que dió ocasion á que los eruditos avivaran la especie de haber predicado el apóstol Santo Tomás en las Indias Occidentales.

(308) Acto I, escena XVI.

(309) «Libro de la fundacion y acuerdos de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento en el convento de Trinitarios Descalzos desta villa de Madrid.

(310) Cervántes, «Viaje del Parnaso;» Madrid 1614, por la viuda de Alonso Martin: principios.

(311) El citado «Libro de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento.—El Marqués de Molins, «La Sepultura de Cervántes;» passim.

(312) Cervántes, «Los trabajos de Persiles y Sigismunda;» Madrid, Juan de la Cuesta; 1617: principios.

(313) Cabrera, «Relaciones;» pág. 80.—ALARCON, «La Manganilla de Melilla;» III, 3.

(314) Doctor Eugenio de Narbona, «Fiestas de la Virgen del Sagrario;» relacion impresa, sin noticia de año ni lugar, que deben ser 1616 y Toledo.

(315) Narbona, «Fiestas de la Virgen del Sagrario.»

(316) Narbona, «Fiestas de la Virgen del Sagrario.»

(317) «Quien mal anda en mal acaba;» II, 4.—Cabrera, «Relaciones;» pág. 221.

(318) «Real cédula de 8 de Abril de 1615;» Academia de la Historia.

(319) Lope de Vega, su «Correspondencia autógrafa,» y la «Trezena parte» de sus comedias.—Caramuel, «Primus calamus;» 71 y 705.—Licenciado Pedro de Herrera, «Translacion del Santísimo Sacramento á la Iglesia

colegial de San Pedro de la villa de Lerma.—Rojas, «El Viaje entretenido;» I, 59.

(320) Benavente, «Jocoseria: Burlas véras;» fól. 35.

(321) «La Culpa busca la pena; y el agravio la venganza;» II, 7.

(322) Luis de Benavente, «Jocoseria: Burlas véras, ó reprehension moral y festiva de los desórdenes públicos;» Madrid, por Francisco García, 1645; 8.º.—Biblioteca Nacional, códice Q., 87.—«Fundacion, | y fiestas de la | Congregacion | de los indignos esclavos del | SS. Sacramento, | que esta en el religioso convento | de Santa Maria Magdalena, | de la Orden de S. Agustin | de esta corte. | Celebradas | en los primeros cinquenta años | de su edad felice;» por D. José Martinez de Grimaldo; Madrid, Diego Diaz de la Carrera, 1657. A la página 52 menciona el autor á Benavente como muerto algunos años hacia; y desde ella hasta la 154 publica once composiciones suyas. La última es de 3 de Noviembre de 1652; y no dejó de escribir el poeta toledano en ninguna de las fiestas de los años desde 1649 á 1652.

(323) Archivo general de Indias.—Suarez de Figueroa, «El Passagero;» alivio II, fól. 37.

(324) «El Passagero;» fól. 37 vuelto.—Tirso de Molina, «La Villana de Vallecas;» I, 4.

(325) Suarez de Figueroa, loc. cit.

(326) Archivo general de Indias. Falleció el Marqués bajo testamento cerrado, que, por mandato del teniente de alcalde de Madrid D. Francisco de Rojas, fué abierto el mismo dia 7, ante el escribano Diego Ruiz de Tapia.

(327) Don Diego de Ágreda y Vargas, «Los más fieles amantes, Leucipe y Clitofonte;» Madrid, por Juan de la Cuesta, 1617: principios.

(328) Figueroa, «El Passagero;» pág. 282.

(329) Doctor Cristóbal Perez de Herrera, «Proverbios morales y consejos cristianos y enigmas filosóficas, na-

turales y morales, con comento;» Madrid, 1618: libro II, centuria III, quincuagena V, pág. 236. Esta obra fué aprobada por el Dr. Gutierre de Cetina en 19 de Diciembre de 1612; y como las quintillas de ALARCON se encuentran intercaladas en el texto, no sería absurdo imaginar que las escribió por entónces, en cuyo caso tendríamos un testimonio más sobre la época de su venida á Madrid. Pero lo firme es atribuir las al año de 1617.

—Figuerola, «El Passagero.»

(330) «Proverbios morales, Heraclito de Alonso de Varros,» Concordados por el Maestro Bartolome Ximenez Paton; Baeza, Pedro de la Cuesta, 1615.

(331) Acto III, escena VIII.

(332) Acto II, escena XIII.

(333) «Ganar amigos,» loc. cit.—«Los favores del mundo;» I, 2.—«El semejante á sí mismo;» I, 1.—D. Juan Eugenio Hartzenbusch, «Biblioteca de autores españoles;» tomo XX, p. 510.

(334) También en la verdadera «Parte veintidos» de Lope, publicada por su yerno Luis de Usátegui en 1635, se incluyó con el mismo título de «Amor, pleito y desafío la comedia de ALARCON «Ganar amigos,» sin duda porque, muerto Lope y no teniendo Usátegui el manuscrito del Fénix de los Ingenios, se valió de la citada apócrifa «Parte veinticuatro.»

(335) Archivo del Real palacio, «Libros de la Cámara.

(336) Actos y escenas I, 11; II, 7; y III, 4.—Céspedes y Meneses, «Historia de Don Felipe III;» 112 vuelto; y 127. Cartas originales de Lope; tomo III, núm. 143.

(337) Doctor Gaspar Caldera de Heredia, «Arancel político, defensa del honor y Práctica de la vida de nuestro siglo;» manuscrito original, que extractó Gallardo; fólío 103.—Céspedes y Meneses, «Historia de Don Felipe III;» fólío 12.

(338) Cervántes, «Trabajos de Persiles y Sigismunda;» I, 14; y H, 9.

(339) Cervántes, «Viaje del Parnaso.»—Alonso Lopez de Aro, «Segunda parte del Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España; Madrid, por la viuda de Correa Montenegro, 1622: p. 29.—Villamediana, «Sátiras» manuscritas.—Quevedo, «Anales de quince dias.»—Nicolas Antonio, «Bibliotheca nova.»—Diego Barbosa Machado, «Biblioteca Lusitana;» Lisboa, 1747: II, 771.—D. Adolfo de Castro, «El Rey D. Felipe IV y el Conde Olivares.»—La Barrera, «Catálogo del teatro antiguo español.

(340) Biblioteca Nacional, M, 204; «Códice» que fué de la Biblioteca de D. Blas Antonio Nasarre.

(341) «Escrutinio sobre las impresiones de las obras poéticas de D. Luis de Góngora y Argote,» por el Alcalde Mayor de Almería en 1663; manuscrito en la biblioteca del autor.—Don Juan Lopez de Sedano, «Parnaso Español;» VII, 15.

(342) «Versos satíricos del gran D. Luis de Góngora y Argote, príncipe y Homero de las poesías de España, que por lo satírico no se han impreso con las demas obras suyas. En la librería de D. Luis Venegas de Figuerola, Obispo de Almería.» Copia sacada por el Alcalde Mayor de aquella ciudad en 1663, que posee el autor; foja 2.—Otro «Códice» de todas las poesías de D. Luis, con enmiendas y arrepentimientos de su pluma, puestas en limpio por su discípulo el licenciado José de Rivas Tafur; en poder del autor; foja 149. ®

(343) «Códice» de las poesías de Góngora, ordenadas por el mismo y de letra de Rivas Tafur, foja 69.—El «Códice» de 1663, fól. 15 vuelto.—«Obras de D. Luis de Góngora, Comentadas por D. Garcia de Salzedo Coronel, II, 598.—«Cartas» de Lope; II, 101.

El Aguilar mencionado en este soneto es D. Francis-

co Lopez de Aguilar Contiño, sacerdote desde 1634, luego que enviudó; caballero de la orden de San Juan, que murió octogenario en Madrid, año de 1665. Docto en lenguas sábias, filólogo y muy amante de antigüedades, y pinturas, tradujo á «Pausanias;» escribió la vida de «Augusto César;» y en 1618 salió á la defensa de Lope contra el Dr. Pedro de Torres Ramila, publicando en Francia el libro latino intitulado *Expostulatio Spongiae*. Quevedo compuso contra Aguilar unas indignas redondillas, manifestando cuán invencible odio le tenia. Afortunadamente nunca se han impreso.

(344) El «Código» de 1663; f. 26.—«Cartas» de Lope; III, 151, 130, 114, 112, 13, 95, 115 y 84; y II, 83.

(345) En la Real Academia de la Historia.

(346) Los citados «Códices» de las poesías de Góngora, que guarda el autor.—Cabrera, «Relaciones;» 497.

(347) «Obras de Góngora,» comentadas por Salzedo Coronel; II, 697.

(348) Suarez de Figueroa, «Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto marqués de Cañete;» Madrid, Imprenta Real, 1613: en los principios.

(349) Suarez de Figueroa, El «Passagero;» 56 vuelto, 73 vuelto, y 74.

(350) Luis de Camoës, «Rimas;» Lisboa, Pedro Crasbeck, 1607.

(351) Su libro de «El Passagero;» en mas de diez y siete lugares.

(352) «El Passagero;» folio 149 vuelto.

(353) «El Passagero;» 85 vuelto.

(354) Fólíos 36 vuelto, y 37.

(355) Fólío 207 vuelto.

(356) Acto II, escena II.

(357) Suarez de Figueroa, «El Passagero;» en los principios.

(358) Acto III, escena XVI.

(359) Acto I, escena I.

(360) Acto III, escenas V y XVI.

(361) Acto II, escena I.

(362) «Cartas» de Lope; III, 154.

(363) Caramuel, *Primus calamus: Rithmica*; II, 706.

—Montalban, «Fama póstuma de Lope;» 13.

Hé aquí el reparto que tuvo la comedia de «Las Paredes oyen,» segun el ejemplar manuscrito y autógrafo, al parecer, de ALARCON, que se conserva en la Biblioteca del Sr. Duque de Osuna:

«Celia, Dorotea (de Sierra).—D. Juan, Arias (Damian).—Beltran, Pedro de Villegas.—Doña Ana, María de Córdoba, (Amarilis).—Ortiz, Frasquito.—D. Mendo, Bobadilla.—Lucrecia, María de Victoria.—Conde, Azua.—Duque, Cintor (Gabriel).—Escudero.—Marcelo.—Leonido, Francisco de Robles.—Un arriero, Bernardino.—Una música, María de Vitoria.—Otro músico, Mazana (padre de Dorotea).—Otro músico, Navarrete.»

(364) «Correspondencia autógrafa de Lope de Vega.»

(365) «La Prueba de las promesas;» II, 5.

(366) D. Juan Manuel, «El Conde Lucanor,» publicado por Gonzalo de Argote y de Molina; Sevilla, en casa de Hernando Diaz, 1575.—«La Prueba de las promesas;» I, 5; III, 5; y II, 1.—Gallardo, Zarco y Sancho Rayon, «Biblioteca de libros raros y curiosos;» II, 174.

(367) «La Prueba de las promesas;» III, 1.

(368) «Mudarse por mejorarse;» I, 4.

(369) Acto II, escena 13.

(370) Mártir Rizo, «Historia de la muy noble y leal ciudad de Cuenca.»—Suarez de Figueroa, «Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto marqués de Cañete.»—Gil y Zárate, «Resúmen histórico de la literatura española,» segunda parte del «Manual de Literatura;» Madrid, 1851.—*Illustriorum Hispaniae urbium ta-*

Don Juan Ruiz de Alarcon.—47

bulæ; Amsterdam, en la imprenta de Juan Janssonio; sin año de impresion: letra R.

(371) Villamediana, «Poesías» manuscritas; códice del Sr. Sancho Rayon.

(372) En el mismo códice.

(373) *Illustriorum Hispania urbium tabulæ*, loc. cit.—Tirso de Molina, «La Huerta de Juan Fernandez;» III, 6.

(374) Mártir Rizo, «Historia de Cuenca;» cédula de Enrique III á favor de Garcí Ruiz de Alarcón.

(375) Mártir Rizo.—ALARCON, «Los Favores del mundo;» I, 3 y 9.

(376) «Biblioteca de autores españoles;» XX, 509.

(377) Gerónimo de Quintana, «Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid;» pág. 317.

(378) Quintana, «Historia de Madrid;» 374 y 320.—D. Ramón de Mesonero Romanos, «El antiguo Madrid.»—Leon Pinelo, «Historia de Madrid;» copia manuscrita en manos del autor.

(379) Quevedo, «Anales de quince días.»—El marqués Virgilio Malvezzi, «Historia.»—Céspedes y Meneses, «Historia de D. Felipe III.»—Cueto y Herrera, «Historia de la casa de Austria;» inédita.

(380) Tirso de Molina, «El amor y la amistad;» III, 5.

(381) Los Favores del mundo; I, 7.

(382) «Biblioteca de autores españoles;» XX, 510.

(383) «La Amistad castigada;» III, 4.

(384) «Los Empeños de un engaño;» III, 3.

(385) «El dueño de las estrellas;» II, 2.

(386) Acto I, escena VII.

(387) Acto II, escena II.

(388) Acto II, escena IV.

(389) San Mateo, capítulos XXIV y XXV.—San Marcos, XIII.—San Lucas, XXI.—Apocalipsis, XIII.—San Pablo, «Primera á los de Corinto;» XV; y «Primera á los tesalicensés;» IV.

(390) «El Anticristo;» II, 7.

(391) D. Sebastian Francisco de Medrano, «Favores de las musas;» pág. 32.

(392) FAVORES DE LAS MUSAS | Hechos á Don Sebastian | Francisco de Medrano. | *En varias Rimas, y Comedias, que compuso en la mas | celebre Academia de Madrid donde fué | Presidente meritissimo.* | Recopilados por D. Alonso de Castillo | Solorzano intimo amigo del autor; | AL EMINENTISS. Y EXCELL. SEÑOR | EL Señor Theodoro Trivulzio Diacono Cardenal de | la S. Iglesia Romana del Tit. de S. Cesareo, | y legado á latere de la S. Sede Apostolica y | de nuestro Beatiss. Señor Urbano Octavo | en la Provincia de la Marca de Anco- | na. Vicario General en lo spiritual, | y temporal del Sacro Romano | Imperio Principe de Misocco, | y de Val Misolcino. Conde | de Melcio y Gorgonzo- | la Señor de Cotoño, y | Venzaguelo. | CON PRIVILEGIO. | En Milan, por Juan Baptista Malatesta Impresor | Regio, y Ducal, acosta de Carlo Ferranti libre- ro. | año 1631. Con licencia de los superiores. Siguen- se á esta portada: *Indice de libros y comedias* (declarando que se trata del primer tomo)—*Aprobacion por la S. Inquisicion: Milan 16 de setiembre de 1634.*—*Aprobacion del doctor Justo Thothapiana por el ordinario: Milan 20 de setiembre de 1632.*—*El Autor á la Benerable, Ilustre, y Reverenda Inquisicion del Estado de Milan.*—*Carlo Ferrante Libroero. Alli Lettori.*—*El Doctor Don Sebastian Francisco de Medrano á D. Alonso de Castillo Solorzano.*—*Epistola* (de Solorzano) *al que leyere.*—*Dedicatoria.*—Libro en 8.º, con 7 hojas de principios y 319 páginas de texto. Acaba éste en la 318 de la siguiente manera: *Fin del tomo primero de las obras de D. Sebastian Francisco de Medrano;* y la página 319 se destina á anunciar las materias del tomo segundo.

(393) El códice copiado por Rivas Tafur, y enmendado por D. Luis de Góngora; foja 247 vuelta, y el del Alcal-

de Mayor de Almería, en 1663.—Ni en otro tercero, de que soy dueño también, ni en el magnífico é interesantísimo que, en dos tomos y para el Conde Duque de Olivares, hizo escribir don Antonio Chacon, señor de Polvoranca (Biblioteca de D. Pascual de Gayangos), aparece el soneto por quien se averigua la época en que se representó «El Anticristo.»

(394) Anónimo, «Genealogía, origen y noticias de los comediantes de España;» manuscrito en folio, de principios del siglo anterior, en la Biblioteca nacional.

(395) Archivos municipales de Sevilla y Córdoba. Gózzome en reiterar aquí mi gratitud al ilustre poeta sevillano D. Juan José Bueno; el cual se sirvió remitirme copia esmeradísima, con facsímiles de la querrela que contra Diego Vallejo y Juan Acazio presentó en 4 de Junio de 1619 Francisco de Rivera, que tenía á su cargo el corral del Coliseo de Comedias de Sevilla.—Anónimo, «Genealogía, origen y noticias de los comediantes de España;» MS. en la Biblioteca Nacional.—Pellicer, «Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España;» II, 15.

(396) «Libro de los nombres y calles de Madrid;» manuscrito en la Biblioteca Nacional.

(397) Quiñones de Benavente, «Jocoseria: Burlas véras;» edición príncipe; folios 196 y 200 vuelto.—El «Libro de tercias y composiciones de casas en Madrid.»

(398) Céspedes y Meñeses, «Historia de Don Felipe III, Rey de las Españas;» 12 vuelto.—Marqués Virgilio Malvezzi, «Historia;» I, 37.

(399) Quiñones de Benavente, «Jocoseria: Burlas véras;» folio 196.

(400) «Jocoseria;» 194 vuelto.

(401) «Jocoseria;» 195 vuelto, y 200.—El libro anónimo, «Genealogía, origen y noticias de los comediantes de España.»

(402) Quiñones de Benavente, «Jocoseria;» fol. 197.

(403) Caramuel, «Primus calamus;» II, 706.—Quevedo, «Erato;» romance VII.—«El Libro de tercias y composiciones de casas en Madrid.»—Archivo del Real Palacio, «Libros de la Cámara.»—Benavente, «Jocoseria;» folios 78, 112, 2 vuelto y 171.—Pellicer, «Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España;» II, 98.

(404) Don Aureliano Fernandez-Guerra, «Vida de Quevedo.»

(405) Quevedo, «El Parnaso Español;» edición príncipe; «Erato;» romance VII.

(406) Villamediana, «Poesías satíricas;» código del Sr. Sancho Rayon.

(407) El testimonio del Sr. Hartzenbusch «(Biblioteca de autores españoles;» tomo XX, pág. VII, prólogo á las comedias de ALARCON) bastaria por sí solo á reconocer la participacion del mexicano y del maestro Tirso de Molina en esta obra, si el estilo de ambos poetas pudiera confundirse con otro ninguno. Son Fr. Gabriel Tellez y RUIZ DE ALARCON los dramáticos del siglo XVII que más se asemejan en el modo de formular las máximas y pensamientos sentenciosos, los que más se acercan en las malicias. Pero como el genio de ambos era enteramente diverso, al instante aparece la diferencia de pluma; en cuanto se examina y pesa con advertencia el trozo pòtico cuyo autor se quiere averiguar. Además no cabe duda de que, si en la «Segunda parte» de las comedias del fraile de la Merced entraron tan sólo cuatro dramas enteramente suyos (como él mismo declara) incluyéronse otros tantos de ALARCON, y algunos más en que ambos ingenios tuvieron parte. La identidad de gustos y de estilo seguramente los unió; y el epigrama que por tradicion se ha conservado, es prueba evidéntisima de que ambos solian escribir de consuno. Tam-

co nada tendría de extraño que uno y otro hubiesen hilvanado, corregido ó refundido secretamente obras ajenas, y aun escrito por entero; pues los respetos del mundo, la amistad ó la desgracia obligan muchas veces á prestar esta clase de servicios.

(408) Lopez de Haro, «Nobiliario, 1622.—Muy poco despues, ALARCON y el mismo Conde del Basto vinieron á tomar parte con otros siete ingenios en la composicion de la comedia intitulada «Algunas hazañas de las muchas de Don Garcia Hartado de Mendoza.

(409) Mariana, «Historia general de España;» XI, 9.

(410) «La Crueldad por el honor;» III, 2.

(411) Acto II, escena V.—Malvezzi, «Historia;» I, 16.

(412) Malvezzi; loc. cit.

(413) Don Aureliano Fernandez-Guerra, «Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote;» Madrid, 1864, pág. 39.

(414) Finjo este diálogo, pues sin ninguna violencia se desprende del espíritu dominante en las cartas de Lope, en todas; quien gustó de publicar la última frase, en una décima que compuso para el vejámen de ALARCON, á consecuencia del «Elogio descriptivo,» año de 1623, á las fiestas del Príncipe de Gáles.

(415) «Cartas» de Lope; I, 1.^a

(416) Cervántes, «Prólogo á la Segunda parte del Quijote.»

(417) «Biblioteca de autores españoles;» tomo XX.

(418) Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, «La Ingenua Elena, hija de Celestina;» tercera impresion, Madrid, 1737, por Alonso y Padilla; páginas 99 y 174. La primera edicion se puso á la venta en Enero de 1614.

(419) Céspedes y Meneses, «Historia de Don Felipe III.»

(420) Leon Pinelo, «Historia de Madrid,» año de 1619.

(421) Céspedes y Meneses, folio 13 vuelto.—Leon Pinelo, año de 1619.

(422) Leon Pinelo, año de 1620.—Lope de Vega Carpio, «Justa poética, y alabanzas justas que hizo la insigne villa de Madrid al bienaventurado San Isidro en las fiestas de su beatificacion;» Madrid, por la viuda de Alonso Martin, 1620.

(423) «Versos de D. Juan Navarro de Cascante, poeta ridiculo,» manuscritos en la Biblioteca Nacional.

(424) Véanse las obras de Quevedo, ilustradas por D. Aureliano Fernández-Guerra.

(425) Los citados versos de D. Juan Navarro de Cascante.

(426) «Cartas de Lope,» III, 97.

(427) Lope de Vega, «Lo Cierto por lo dudoso,» acto tercero escena cuarta.

(428) Acto segundo, escena quinta.

(429) Madrid, por la viuda de Alonso Martin, 1620, á costa de Alonso Pérez, mercader de libros. Habia sido aprobada esta «Trecena parte de las Comedias de Lope,» en Setiembre y Octubre de 1619; y la tasa y fe de erratas aparecen suscritas á 18 de Enero de 1620.

(430) «Trecena parte de las Comedias de Lope,» página 164.

(431) El autor de comedias y representante Roque de Figueroa echó mano de este entremés para el segundo carro de las fiestas del Córpus en Cádiz, con cuya ocasion le dió allí á la estampa Juan de Velasco, año de 1646; pliego de impresion en octavo, comprendiendo la portada, un baile, y una sátira con el estribillo de *Mamola*, que ocupan las dos hojas últimas.

(432) Cabrera, «Relaciones,» 470.

(433) Lope de Vega, «Cartas» originales suyas; II, 93, 69, 74, 91 y 83; III, 138, 139, 151, 130, 112, 95, 115, 142, 146, 147, 96, 137, 97, 123, 144, 90, 101, 140,

141, 148, 149, 150, 136, 132, 133, 134, 135, 106, 114, 98, 127, 99, 124, 121, 105, 122, 199, 100, 103, 111, 143, 156 y 125.—«Triunfos divinos, con otras rimas sacras.» Madrid, 1625; en los principios del libro.—Góngora, los «Versos satíricos que no se han impreso,» ya mencionados, folio 26.

(434) Perdonésememe que me cite á mi mismo, cosa de no buen gusto, pero que de manera ninguna puedo evitar. Véase en la «Biblioteca de Autores Españoles,» edición estereotípica, tomo XXXIX, el prólogo que puse á las «Comedias escogidas de Moreto.»

(435) Parroquia de San Ginés de Madrid, libro 18 de bautismos, folio 288, núm. 418.—Documentos inéditos, que posee el autor y que se propone publicar oportunamente.

(436) El «Libro de la fundacion y acuerdos de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento en el convento de Trinitarios Descalzos desta villa de Madrid.»

ÍNDICE.

PRÓLOGO	5
PRIMERA PARTE.—Capítulo primero.—Origen del apellido Ruiz de Alarcon. Ascendientes y patria del poeta. Quién fué su padre.	13
Capítulo II.—Estudios literarios en México. Alarcon desea graduarse, completándolos en Salamanca. Viaje de España (1593).	24
Capítulo III.—Arribo á la península. Salamanca. Vida estudiantescas (1600).	34
Capítulo IV.—Recibe Alarcon en Salamanca la investidura de bachiller en cánones y en leyes. Estudios de esta facultad. Orden, tiempo y manera de hacerlos. Grados (1600)	40
Capítulo V.—Sevilla. La Real Audiencia. La Casa de Contratacion de Indias. Alarcon pasa tres años abogando en aquellos tribunales. Ambiciona los laureles del Parnaso. Importancia de la poesía en los siglos XVI y XVII. Academias poéticas. La del Duque de Alcalá. La del veinticuatro Arguijo. La de Don Diego Jimenez de Enciso (1606).	48
Capítulo VI.—Fiestas de San Juan de Alfarache el martes 4 de Julio de 1606.	60
Capítulo VII.—Alarcon y Cervántes. ¿Qué debió á Sevilla el ingenio de estos escritores? (1608).	77
Capítulo VIII.—Vida de Sevilla. El rio. Triana. Campo de Tablada. El matadero. Justicias públicas. La cárcel. Los teatros (1606-1608).	86

141, 148, 149, 150, 136, 132, 133, 134, 135, 106, 114, 98, 127, 99, 124, 121, 105, 122, 199, 100, 103, 111, 143, 156 y 125.—«Triunfos divinos, con otras rimas sacras.» Madrid, 1625; en los principios del libro.—Góngora, los «Versos satíricos que no se han impreso,» ya mencionados, folio 26.

(434) Perdonésememe que me cite á mi mismo, cosa de no buen gusto, pero que de manera ninguna puedo evitar. Véase en la «Biblioteca de Autores Españoles,» edición estereotípica, tomo XXXIX, el prólogo que puse á las «Comedias escogidas de Moreto.»

(435) Parroquia de San Ginés de Madrid, libro 18 de bautismos, folio 288, núm. 418.—Documentos inéditos, que posee el autor y que se propone publicar oportunamente.

(436) El «Libro de la fundacion y acuerdos de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento en el convento de Trinitarios Descalzos desta villa de Madrid.»

ÍNDICE.

PRÓLOGO	5
PRIMERA PARTE.—Capítulo primero.—Origen del apellido Ruiz de Alarcon. Ascendientes y patria del poeta. Quién fué su padre.	13
Capítulo II.—Estudios literarios en México. Alarcon desea graduarse, completándolos en Salamanca. Viaje de España (1593).	24
Capítulo III.—Arribo á la península. Salamanca. Vida estudiantescas (1600).	34
Capítulo IV.—Recibe Alarcon en Salamanca la investidura de bachiller en cánones y en leyes. Estudios de esta facultad. Orden, tiempo y manera de hacerlos. Grados (1600)	40
Capítulo V.—Sevilla. La Real Audiencia. La Casa de Contratacion de Indias. Alarcon pasa tres años abogando en aquellos tribunales. Ambiciona los laureles del Parnaso. Importancia de la poesía en los siglos XVI y XVII. Academias poéticas. La del Duque de Alcalá. La del veinticuatro Arguijo. La de Don Diego Jimenez de Enciso (1606).	48
Capítulo VI.—Fiestas de San Juan de Alfarache el martes 4 de Julio de 1606.	60
Capítulo VII.—Alarcon y Cervántes. ¿Qué debió á Sevilla el ingenio de estos escritores? (1608).	77
Capítulo VIII.—Vida de Sevilla. El rio. Triana. Campo de Tablada. El matadero. Justicias públicas. La cárcel. Los teatros (1606-1608).	86

- Capítulo IX.—Alonso Alvarez y el dramático Juan de la Cueva. Aficiones distintas en Alarcon y Cervantes. Este deja para siempre á Sevilla. 96
- Capítulo X.—Vuelta de Alarcon á México. Va en su compañía Mateo Aleman (1608). 107
- Capítulo XI.—Viaje de la capital. Otras noticias sobre la familia de Alarcon (1608). 118
- Capítulo XII.—Donde se tratan cosas que preocuparon mucho á D. Juan de Alarcon, y ahora quizá parezcan impertinentes; pero el lector descontentadizo las puede pasar de largo (1608). 134
- Capítulo XIII.—En que prosigue y acaba el punto de las inundaciones de México y obras para desaguar los lagos (1608). 149
- Capítulo XIV.—Graduase Alarcon de licenciado en Leyes en la Universidad Real de México, á 21 de Febrero de 1609. 155
- Capítulo XV.—Vida y gobierno de México: grande prosperidad y cultura de la ciudad. Actividad científica y literaria: teólogos, filósofos, juriconsultos, repúblicos, historiadores, filólogos, humanistas, médicos, pintores y poetas. Modelos y estímulos que engrandecian el ingenio de Alarcon (1609-1610). 167
- Capítulo XVI.—Donde concluye la materia del anterior (1609-1610). 183
- Capítulo XVII.—Teatro de los antiguos mexicanos. ¿Le debe algo el nuestro español? Alarcon se opone á cátedras en la Universidad de México. Da en ella el vejámen al doctor Briciano, su amigo. Fíale comisiones la Real Audiencia. Ejerce el corregimiento de la ciudad (1610). 197
- Capítulo XVIII.—El Virey nombrado presidente de Indias. Nuevos proyectos de Alarcon; se decide á pretender en España. Parte, acompañando al Marqués. Viaje de mar y tierra. El comediante Juan de Herrera de Gamboa (1611). 209
- PARTE SEGUNDA.—Capítulo primero. La corte de España. Estado general de Europa. Quevedo fugitivo. Luto por la Reina Margarita. Corona fúnebre. Alarcon en la servidumbre del Marqués de Salinas. Encuentro desagradable. Vida de Madrid. El Quemadero. Lope acuchillado. 221

- Capítulo II.—Dos Tenientes de Corregidor. El Dr. D. Gutierre, Marqués de Careaga y su *Desengaño de Fortuna*. Don Rodrigo Calderon. Apertura de los teatros. Los magnates y las cómicas. El actor Juan de Morales y su mujer. Batallas académicas (1612). 237
- Capítulo III.—Los ingenios á merced de los potentados. Lope de Vega. Dificúllanse las pretensiones de Alarcon, y resuelve dar comedias á los teatros de Madrid. Consíguelo desde el año de 1613. *El Semejante á sí mismo*. *El Desdichado en fingir*, y *La Cueva de Salamanca* (1615). 251
- Capítulo IV.—El teatro, su organizacion, compañías trashumantes, actores famosos desde 1612 á 1614 (1613-1614). 272
- Capítulo V.—El poeta y el amor. Triunfos que debe al sentimiento más hermoso del alma. Alarcon no se casó jamás, ni se creyó digno del sacerdocio. Las mujeres patrocinan sus comedias contra las silbas amañadas de los hombres. Los carteles del teatro. Los victores. 286
- Capítulo VI.—Sucesos de la corte. Clave historial para las comedias de Alarcon. *Todo es ventura*. Silbas en los teatros de Madrid (1614). 300
- Capítulo VII.—El maestro y el discípulo. Cuentas atrasadas. Cervántes en brazos de la religion y de las musas. Publica el *Viaje del Parnaso*, y del nombre de Alarcon no se acuerda (1616). 311
- Capítulo VIII.—Inspirase Alarcon en las comedias de Cervántes.—*La Manganilla de Melilla*. *Quien mal anda en mal acaba*. Fiestas del Sagrario de Toledo. Compañías cómicas desde 1615 á 1619. Los entremeses y bailes, y el toledano poeta Luis Quiñones de Benavente. (1616-1617). 326
- Capítulo IX.—Cambio de vida. Don Luis de Velasco renuncia la presidencia de Indias. Muere el padre de Alarcon. Necesidad de nuevos protectores. Alarcones y Mendozas. El novelista Don Diego de Agreda y el doctor Herrera, médico de S. M. *Ganar amigos*. *La culpa busca la pena y el agravio la venganza*. (1617). 340
- Capítulo X.—Los tres maldicientes. El Dr. Suarez de Figueroa muerde á Ruiz de Alarcon. 355

- Capítulo XI.—Sacúdense Alarcon de las pullas y malicias de Figueroa. Lope rostrituerto, y zaherido por el mexicano. Recoge el guante D. Antonio de Mendoza, en defensa del Fénix de los ingenios. El regidor Juan Fernández y su huerta famosa. *Las Paredes oyen. La Prueba de las promesas y Mudarse por mejorarse.* (1617) . . . 375
- Capítulo XII.—Gratos recuerdos de familia. El antiguo alcázar de Madrid. Caida del duque de Lerma. Estudiada reserva de D. Fernando Carrillo con el pretendiente mexicano. *Los favores del mundo. La amistad castigada. El dueño de las estrellas.* (1618) . . . 400
- Capítulo XIII.—Diabólico ardid, escándalo estrepitoso. Representacion de *El Anticristo*. Despidese Góngora de la corte maldiciendo. Novelas aventuras de Luisa de Robles. (1618) . . . 417
- Capítulo XIV.—Famosos recitantes en el bienio de 1619 á 1621. Quevedo se restituye á Madrid. Alarcon sigue haciendo ostentacion de republico en el teatro. Fray Luis de Aliaga, confesor del rey Felipe III. Rompimiento de Lope y Alarcon. *Cautela contra cautela. Próspera fortuna de Don Alvaro de Luna, y adversa del rey López de Avalos. La Crueldad por el honor.* (1619) . . . 434
- Capítulo XV.—*La Verdad sospechosa*. Enferma gravemente Felipe III volviendo de Portugal. Grandes fiestas á la beatificacion de San Isidro, en 15 de Mayo de 1620. El Pindo madrileño. Jóvenes irreconciliables con Alarcon. *La Industria y la suerte. Los Empeños de un engaño.* (1619) . . . 451
- Capítulo XVI.—Agresion de Lope contra D. Juan, en la *Treceña parte* de sus comedias. *Los Corcovados*: entremés famoso de un hijo de Sevilla. Sañuda venganza de Alarcon. *Los pechos privilegiados. Asesinato de Ballasar Elisio de Medina*, en Toledo. (1620) . . . 474
- NOTAS 497



UNIVERSIDAD AVTONOMA DE SALAMANCA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

JANIL
UNIVERSIDAD AVTONOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

